


TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



OBRAS POÉTICAS

DE

D. VENTURA DE LA VEGA


IMPRIMERIE J. CLAYE
RUE SAINT BENOIT 7
LABOR
PARIS



VENTURA DE LA VEGA

OBRAS POÉTICAS

DE

D. VENTURA DE LA VEGA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PARIS

IMPRENTA DE J. CLAYE

CALLE DE SAN BENITO, Nº 7.

1866

OBRAS POÉTICAS

DE

D. VENTURA DE LA VEGA


IMPRIMERIE J. CLAYE
RUE SAINT BENOIT 7
LABOR
PARIS



VENTURA DE LA VEGA.

OBRAS POÉTICAS

DE

D. VENTURA DE LA VEGA

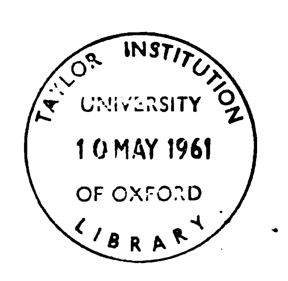
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PARIS

IMPRENTA DE J. CLAYE

CALLE DE SAN BENITO, Nº 7.

1866



AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON JOAQUIN JOSÉ DE OSMA.

Ya están cumplidos sus deseos de V., mi querido amigo y paisano : ahí le envio, corregidos y ordenados, los manuscritos de mis obras : hágalos V. imprimir, ya que tanto empeño tiene en ello.

Yo no pensé nunca en hacer coleccion de mis composiciones : esto exigia un trabajo que me arredraba. Unas solo existian en mi memoria; otras en poder de las personas á quienes habian sido dirigidas; otras en periódicos, revistas ó colecciones, de fechas que ya no recordaba; reunirlas era ardua empresa para mi.

Pero V., que anda siempre buscando ocasiones en que mostrarme su buena amistad, me dijo una vez que queria hacer una edicion de mis poesias, ya que yo no trataba de hacerla, y me pidió que se las facilitase. Tres años hará de esto, en los cuales mi pereza ha sido vencida por los repetidos

apremios de V. Poco á poco he ido recogiendo de aquí y de allí mis dispersos borrones; he pasado algo la lima sobre sus muchas asperezas y desigualdades, y por fin los pongo en manos de V., divididos en dos partes, una dramática *y otra* lírica.

Imprímalos V., ya que quiere hacerme ese delicado obsequio. Yo no sé si se lo hace V. á las letras : quizá ellas no se lo agradezcan á V.; pero sí de seguro, y muy del fondo de su alma, su paisano y amigo

VENTURA DE LA VEGA.

Madrid, 1º Agosto 1865.

PARTE DRAMÁTICA.

EL
HOMBRE DE MUNDO

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS, EN VERSO.

PERSONAS:

DON LUIS.
DON JUAN.
ANTOÑITO.
CLARA.
EMILIA.
BENITA.
RAMON.

La escena en Madrid.

EL

HOMBRE DE MUNDO

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante en casa de don Luis. Una puerta á la derecha que da al cuarto de este. Otra á la izquierda que conduce á lo interior. Por la del foro se sale á la calle. — Está puesta la mesa para almorzar.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, EMILIA.

EMILIA.

No, por Dios!

CLARA.

Pues ello, Emilia,
Preciso es que algo resuelvas:
Así no puede seguir.

EMILIA.

Ay Clara!

CLARA.

Tú no me dejas
Que hable á mi marido.

EMILIA.

No!

CLARA.

Tú... despedirlo... confiesas
Que no te es posible. Pues

Entonces, cuál es tu idea?
Qué plan es el vuestro? estaros
Toda la vida con señas
Y cartitas? tú asomando
Á escondidas la cabeza
Por detrás de la cortina
Del balcon, y él en la puerta
Del tirolés de ahí enfrente
Hecho una estátua de piedra
De noche y de dia? Á qué hora
Come ese hombre? Á qué hora almuerza?
Cuando se abren los balcones,
Ahí está: cuando se cierran,
Ahí está: cuando salimos
Á paseo ó á las tiendas,
Detrás: si vuelvo la cara
Tal vez, da un brinco y se cuela
En algun portal, huyendo
Y tomándome las vueltas.
Á qué vienen esas farsas,
Señor? Por qué no se acerca,
Y nos habla, y viene á casa?
En fin, Emilia, me seca
Andar haciendo el papel
De una madre de comedia.
Si vivo, y Dios me dá hijos,
Tendré que hacerlo por fuerza
Algun dia; pero ahora,
Ni soy madre, ni soy vieja.

(Mirándola, despues de una pausa.)

Lo de siempre. Con callar
Sales del paso.

EMILIA.

Y tú, al tema
De siempre! Qué he de decirte,

Si yo no sé?... Pues no es buena
Que ha de venir el muchacho
Y ha de decir lo que piensa,
Y con qué intencion me mira,
Y qué plan... Pues ya te acuerdas
Cuando Antoñito iba á casa
Antes, siendo tú soltera,
Qué elogios hacias de él!

CLARA.

Y los hago: tiene prendas
Apreciables... Pero Emilia,
Un niño que cuenta apenas
Veinte años, piensas que puede
Hacerte dichosa?

EMILIA.

Vuelta
A lo mismo. Qué sé yo!
Tú que tienes esperiencia,
Dices que el hombre de mundo...

CLARA.

Y estás viendo que la regla
No falla. Cuando se supo
Que la cosa iba de veras,
Y Luis pedia mi mano...
Qué anónimos! qué indirectas!
Qué pronósticos! qué chismes!
Cuántas amiguitas de esas
Que dicen que nos adoran,
Y que tanto se interesan
Por nuestra suerte, vinieron
Con mil dengues y reservas
Á contarme atrocidades
Del novio. « Clarita, vea
Usted lo que hace: ese hombre
Tiene una fama perversa:

Con él no ha habido muger
Segura : tiene una lengua
De escorpion : trasnochador,
Quimerista, calavera... » —
Y yo decia : mejor!

EMILIA.

Con que, mejor? Pues es buena!

CLARA.

Sí : porque esas aventuras
Tiene el hombre que correrlas;
Y si no lo hace soltero...
Despues de casado es ella!

EMILIA.

Así será. Pero á mí
Esos que tanto se precian
De haber sido libertinos
Como Luis... Yo en su presencia
Ni me atrevo á respirar;
Y nunca tendré franqueza
Con él : todo en las mugeres
Lo censura y lo interpreta.
— Ay! qué hombre! — No, Clara : Dios
Me libre de su tijera!
Por Jesucristo te ruego,
Hermana, que nunca sepa
Lo de Antoñito.

CLARA.

Y no ves
Que es mas fácil que lo advierta
Si seguís como hasta aqui,
Y le vé de centinela?
Entonces sí que podrá
Sospechar... En fin, te empeñas
En quererle? — Pues, Emilia,
Vendrá á casa.

EMILIA.

Y Luis?

CLARA.

No temas.

EMILIA.

Pero, cómo, sin decirle?...

CLARA.

Eso corre de mi cuenta.

EMILIA.

Por Dios, Clara!...

CLARA.

Yo lo haré
Con Luis de modo que crea
Que es cosa mia, que es un
Amigo... — Las once y media,

(Llama.)

Y Luis no viene á almorzar.

EMILIA.

Verás como al fin sospecha...
Mejor es que no...

CLARA.

Descuida.

ESCENA II.

DICHAS. RAMON, que sale del cuarto de don Luis.

RAMON.

Señora?

CLARA.

Y tu amo? No piensa
Almorzar?

RAMON.

Se está vistiendo.
Le diré...

CLARA.

Dile que venga,
Que le estamos esperando.

RAMON.

— Muy bien. — Ya está aquí.

CLARA.

Pues ea,
Sirve el almuerzo.

(Ramon se entra á lo interior de la casa, y poco despues viene con el almuerzo.)

ESCENA III.

DICHAS, DON LUIS.

LUIS.

Perdona.

(Acariciando á Clara.)

He tardado, sí? — Por fuerza
Te he hecho pasar un mal rato.
Desde las ocho con media
Taza de café...

CLARA.

Ya estaba
Desfallecida.

LUIS.

Me pesa
En el alma! — Buenos dias,
Emilia.

EMILIA.

Felices.

CLARA.

Piensas
Salir?

LUIS.

No.

CLARA.

Como te veo
Tan elegante, con esa
Corbata...

LUIS.

Regalo tuyo.
Pues no : como tú no quieras
Que salgamos.... — Me he vestido
Para tí.

CLARA.

Jesus! me llenas
De orgullo. Pues bien, yo así
Que almuerce, voy á las tiendas.

LUIS.

Iremos juntos. Si no,
Mi plan, ya lo sabes, era
Pasar el dia á tu lado,
Como siempre. No me queda
Mas ilusion en la vida
Que tu cariño, y sintiera,
Por culpa mia, perder
La única cosa en la tierra
Que he creido... entre las mil
Mentiras que he visto en ella.

CLARA.

Ay! qué galante amanece
Hoy el dia!

LUIS.

Sí : de veras
Te lo digo. Haber hallado
Una muger de tus prendas,
Clara mia, es poco menos
Que un milagro.

CLARA.

Eso ya peca
De exageracion. — Yo estoy
Muy lejos de ser perfecta;
Y en el mundo hay infinitas
Mugeres...

LUIS.

Que se parezcan
Á tí?

CLARA.

Mejores que yo.

LUIS.

No las he visto.

CLARA.

Pudiera
Consistir en que tampoco
Las has buscado. Y observa
Que está aquí Emilia, y segun
Tu opinion, se mira envuelta
En la regla general.

EMILIA.

Cómo ha de ser!

LUIS.

No : no es esa
Mi intencion. Cómo es posible!...
Lo bueno tambien se pega;
Y Emilia es tu hermana. — Pero
No juzgues por tí y por ella
De las demas : créeme á mí,
Que soy voto en la materia.

CLARA.

Ay! pobres mugeres! — Eso
Es juzgar con ligereza,
Luis. — Como tú no has tratado
De acercarte sino á aquellas

De quienes ya se sabia
Que eran materia dispuesta
Para aventuras galantes,
Sacas hoy la consecuencia
De que á ese círculo estrecho
Que conoces, se asemejan
Todas las demas mugeres;
Y eso permite que crea
Que no es conocer el mundo,
Sino conocerle á medias.

LUIS.

Bien : eso quiere decir
Que yo por mi mala estrella
He visto la parte mala...
Y ahora empiezo á ver la buena.
Siento no haber encontrado
Antes...

CLARA.

No : á mí no me pesa
Que la hayas visto : al contrario.
Dicen que los calaveras
Son despues buenos maridos.
Ya lo veremos. — Sintiera
Convencerme de que tiene
Alguna escepcion la regla.

LUIS.

No seré yo la escepcion,
Te lo ofrezco. Ya estoy fuera
De combate. — La mayor
Diversion que ahora me queda
Es ponerme en un rincon
Y pasar horas enteras
Viendo cómo pillo al vuelo
Los guiños de inteligencia
De los amantes. Es mucha

Mi práctica en la materia,
Y tengo yo tan presentes
Las astucias y las tretas
Que he visto usar...

CLARA.

Y has usado.

LUIS.

Y como todas emplean
Los mismos medios... me río,
Cuando en una concurrencia
Veo á los pobres maridos
Que en la sala se pasean
Entre el recio tiroteo
De miradas y de señas.

CLARA.

Si no te equivocas nunca,
Yo me doy la enhorabuena.

EMILIA, ap.

Yo no! Lo va á descubrir
En cuanto entre por las puertas
Antoñito!...

LUIS.

Pero es cierto,
Es cierto! La verdadera
Felicidad no es andar
Vagando de ceca en meca
En pos de vanos placeres.
Yo con todas mis riquezas
Jamas he sido feliz.
La felicidad es esta!
Esta que ahora gozo! Hallar
Una dulce compañera,
Una casa, una familia...
Esta vida me embelesa!
Bien lo ves : yo casi nunca

Salgo. De noche una vuelta
Por el café, y al teatro :
Acabada la comedia,
Á casa. Pero tú, Clara,
Siento que no te diviertas
Mas. Mi deseo mayor
Sería verte contenta.

CLARA.

Á tu lado lo estoy siempre.

LUIS.

Es que yo quiero que seas
Completamente feliz,
Como yo lo soy.

CLARA.

De veras?

LUIS.

Ah! muy feliz! no lo ves?
Tengo una confianza ciega
En tí. Vé al Prado, á tertulias,
Entra, sal, haz lo que quieras.
Vente conmigo al teatro.

CLARA.

De noche me da pereza
De salir.

LUIS.

Pero estar siempre
Sola!... No, Clara. Que vengan
Gentes á casa : los que iban
Cuando te hallabas soltera
Á visitarte.

CLARA.

Si allí
No iba nadie : ya te acuerdas.
Como no fuera Antoñito...

EMILIA, ap.

No le digas!...

LUIS.

Cierto. Ese era
Aquel jovencito...

CLARA.

Sí :
Aquel...

LUIS.

Bonita presencia!
Allí le vi algunas veces
De visita; pero apenas
Entraba yo, se marchaba.

CLARA.

Es un chiquillo que empieza
Á vivir : sin mundo : corto
De genio...

LUIS.

Pues ya que llega
La ocasion...

EMILIA, ap.

Yo estoy en áscuas!

LUIS.

Diré á ustedes... como muestra
De mi práctica, que entonces
Creí columbrar en cierta
Jovencita, aquí presente,
Síntomas...

EMILIA.

Vaya! — Si piensas
Que iba por mí, te equivocas.
Yo no he sido nunca de esas
Que tú dices. Yo no miro
Á nadie : yo no hago señas

Á nadie; y aquí está Clara
Que diga...
(Ap. á Clara.)
No me desmientas!

CLARA.

Es verdad. — Y ya ves tú
Si seria una completa
Locura. Un chico sin pelo
De barba! Qué! sin carrera
Todavía...

LUIS.

Me engañé:
Como él iba con frecuencia,
Y allí no habia tertulia
Ni otro objeto que pudiera
Dar aliciente...

EMILIA.

Eso es.
Y el milagro me lo cuelgas
Á mí!

LUIS.

Pues á quién?

EMILIA.

Con nadie
Puede una hablar sin que crean
Estos hombres que hay intriga,
Y amores y... Estamos frescas!
(Se levanta.)

CLARA.

Anda, ponte la mantilla,
Que es hora de ir á las tiendas;
Y trae la mia.

EMILIA, ap. á Clara.

No digas

Nada : no quiero que venga
Antoñito.

ESCENA IV.

DON LUIS, CLARA.

CLARA.

Ya la has puesto
Como una grana. Se quema
Con tus bromas.

LUIS.

Pero en fin,
Mi observacion era cierta?

CLARA.

Sí.

LUIS.

Toma! Tengo yo un ojo!...

CLARA.

Pero por Dios, que no sepa
Emilia que te lo he dicho.

LUIS.

Y por qué?

CLARA.

Porque te tiembla.

LUIS.

Pues yo acaso...

CLARA.

Es sumamente
Tímida; y con las lindezas
Que dices de las mugeres...

LUIS.

Y ese chico...

CLARA.

Antes que vuelva

Emilia te contaré.
Ese chico no nos deja
Á sol ni á sombra, nos sigue
Sin descanso, nos asedia.
No se ven; y ya conoces
Que la privacion fomenta
El amor en esa edad.
Por eso, Luis, yo quisiera
Una cosa...

LUIS.

Qué?

CLARA.

Si tú
Una noche le trajeras...
Sin darte por entendido...
Como que me le presentas
Á mí, porque fué visita
De casa...

LUIS.

Pero, tú piensas
Casarlos?

CLARA.

Estás en tí?
Casarlos? Para esponerla
Á que al año se le antoje
Al niño ser calavera,
Y la haga infeliz? No, no.
Lo que quiero es que se vean
Á su sabor, que se juren
Amor y constancia eterna
Cada minuto, que agoten
La cartilla de ternezas
Y requiebros; y verás
Cuando sus amores pierdan
El romántico barniz

De carta, escondite y reja,
Cómo los dos se fastidian
Y se acaba la comedia.

LUIS.

Magnífico plan! — Amiga,
Te digo que eres maestra!
Hoy mismo le traigo á casa.
Tú siempre estarás alerta...

CLARA.

No hay cuidado.

LUIS.

No te fies,
Que la ocasion..

CLARA.

No la temas.

ESCENA V.

DICHOS, DON JUAN, RAMON.

(Ramon viene como deteniendo á don Juan, quien sin atenderle se entra con el sombrero puesto.)

JUAN.

Qué recado! — Quita allá.

RAMON.

Es que...

JUAN.

Ya no me conoces?
Dónde está Luis?

LUIS, llegando.

Quién dá voces?

JUAN.

Luisillo!

LUIS.

Juan!

JUAN, le abraza.

Voto vá!
El tunante de Ramon
Queria pasar recado.
Yo que estoy acostumbrado
Á colarme de rondon
En tu casa...

LUIS, indicando á Clara, con empacho.

Pero ahora...

JUAN, reparando en Clara.

Calla!

LUIS.

Ya ves...

JUAN.

Es verdad:
Habiendo esta novedad
No digo nada. — Señora!

(Se saludan.)

Ya se vé, como hace un año
Que al estrangero marché
Y anoche mismo llegué
Con la Mala, no es estraño
Que ignorase... Con que...

LUIS.

(Ay, Dios!
Qué burla me espera!)

JUAN.

Ha sido
Muy bien hecho. — Hemos tenido
Un pensamiento los dos.

LUIS.

Es posible?

JUAN.

Bravo, Luis!
Es guapísima! De veras.
Soberbia eleccion. — Si vieras
La que traigo de París!

CLARA.

Cómo!

LUIS.

Qué?

JUAN.

Cuando concluya
Un negocio... á casa voy
Y la traigo... Ha de hacer hoy
Amistades con la tuya.

CLARA.

Pero...

LUIS.

Con que tú tambien!...
(Se ha casado!... Respiremos!)
Si al cabo todos caemos...

JUAN, se pasea, tomando algo del almuerzo.

Lo demás es un belen.
Andar á salto de mata,
Y esclavo de la querida...
Vayan al diablo! — Esta es vida
Mas cómoda... y mas barata.

CLARA, ap.

Qué frases!

LUIS.

(El casamiento
No le ha hecho mudar de estilo.)

JUAN.

Así se vive tranquilo... —
Esta tuya es un portento!
Poco te podrá gastar :

Tiene facha de hacendosa.
La mia... la mia es cosa!...
Luisillo : quieres cambiar?

LUIS, con risa forzada.

Viene muy bromista!

CLARA, con ironía.

Sí!

ESCENA VI.

DICHOS, EMILIA.

(Emilia trae la mantilla puesta, y saca la de Clara.)

EMILIA.

Vamos, Clarita?

CLARA, se pone la mantilla.

Al instante.

JUAN.

Ay! qué linda!... Este tunante
Las tiene á pares aquí!.
Vive contigo?

LUIS.

Si tal :
Si es hermana...

JUAN.

Me interesa
Tambien. — Cuándo una francesa
Ha de tener esa sal? —
Esta no tendrá querido?

EMILIA.

Qué dice!

LUIS.

Juan, sé prudente.

CLARA.

(Hay hombre mas insolente!)

JUAN.

Pues, señor, yo me decido.

LUIS.

Á qué?

JUAN.

Nada : que me apesta
La francesa ; que esta noche
Vuelvo á soplarla en el coche...
Y me acomodo con esta.

(La toma del brazo.)

EMILIA.

Dios mio!

CLARA, con enfado.

Qué va usté á hacer!

JUAN.

Partie carrée!

LUIS.

Juan, repara!...

JUAN.

Quita!

EMILIA.

Suelte usted!...

JUAN.

No es Clara
Tu querida?

LUIS.

Es mi muger.

JUAN, sorprendido, quitandose el sombrero.

Tu muger!...

LUIS.

Sí; y ese modo
De hablar...

JUAN, á Clara.

He sido un grosero,
Señora... — Este majadero
Tiene la culpa de todo.
Me ves hablar disparates
Y no me avisas?

LUIS.

Y á tí,
Quién te manda hablar así
Sin saber...

CLARA.

No mas debates.
No hay nada aquí que me choque.
El que trata solamente
Con cierta clase de gente,
Qué estraño es que se equivoque?

JUAN.

Me ha pegado á la pared!)

CLARA.

Vamos, Niña.

LUIS.

(Qué dirán!)

CLARA.

Á Dios, Luis. — Señor don Juan,
Esta casa es muy de usted.

JUAN.

Hasta que mi aturdimiento
Logre el perdon alcanzar,
Vendré, aunque sepa abusar
De ese amable ofrecimiento.

EMILIA.

(Pues como otra vez me asuste!...)

CLARA.

Jesus! — No se necesita

Tal perdon. — Eso no quita
Que venga usted cuando guste.

JUAN.

(Qué gracia tan seductora!...)

LUIS, á Clara.

Te marchas?... Saldré contigo.

CLARA.

No : quédate con tu amigo.
Vamos á tiendas ahora.

JUAN.

Por mí...

CLARA.

No no ; que se esté.
Qué ha de hacer el pobre allí,
Oyendo hablar de *organdí*,
Y de *raso* y de *muaré*,
Y « vamos, llevo el vestido?
No sea usted tan carero... »
Fastidiarse; y yo no quiero
Fastidiar á mi marido!

ESCENA VII.

DON LUIS, DON JUAN.

(Don Luis se sienta con aire formal. Don Juan permanece de pié.)

JUAN.

(Qué graciosa criatura! —
Mi virtud está en un tris. —
Á un amigo!! — Pobre Luis!
No tienes hora segura!)

LUIS.

Me has dado un rato!...

JUAN.

Qué quieres!
Si aun no he vuelto de mi espanto.
Tú que blasonabas tanto
De conocer las mugeres!...
Tú casado!

LUIS.

A esa esperiencia
Que adquirí en mi juventud
Debo, Juan, esta quietud.

JUAN.

Te has perdido con mi ausencia!
Si tengo el menor indicio,
Cuándo me voy de tu lado!
Te encontraste abandonado
Y diste en el precipicio.
Pero sin ser adivino,
Quién sospecha?... Ya se ve,
Cuando de aquí me marché
Ibas por tan buen camino!

LUIS.

Aquello era una ilusion.
Solo aquí la dicha existe.

JUAN.

Pero, cómo concebiste
Esa fogosa pasion?

LUIS.

No hubo tal pasion en mí.

JUAN.

Pues entonces no se esplica...
Á no ser que fuera... — Es rica?

LUIS.

No tiene un maravedí

(Se levanta.)

Ni el dinero me movia,

Ni amor me ofuscaba el alma;
Por eso pude con calma
Observar lo que valia.
Yo que cansado ademas
De esa vida borrascosa,
Iba buscando otra cosa,
Sin encontrarla jamas,
Vi está muger hechicera :
Rompí los antiguos lazos,
Y he hallado, Juan, en sus brazos
Felicidad verdadera!
En fin, tú caerás tambien;
Y ya me dirás si miento.

JUAN.

De tan fatal pensamiento
El Señor me libre, amen.

LUIS.

Esas no son mas que frases.
Tú estas cansado.

JUAN.

No digo...

LUIS.

Créeme, Juan, yo soy tu amigo :
Es preciso que te cases.

JUAN.

Cómo es eso?... Poco á poco.
No exijas el sacrificio
De que tambien pierda el juicio
Porque tú te has vuelto loco.
La amistad no llega á tanto.

LUIS.

Eso dices porque ignoras
Cómo se pasan las horas
En esta vida de encanto.
Mi muger es un tesoro,

Es un angel : no hay ninguna
Que tales prendas reuna.
La estimaba; y ya la adoro!

JUAN.

Pues si no hay otra como ella,
Y esa la pillaste ya,
Con quién me caso?

LUIS.

Otra habrá :
Confia en tu buena estrella.

JUAN.

Serán mis maravedís
Lo que busque, no mi amor;
Y en ese caso es mejor
La que traigo de París.
Porque esa, si yo la pillo
En un renuncio, *laus Deo :*
La acomodo en el correo,
Y á Francia. — Créeme, Luisillo :
La muger no ama jamas.

LUIS.

De soltera poco ó nada;
Pero despues de casada
Suele amar...

JUAN.

A los demas.

LUIS.

Hombre. alguna...

JUAN.

Haré escepcion
En favor de tu muger.

LUIS.

Gracias : no era menester...

JUAN.

Y tambien, por atencion,

La haré en favor de su hermana,
Que al fin es de la familia...

LUIS.

Hombre!... Harias con Emilia
Una boda soberana!

JUAN.

Sí!

LUIS.

Ello, habrá que desbancar
Á un rival...

JUAN.

Por eso no!
Como me empeñase yo,
Dónde iba el pobre á parar!

LUIS.

Pues hazlo! Mira que es cosa
De que no tienes idea
Lo que cautiva y recrea
El cariño de una esposa!
Y no lo juzgues por ese
Con que te tiene embaucado
La francesa : amor comprado,
Por mucho que te embelese.
Ni es tampoco aquel delirio,
Aquella fiebre de amante,
Abrasadora, incesante,
Que mas que gozo es martirio.
Es fuego que da calor
Al alma, sin abrasar :
Es conjunto singular
De la amistad y el amor.
Huye de tì el egoismo;
Porque hay á tu lado un ser
Que tu pena y tu placer
Los siente como tú mismo.

En vez de frivolidad
Y de desprecio del mundo,
Se despierta en tí un profundo
Instinto de dignidad.
Quieres merecer del hombre
Respeto, aprecio, interés,
Porque refleje despues
En la que lleva tu nombre.
— Ese tu eterno viajar
Por Francia, Italia, Inglaterra,
Sin que haya un punto en la tierra
Que alivie tu malestar,
Qué es sino cansancio, di?
Qué es sino un vago deseo
De encontrar mas digno empleo
Á la vida que hay en tí?
Pues esa eterna vagancia,
Ese vivir volandero
Que te hace tan estrangero
En España como en Francia;
La indiferencia fatal,
Ó el tedio mas bien que sientes
Cuando ventilan las gentes
Algun negocio formal,
Todo eso, que yo he probado
Cuando como tú vivia,
Se borra, Juan, desde el dia
En que te miras casado!
Ya por el público bien
Te afanas, y en tí rebosa
Con el amor de tu esposa
El de tu patria tambien.
Y el alma y los ojos fijos
En su porvenir tendrás;
Porque esta patria, dirás,

Es la patria de mis hijos.
En fin, Juan, el matrimonio
Es orígen, no lo dudes,
De las mayores virtudes
De la tierra. — Y... qué demonio!
Mucho contra él se propala;
Pero cuando todos dan
En casarse... Vamos, Juan,
No será cosa tan mala.

JUAN, despues de una pausa.

Cuándo te casaste?

LUIS.

Cuándo?
Hará tres meses.

(Vuelve á sentarse.)

JUAN.

Corriente.
Pues voy á tener presente
Esa arenga; y si en pasando...
Vaya, no quiero alargarme,
Un año, dices lo que hoy,
Consiento por lo que soy...
En qué diré yo?... en casarme.

LUIS.

Tendré la misma opinion;
No es Clara de esas mugeres...

JUAN.

Te lo concedo, si quieres:
Es la misma perfeccion.
Pero no está en ella el mal;
Y aun cuando yo tropezara
Con otra segunda Clara,
No me casaria.

LUIS.

Hay tal!

Ni aun teniendo esa fortuna
Querrias casarte?

JUAN.

No.

LUIS.

Pero por qué?

JUAN.

Porque yo
No creo, Luis, en ninguna.
Juntos corrimos el mundo :
Tú has perdido la memoria;
Yo recuerdo aquella historia,
Y en su esperiencia me fundo.
Todas son á cual peor :
Yo me mantengo en mis trece.
La que mas santa parece
Es porque engaña mejor.

LUIS.

Pues yo veo por ahí
Muchos maridos felices.

JUAN.

Quién lo duda?

LUIS.

Es que tú dices...

JUAN.

Los predestinados, si.
La culpa siempre es del hombre.
Todos tienen igual suerte;
Pero el que el riesgo no advierte
De qué quieres que se asombre?
El que de ellas solamente
Ha visto el falso barniz,
Se casa, y es muy feliz!
No hay amigo ni pariente
Que con caridad estraña,

Como escamado le vea,
En el deber no se crea
De decirle : « usted se engaña! »
Viene la suegra y el suegro,
Y entre ellos y la muger
Y el amante, le hacen ver
Que lo que era blanco es negro. —
Pero yo que soy un galgo
Que huele á media jornada,
Y que aunque no vea nada
He de presumir que hay algo,
Iré á aumentar el artículo,
Bastante crecido ya,
De esa caterva, que está
Constantemente en ridículo?

(Poniendo el brazo sobre el cuello de don Luis.)

Cuántas víctimas, ¡oh Luis!
Hemos hecho! — Qué es de aquel
Intendente?...

LUIS, sonriendo.

Don Gabriel?
El que jugaba al bis-bis?

JUAN.

Y ella cómo te queria!

LUIS.

Era un volcan.

JUAN.

Y el simplon
Decia : « Es mucha pension!
Esta Enriqueta es tan fria! »

LUIS, riendo.

Pobre diablo!

JUAN.

Y tus amores

Con la rubia?.. con aquella...

LUIS.

Oh! Maruja!

JUAN.

Y su doncella,
Qué alhaja!

LUIS.

Sí : la Dolores.

(Se levanta.)

Todos los dias, mas fija
Que el sol, á la misma hora
Con carta de su señora.

JUAN.

Conservas aun la sortija?

LUIS.

Por ahí anda.

JUAN.

Te la dió
En las barbas del marido!

LUIS.

Pues no era aquel muy sufrido.

JUAN.

Ella le domesticó.

LUIS.

Tenia golpes soberbios!

JUAN.

Y qué caricias le hacia
Cuando mas...

LUIS.

Qué bien sabia
Fingir ataques de nervios!

JUAN.

Y cuando dió en ir á misa
Sin dejar una mañana;
Y él decia : « Qué cristiana

Es mi Maruja! »

LUIS.

Qué risa!

Mereció por animal...

JUAN.

Toma!

LUIS.

Tan corto de alcances!

JUAN.

Pero entre todos tus lances,
El mas chistoso fué...

LUIS.

Cuál?

JUAN.

El de aquella con quien tú
Te estacionaste...

LUIS.

Ah! sí, Rosa!

JUAN.

La facha mas candorosa...
Y era el mismo Belcebú!

LUIS.

Qué lance? — Cuando me dió
Una cita por el Diario?

JUAN.

No...

LUIS.

Cuando en aquel armario
Me tuvo escondido?

JÚAN.

No...

Eso á cualquiera le pasa. —
Cuando urdió aquel embolismo
Para que el marido mismo
Te presentase en su casa!...

LUIS, mudando de color.

El marido mismo!...

JUAN.

Pues! —
No te acuerdas?

LUIS.

Sí... Me acuerdo...

JUAN.

Y eso que aquel no era lerdo!

LUIS.

No era... lerdo!...

JUAN.

No: al revés.
Hombre de mundo... y muy ducho....

LUIS.

De mundo?...

JUAN.

Pero es en vano:
No basta el saber humano...

LUIS.

Pues, ó yo me engaño mucho...
O, vamos... aquel marido...
Era torpe. Quién da un paso
Tan... No sé; pero en su caso
Yo lo hubiera conocido.

JUAN.

Qué habias de conocer!
Ella lo prepararia
Con aquella maestría
Que tiene toda muger.
Con ese don infernal
De tal suerte le ofuscó,
Que al hombre le pareció
La cosa mas natural.

LUIS.

Es verdad... eso seria...

(Sentándose.)

JUAN.

Qué tienes?

LUIS.

Nada.

JUAN.

Ya estoy.
Estos recuerdos... — Me voy.
— Ya has hecho la tontería...
Con que, adelante : á vivir.
Adios, chico.

(Abrazándole.)

LUIS.

Volverás?

JUAN.

Pues no he de volver! — Quizás
Me llegues tú á convertir.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

El marido mismo... sí!
El marido mismo fué! —
Vino de tan buena fé
Á llevarme!... Y luego allí
Qué ridículo papel
Entre las gentes hacia!
Todo Madrid lo sabia :
Todo Madrid... menos él.
Me ha entrado un desasosiego...

(Se levanta.)

Este Antoñito... — Dios mio!
Si en la relacion confio,
Y le traigo á casa, y luego...
No le traigo : se acabó. —
Y qué pretesto he de dar?
Si Clara llega á notar
Que sospecho de ella!... No. —
Porque si no hay fundamento,
Qué logro? mortificarla.
Y si le hay, es avisarla
Que se vaya con mas tiento. —
Pero tambien, si es que existe
Ese condenado plan
Para traer el galan,
Traerle yo mismo... es chiste!
Dice que á Emilia pretende;
Pero Emilia lo negaba;
Y Clara titubeaba
Al esplicarme... — Aquí hay duende. —
Qué bueno es haber corrido!
Este lance lo acredita. —
Aquel candor de Rosita
Cuando persuadió al marido,
Es una leccion preciosa! —
Qué ardid pueden ya inventar
Que yo no haya visto usar?
La esperiencia es mucha cosa! —
Y yo sin aprovecharme
De la que tengo! — Fortuna
Que en ocasion oportuna
Viene Juan á despertarme.
Yo traeré á Antoñito á casa.
— Ramon!

ESCENA IX.

DON LUIS, RAMON.

RAMON.

Señor?

LUIS.

El sombrero.

(Se va Ramon, y vuelve con el sombrero.)

Le traeré. Pero primero...
— Voy. — Yo sabré lo que pasa.
Tratemos de preparar
El campo. — El tal Antoñito!... —
Pero, Dios mio! está escrito
Que ninguno ha de escapar?...

(Se va por el foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, RAMON.

(Salen por el foro.)

JUAN.

Con que todos están fuera?

RAMON.

Sí señor.

JUAN.

Por eso vuelvo.
He hallado á Luis en la calle
Tan distraido, que habiendo
Pasado yo junto á él,
Ni me ha visto. Y como tengo
Deseos de hablar contigo,
Dije : allá voy... Con que, hablemos.
Esplícame tú...

RAMON.

Ay! Señor
Don Juan! Usted nos ha muerto
Con marcharse de Madrid!
Por ese viaje nos vemos
Casados!

JUAN.

Tú tambien!

RAMON.

No;
Pero es lo mismo. Estoy hecho
Tan marido como el amo.
Esta casa es un convento.
Solo cada tres domingos
Me dejan ir á paseo
Un par de horas, y si tardo
Dos minutos mas, ya hay gesto
En la señora.

JUAN.

Hola! Dime :
Qué tal genio?...

RAMON.

Un cancerbero
Conmigo... Me hace barrer,
Me hace ir á la compra; y luego
Apuntar en un librote
Lo que traigo, con sus precios;
Y como falten dos cuartos,
Me hace devanar los sesos
Hasta que sale la cuenta
Cabal. — Yo no soy para esto :
El orden me mata! Usted
Que me ha visto en aquel tiempo
Dichoso ser confidente
De los íntimos secretos
Del amo, no descansar
Estudiando el mejor medio
De deslizar un billete,
De entretener á un cochero,
De acechar á algun marido,
Y mientras estaba dentro

El amo, ensayarme yo
En conquistar el afecto
De una linda camarera!...
El que se ha criado en eso
No puede... Pues y propinas?
Y ser dueño del dinero
Sin andar jamas con cuentas
De esto pongo y esto debo?
La verdad, señor don Juan,
El amo me tira, es cierto;
Pero ya estoy hasta aquí
De escoba y de casamiento.

JUAN.

Pobre Ramon! Eres digno
De mejor suerte! Ya veo
Que tú no has hecho traicion,
Como el pobre Luis, á aquellos
Principios que en nuestra escuela
Aprendiste.

RAMON.

Nada de eso.
Calavera hasta la muerte!
Y en esta casa no puedo...

JUAN.

Anda, déjalo correr.
Ten paciencia. Tras de un tiempo
Viene otro. Quizá aquí mismo
Las cosas muden de aspecto...
Y entonces... (Este es muy listo;
Y si no logro ponerlo
De mi parte, es imposible
Mi plan : lo descubre al vuelo.)
Tú por volver á tu oficio
Darias...

RAMON.

Lo que no tengo!

JUAN.

Y como hombre de principios
Fijos, no te importa un bledo
Que la persona á quien sirvas
Se llame...

RAMON.

Nada. En habiendo
Intriguilla, ya estoy yo
En mis glorias, y dispuesto
Á engañar al *sursum corda!*

JUAN.

Al mismo Luis.

RAMON.

Lo que es eso...
Es mi amo...

JUAN.

Pero es marido!

RAMON.

Es verdad!

JUAN.

Y en el momento
Que se casa un hombre, pierde...
No te acuerdas?

RAMON.

Sí me acuerdo,
Sí señor. Pierde... Cómo era?

JUAN.

Pierde todos sus derechos
Sociales, y se declara...

RAMON.

Eso es : se declara objeto
De hospitalidad. Eh?

JUAN.

Mal
Pronunciado; pero es eso.
Objeto de hostilidad.

RAMON.

Pues : como quien dice : á ellos!

JUAN.

Y si á tí se te ofreciera
Una ocasion, por ejemplo,
De ejercer tu habilidad...
Aun cuando fuera aquí dentro,
Renunciarias, Ramon,
Á la gloria y al provecho
Que pudiera resultarte,
Por guardarle miramientos
Á un amo... indigno de tí,
Débil! apóstata!...

RAMON.

Pero
En esta casa no alcanzo
Quién pueda ser... Yo no veo...

JUAN.

No me ves á mi?

RAMON.

Usted!...

JUAN.

Calla.
Este es un golpe maestro.
Tu ama es preciosa! y merece
Que por compasion al menos
Se la saque de esa vida
De hacer cuentas y andar viendo
Cómo se barre y se cose;
En fin, de esos ministerios
Mecánicos.

RAMON.

Eso sí.
Es un dolor! — Con un cuerpo...
Y una cara!... y sin pensar
En mas que en quitar de enmedio
Los trastos, y en que se barra!...

JUAN.

Oh! verás cómo la hacemos
Que se olvide de esas cosas.

RAMON.

Será muy útil!

JUAN.

Te ofrezco
Trocar antes de dos meses
Este triste monasterio
En la mansion del placer.
Y tu ama dará el ejemplo.
Es decir, si tú me ayudas.

RAMON.

Con que usted, por lo que veo,
Ni á sus antiguos amigos
Perdona?

JUAN.

Pero, hombre; puesto
Que mas tarde ó mas temprano
Alguno ha de ser, yo quiero
Adelantarme. Lo haré
Como amigo. Desde luego,
Por ser él, suprimiré
El escándalo. Y te advierto
Que es sacrificio. Ya sabes
Que no parece completo
El triunfo, sin la salsilla
De que corra.

RAMON.

Es verdad; pero
En casos como este, cuando
Hay amistad de por medio...

JUAN.

Y luego, hay compensaciones.
Á tu amo le volveremos
Al mundo, se distraerá.
La vida que hace es un mero
Paréntesis. Ahora mismo
Casi á apostarte me atrevo
Que tiene intriga. Has olido
Tú?

RAMON.

Nada.

JUAN.

Pues, á que es cierto?
Tú obsérvalo bien, y como
Yo me equivoque...

RAMON.

Veremos.
Conmigo no se franquea.
Pero me pondré en acecho,
Y no se me escapará.

JUAN.

Pues avísame al momento
Que lo sepas. Ya verás
Llover sobre tí de nuevo
Los lances y las propinas! —
Ah! Cuidado. Lo primero
Es ganar á la doncella.
Tú ya sabes el secreto :
La haces el amor : la ofreces,
Si es preciso...

RAMON.

Está usted fresco.
Amor? — Si es una argandeña
Como un puerco-espin! Yo, lleno
De amabilidad, por ver...
Y en fin, por matar el tiempo,
Me he acercado algunas veces...
Que si quieres! Siempre llevo
Una coz. — Señor don Juan,
Esto no es el bello sexo.

JUAN.

Pues es preciso que insistas
En tu plan. Quién dijo miedo?
Esa conquista te cubre
De gloria. Ablandar un pecho
De cal y canto.

RAMON.

Si tal.

BENITA, dentro.

Ramon!

JUAN.

Quién te llama?

RAMON.

Creo
Que es la susodicha.

JUAN.

Pues
Me voy. Cómprala un pañuelo.
(Le da dinero.)
Qué horas tiene Luis?

RAMON.

De noche
Va al teatro...

JUAN.

Sí? — Hasta luego.

ESCENA II.

RAMON.

Pues señor, ya empiezo yo
Á encontrarme en mi elemento.
Propinas... Amores... Ande
La...

BENITA, dentro.

Ramon?

RAMON.

Otra te pego!
Es mi víctima futura.
No la respondo : con eso
Vendrá aquí, y empezaré
El plan de ataque. Allá adentro
Con la cocinera, es cosa
Imposible. — Dicho y hecho.

ESCENA III.

RAMON, BENITA.

(Benita sale, y al verlo se queda parada, con enojo. Ramon ha tomado una actitud sentimental.)

BENITA.

Sordo!

RAMON.

Quién?

BENITA.

Pues no oye usted
Que le llaman?

RAMON.

Será cierto?
Benita! usted me llamaba?

BENITA.

Sí señor : á ver si aquello
Ha sido en la vida un cuarto
De peregil?

RAMON.

Dios eterno!
De peregil viene á hablarme!

BENITA.

Todos los dias tenemos
La misma cancion. La Juana
Dice que es usté un mostrenco,
Que no trae la compra bien
Casi nunca.

RAMON.

Ese concepto
Tiene la Juana de mí?
Qué me importa? Á quien yo quiero
Agradar no es á la Juana,
Sino á ese rostro de cielo
Que...

BENITA.

Siempre trae las perdices
Pasadas...

RAMON.

Pasado el pecho
Tengo yo.

BENITA.

De las dos libras
De vaca, la mitad hueso...

RAMON.

Usted me lo hace roer,
Ingrata!...

BENITA.

El tocino, añejo.

RAMON.

Mas añejo es este amor...

BENITA.

La leche, aguada...

RAMON.

Que siento...

BENITA.

Los tomates...

RAMON.

En el alma...

BENITA.

Podridos.

RAMON.

Y no hay remedio
Para mí?

BENITA.

Registrar antes
Las cosas.

RAMON.

Si no es mas que eso...

BENITA.

Quite usté allá! Yo no soy
Guitarra.

RAMON.

No puede menos,
Benita, sino que usted
Nunca se mire al espejo;
Porque si usted se mirase
Esa cara...

BENITA.

Y qué tenemos?

RAMON.

Que es lástima que con ella,

Y esas carnes, y ese cuerpo,
Hable usted de peregil
Y de tomates y...

BENITA.

Quiero
Hablar. Porque tengo ley
Á mis amas. Me trujeron
Desde que era una chiquilla
Á Madrid; porque en mi pueblo
He sido hermana de leche
De la señorita; y llevo
Mas de diez años con ellas;
Y miro por el gobierno
De la casa. Y me he criado
Con vergüenza. Y no consiento
Que nadie me toque; estamos?
Que mi padre es cosechero
En Arganda. Qué pensaba
Usted?

RAMON.

Hola!

BENITA.

Y si le cuento
Que usted me persigue, puede...
Yo soy única, y no tengo
Necesidad de servir;
Estamos? Y si me meto
En mi casa, seré reina;
Estamos?

RAMON.

(Bueno es saberlo!)
Con que allá en Arganda?...

BENITA.

Pues.
Y á mí nadie... en no viniendo

Con buen fin...

RAMON.

Pues con qué fin,
Que no sea santo y bueno,
Pudiera acercarme yo
Á la alhaja de mas precio
Del cosechero de Arganda?
(Pues este negocio es serio.)
Oh! Benita! No seria
Un horror que algun paleto
De vara en cinto cargara
Con tan robusto majuelo?
Si usted se volviera allá
Llevando al lado un... (le tengo
Una aversion al vocablo!)
Llevando al lado un... mancebo...
En fin... casi un señorito...
Míreme usted.

BENITA.

Yo... en viniendo
Mi padre... se lo diré...
(No es mal mozo!) Siendo cierto...

RAMON.

Cómo cierto? Pues si traigo
En vez de lechuga, berros,
Si se me olvida barrer,
Si dejo caer al suelo
Los platos... por qué será,
Sino porque me enageno
Pensando en esta Benita
Que me ha trabucado el seso!

BENITA.

Entonces... bien; porque, en fin,
Á qué está una?

RAMON.

Oh! portento
De bondad!... (Es propietaria!)
Sí, Benita!... El himeneo...

BENITA.

Qué ha dicho usté?

RAMON.

El matrimonio...

BENITA.

Ah!

RAMON.

Ligará con el tiempo
Esta mano...

(Va á tomársela.)

BENITA.

Vaya, vaya...
Las manos quedas...

ESCENA IV.

DICHOS, CLARA, EMILIA.

(Clara trae un lio de compras.)

CLARA.

Qué es esto?
Qué hacen ustedes aquí.
En conversacion? Me alegro!

RAMON.

Señora, yo bien he oido
La campanilla, mas yendo
Á abrir, oí pasos, y dije
Á Benita : ya han abierto.

CLARA.

Pues es oir! Porque yo

No he llamado.

RAMON.

No? Pues ello...

CLARA.

Salia gente; y entramos;
Con que...

RAMON.

Pues yo...

CLARA, con severidad.

Vete adentro.

RAMON.

Jurara!...

(A una mirada de Clara se va.)

(Para abadesa
No hay otra. — Yo te prometo
Que he de ayudar á don Juan...
Y te domesticaremos.)

ESCENA V.

CLARA, EMILIA, BENITA.

CLARA.

Y tú, tampoco tenias
Que hacer?

EMILIA.

No la riñas.

BENITA.

Tengo,
Sí señora; pero á veces
Una...

CLARA.

Has aplanchado el cuello
Que te dije?

BENITA.

Cuánto ha!

CLARA.

Bien.
Y no tienes ahí un cesto
De ropa que repasar?

BENITA.

Como si no hubiera tiempo!

CLARA.

No señor : lo que hay que hacer,
Á hacerlo. Y en fin, no quiero
Verte mano sobre mano,
Ni en conferencias...

EMILIA.

Yo creo
Que la riñes sin motivo.
Ella trabaja...

CLARA.

No es eso.
Qué sabes tú?... — Vete al cuarto
De la labor.

ESCENA VI.

CLARA, EMILIA.

CLARA.

Yo me entiendo.
Esta chica se vá echando
Á perder. Hace algun tiempo
Que sin pedirme licencia,
Cosa que jamás ha hecho,
Sale de casa y no dice
Dónde ha ido.

EMILIA.

Eso no...

CLARA.

Y luego
Este perillan se arrima
Demasiado; y yo sospecho...

EMILIA.

Oh! lo que es él... ha servido
Á Luis... y de tal maestro
Tal discípulo.

CLARA, examinando las compras que ha puesto en el velador.

Qué tema
Le tienes.

EMILIA.

Ya lo estás viendo.
Y el hombre de esta mañana?
Verás como vuelve.

CLARA.

Bueno :
Que vuelva.

EMILIA.

A darme otro susto?

CLARA.

Eso no : mira qué presto
Mudó de estilo.

EMILIA.

Verás
Cómo pervierte de nuevo
Á Luis.

CLARA.

Qué afan de anunciarme!...
Si yo creyera en agüeros. —
Por fortuna, Luis se encarga
De desmentirte con hechos;

Y hoy mismo tengo una prueba...
Sin duda con el objeto
De desenfadarme, el pobre...

EMILIA.

Cuál es, dime.

CLARA.

Es un misterio.

EMILIA.

Á propósito. — Querrás
Esplícarme qué fué aquello
Que te dijo el tirolés
Al oido, que al momento
Te hizo dejar los pendientes
Que ibas á llevar? — Has hecho
Mal.

CLARA.

Es verdad.

EMILIA.

Tan baratos...

CLARA.

Mucho!

EMILIA.

Y de un gusto tan nuevo!
Y no tenia otro par.

CLARA.

Pues esta noche has de verlos...

EMILIA.

Dónde?

CLARA.

Aquí.

(Indicando sus orejas.)

EMILIA.

Qué dices! Cómo?

CLARA.

Para que vayas perdiendo

La mala opinion que tienes
De Luis, te diré el secreto
Del tirolés. Como somos
Parroquianos hace tiempo,
Me dijo aparte : señora,
No los lleve usted. — Le advierto
(En confianza) que ha estado
Aquí hace pocos momentos
El señor don Luis en busca
De unos pendientes, que luego
Dijo que recogeria;
Y yo al punto, conociendo
Que seria un regalito
Para usted, le iba á dar estos,
Que acabo de recibir.

EMILIA.

Hola!...

CLARA.

Te vas convenciendo?

EMILIA

Vamos!...

CLARA.

Yo voy á dejar
Que él me sorprenda primero;
Y en seguida le doy...

(Abriendo una cajita en que hay una sortija.)

EMILIA.

Ya!
Yo no acertaba... — Por eso
Has comprado esta sortija.

(Mirándola.)

Qué linda!

CLARA.

Y de poco precio.

EMILIA.

No he visto ninguna...

CLARA.

Ayer
Dice que las recibieron.

EMILIA.

Y otra igual le queda allí.

CLARA.

No hay mas que las dos.

EMILIA.

Por cierto,
Clara...

CLARA.

Qué?

EMILIA.

Se me han pasado
Unos deseos...

CLARA.

Deseos
De qué?

EMILIA.

Me da cortedad.

CLARA.

Vamos, habla. El camafeo
Aquel?...

EMILIA.

No.

CLARA.

El devocionario
Con forro de terciopelo
Y los adornos de plata?

EMILIA.

No. — La otra sortija...

CLARA.

Pero,
Emilia, no ves que son

Para hombre?

EMILIA.

Pues por eso.

CLARA.

Cómo!

EMILIA.

Vamos; que me pongo
Colorada.

CLARA.

Ya comprendo.
Estás loca?

EMILIA.

Por qué?

CLARA.

Pues;
Para Antoñito.

EMILIA.

Y no veo...

CLARA.

Calla!

EMILIA.

Pues qué tiene?...

CLARA.

Tiene,
Y mucho.

EMILIA.

Ya! Si queremos
Interpretar, como Luis...
Hasta lo mas... Mira; tengo
Que corresponder tambien...
Vamos, te diré un secreto,
En pago de ese que tú
Me has revelado. — Ves esto?

CLARA.

Hola... un brazalete.

EMILIA.

Sí.

CLARA.

Cómo has sabido esconderlo...

EMILIA.

Puès él me le dió en memoria,
Llorando de sentimiento...
Qué bonito es! — Cuando tú
Te casaste, conociendo
Que ya con la nueva vida
No seria fácil vernos. —
Conque es preciso que yo...

CLARA.

No, Emilia. — Yo no exagero
Las cosas; ya me conoces.
El brazalete... no hay riesgo
En que tú le hayas tomado;
Pero en esto sí : es muy feo
En una niña el hacer
Regalos á un muchachuelo
Con quien no ha mediado nada
Formal, dándole derecho
Á jactarse...

EMILIA.

Él no es capaz...
Y aquí no hay malicia.

CLARA.

Pero
Como al mundo no le consta,
Juzgará de muy diverso
Modo.

EMILIA.

La que es buena...

CLARA.

Debe

Además...

EMILIA.

Qué?

CLARA.

Parecerlo.

EMILIA.

El mundo...

CLARA, llamando.

Ven á quitarte
La mantilla; mediremos
Ese lienzo, mientras Luis
Viene.

ESCENA VII.

DICHAS, RAMON.

RAMON.

Señora?

CLARA.

Trae eso
Á mi cuarto.

(Se van.)

ESCENA VIII.

RAMON, luego DON LUIS.

RAMON, recogiendo las compras.

Me pilló.
Ha olido mi trapicheo
Amoroso..

(Llevándoselas.)

LUIS.

Á dónde vas?

RAMON.

Á llevar esto allá adentro.

LUIS.

Y qué es eso? Á ver, á ver.

RAMON.

Yo no sé. Compras que ha hecho
La señora...

LUIS, mirando las compras.

Ya ha venido?

RAMON.

Ahí está.

LUIS.

Medias... pañuelos...
Y esta cajita encarnada?

(La abre.)

(Una sortija!... — Probemos. —

(Se la prueba.)

Hola!... Pues no es para ella.
Me viene á mí. — Es para dedo
De hombre. — No hay duda. — Dios mio!...
Para quién será?)

RAMON.

Lo llevo?

LUIS.

(No se me despintará.)
Sí, llévalo; y vuelve presto.

RAMON.

Se ha quedado pensativo.)

(Se va.)

ESCENA IX.

DON LUIS.

Será para mí? — No creo
Que esté de humor de regalos;
Porque ella, con el suceso
De esta mañana, noté
Á pesar de sus esfuerzos,
Que se fué muy enfadada
Conmigo. Tendrá hoy un gesto!... —
De fijo : no es para mí. —
En fin, calma, y vamos viendo.
Lo primero es no ofuscarme.
El plan que traigo dispuesto
Es el mejor : la criada
Ha de saber... Yo me acuerdo
De que en todas mis intrigas
Siempre eran ellas... — Por medio
De Ramon veré si logro
Saber con maña... — No tengo
Necesidad de nombrar
Á mi muger : nada de eso.
Decir á un criado... No! —
Con averiguar si es cierto
Que hay amores entre Emilia
Y Antoñito, voy derecho
Á sacar la consecuencia
Precisa. — Él es listo. Y luego...
Dádivas quebrantan peñas! —
Oh! Como haya algo, lo pesco.

ESCENA X.

DON LUIS, RAMON.

LUIS.

Lo llevaste?

RAMON.

Lo llevé.

LUIS.

Y qué ha dicho?

RAMON.

Regañar,
Porque he tardado en entrar.
Y yo le he dicho que usté
Al mismo tiempo llegó...

LUIS.

Y entonces?

RAMON.

Me ha preguntado
Si habia usted registrado
El envoltorio...

LUIS.

(Hola!)

RAMON.

Y yo...
Le he dicho... que no.

LUIS.

Bien hecho!

RAMON.

Buscó esa caja encarnada...

LUIS.

Y qué hizo con ella?

RAMON.

Nada:

La guardó...

LUIS.

Dónde?

RAMON.

En el pecho.

LUIS.

(Ahí es donde guardan ellas...)
Tú lo llevarias todo
Revuelto, de cualquier modo...

RAMON.

No tal.

LUIS.

Siempre te atropellas! —
Vamos; si he de hacer tu suerte,
Vida nueva : ya es razon
Olvidar... Quiero, Ramon,
Que trates de establecerte.
Haz lo que yo. No conoces
Alguna?... Ahí está Benita,
Muchacha honrada, bonita...
Oh! no sabes tú los goces!...

RAMON.

Sí señor! (Saquemos raja
Por este lado tambien.)

LUIS.

Y ella?

RAMON.

Como vé mi tren...
Ella quisiera andar maja...

LUIS.

Háblala : dila que vàs
Con buen fin...

RAMON.

Eso es seguro.

LUIS.

Que tu cariño es muy puro...

RAMON.

Por supuesto.

LUIS.

Y lo demas
Corre de mi cuenta.

RAMON, escamado.

El qué?

LUIS.

Que haya algunos regalillos...

RAMON.

(Comamos á dos carrillos...)
Eso siempre... Ya se vé!...
Muchas gracias!... (Calla, calla!
Don Juan me mandó observar...
Si la querrá conquistar,
Y seré yo la pantalla?)

LUIS.

En fin, á ver si consiente...

RAMON.

(Adios, majuelos de Arganda!)

LUIS.

Y cuando la tengas blanda,
Le has de decir que te cuente...

RAMON.

Qué?

LUIS.

Yo tengo una familia
Á mi cargo : soy su gefe;
Y eso de que un mequetrefe
Engañe á la pobre Emilia...

RAMON.

Á la señorita?

LUIS.

Pues.
Yo tengo acá mi recelo
De que cierto jovenzuelo
La anda rondando... y ya ves!
Tan niña, tan candorosa!...
Ay, Ramon, me hace temblar!
Con cien ojos hay que estar!

RAMON.

(Ya entiendo; esto es otra cosa!)

LUIS.

Pregúntale tú... Averigua
Con maña, si ese mocito,
Que ha de llamarse... Antoñito,
Era ya visita antigua:
Si le vió dar á entender
Que á la muchacha queria,
Y si ella correspondia...
Eso lo debe saber.
Hoy mismo quiere ese tonto
Venir aquí, y es preciso
Que yo viva sobre aviso...
Conque, Ramon, hazlo pronto!

RAMON.

Por mi parte...

LUIS.

Sí, por Dios!

RAMON.

(No hay duda: es la cuñadita.)

LUIS.

Sonsaca bien á Benita.

RAMON.

(Calla! si querrá á las dos!)

LUIS.

Y por ahora, Ramon,

En prueba de tu terneza,
Como cosa tuya, empieza
Por hacerle esta espresion.

(Sacando una caja con pendientes.)

RAMON.

Y qué es esto?

LUIS.

Unos pendientes...

RAMON.

Qué bonitos!

LUIS.

Muy sencillos.
Di que con tus ahorrillos...

RAMON.

Ya estoy.

LUIS.

Y á nadie le cuentes!...

RAMON.

Qué he de contar!

LUIS.

Bien : pues anda,
Á ver si hoy mismo...

RAMON.

Allá voy.

LUIS.

Vete, que vienen.

RAMON.

(Ya soy
El cosechero de Arganda!)

ESCENA XI.

DON LUIS, luego CLARA.

LUIS.

Mi muger. — Seamos prudentes.
Bonita cara traerá
Con el lance de hoy!

CLARA, saliendo.

(Qué hará,
Que no me trae los pendientes?)

(Llegase á él con aire festivo, y le toma cariñosamente del brazo.)

Un buen marido, al volver
Á su casa lo primero
Que debe hacer, caballero,
Es buscar á su muger
Y darla un abrazo; estamos?

LUIS.

(Qué cariño intempestivo
Es este? Yo no concibo...)

CLARA.

Que estoy esperando, vamos!
Ese abrazo.

LUIS, la abraza.

(Es singular!)

CLARA.

Y nada mas?...

LUIS.

(Qué mas quiere?)

CLARA.

(Cuando trae algo, se muere
Por hacerlo desear!) —
Por dónde has andado, di?

LUIS.

Por las calles... sin objeto...
He encontrado aquel sugeto...

CLARA.

Á quién?

LUIS.

Á Antoñito.

CLARA.

Ah!...

LUIS.

Sí.

CLARA.

Y de mí, te has acordado?

LUIS.

(Muda de conversacion!)

CLARA.

(Cómo se hace el remolon!)

LUIS.

Y tú, dime, qué has comprado?

CLARA, tentándole los bolsillos con disimulo, y fingiendo que le acaricia y le compone la corbata y el chaleco.

Yo?

LUIS.

Sí.

CLARA.

(Dónde los tendrá?)
Con ver tanta baratija...

LUIS.

(Si irá á darme la sortija!)

CLARA.

Nada al fin.

LUIS.

(No me la dá.
Si ahora yo se la sacara
Del pecho!...)

CLARA.

(Aquí no los tiene.)

LUIS.

(Pero no, no me conviene.)

CLARA.

Poco has pensado en tu Clara.
Yo, como nunca me olvido
De mi Luis...

LUIS.

(Qué soboncita! —
Lo mismo estaba Rosita
Con aquel pobre marido!)

CLARA.

Fuí á una tienda á buscar
Una holanda muy barata;
Y he comprado otra corbata
Que te quiero regalar.

LUIS.

Hola! otra corbata, eh?
Te lo estimo — Pero, Clara,
Estraño verte esa cara
Tan alegre, y tan...

CLARA.

Por qué?

LUIS.

Por la escena que ese tonto
De Juan...

CLARA.

Sí, me incomodó.
Pero ya sabes que yo
Me desenfado muy pronto.
Y como tú no has tenido
La culpa... En fin; no fué nada. —
Y luego, dí, quién se enfada
Con tan amable marido?

Y hoy que va á darle á su esposa
El pobre una prueba mas...

LUIS.

(Ya te entiendo.) Lo dirás
Porque te traigo...

CLARA, con viveza.

Qué cosa?

LUIS.

Á Antoñito?

CLARA, picada.

Sí: eso es.
(Pues no me los da. Qué aguarda?)

LUIS.

(Qué tal! Merezco una albarda!)

CLARA.

(Pues aunque los tenga un mes...)

LUIS.

(Paciencia!) Le he dado cita...
(Infame!) y vendré con él...
(Estoy haciendo el papel
Del marido de Rosita!)

ESCENA XII.

DON LUIS, CLARA, BENITA.

BENITA.

La sopa.

CLARA.

Vamos allá.

LUIS.

(Disimulo, hasta saber...)

CLARA.

Vamos, Luisito, á comer?

LUIS.

Vamos.

CLARA.

(Caviloso está!)

ESCENA XIII.

DON LUIS, CLARA, BENITA, EMILIA.

EMILIA.

Clara, la sopa se enfria.

CLARA, tomándole el brazo.

Te hallo triste, Luis.

LUIS.

No tal.
Tú sí que estás hoy jovial!

CLARA.

Te pesa?

LUIS.

No, vida mia!

ESCENA XIV.

EMILIA, BENITA.

(Emilia detiene á Benita, que se iba con sus amos.)

EMILIA.

Ven, escucha.

BENITA.

Señorita,
Que van hácia el comedor.

EMILIA.

Me vas á hacer un favor!

BENITA.

Pero...

EMILIA.

Un momento, Benita!

BENITA.

Pronto.

EMILIA.

Despues que comamos,
Haces una escapatoria...

BENITA.

Eso es! tendremos historia:
Me regañarán los amos.

EMILIA.

Anda!...

BENITA.

Y luego la señora,
Si huele que salgo así,
Á quien reñirá es á mí...

EMILIA.

Yo seré tu defensora.

BENITA.

Siempre con el papelito!...
Cásese usted!

EMILIA.

Ya verás
Cómo no te envío mas:
Va á venir aquí Antoñito.

BENITA.

Me alegro!

EMILIA.

Con que despues
Irás, sí?

BENITA.

Dónde?

EMILIA.

Cerquita:
Á esa tienda tan bonita
De ahí enfrente...

BENITA.

Al tirolés?

EMILIA.

Sí: que te dé una sortija
Igual á otra que mi hermana
Ha llevado esta mañana.

BENITA.

Quiere usted que yo la elija?

EMILIA.

Si no hay mas que una.

BENITA.

Ya estoy.

EMILIA, dándola dinero.

Toma. — (Yo se la regalo.
Por qué ha de ser esto malo?)

BENITA.

Que nos llaman.

EMILIA.

Allá voy.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, EMILIA,

(Es de noche. — Están sentadas á un velador tomando café.)

EMILIA.

Y cuándo lo va á traer?

CLARA.

Ahora mismo.

EMILIA.

Ay!

CLARA.

Qué te pasa?

EMILIA.

Me lo has dicho tan de pronto!
Por poco vierto la taza
De café.

CLARA.

No es para menos
El susto! Que viene á casa
Antoñito! Vea usted! —
Ne te dije esta mañana
Que iba á hacer que lo trajeran?

EMILIA.

Es verdad; pero ignoraba
Que fuese ahora mismo.

CLARA.

Luis
Le dijo que le esperara
En el café, y allá ha ido
Á buscarle.

EMILIA.

Estoy en ascuas!
Lo va á conocer!

CLARA.

No temas.

EMILIA.

Tú no le habrás dicho?...

CLARA.

Nada.

EMILIA.

No importa; en sintiendo pasos,
Me meto en mi cuarto.

CLARA.

Vaya,
Déjate de tonterías.
Y á ver si desde hoy se acaba
El seguirnos por las calles,
Y andar haciendo esas farsas.
Ya viene aquí : con que...

EMILIA.

Bien.

CLARA.

Díselo tú.

EMILIA.

Bien.

CLARA.

(Se cansan

De amores antes de un mes.)

EMILIA.

Á nosotros ya nos basta
Con vernos este ratito
Por las noches. — Dime, Clara,
Y se irá Luis al teatro?

CLARA.

Sí.

EMILIA.

Como hoy le dé la gana
De quedarse, nos divierte.
Yo me pongo á veinte varas
De Antoñito, y ni le miro.
Pero irá. Si él nunca falta
Al teatro: no es verdad?

CLARA.

Nunca.

EMILIA.

Á las siete se marcha,
Y hasta las doce... Cinco horas!

CLARA, cavilosa.

Cinco horas.

EMILIA.

Cinco horas diarias
Para vernos. — Lo demás
Del dia pronto se pasa.
Y ya me ha de parecer
Mas corto con la esperanza
De que ha de llegar la noche!...

CLARA.

(Cinco horas!...)

EMILIA.

Qué piensas?

CLARA.

Nada.

EMILIA.

Ah? — No me has dicho... te dió
Los pendientes?

CLARA.

No.

EMILIA.

Á qué aguarda!

CLARA.

No sé : se le olvidaria...
(No quiero que Emilia caiga
En sospechas.) Tú tampoco
Le digas una palabra.

EMILIA.

Yo no.

CLARA.

Quizá me reserva
Alguna sorpresa...

EMILIA.

Calla!
Pudiera ser.

CLARA.

Sí? — Por qué?

EMILIA.

Porque desde esta mañana
Se me figura que está...
Así... yo no sé... con cara
De distraido...

CLARA.

No.

EMILIA.

Apenas
Comimos, se fué con tanta
Prisa...

CLARA.

Le estaba esperando

Antoñito.

EMILIA.

Y cómo tardan?

CLARA.

(Esos pendientes!... No sé. —
No decirme una palabra
Siquiera... Y eso que yo
Bien le daba pié...)

EMILIA.

Ay! qué ansia
Se siente cuando se espera!

CLARA.

(No sé : no sé. — Estoy tentada
Por ir. Los tendrá en su cuarto,
En algun cajon...)

(Se levanta y llama.)

EMILIA.

Te marchas?

CLARA.

No. (Le voy á dar un chasco.
Se los quito, y cuando vaya
Á buscarlos, en lugar
De los pendientes, se halla
Con la sortija.)

ESCENA II.

CLARA, EMILIA, RAMON.

RAMON.

Señora?

CLARA.

Di á Benita que me traiga
Una luz.

RAMON.

Yo la traeré.

CLARA.

No : Benita.

RAMON.

No está en casa.

CLARA.

Cómo es eso? — Dónde ha ido?

RAMON.

No sé, señora.

EMILIA.

(Es desgracia!)

CLARA.

Otra tenemos! — No he dicho
Cien veces que nadie salga
Sin decírmelo?

EMILIA.

(Ay, Dios mio!
Debo estar muy colorada! —
Pobre Benita!) Quizá...
De repente...

CLARA.

Una muchacha
Sola, de noche!... Tendré
Al fin que enviarla á Arganda
Con su padre, ántes que aquí...

EMILIA.

Habrá ido cerca...

CLARA.

Que vaya
Cerca ó lejos, nunca sale
Sin licencia una criada.
Y va de muchas.

RAMON.

(Y el amo

Tambien se marchó. — Caramba!
Será cosa de que yo
Esté empleando mi labia
Para él?)

CLARA.

Y tú, no sabes?...

RAMON.

No sé...

CLARA.

Tú no sabes nada! —
Trae una luz.

ESCENA III.

CLARA, EMILIA.

EMILIA.

No te enfades.
Ántes nunca te enfadabas
Así. Has echado mal genio!

CLARA.

Es que ántes era una malva
Benita; y ahora...

EMILIA.

No.
En fin, dame tu palabra
De no reñirla, y...

CLARA.

Me gusta!...

EMILIA.

Y yo me encargo de echarla
Una peluca.

CLARA.

Tú?... Buena

Peluca! — Tú la das alas
Con tus disculpas...

EMILIA.

Ya vés;
Criada desde la infancia
Con ella... La quiero mucho.
Pero esta vez no me ablanda.
Y si me dejas, te ofrezco
Averiguar qué escapadas
Son estas, y que no vuelva
Nunca mas...

CLARA.

Bien está : calla.

ESCENA IV.

DICHAS, RAMON, con una luz.

RAMON.

Aquí está ya.

CLARA.

Dame:

RAMON.

Alumbro?

CLARA.

No : Dame. (Si los hallara!
Y la sortija? — Aquí va.)

(Toma la luz, y entra en el cuarto de don Luis.)

ESCENA V.

EMILIA, RAMON.

EMILIA.

(He escapado en una tabla!)

RAMON.

(Se va al cuarto de mi amo!...
Y no ha querido que vaya
Con la luz!... Pues qué irá á hacer?
Miraré por la ventana
Que da al pasillo.)

ESCENA VI.

EMILIA.

No ha sido
Poca dicha!... — Por mi causa
Iba á sufrir otra riña
La pobre! — Pero es cachaza
La suya! Para una cosa
Que en dos brincos se despacha,
Tanto tardar! Por fortuna,
Ya no llevará mas cartas
Á Antoñito... — Ay! siento pasos!...
Él será... — Y esa pesada
De Benita!... — Yo me escondo!

ESCENA VII.

EMILIA, BENITA.

(Benita viene vestida con esmero, aunque de mal gusto: trae la mantilla puesta.)

BENITA.

Señorita?...

EMILIA.

Eres tú? — Gracias
Á Dios!

BENITA.

Aquí tiene usted
La sortija.

EMILIA, abriendo la caja.

Buena calma
Tienes! te han echado menos.

BENITA.

Ay, Jesus!

EMILIA.

Pero yo estaba
Delante, y pude arreglarlo. —
Igualita! — Á Dios.

BENITA.

Y el ama?

EMILIA.

Por allá dentro. — Me voy;
No me conozca en la cara...

ESCENA VIII.

BENITA.

Todo me sale á mí mal.
La señora nunca llama
Á estas horas; y hoy... — Tampoco
He tardado tanto, vaya!
Yo no he hecho mas que alargarme
Ahí donde está mi paisana
Sirviendo... — Ya estaba yo
Rabiando por enseñarla
Mi regalo! — Qué dentera
La he dado! — Que rabie! — Anda!

(Se mira á un espejo, dando la espalda al cuarto de don Luis.)

Estos sí que son pendientes

De lujo! no los que gasta
La pobre: de similor!... —
Cómo relucen! — Mañana
Es domingo, y no me toca
Salir! — Iria yo á casa
De la Gabina!... Mal año
Para Judas! — Ay! qué alhaja
Es Ramon! Ya tengo novio!
Y dice que el amo trata
De casarnos. Yo lo creo!
Quién me tose á mí en Arganda
Con este avío!...

(Continúa mirándose al espejo.)

ESCENA IX.

CLARA, BENITA.

(Clara sale del cuarto de don Luis, con la luz.)

CLARA.

(Es inútil.
Todo lo he revuelto, y nada:
No los tiene aquí. — Dios mio!
No sé qué pensar!...) — Muchacha!

(Viendo á Benita.)

BENITA, se cierra la mantilla, de modo que no se ven los pendientes.

(Ay!... El ama!... Me pilló!)

CLARA.

Dónde has ido?

BENITA.

Ahí cerca: á casa...

CLARA.

Á casa de quién?

BENITA.

Ahí cerca.

CLARA.

Dónde?

BENITA.

Á ver á la Anastasia.

CLARA.

Y á estas horas! — Calle! calle!
Y tan emperegilada!...

BENITA.

Pues para qué quiere una
La ropa?

CLARA.

Pocas palabras!
Oiga! el arrapiezo! — Sí;
Pues estoy yo bien templada!...
Y va de muchas.

BENITA.

Pues una
Tiene...

CLARA.

No hay una que valga.

BENITA.

Suele tener...

CLARA.

Sin licencia,
Nunca has de salir de casa.

BENITA.

Es que...

CLARA.

Calle usted!

BENITA.

Á veces...

CLARA.

Oiga! hasta la nueva gracia

De ser respondona?

BENITA.

Pues

Digo bien.

CLARA.

Jesus! qué alhaja

Se ha vuelto la niña!

BENITA.

Toma!

CLARA.

Vete adentro. Y si no callas,
Mañana mismo te planto
De patitas en Arganda.
Allá; á cuidar de las viñas.

BENITA.

Pues á mí no me hace falta
Cuidar de las viñas.

CLARA.

Hola!

BENITA.

Y si ahora sirvo, mañana
Puede que... No ha de ser una
Toda su vida criada.

CLARA.

Vete!

BENITA.

Y no es una ningun
Mónstruo; que á nadie le falta...
Y puede que ántes que muchos
Lo piensen...

CLARA.

Qué dices?

BENITA.

Nada.

(Se va.)

ESCENA X.

CLARA.

Qué quiere dar á entender?
Y qué tono, y qué bravatas?
Una chica tan humilde,
Tan dócil; que nunca alzaba
Los ojos del suelo! Vamos,
No hay duda : ese buena maula
De Ramon la ha levantado
De cascos : seguro. — Vaya,
Que Luis me hace conocer
Una gentecita!... — Y gracias
Que él no vuelva...
(Se sienta.)
Esos pendientes
Me hacen cavilar... Qué aguarda,
Si son para mí? Por fuerza,
Para mí son : él no trata
Persona á quien deba hacer
Ese obsequio... y si se hallara
En necesidad de hacerlo,
Me lo diria... Es estraña
Su conducta. Y hoy... es cierto
Lo que decia mi hermana,
Está distraido. — Dios
Quiera que con la llegada
De ese calavera... Acaso
Saldrian juntos, y... (Se levanta.) — Vaya,
Estos maridos, no hay duda,
Ofrecen muchas ventajas,
Pero tambien es verdad
Que á la menor circunstancia,

Ya está una muger temblando
Que vuelvan á las andadas.
Dios mio! qué haria yo
Para averiguar?...

ESCENA XI.

CLARA, DON JUAN, RAMON.

(Don Juan y Ramon asoman por el foro hablando, sin que al pronto los sienta Clara, que está sumergida en sus cavilaciones.)

JUAN.

Me basta.
Y ella quién es?

RAMON.

Aun no estoy
Seguro...

JUAN.

Y dices que Clara
Le registra?...

RAMON.

Sí señor.

JUAN.

El campo es mio. — Pues anda:
Y no olvides el toser...

RAMON.

Descuide usted. — Esto marcha!

ESCENA XII.

CLARA, DON JUAN.

JUAN.

Si ofendida, con razon,
Por aquel pasado lance,

Me permite usted que alcance
Un generoso perdon...

CLARA.

(Este lo debe saber!)

JUAN.

Sirva de merecimiento
Este mismo atrevimiento,
Que dá, señora, á entender
El ansia con que lo imploro.

CLARA.

Algo es ya, señor don Juan,
Que usted confiese el desman
Que hizo agravio á mi decoro.

JUAN.

Pues bien : á esas plantas puesto,
Ya que humilde he confesado...

CLARA.

No! no es justo á tal pecado
Dar la absolucion tan presto.

JUAN.

Señora! — Cuando contrito
El penitente se postra,
Y la humillacion arrostra
De confesar su delito,
No alcanza siempre merced
Cuantas veces llega allí?
Pues si Dios perdona así,
No ha de perdonar usted?

CLARA.

Al perdon que Dios envía
Va unida una penitencia.

JUAN.

Ya espero con impaciencia
Que usted me imponga la mia.

CLARA.

Muy grande tiene que ser!

JUAN.

No ha de parecerme grande.
Á menos que usted me mande
No volverla mas á ver.

CLARA.

(Hola! Este viene con plan.)

JUAN.

Fuera precepto inhumano!...

CLARA.

No se canse usted en vano:
No es esa, señor don Juan.

JUAN.

Oh placer! — Si la sentencia
No es esa, ninguna habrá
Que me cueste...

CLARA.

Basta ya:
Oiga usted la penitencia.

JUAN.

Pronuncie usted.

CLARA.

Que en la vida,
Sin una prueba formal,
Vuelva usted á pensar mal
De toda muger nacida.

JUAN.

Señora!...

CLARA.

Y pues hizo Dios
Que un sexo de otro dependa,
Sea usted noble, y defienda
Al mas débil de los dos.

JUAN.

Á eso se reduce?

CLARA.

Sí.

JUAN.

Pues, señora, eso no es pena.

CLARA.

Por qué?

JUAN.

Porque me condena
Á ser lo que siempre fuí.

CLARA.

Siempre fué usted?...

JUAN.

Sí señora:
El mas ciego defensor
De ese sexo encantador,
Tan calumniado hasta ahora.

CLARA.

Vea usted! — Pues á juzgar
Por el lance...

JUAN.

El lance de hoy
Es la prueba de que soy
Quien se ha llegado á formar
Concepto tan elevado
De las mugeres...

CLARA.

No entiendo
De qué modo...

JUAN.

Conociendo
Á Luis, y viendo á su lado
Una muger... Digo mal: —
Perdone usted mi franqueza:

Un prodigio de belleza,
No pensé que á rostro tal
Se uniese una alma tan pura;
Porque cuando así acontece,
Qué hombre, y menos Luis, merece
Gozar de tanta ventura?

CLARA.

La defensa es ingeniosa;
Y ciertamente debia
Por tanta galantería
Manifestarme orgullosa;
Pero yo en esta ocasion
Ni la admito ni la creo.

JUAN.

Por qué?

CLARA.

Porque en ella veo
Que es todo exageracion.
Usted quizá no ha advertido
Que hace, al disculparse así,
Una adulacion á mí,
Y una ofensa á mi marido.
Ni yo soy ese portento
Celestial que usted pondera,
Ni tampoco, aunque lo fuera,
Creo yo que hay fundamento
Para poder afirmar
Que el pobre Luis no merece...

JUAN.

Quizá...

CLARA.

Digo... me parece...
(Este me lo va á contar.)

JUAN.

Pues ni adulo, ni exagero;

Y usted muy pronto verá
Que mi defecto es quizá
Ser demasiado sincero.

CLARA.

Así me gusta á mí un hombre!

JUAN.

Le gusta á usted?

CLARA.

Para amigo.

JUAN.

Ah! si yo de usted consigo
Merecer solo ese nombre...

CLARA.

Poco á poco, caballero.
Usted me ha llamado diosa:
Y una amistad tan preciosa
No se gana así : primero
Haga usted méritos.

JUAN.

Sí :
Con la amistad me contento;
Aunque es otro sentimiento
El que hay escondido aquí.

CLARA.

Para amiga soy muy buena.

JUAN.

Paciencia! ya que el destino
No me deja otro camino
Que envidiar la dicha agena.

CLARA.

No es la dicha ciertamente
Para que así satisfaga.

JUAN.

Ay! Es dicha que no paga
El que su precio no siente.

CLARA.

Pues qué, Luis?...

JUAN.

Si la fortuna
Me hubiera hecho poseer
Tan peregrina muger,
No miraria á ninguna...

CLARA.

Pues qué, Luis...

JUAN.

Usted seria
La reina de mis amores!

CLARA.

(Dale con echarme flores!)
Pues Luis...

JUAN.

Qué muger podria
Distraerme un solo instante
Del solo objeto querido?...

CLARA.

Pues Luis...

JUAN.

Luis... es un marido;
Y yo seria un amante.

CLARA.

Pero es un marido fiel!

JUAN.

Oh! sí. — Delante de gente
No querrá seguramente
Que haga usted un mal papel.

CLARA.

Cómo? Pues qué... porque ignoro
La ofensa, ya no hay ofensa?
Así en el mundo se piensa?

JUAN.

Quedando á salvo el decoro...

CLARA.

Pues qué, es justicia, es razon
Que el marido nos provoque,
Y si faltamos, invoque
Las leyes de la opinion?
La opinion! con ellos blanda;
Con nosotras siempre dura! —
Yo me exalto... Qué locura!...
Esto es tomar la demanda...
Por mi sexo... en general...

JUAN.

Ya entiendo.

CLARA.

Lo que es á mí,
Gracias á Dios, hasta aquí...
Pero nunca vendrá mal
Que usted me diga... hace ya
Tiempo que usted no le ve;
Pero como siempre fué
Su íntimo amigo, y quizá...

JUAN.

(Bien! Ya la veo venir!)

CLARA.

Le guarda el mismo interes...

JUAN.

Somos uña y carne...

CLARA.

Pues!...
Y usted me podrá decir...
Yo sé que Luis, hasta el dia
En que me empezó á tratar,
No ha hecho mas que enamorar
Á cuanta muger veia.

Y ahora... No porque me espante,
Ni eso á mí me llegue al alma...
Jesus!... tengo yo una calma!...
Soy muger muy tolerante!
Pero usted lo sabe, él tiene
Esa fatal propension;
Y una muger de razon,
Si está advertida, previene
Esas cosas, y aun las corta...
O al menos tiene el placer
De hacerle al marido ver
Que lo sabe, y no le importa.
Con que, hable usted : es forzoso :
Como amigo, desde ahora...

JUAN.

Aun no he ganado, señora,
Ese título precioso!

CLARA.

Es verdad; mas de este modo...

JUAN.

Qué méritos he hecho yo
Para conseguir?... No, no:
En usted es bondad todo.

CLARA.

Bien : mas cuando yo me digno
Anticipar...

JUAN.

No lo acepto.
Usted me impuso un precepto:
Fué muy justo : me resigno.

CLARA.

Suele una al pronto creer...
Pero si despues advierte...

JUAN.

Bondad! bondad!... De otra suerte,

Cómo pudiera yo ser
Elevado á tanta altura?
Al colmo de mi esperanza!
Á la íntima confianza
De tan perfecta hermosura!

CLARA.

Pues eso le empeña á usted...
(Qué terco!)

JUAN.

(Bien va el asedio!)

CLARA.

Á ganar...

JUAN.

(La tengo en medio
De la espada y la pared.)
Yo la ganaré, lo juro!
Que tengo constancia y fé:
Yo algun dia ganaré
La amistad de un ser tan puro.
No me arredra el tiempo, no.

CLARA.

Algunos logran mas presto...
Hay simpatías...

JUAN.

Qué es esto?
Qué ha dicho usted?... Sueño yo!

CLARA.

Nada... Que si usted me aclara...

JUAN.

Es posible, oh Dios! — Yo he sido
Tan feliz, que he conseguido,
En un dia, hermosa Clara,
El afecto, la amistad,
El cariño...

CLARA.

Poco á poco...
Que no he dicho...

JUAN.

Yo estoy loco
De gozo... y de vanidad!

CLARA.

Amiga, sí...

JUAN.

Tierna amiga,
Y yo un amigo sincero!

CLARA.

Bien; pero la prueba espero:
Y ha de ser que usted me diga...

JUAN.

Cuanto se encierra en mi pecho!
Ya no hay nada oculto aquí
Para usted. — Y usted á mí
Me concederá el derecho
De exigir que entre los dos
No haya secretos?...

CLARA.

(Me quema!)
Bien: sí: basta. — Pero...

JUAN.

(Al tema.)

CLARA.

Lo que urge...

(Ramon aparece á la puerta del foro, y tose.)

JUAN.

(Maldita tos!)
Silencio! es él.

(Con tono de inteligencia marcada.)

CLARA, sorprendida del tono de don Juan.

Quién?

JUAN.

Luis.

CLARA.

Sí?

Pues cómo?...

JUAN.

Ramon...

CLARA.

(Qué escucho!)

JUAN.

Él nos avisa : es muy ducho!

CLARA.

(Cielos! Yo no estoy en mí!)

JUAN, la indica una silla, donde ella maquinalmente se sienta, y la pone un libro en la mano, que ella toma del mismo modo.

Disimulo! — Ya tendremos
Ocasion... — Si usted me ayuda,
Le haremos irse, no hay duda.
Y usted sabrá!... — Ya hablaremos. —

CLARA.

(Dios mio! esto es una cita!
Y yo le he dado derecho!...
Estoy turbada. — Qué he hecho!...
La curiosidad maldita!...)

JUAN.

(El asunto va vencido.
Ya entre los dos al presente,
Hay un secreto pendiente,
Que ella oculta á su marido.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DON LUIS, ANTOÑITO.

LUIS, á Antoñito.

Entre usted. — Hola! Juan, tú
Por esta casa!

JUAN, atestiguando con Clara.

Ahora mismo...

CLARA.

Sí.

LUIS, á Clara.

Aquí tienes... (Qué encarnada
Se ha puesto!) á un amigo antiguo...

CLARA.

Quién es?

LUIS, á Antoñito, que está retirado.

Acérquese usted.

(Don Luis se coloca entre Clara y Antoñito, y observa á los dos.)

ANTONIO.

Yo, señora...

CLARA.

Hola! Antoñito!

LUIS.

(Qué frialdad!)

CLARA.

Celebro mucho...

ANTONIO.

Gracias.

JUAN.

(Quién será este chico?)

ANTONIO.

(Qué gesto! — Bien lo temí!
La hermana es el enemigo

Mayor que tengo.) — Señora...
Este caballero quiso
Con tanto empeño traerme...
No es verdad? que yo he cedido...

LUIS.

(Aun querrá que le agradezca...)

CLARA.

Ha hecho bien.

LUIS.

Siento infinito
Que desde mi casamiento
No hayamos nunca tenido
El gusto de hallar á usted...

ANTONIO.

Á esta señora la he visto
Alguna vez...

LUIS.

Ya!

CLARA, en tono de burla.

De lejos.

LUIS.

(Disculpa al canto!)

JUAN.

(Era amigo
De la casa!)

LUIS.

Pues señor,
Desde hoy puede usted, lo mismo
Que allá, visitar á Clara
Cuando guste. — Ya me ha dicho
Que es usted un jóven franco,
Amable...

ANTONIO.

De veras?

LUIS.

Digno
De estimacion...

CLARA.

Sí : me debe
Tal concepto.

ANTONIO.

Yo lo estimo,
Señora, y le juro á usted
Que á nada en el mundo aspiro
Tanto como á merecer
Que forme usted ese juicio
De mí. — (Bien : por la peana
Se adora al santo.)

LUIS.

(Es muy niño
Para fingir. — Por Emilia
Ni siquiera le ha ocurrido
Preguntar.)

CLARA.

Ya debe usted
Saber que desde el principio,
Tanto Emilia como yo...

LUIS.

(Qué tal! — Ella abre el camino
Para que mienta.)

ANTONIO.

Ah sí : Emilia...
Es verdad... le he merecido...
Pero usted, señora, usted!...

LUIS.

(No disimula : es novicio.)
Tiene usted razon : aquí
La persona que es preciso
Adorar es esta alhaja!

Esto no es muger, amigo:
Esto es un ángel, un ángel
Que del cielo ha descendido
Á hacer feliz á este pobre
Mortal! No es cierto, bien mio?...

(Abrazando cariñosamente á Clara.)

(Que rabie!... como rabiaba
Yo, siempre que aquel marido
Hacia fiestas á Rosa.)

CLARA.

Vamos, Luis, vamos: quietito:
No seas pesado.

(Desasiéndose con sequedad.)

LUIS.

(Es claro!
Delante de él... — Otro indicio!)
Qué es eso! Estás triste?

CLARA.

Hola!
Ahora es cuando yo te digo
Como ántes tú me dijiste:
Luis, qué acceso de cariño
Es este?

LUIS.

Pues no estoy siempre
Del mismo modo contigo?
Tú estás hoy... No sé qué tienes...
Ah! Ya caigo! — Juan, le has dicho
Á Clara?... Has pedido ya
Perdon?...

JUAN.

Venia á pedirlo;
Pero á pesar de mis ruegos,
Aun no habia conseguido
Aplacar su justo enojo,

Cuando llegaste, y...

LUIS.

Pues, hijo,
Á ver cómo te compones.
Si no te indulta...

JUAN.

Yo abrigo
La lisonjera esperanza
De que así que me haya oido
Todo lo que iba á decir
Cuando vino á interrumpirnos
Tu llegada, lograré
El perdon que solicito.

CLARA.

Si usted lo cumple...

JUAN.

Señora,
Ya vió usted que iba á decirlo...

LUIS.

Pues vamos, empieza; y yo
Seré juez.

JUAN.

No: ahora...

LUIS.

Has visto
La humildad con que lo pide?
Vamos, Clarita! Yo fio
En que por mi intercesion...
Ven acá, Juan. — Antoñito,
Venga usted á presenciar...
(Voy á darle otro martirio!)
Ea, en muestra de perdon,
Dale la mano.

CLARA.

Luis!

JUAN.

(Fijos
Son los toros.)

(Alargando la suya con humildad.)

LUIS.

Te lo ruego.

CLARA.

Pero, hombre!...

ANTONIO.

(Pues el marido
Es mas amable!)

LUIS.

Clarita!
Vamos!...

CLARA, le da la mano.

(Todos son lo mismo!

LUIS.

Eso es! —

CLARA.

(El hombre de mundo!)

LUIS.

(Lo que ella se ha resistido!)

JUAN, ap. á Clara.

(Este momento, señora!...)

CLARA, ap. á don Juan.

(Calle usted!)

LUIS, á Antoñito.

Ya son amigos:
Lo está usted viendo? — (Si Juan
Supiera que me ha servido
De instrumento!...)

ANTONIO.

Oh! en viendo hacer
Unas paces, me electrizo!

CLARA.

Pero Emilia, dónde está?

(A don Luis.)

Dile que venga : Antoñito
Querrá verla.

ANTONIO.

Sí señora.

LUIS, llamando.

Emilia! — (Si me desvío
De aquí, le da la sortija
En mis barbas, como hizo
Aquella...)

ESCENA XIV.

DICHOS, EMILIA.

EMILIA, se sorprende viendo gente estraña.

Llamas?... — Ay Dios!...

CLARA.

Ven; que hay aquí un conocido.
No te acuerdas?

EMILIA, se saludan con empacho.

Sí... El señor...

ANTONIO.

Señorita... yo... (Ay! qué brincos
me da el corazon!)

(Emilia hace señas á Antoñito de que no la mire, y hable con Clara.)

LUIS.

(Albricias!
Que ha mostrado regocijo
Al verla. — Si habré yo estado
Sospechando sin motivo?...)

EMILIA, á Clara.

(No me entiende! — Háblale tú.)

ANTONIO.

(Me hace señas. — No adivino...)

LUIS.

(Pobre Clara!)

(Don Luis, como arrepentido de sus sospechas, va á acariciar á Clara, la cual le rechaza.)

CLARA.

Quita, quita.

(A Antoñito.)

Con que, sepamos, qué ha sido
De usted en todo este tiempo?

(Clara y Antoñito hablan. Don Luis empieza á escamarse de nuevo.)

ANTONIO.

Señora, yo...

JUAN.

(Si consigo
Despertar en Luis sospechas
Por otro lado, me libro
De que las conciba acaso
De mí. — Con este chiquillo
Que la visitaba, y tiene
Facha...

(Clara se acerca á Antoñito, se sientan y siguen hablando. — Emilia se sienta mas distante y afecta no atender á nada. — Don Juan toma á don Luis del brazo, y se pasea con él. — Antoñito en la escena muda, se vuelve alguna vez á hablar á Emilia; pero esta lo evita siempre, haciéndole señas de que hable con su hermana.)

ANTONIO.

No tengo mas vicio.
Eso sí, todas las noches
Al teatro.

CLARA.

No ha perdido
Usted aquella aficion...

JUAN.

Dí: quién es ese mocito?

LUIS.

Ese?... Un jóven... que iba á casa
De Clara.

JUAN.

Parece listo.

LUIS.

Hombre, no!

JUAN.

Sí tal. Así,
Con ese aire de doctrino,
Se le conoce...

LUIS.

De veras?

JUAN.

Ya sabes que yo los pillo
Al vuelo.

LUIS.

Es verdad... Lo que es
Socarron...

JUAN.

Vaya!... Ese niño...
Le he estado observando...

LUIS.

Y qué?

JUAN.

Con el tiempo...

LUIS, recordando.

Ah! si es el mismo
De quien te hablé esta mañana.

JUAN.

Cuál?

LUIS.

El que anda haciendo guiños...

JUAN.

Á quién?

LUIS.

Cómo á quién? Á Emilia.

JUAN.

Sí? — Nunca lo hubiera dicho.

LUIS.

Por qué no?

JUAN.

Tú estás seguro?

LUIS.

Yo... seguro... sí.

JUAN.

Te digo
Que no puede ser.

LUIS.

Por qué?

JUAN.

Porque eso, á un hombre corrido
Como yo, no se le escapa.
Y me alegro; porque, chico,
La verdad... estoy haciendo
Reflexiones... y me inclino
À tu cuñadita. — Al fin,
Con todos mis aforismos,
Creo que caigo. Hay en ella
Una gracia, un atractivo!...
Y seria chasco... — Pero
No : si desde que ha salido
No he dejado de mirarla...

LUIS.

Y á él?

JUAN.

Tambien. — Nada; ni indicios
Siquiera... Me impongo yo
Con una mirada... Y digo,
A esa edad! — Vamos, lo que es

Entre Emilia y él... de fijo,
No hay nada.

LUIS.

Entre Emilia y él
Crees tú que no...

EMILIA.

(Qué fastidio!
No se van.)

LUIS.

(Será posible!
Y como Juan está frio,
Observa con mas acierto
Que yo... — No hay mayor martirio
Que la duda! — En el café,
Cuando los dos nos pusimos
Á beber, me pareció
Notar entre los amigos
Risitas y cuchicheos...
Dios mio! Estaré en ridículo?
Iré yo por esas calles
Como iba el pobre marido
De Rosita?...)

(Un reloj de sobremesa dá las ocho.)

EMILIA.

Son las ocho.

ANTONIO.

Sí? Pues lo que es hoy, prescindo
Del teatro, por el gusto...
Esto es, si no han decidido
Ustedes salir...

CLARA.

No tal:
Nosotras nunca salimos
De noche. Quien va al teatro
Diariamente es mi marido.

ANTONIO.

Pues ya es hora. — Y hoy estrenan
Un drama...

LUIS.

Sí: ya lo he visto
Anunciado. Y siento mucho
Perderlo. Por un descuido
De Ramon... Fué tarde, y ya
No halló billetes...

EMILIA.

(Dios mio!)

ANTONIO.

No lo deje usted por eso:
Justamente... en el bolsillo
Traigo mi luneta...

(Saca un billete, y se lo ofrece.)

LUIS.

No
Se prive usted...

ANTONIO.

No me privo
De nada... No piense usted
Que hago ningun sacrificio.

LUIS.

(Lo creo.)

ANTONIO.

Tómela usted.
Yo no he de ir. Determino
Pasar la noche en la amable
Compañía...

LUIS.

(Pues no es pillo
Que digamos!)

ANTONIO.

Tome usted.

LUIS.

Yá es tarde...

ANTONIO.

No : si al principio
Hay sinfonía... Es un drama
Precioso! — Yo le he leido. —
No lo pierda usted. Es obra
De un muchacho, amigo mio.
Tiene doce cuadros.

LUIS.

(Sopla!)

ANTONIO.

Y qué versos tan bonitos!...

JUAN.

Oh! pues no debes perderlo.

LUIS.

Si ya...

JUAN.

Llegas en dos brincos :
Está aquí al lado.

CLARA.

Sí, Luis :
Vete. Qué has de hacer metido
En casa?...

LUIS.

(Estoy sofocado!)

JUAN.

Anda, hombre!...

(Le da el sombrero.)

CLARA.

Anda.

LUIS.

(No hay arbitrio!)

ANTONIO, le pone la luneta en la mano.

Vaya usted.

LUIS.

(Irme yo ahora...
Y echado por Antoñito!)

JUAN, ap. á don Luis.

Vete; que quiero entablar
Con Emilia...

LUIS.

Pues te exijo
Que hasta que vuelva, has de estarte
Aquí.

JUAN.

Si me dan permiso
Estas señoras...

EMILIA.

(Á Dios!)

CLARA, con empacho.

Bien.

LUIS.

(La incomoda el testigo!)
Sí: acompaña á mi muger.
(Estando Juan, no hay peligro.)

JUAN.

Pierde cuidado.

LUIS.

Ea, pues;
Hasta luego.

CLARA.

(Es mucho tino!)

ANTONIO.

Que usted se divierta.

LUIS.

Gracias. —
(Á don Juan.)
Háblala de lo que has visto
En Francia... En fin, entretenla.
(Se va.)

JUAN.

Bien. — (Cómo allana el camino,
Cuando á sí propio se pone
En ridículo un marido!)

ESCENA XV.

DON JUAN, CLARA, ANTOÑITO, EMILIA.

CLARA, á Antoñito.

Y usted se priva de ver
Esa comedia?...

JUAN.

Quizá,
Señora, no faltará
Quien lo sepa agradecer.

EMILIA.

(Ya lo conoció.)

CLARA, se levanta, y se acerca á un velador que hay en el otro estremo del teatro: allí se pone á hojear un libro.

(Está visto:
Luis se lo confia todo.)

JUAN, á Antoñito.

Oh! y usted lo ha hecho de un modo!...
Bien: con arte! — Es usted listo!

ANTONIO.

Usted sabe?...

(Va á levantarse.)

JUAN, haciéndole sentarse.

Quieto, quieto.
Me declaro protector
De tan inocente amor.
Yo sé guardar un secreto. —

(Á Emilia.)

Y estos méritos, señora,

Bastan á que usted perdone
Aquella ofensa?...

CLARA.

(Se pone
Á hablar con Emilia ahora!)

EMILIA.

Y usted de dónde ha sacado?...

JUAN.

El amor, sabe ocultarse?...
Pueden ustedes hablarse,
Sin tener ningun cuidado,
Mientras yo entretengo á Clara. —
Gozad, felices amantes!
Disfrutad de estos instantes
Que la fortuna os depara.
(Qué bonita!)

CLARA.

(Se estasía
Con ella! — Estoy impaciente!)

JUAN.

Y si acaso viene gente,
Yo aviso : usted se desvía
Y obedece al menor gesto...
Déjese usted gobernar,
Jóven incauto.

CLARA.

(Qué hablar!)
Señor don Juan?

JUAN.

(Bueno es esto :
Que me llama.)

CLARA.

Usted que ha estado
En Paris... Es tan hermosa
La Magdalena famosa,

Como muestra este grabado?

JUAN.

Sí señora : exactamente.
Hola! vistas de Paris! —

(Se sienta al lado de Clara, y siguen hablando.)

EMILIA.

Se lo va á contar á Luis!

ANTONIO.

No importa : que se lo cuente.
Yo no puedo resolverme
Á vivir de esta manera!
El que espera desespera.

EMILIA.

Te cansas ya de quererme?

ANTONIO.

De quererte, vida mia?
Eso, jamás! — Pero sí
De no pasar junto á ti
Todas las horas del dia.
Esto no es vida : esto es muerte! —
En fin, decidido estoy :
Si me amas, desde hoy
Une tu suerte á mi suerte.

EMILIA.

Qué dices?

ANTONIO.

Prenda adorada!
Amor en el mundo es todo :
Y amándonos de este modo,
Qué necesitamos? Nada!
Seis años llevo : á los siete
Soy abogado : hasta allá...
Viviremos... Dios dirá!
Y en abriendo mi bufete...

EMILIA.

Vamos, vamos : ten paciencia...

ANTONIO.

Qué! no te resuelves?

EMILIA.

No.

ANTONIO.

No amas tú como amo yo!...
No amas con esta vehemencia!...

EMILIA.

Mas que tú. Y porque amo así,
No quiero dar este paso;
Y que luego llegue el caso
De verte infeliz por mí.
Yo te amo sin interés;
Por amarte... — Disfrutemos
Esta dicha; y no pensemos
En lo que será despues. —
Cuando esté aquí mi cuñado,
O no me mires, ó vete.

ANTONIO.

Por qué?

EMILIA.

Porque no interprete
De ese modo depravado
Que suele, este puro amor
Que él no conoce.

ANTONIO.

Es tormento!
Nos vemos solo un momento,
Y ha de haber siempre un temor!

EMILIA.

Y qué remedio? Es en vano

(Saca la sortija.)

Desesperarse. — Oye aquí.

Para que pienses en mí...
Miran?

ANTONIO.

No.

EMILIA, le pone la sortija.

Dame la mano.
En los momentos de ausencia
Consuélate con mirarla.

ANTONIO.

Ah! te juro conservarla
(Besándola.)
Mientras dure mi existencia!
(Siguen hablando.)

CLARA, á don Juan.

Pero todo eso es muy vago.

JUAN.

Y qué quiere usted que diga?

CLARA.

Lo que se dice á una amiga:
Si no, no me satisfago.
Luis se lo ha contado á usted.

JUAN.

Y qué amigo es el que abusa...

CLARA.

Bien! Muy bien!... Usted se escusa?

JUAN.

(Voy á tenderla una red.)
Ay! ese enojo inhumano
Me aterra, me desconcierta!...
Hará usted que me convierta
En el hombre mas villano!...

CLARA.

No señor, de ningun modo.

JUAN.

Bien: lo seré, lo seré.

Su secreto venderé.

CLARA.

No.

JUAN.

Sí; sépalo usted todo.
La engaña á usted.

CLARA, se levanta.

Ay!! — De veras?
Es de veras?

JUAN.

Sí señora! —
Quiere usted pillarlo ahora?

CLARA.

Cómo!... ahora?...

JUAN.

Á las primeras
Horas de la noche, sé
Que se ven en cierto puesto. —
Una mantilla... un pretesto...
Y yo la acompaño á usted.

CLARA.

Y ella, quién es?

JUAN.

(Qué le digo?)

CLARA.

Pronto!

JUAN.

(Salgamos del paso
Con cualquier embuste : el caso
Es que se venga conmigo.)
Va usted á saberlo ahora.

CLARA.

Quién es?

JUAN.

Es...

CLARA.

(Me desespera.)

JUAN.

Quien no merece siquiera
Descalzar á usted, señora!

CLARA.

Eso mas!

JUAN.

Muger liviana!...
Vamos pronto.

CLARA.

Sí.

JUAN.

(He vencido!)

(Ramon se asoma al foro y tose.)

CLARA.

Cielos!

JUAN.

Él es!

CLARA.

Mi marido!

JUAN.

Disimule usted. Mañana... —

(En voz alta, mirando el libro.)

Qué hermosa vista! — Antoñito?

ANTONIO.

Mande usted?

JUAN.

Venga usted presto.
Mire usted!... mire usted esto!
Qué estampa! — (Aquí quietecito.)

ANTONIO, queda al lado de Clara, mirando las estampas.

Qué hermosa!

CLARA.

(Á qué volverá!)

JUAN, se sienta al lado de Emilia.

Qué tal? Cumplo lo que ofrezco?
Si en recompensa merezco
Que usted...

ESCENA XVI.

DICHOS, DON LUIS.

(Don Luis al asomar por el foro, se detiene, ve á Antoñito al lado de Clara, y en un arranque de cólera tira el sombrero al suelo.)

LUIS.

(Á su lado está!)

CLARA, EMILIA, ANTONIO.

Ay!

CLARA.

Qué tienes?

JUAN.

Qué te ha dado?

CLARA.

Vienes malo?

LUIS.

Sí.

CLARA.

De qué?

LUIS.

De...

CLARA, le pone una silla.

Siéntate.

LUIS.

Yo no sé.

ANTONIO.

Yo sé lo que le ha pasado.

LUIS.

Oiga!

CLARA.

(Será con la dama!)

ANTONIO.

Á que sí?

JUAN.

(Bien va el proyecto.)

ANTONIO.

Le ha hecho demasiado efecto
El primer acto del drama!

LUIS.

(Se está burlando de mí?)

ANTONIO.

Es tremenda aquella escena
En que el amante envenena...

JUAN.

Hombre! Pues si empieza así...

CLARA, con ironía.

Quizá el calor...

LUIS.

Sí.

CLARA.

Se irrita
La sangre...

LUIS.

Sí.

CLARA.

Y la cabeza...

LUIS, mirándola, escamado.

Sí.

CLARA.

Pobre! me dá tristeza!...

LUIS, á Clara, levantándose.

No me hagas caricias!... Quita!

CLARA.

(Ay! es verdad!... Viene ciego!
Disimulemos.) Señores...

JUAN, toman los sombreros.

Sí : vámonos. — Son vapores...

CLARA, llama.

Una luz. — Con el sosiego...

ANTONIO.

Que usted se alivie.

LUIS.

Agradezco...
(Á ver si tiene...) Antoñito?

ANTONIO.

Mande usted?

LUIS, alargándole la mano.

Nada : repito
Que esta casa...

ANTONIO, haciendo cortesías.

Y yo me ofrezco...

CLARA.

No hay hombre que se corrija!

LUIS.

Esa mano.

ANTONIO, le da la mano.

Yo deseo...

ESCENA XVII.

DICHOS, BENITA, con una l

BENITA.

Señora?

CLARA.

Alumbra... (Qué veo!...
Los pendientes!...)

LUIS.

(La sortija!)

(Don Luis y Clara se lanzan una mirada de indignacion. — Don Juan y Antoñito se despiden haciendo cortesías. — Cae el telon.)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA.

(Está sentada al velador, escribiendo.)

« Mi hermana ha salido á misa :
« Vete hácia San Sebastian :
« Te haces el encontradizo,
« Y la acompañas acá.
« Nos veremos un instante
« Con alguna libertad;
« Porque tambien mi cuñado
« Ha salido, y no vendrá
« Hasta cosa de las once,
« Que es la hora de almorzar. » —

(Doblando el papel en muchos dobleces.)

No dirá que no aprovecho
Las ocasiones. — Si está,
Como acostumbra, esperando
Que me asome, en el umbral
Del tirolés, se la echo
Por el balcon. — Voy allá.

(Éntrase por la izquierda.)

ESCENA II.

DON LUIS, RAMON.

(Salen por el foro. — Don Luis con capa y embozado, con el sombrero muy calado, y como recatándose. — Mientras habla, da la capa y el sombrero á Ramon, el cual los lleva dentro y vuelve luego á salir.)

LUIS.

No hay duda : á la iglesia iba;
Allí la dejo. Y por mas
Que he mirado dentro y fuera
Yo no he visto al perillan
Por allí. — Me vuelvo á casa,
Porque ya se va á acabar
La misa, y no quiero que ella
Sospeche que he ido detrás. —
Allí queda de rodillas,
Sin moverse, sin mirar
Á ningun lado. — Dios mio!
Seré yo tan animal
Que me esté martirizando
Sin fundamento? — Ba, ba!
No he visto yo la sortija?
No la estoy viendo imitar
En todo aquellas astucias
De que fuí cómplice allá
En otro tiempo... y que tengo
Tan presentes, por mi mal! —
Vive Dios, que estoy pagando
Todo lo que he hecho pasar
Á otros maridos. Parece
Castigo providencial
El mio. — Aquellos recuerdos

Siempre me han de atormentar.
Cosa es de volverse loco!...

(Sale Ramon.)

Ramon?

RAMON.

Señor?

LUIS.

Ven acá. —
Vamos, dime : has hecho aquello?

RAMON.

Pues no ha visto usted brillar
En sus orejas?...

LUIS.

Y vamos,
Ya viste anoche al galan,
Que vino aquí de visita.

RAMON.

A quién?

LUIS.

A Antoñito.

RAMON.

Ah!

LUIS.

Emilia, estando yo aquí,
Disimula... es natural.

RAMON.

(Qué rodeos! Á que piensa
Que yo se lo he de contar
Á su muger?)

LUIS.

Con que, dime,
Dime : has sonsacado ya
Á Benita?

RAMON.

Sí señor!

ESCENA III.

DICHOS, EMILIA.

(Emilia sale muy alegre, y se queda cortada al ver á don Luis.)

EMILIA.

Ya va el pobrecillo... — Ay!
(Ya está aquí. — Qué pronto ha vuelto!
Se descompuso mi plan.)

LUIS.

Hola, Emilia. — (Mientras llega
Clara, quiero aprovechar...)

EMILIA.

(Si no ha doblado la esquina,
Le haré señas...)

(Yéndose.)

LUIS.

Dónde vas?
Ven aquí, querida Emilia.

EMILIA.

Iba...

LUIS.

Tenemos que hablar.

EMILIA.

(Ay, Dios mio!)

LUIS, ap. á Ramon.

Vete ahora...

RAMON, con malicia.

Ya estoy!

LUIS.

Luego me dirás...

RAMON.

(Cuanto mas tarde lo sepa...)

LUIS.

Ponte al balcon...

RAMON.

Voy allá!

LUIS.

Oye : y en viendo que llega
La señora, sin tardar
Me avisas. — Cuidado!

RAMON.

Estoy! —
(Pues! lo dije. Anda detrás
De la cuñada. En sabiendo
Que Antoñito es su rival!...)

ESCENA IV.

DON LUIS, EMILIA.

LUIS, mirando el reloj.

(Ya no puede tardar Clara.)
Con que, Emilia, la verdad :
Qué tal te fué anoche?

EMILIA.

Anoche?

LUIS.

Dime : estuvieron en paz
Los rivales?

EMILIA.

Qué rivales?

LUIS.

Vamos!... Antoñito y Juan.
Quién ganó la palma?

EMILIA.

Nadie.

LUIS.

Vamos, ten franqueza!

EMILIA.

Hay tal
Cosa! No digo que nadie?

LUIS.

Si Juan me ha dicho que está
Muerto por ti.

EMILIA.

(Con mentira
Quiere sacar la verdad.
Ya está fresco!)

LUIS.

No se estuvo
Á tu lado, sin cesar
De hablarte en toda la noche?

EMILIA.

Sí.

LUIS.

Sí? — Con que sí?

EMILIA.

Sí tal.
(Él quiere engañarme; y yo
Soy la que le va á engañar.)

LUIS.

Pues... Y Antoñito estaria
Ciego... dado á Barrabás!

EMILIA.

Qué disparate!

LUIS.

Pues cómo?

EMILIA.

Hombre, no te he dicho ya
Que á mí, ni Antonio ni nadie
Se me ha acercado jamás

Á hablarme de amor? — Es mucho
Empeño de sospechar!...

LUIS.

Con que no? Pues yo le hallé
Alterado!... es natural!
Te hacia el otro el amor...

EMILIA.

Dale! qué habia de estar
Alterado! — Allí se estuvo

(Señalando al velador.)

Con mi hermana en santa paz...

LUIS.

Dónde?

EMILIA.

Allí... mirando estampas.

LUIS.

(Estampas!...)

EMILIA.

Pues : sin pensar
En el santo de mi nombre.

LUIS.

(Cierto; yo los ví!... No hay mas!
Infames! no cabe duda!)

EMILIA.

(Me ha querido sonsacar,
Pero se ha llevado chasco.)

ESCENA V.

DICHOS, RAMON.

RAMON.

Señor!... Señor!... Ahí está.

LUIS.

(Traidora!)

RAMON.

Y viene...

LUIS.

Con quién?

RAMON, con tristeza maliciosa.

Con Antoñito!

LUIS.

(Qué tal! —
Digo!... y hace un cuarto de hora
Que se ha debido acabar
La misa! — En un cuarto de hora...
— Bestia!... Si me estoy allá,
Los sigo, y...)

RAMON.

(No la conquista.
El chico la gusta mas.)

(Se va.)

ESCENA VI.

DON LUIS, EMILIA, CLARA, ANTOÑITO.

(Clara sale del brazo de Antoñito, el cual trae el devocionario en la mano.)

EMILIA.

(Pues! ahí viene!)

ANTONIO.

(Ya está en casa
El cuñado. Voto va!)
Señorita... — Caballero...
Usted me ha de perdonar...
Al salir de misa dió
La feliz casualidad
De que encontrase á Clarita;
Y aunque no es hora de...

LUIS.

Ya!

ANTONIO.

Como anoche quedó usted
Indispuesto... mi ansiedad
Por saber...

LUIS.

Gracias!

ANTONIO.

(Qué cara!)

LUIS.

(Es situacion infernal
La de un marido! — Tenerlo
Aquí... y no poderlo ahogar!)

ANTONIO.

No está usted mejor?

LUIS.

Sí estoy.

ANTONIO.

Ay! Pues si eso fué no mas
Que con el acto primero,
Si usted se queda... ya, ya!

LUIS.

(Me está chuleando!)

ANTONIO.

Yo fuí,
Y aun alcancé la mitad.
Qué drama! qué versos tiene!
Hay una escena al final
Del cuadro décimo, toda
En seguidillas, que está
Versificada!... Pues digo,
Y cuando van á quemar
Los dos hereges... marido
Y muger, y cada cual

Dice, al subir á la hoguera,
Un soneto?

LUIS.

(Este truhan
Se está burlando de mí,
Y yo lo voy á matar.)

CLARA.

Lo que es el drama de anoche...
El que le hizo tanto mal
Á Luis... tiene un desenlace...
Que él no espera.

LUIS.

(Se dará
Un descaro!... Yo estoy ciego!...
Yo voy á escandalizar!)

ANTONIO.

(Para no hablarla y ver malas
Caras, me voy al portal
Del tirolés, que allí al menos...
Si se asoma...) En fin...

(Saludando.)

EMILIA.

(Se va.)

ANTONIO.

Señoras!... Señor don Luis!...

LUIS.

Abur!... (Me la has de pagar!)

ESCENA VII.

DON LUIS, CLARA, EMILIA.

LUIS.

Qué larga ha sido la misa!

CLARA.

Larga? — Pues yo... la verdad...
Como tú eres tan casero...
Creí que el tiempo que estás
En casa... aunque yo esté fuera...
No te debia pesar.

LUIS.

Habrás rezado?...

CLARA.

No. — He ido
A una diligencia.

LUIS.

Cúal?

CLARA.

He ido á la agencia.

LUIS.

Á la agencia!

CLARA.

Á la agencia, sí : á encargar
Criada.

LUIS.

Para qué?

CLARA.

Ven,
Emilia. — Ya lo sabrás.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

Esto es hecho : no resisto.
Qué espero? qué hay que saber?
Todo cuanto puede ver
Un marido, yo lo he visto.
Quizá no ha echado borron
En su honor; pero es el caso
Que la que da el primer paso
Ya demuestra la intencion.
Y en la lógica del mundo
Pasa como verdadero,
Que la que ha dado el primero
Da sin remedio el segundo.
La deduccion será necia;
No importa; así hay que juzgar;
Y nadie puede apreciar
Muger que el mundo no aprecia.
Mato á ese hombre... Y qué se gana?
Evitar el riesgo de hoy.
Pero viene otro; y estoy
En igual riesgo mañana.
No hay remedio : una vez ya
La confianza perdida,
No se recobra en la vida.
Y pues á tiempo se está,
Evitemos desde aquí,
Evitemos ¡Dios piadoso !
El ridículo espantoso
Que va á caer sobre mí ! —
Pero antes de dar el paso... —

Ramon? — No me ha de quedar
Escrúpulo : he de apurar
Hasta las heces el vaso.

ESCENA IX.

DON LUIS, RAMON.

RAMON.

Señor?

LUIS.

Ven acá, Ramon :
Cuéntame pronto...

RAMON.

Qué cosa?

LUIS.

Vamos, cuenta... y poca prosa.

RAMON.

(Ay! cómo está! hecho un leon!)

LUIS.

Te ha contado ya Benita?...

RAMON.

Toda su historia.

LUIS.

Pues anda.

RAMON.

Benita nació en Arganda...

LUIS.

Al grano.

RAMON.

Y desde chiquita
Se la trajo esta familia,
Que la quiere!...

LUIS.

(Estoy deshecho!)

RAMON.

Es el ojito derecho
De la señorita Emilia!

LUIS.

Y Emilia en fin?...

RAMON.

Es honrada!...

LUIS.

Pero...

RAMON.

Y lo que es hasta el dia...

LUIS.

Con que...

RAMON, con un arranque de queja.

Usted no merecia
Que yo le dijese nada!

LUIS.

Qué es esto?

RAMON.

Á un criado fiel
Que siempre guardó en su pecho...

LUIS.

Qué dices?

RAMON.

Que siempre ha hecho
Con usted otro papel: —
Que no fué nunca imprudente,
Ni tuvo el menor desliz
En aquel tiempo feliz
En que era su confidente,
Guardarle este desengaño!
Temer que vaya y lo charle!...

LUIS.

Pero hombre!...

RAMON.

Vamos, tratarle
Como si fuera un estraño!
En vez de llamarlo aparte,
Y decirle : oye, Ramon;
Tengo aquí en mi corazon
Un secreto que contarte.

LUIS.

Cómo!... qué dices?...

RAMON.

Secreto
Que confio á tu lealtad.
Oye mi debilidad...
Y ayúdame en este aprieto.

LUIS.

(Dios mio!... Y yo que creia
Que nadie habia notado!...)
Con que tú has adivinado?...

RAMON.

No, que se me escaparia!

LUIS.

(Pues! Al que tiene la espina
De los celos, cosa es clara,
Se le conoce en la cara.
No hay duda! estoy en berlina!
Porque no hay pasion que dé
Entre la pícara gente
Mas tormento al que la siente,
Ni mas risa al que la ve.)

RAMON.

En diez años que he vivido
Con usted... Diez años?... Mas!

LUIS.

Dime, dime : y los demas,
Crees tú que lo han conocido?

RAMON.

Ninguno se lo malicia.

LUIS.

Respiro! — Y dí; hay fundamento
De temer?...

RAMON.

Señor, yo siento
Dar una mala noticia!

LUIS.

Mala?

RAMON.

Remala!

LUIS.

Dí, cuál?
Qué te ha dicho esa muchacha?
Vamos, pronto!... habla!... despacha!...

RAMON.

Que tiene usted un rival!

LUIS.

Un rival?... Ese canalla?...

RAMON.

Antoñito, sí señor :
Ese es quien hace el amor
Á la...

LUIS.

No la nombres!... Calla! —
Jamas tu labio revele
Ese nombre! — Me sonrojo!...

RAMON.

Yo lo creo! — Es mucho antojo!
Preferir á ese pelele!...

LUIS.

(Venderme así!... Oh Clara!... Clara!...)
Vamos... cuéntamelo todo :
Cómo empezó... De qué modo...

RAMON.

Antes que usted se casara.

LUIS.

Antes!...

RAMON.

Mucho ántes! — Benita
Ha sido la protectora;
Y hoy riñó con la señora
Por no sé qué sortijita
Comprada para ese bicho,
Y cartas que le ha llevado.
Y el ama la ha amenazado
Con echarla. — Esto me ha dicho.

LUIS.

No digas mas : basta ya!

RAMON.

Usted debe despreciarla.

LUIS.

Sí, la desprecio!

RAMON.

Y dejarla...

LUIS.

Lo haré, y hoy mismo será. —
Ay! no te cases, Ramon!
No te cases! escarmienta!

RAMON.

Ya; pero el que se contenta
Con su muger...

LUIS.

Qué ilusion!
Ya ves lo que á mí me pasa!

Me caso como un bendito:
Dejo el mundo : me limito...
À lo que tengo en mi casa...

RAMON.

Ya! eso sí!

LUIS.

Nada mas quiero;
Y el primer recien venido...

RAMON.

Pero usted huele á marido:
Y el otro al fin es soltero.

LUIS, ap.

Separacion! — No se ria
Mas de mí. — Voy á escribir. —
La daré para vivir
Mi hacienda de Andalucía.

ESCENA X.

DICHOS, DON JUAN.

JUAN.

Hola! Luisillo, qué tal?
Se pasó ya el arrechucho?

LUIS, abrazándolo tiernamente.

Juan!... No te cases!

JUAN.

Qué escucho!

LUIS.

Tú eres mi amigo leal!

JUAN.

Oh! eso sí.

LUIS.

Pues no te cases!

JUAN.

Ni con Emilia tampoco?

LUIS.

Con ninguna!

JUAN.

Tú estás loco!

LUIS.

No, Juan!

JUAN.

Pues, y aquellas frases?

LUIS.

Ya te diré. — En este estado,
No se encuentran mas que abrojos!

JUAN.

Cómo!

LUIS.

Hay que cerrar los ojos...

JUAN.

Pero...

LUIS.

O vivir desgraciado!

(Se va á su cuarto.)

ESCENA XI.

DON JUAN, RAMON.

JUAN.

Qué es esto? qué tiene?

RAMON.

Toma!
Pues no se lo dije á usted?
Enamorado y celoso.

JUAN.

Celoso de su muger?

RAMON.

Qué! no señor. Ahora mismo
Me ha confesado de quién.

JUAN.

De quién?

RAMON.

De su cuñadita.

JUAN.

Qué dices! De Emilia?

RAMON.

Pues!
Anda tras de ella hace mucho.

JUAN.

Y me la ofrecia ayer
Por esposa! — Ah! gran bribon!
Quiere hacerme su merced
El editor responsable! —
Pillo! Yo me vengaré.
Su muger tiene sospechas...

RAMON.

Sí? Por fuerza. Si está él
Que no disimula. Acaba
Ahora mismo de saber
Que Antoñito es preferido,
Y se ha puesto hecho un Luzbel.

JUAN.

Ya caigo! Por eso yo
Le notaba un no sé qué...
Ella viene!

RAMON.

Pues me voy.

(Se va.)

JUAN.

Si se lo digo, va á arder

La casa. — Mejor! Á rio
Revuelto...

ESCENA XII.

DON JUAN, CLARA.

CLARA.
Yo le diré
Á mi marido...

JUAN.
Señora!

CLARA.
(Qué posma!)

JUAN.
Perdone usted!
Decidido vengo ya
Á cumplir aquel cruel
Precepto...

CLARA.
No es necesario...

JUAN.
Anoche no estaba bien
Enterado...

CLARA.
Sí por cierto...

JUAN.
Pero ya...

CLARA.
Todo lo sé.
Tengo á esa digna rival
Dentro de casa.

JUAN.
Tal vez!

CLARA.

Ya recuerdo la indirecta.
Me dijo usted que es muger
La tal, que no merecia
Descalzarme. Y así es!

JUAN.

(Pues no es poco vanidosa!)

CLARA.

Y ahora mismo sin perder
Tiempo, la acabo de echar
De mi lado.

JUAN.

Cómo! Á quién?

CLARA.

Á la niña desenvuelta...

JUAN.

Es posible?... tanta hiel!...
(Á su hermana! — Lo que ciegan
Los celos á una muger!)
Y dónde ha de ir?...

CLARA.

Á la calle.

JUAN.

Pero...

CLARA.

Á la calle!

JUAN.

Pues qué,
Abandona usted así?...

CLARA.

Infame! corresponder
De esa manera al cariño
Con que desde la niñez
La he mimado...

JUAN.

Eso es verdad!

CLARA.

Así ha llegado á tener
Esos humos!

JUAN.

Ya!

CLARA.

Á escaparse
De casa...

JUAN.

De casa?

CLARA.

Pues..

JUAN.

(Qué tal! la niña inocente!)
Pero, dónde quiere usted
Que vaya, sola!...

CLARA.

Y á ese
Hipócrita yo le haré
Entender si es noble accion
Divertirse en corromper
Á una muchacha...

JUAN.

Ese sí!
Ese merece!...

CLARA.

Y tambien
Á ese alhaja de criado,
Que sin duda ha sido el que...

JUAN.

Calma señora! Estas cosas
Se hacen...

(En tono de intimidad amistosa.)

CLARA.

Tambien á usted.

JUAN.

Á mí?

CLARA.

Á usted. — Que si un momento
Pude, por satisfacer
Esta duda, tolerar
Lo que una muger de bien
No consiente á ningun hombre
Cuyas intenciones vé,
Ya es tiempo de que usted sepa
Que se ha engañado esta vez.

JUAN.

Como no diga usted eso,
Señora, por el placer
De darme unas calabazas
Que no he buscado, no sé...

CLARA.

Va usted á hacerme la escena
Del *Desden con el desden?*
La sé de memoria.

JUAN.

Juro
Que ningun otro interes
Que el de la amistad... (Con esta
No saco partido. — Á ver
Si con la hermana, que ahora
Sale de casa...) Y en fé
De que es así... Usted persiste
En la idea de expeler
Á esa infeliz?...

CLARA.

Sí señor.

JUAN.

Pues yo la recogeré.

CLARA.

Usted?

JUAN.

Sí señora, yo.
Yo soy su amparo.

CLARA.

Muy bien.

JUAN.

Yo me la llevo á mi lado.

CLARA.

Me alegro.

JUAN.

Yo velaré
Por su inocencia!

CLARA.

Oh! eso sí :
Por supuesto! — Herede usted
Á su amigote. — Ahí está :
Cargue usted con ella.

JUAN.

Eh?

ESCENA XIII.

DON JUAN, CLARA, BENITA.

(Benita sale con mantilla puesta, llorando á lágrima viva.)

BENITA.

Señora!...

CLARA.

No, no te aflijas.

Mira, el señor quiere ser
Tu protector...

BENITA, va hácia él, llorando.

Caballero!...

JUAN.

Quita, quita!...

BENITA.

Yo no sé
Por qué me despide!...

JUAN.

Bueno:
Yo tampoco.

BENITA.

Quiero ver
Al amo!... Dónde está el amo!...

CLARA.

Calla, infame!

BENITA.

Yo sé que él
Me protege!...

CLARA.

Sal de aquí!
Bribona!

JUAN.

(Con que esta es!
Y ese bruto de Ramon!...)

ESCENA XIV.

DICHOS, RAMON.

RAMON.

Qué gritos!...

JUAN.

Camueso!

RAMON.

Qué?

JUAN.

Si no es Emilia, borrico!
Que es esta.

RAMON.

Benita!

JUAN.

Pues!

RAMON.

Ay! San Francisco! Por eso
Me ha querido á mí tambien
Casar con ella!

BENITA.

Caramba!
Despues que una cobra ley!...

ESCENA XV.

DICHOS, EMILIA.

EMILIA.

Qué sucede?

BENITA.

Ay! Señorita
De mi vida! Venga usted;
Que la señora me ha echado!

EMILIA.

Te ha echado! — Por qué? por qué?

CLARA.

Ella lo sabe!

EMILIA.

(Yo soy
La causa! Qué debo hacer?)

ESCENA XVI.

DICHOS, DON LUIS.

(Don Luis sale de su cuarto con un papel en la mano : se detiene contemplando á Clara.)

LUIS.

(Que oculte tanta doblez
Bajo ese aire de candor! —
Pero es preciso. — Valor! —
La hablo por última vez!)

BENITA, se acerca á él llorando.

Ay! Señor! Me ha despedido!

LUIS.

Oiga! — Tú te habrás negado
Á hacer lo que te ha mandado...
— No es eso, Clara?

CLARA.

Eso ha sido!

LUIS.

(Lo que me dijo Ramon.
Pues! — Si aun me quedara duda...)

BENITA.

Señor! si usted no me ayuda!...

CLARA.

Pídele su intercesion!

LUIS.

Clara... Ya es en vano todo:
No necesitas echarla.

CLARA.

No? — Yo misma he de plantarla
En la calle de este modo.

(Va hácia ella.)

LUIS.

Estáte quieta.

(Deteniéndola.)

CLARA.

Traidor!

Te atreves?...

LUIS.

No escandalices! —

Vamos, y por qué no dices

La causa de ese rencor?

CLARA.

Tú me provocas, ingrato?...

Quieres que en público diga

La razon que á esto me obliga?...

LUIS.

Eso es echarlo á barato.

Dila, sí.

CLARA.

Se ha visto tal!

BENITA.

Diga usted!

EMILIA.

Habla!

CLARA.

Por vida!...

JUAN.

(No hay cosa mas divertida

Que una riña conyugal.)

CLARA, trayendo con violencia á Benita.

Cuenta sin avergonzarte

Lo de anoche. Á dónde fuiste?

Y otras mil veces...

EMILIA.

(Ay triste!)

CLARA.

De cierto tiempo á esta parte.

BENITA.

Ay! Señorita! usted vé?...

CLARA.

Vete al punto de mi casa.

LUIS.

Basta, Clara: esto ya pasa...

CLARA.

Vete!

LUIS, acercándose á Clara.

Yo tambien me iré!
Ella, porque ya no quiere,
Lo sé, servirte á tu gusto:
Yo, Clara, porque no es justo
Que, sabido, lo tolere.

CLARA.

Luis!... Qué dices?

LUIS.

Sí: los dos.

CLARA.

Quieres humillarme mas?

LUIS.

No finjas!

CLARA.

Tan ciego estás?...

LUIS.

Lo he resuelto. — Toma. — Adios!

(La da el papel.)

CLARA.

Qué es esto?

(Leyendo.)

BENITA, á Emilia.

Lo está usted viendo?
Por usted! — Yo bien decia!

EMILIA.

No llores.

BENITA.

Yo bien temia
Lo que me está sucediendo!

JUAN, á don Luis.

Con que á la chita callanda
Tú te arreglabas con ella?

LUIS.

Yo!... Con quién?

JUAN.

Con la doncella.
Te vas á vivir á Arganda?

(Siguen hablando : don Luis muestra estrañeza.)

CLARA, leyendo.

Qué veo! — Celos!... De quién?

EMILIA, á Benita.

Ya que es ese tu delito,
No has de salir.

CLARA, leyendo.

De Antoñito!
Luis se ha vuelto loco!

EMILIA, á Benita.

Ven.

CLARA, leyendo.

Separacion!

EMILIA.

Todo, sí,
Aunque el contarlo me aflija,
Se lo diré.

CLARA, leyendo.

La sortija!
Cómo! Si la tengo aquí.

(La saca.)

EMILIA, se acerca trayendo de la mano á Benita.

Clara: aunque al dar este paso
Me muera, hacerlo me toca;
Y quiero que de mi boca
Sepas la verdad del caso.
Yo defiendo su inocencia:
La culpada aquí yo he sido.
Cuantas veces ha salido
De casa, sin tu licencia,
Y despues de resistirlo,
Es porque yo la he enviado...

CLARA.

Tú?

EMILIA.

Yo: con carta ó recado...
Á quién, escuso decirlo.

CLARA.

Y anoche?

EMILIA.

Instándola mucho,
Logré que fuese... hice mal! —
Por la otra sortija igual...

CLARA.

Para Antoñito?...

LUIS.

Qué escucho!
Con que hay dos sortijas?

CLARA.

Sí,
Mira.

LUIS.

Y la otra?

EMILIA.

Él la tiene.

LUIS.

Dónde está?

EMILIA.

Muy pronto viene.

Le llamo?

LUIS.

Llámale aquí.

ESCENA XVII.

DICHOS, menos EMILIA.

LUIS.

Clara! Clara!... Sí! esta es!

(Mirando la sortija.)

Y por qué no me la diste?

CLARA.

Y tú, para quién trajiste
De casa del tirolés?...

LUIS.

Ah!... Los pendientes?... Perdona!...
Quise ganarla... — Pues mira,
Toda esta infame mentira
Es obra de esa bribona.

CLARA.

De ella! — Ven acá, Benita.

(La trae de un brazo, y don Luis á Ramon.)

LUIS, á Benita.

Tú le has dicho á este tunante
Que Antoñito...

RAMON.

Era el amante...

CLARA.

De quién?

BENITA.

De la señorita.

LUIS, á Ramon.

Infame! Pues no me has dicho
Que era rival mio?

RAMON.

Sí.
Pero fué porque creí
Que usted tenia capricho
Por su cuñada.

LUIS.

Bribon!

(Le da un puntapié: Ramon se escapa.)

JUAN.

(Qué enredo tan singular!)

CLARA.

Á lo que has dado lugar
Con esa necia aprension! —
Pero de dónde ha nacido?...

LUIS.

Ayer, hablando con Juan,
Recordé cierto galan,
Á quien el mismo marido...

CLARA.

Ya!... Y el señor, que es profundo
En esto de intrigas...

JUAN.

No:
Yo no le dije...

LUIS.

Fuí yo,
Yo solo!...

CLARA.

El hombre de mundo!

ESCENA XVIII.

DICHOS, EMILIA, ANTONITO.

(Emilia sale de lo interior, Antoñito viene de la calle.)

EMILIA.

Aquí viene...

ANTONIO.

Emilia!... — Tate!

LUIS.

Dónde estaba?

EMILIA.

Ahí cerca.

ANTONIO.

Pues:

En casa del tirolés.

JUAN.

Cómo! en el escaparate?

EMILIA.

Todo se sabe, Antoñito.
Ha habido necesidad
De declarar la verdad.

ANTONIO.

Me alegro. — Ya estaba frito:
Y resuelto, á fé de Antonio,
Sin consultar mas contigo,
Á presentarme á este amigo,

(Por don Luis.)

Y pedirte en matrimonio.

LUIS, mirando la sortija.

Esa mano!... (Ella es!) — Muchacha,
Qué dices tú?

EMILIA.

Yo... si hubiera
Acabado su carrera...

LUIS.

Jóven es!

CLARA.

Esa no es tacha.

EMILIA.

No decias?...

CLARA.

He adquirido
Convencimiento profundo
De que el tener mucho mundo
No hace feliz á un marido.
Lo que él con otros ha hecho
Cree que hacen todos con él;
Y esa sospecha cruel
Le tiene en continuo acecho.
Ella las mañas pasadas
Del marido sabe ya;
Y al menor paso que dá
Cree que ha vuelto á las andadas.
De manera que á uno y otro
De qué les viene á servir
Tanto mundo? — De vivir
Eternamente en un potro.
Luego... á la menor sospecha...
Nunca falta algun amigo...

JUAN.

(Adios! Esto va conmigo...)

LUIS, fijando la vista en don Juan.

Hola!

JUAN.

La paz ya está hecha,
Con que...

LUIS.

Á Dios, Juan.

JUAN.

(No es estraño
Que esté tan arisca ahora.
Lleva tres meses...) Señora!

(Saludando.)

(Volveré dentro de un año.)

ESCENA XIX.

DICHOS, menos DON JUA

LUIS.

Dí: con que este?...

CLARA.

Te has lucido!
Sospechas del inocente;
Y de ese que es justamente...

(Don Luis hace ademan de ir tras él, Clara le detiene.)

Qué vas á hacer? — Ya se ha ido.
Déjalo estar.

LUIS.

Voto á brios!
Con que no tenemos medio
De escapar?

CLARA.

No hay mas remedio
Que echarse en brazos de Dios.

LUIS.

Ah! en los tuyos!

(La abraza.)

CLARA.

Haces bien. —
Niños, á casarse pronto.

ANTONIO, á Emilia.

Tu mano! —

EMILIA, con vergüenza.

Anda, no seas tonto.

CLARA.

Y quiero haceros tambien
Un pequeño regalito.
Yo tengo en Andalucía
Una posesion... que es mia...
No es verdad? — Aquí está escrito.
(Á don Luis, mostrando un papel que venia dentro de la carta.)

LUIS, ap. á Clara.

Calla!...

CLARA.

Luis es tan galante,
Que me la ha cedido á mí...
Para que yo fuese allí
Á habitar en adelante. —
Yo os la regalo; y espero
Que acepteis...

LUIS.

Pero...

CLARA, ap. á don Luis.

El haber
Dudado de tu muger
Te ha de costar el dinero.

LUIS.

Qué quieres! Lo vi de un modo
Tan claro!

CLARA.

No viste nada:

Es que tu vida pasada
Viene á envenenarlo todo.
Pon en olvido profundo
Esa esperiencia fatal;
Que no basta pensar mal
Para ser *hombre de mundo.*

FIN DEL HOMBRE DE MUNDO.

DON FERNANDO
EL
DE ANTEQUERA

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS, EN VERSO

PERSONAS:

EL INFANTE DON FERNANDO.
RUY LOPEZ DÁVALOS, Condestable de Castilla.
FRAY VICENTE FERRER (el Santo).
EL CONDE DE URGÉL.
DIEGO LOPEZ, justicia mayor de Castilla.
FERNAN GUTIERREZ DE VEGA, repostero mayor del infante.
FERNANDO DE GUZMAN, procurador de Toledo.
DON FADRIQUE, conde de Trastamara.
DON SANCHO DE ROJAS, obispo de Palencia.
LA REINA DOÑA CATALINA.
EL REY DON JUAN II, niño de dos años.
RICOS HOMBRES, CABALLEROS, ESCUDEROS, PAJES, PROCURADORES, REYES DE ARMAS, SOLDADOS, ETC.

La accion pasa en Toledo, en 1407.

DON FERNANDO

EL

DE ANTEQUERA

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el claustro que da frente á la capilla del arzobispo don Pedro Tenorio, en la catedral do Toledo. Hay á la izquierda del actor una puerta que conduce á la iglesia : á la derecha los arcos que dan al jardin. Los personages que vienen de lo esterior salen por la derecha del foro, que es por donde se supone que continúa el otro lado del claustro que hace ángulo con el que figura la escena.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, ambos salen de la iglesia.

EL CONDESTABLE.

En este claustro, don Diego,
Quiero hablaros un instante,
En tanto que se concluyen
Los solemnes funerales,
Que por el alma de Enrique
Nuestro rey, que en paz descanse,
Se están celebrando.

DIEGO.

Bien
Habeis hecho, Condestable,

22

En sacarme de la iglesia!...
Dejadme por Dios, dejadme
Que vuelva en mí!... Me ha asombrado
La elocuencia de ese fraile!

EL CONDESTABLE.

Á quién no admira y suspende
Siempre que los labios abre
Ese apóstol milagroso
De evangélicas verdades!

DIEGO.

De fray Vicente Ferrer
Se cuentan prodigios grandes :
Y al ver lo que á mí me pasa
Cuando acabo de escucharle,
Que de congoja en el pecho
El corazon se me parte,
No estraño ya que convierta
Con sermones de esta clase
Los moriscos á docenas,
Los judíos á millares.
Dios mio! Si de tal suerte
Me ha edificado, que casi
Estoy tentado por ir
Á un monasterio á encerrarme!...

EL CONDESTABLE.

No, don Diego, sosegaos;
Y ese fervor empleadle
En servicio de la patria,
Que reclama en este instante
Vuestro apoyo.

DIEGO.

El mio?

EL CONDESTABLE.

Sí

DIEGO.

De qué manera?

EL CONDESTABLE.

Escuchadme.
Desde que víctima al fin
De su dolencia constante
Murió nuestro rey, Castilla
Está sin rey que la mande.

DIEGO.

Cómo sin rey! Pues decid :
En Segovia con su madre
No está el príncipe de Asturias?

EL CONDESTABLE.

Príncipe de Asturias! Nadie
Le ha proclamado en Castilla.

DIEGO.

Es cierto que á proclamarse
No llegó; mas...

EL CONDESTABLE.

Si don Juan,
Que dos años no cabales
Cuenta de edad, sube al trono,
Será lo que os dije ántes;
Que tendrá Castilla rey,
Pero no rey que la mande.
Y en qué ocasion, santo Dios!
Portugal por una parte,
Con el recuerdo orgullosa
De Aljubarrota, al combate
Se apresta, y romper intenta
Las mal concertadas paces.
El moro rey de Granada,
Faltando al pleito-homenage,
Nos niega el tributo. El duque
De Benavente escaparse

De su prision ha logrado,
Y al frente de sus parciales
Subir al trono pretende.
Y á tantas calamidades,
Qué opone Castilla? Un rey
De dos años!... y durante
Su menor edad, discordias,
Tumultos, que por alzarse
Con el poder, moverá
La ambicion de nuestros grandes!
Don Diego, evitar conviene
Que vuelvan á renovarse
Los odios que se encendieron
En época no distante,
Y que el reinado del hijo
Empiece como el del padre!

DIEGO.

Infundado es el temor :
Los casos no son iguales.
Niño y solo don Enrique
Cuando el trágico desastre
Del rey su padre, no estraño
Que á la regencia aspirasen
Los varones de mas cuenta.
Mas, quién habrá que levante
El pensamiento á esa altura,
Hoy que con derechos tales
Como ser tio del rey
Tiene Castilla un infante?
El infante don Fernando!
Cuya prudencia admirable,
Cuyo valor sin segundo,
Cuya justicia le hacen
De todos cuantos le ven
Conquistar las voluntades!

En las Cortes que en Toledo
Quiso el rey que se juntasen,
Á las que ya no pudiendo
Asistir por sus achaques,
Mandó en su nombre á su hermano,
Ruy Lopez, no le admirásteis
Como le admiramos todos?
No vísteis cuán arrogante
Pidió á los procuradores
De las villas y ciudades
Que para la santa guerra
Contra el granadino alarbe
De un millon de oro en dineros
El servicio le otorgasen?
No le vísteis cuán brioso
Oprimiendo los hijares
De fogoso palafren
Salió del Tajo á la márgen,
Y á la numerosa hueste
De caballos y de infantes
Pasó reseña, aclamado
Por vítores á millares?
Vedle allí, de devocion
Modelo, humilde postrarse
Al pie del túmulo regio
Donde el rey su hermano yace,
Vertiendo lágrimas tiernas!... —
Mas á qué me canso en balde
En elogiaros sus prendas,
Si acaba de hacerlo el padre
Fray Vicente en su sermon
Con elocuencia tan grande!
Él « esperanza de un reino »
Le llamó : bien lo escuchásteis... —
Y vos que desde su infancia

Sois su amigo inseparable,
Y que mejor que ninguno
Debeis saber cuánto vale,
Estraño que al verle asir
El timon de aquesta nave,
Tanto temais que zozobre
Entre recias tempestades!

EL CONDESTABLE.

Cuantos elogios haceis:
Cuantos hizo el venerable
Religioso; cuanto el mundo
Entero pueda elogiarle,
Aun no es posible, don Diego,
Que á igualar jamas alcance
Á la alta opinion que tengo
De sus raras cualidades.

DIEGO.

Pues entonces...

EL CONDESTABLE.

« Esperanza
De un reino » oísteis llamarle :
Pues escuchad el enigma
Que encierra la triste frase
De ese oráculo cristiano. —
Sin hijos que le reemplacen
En el trono de Aragon,
El rey don Martin nombrarse
Quiere un sucesor. Alega,
Entre varios aspirantes,
Don Jaime, conde de Urgél,
Los derechos de su sangre;
Y aunque cuenta en los tres reinos
Gran número de parciales,
El rey don Martin se inclina
Á don Fernando, que añade

Al título de sobrino
Altas prendas personales.
Ah! no hay duda : le vereis
En aquel trono sentarse.
Fray Vicente, como es justo,
Quiere á su patria llevarle;
Y ese reino de quien dijo
Que era esperanza el infante,
Es Aragon, no Castilla.
Ved si en circunstancias tales
Son fundados mis temores.

DIEGO.

Pero el riesgo está distante.
Aun vive el rey don Martin...

EL CONDESTABLE.

Escuchad, dón Diego, aparte. —
El riesgo está muy cercano.
Avisos confidenciales
Me anuncian que su salud
Infunde temores graves.
Postrado en el lecho está,
Y se aguarda por instantes
Su muerte. De esta noticia
Don Fernando nada sabe,
Y ántes que Aragon al trono
En daño nuestro le llame,
Cansados ya de disturbios
Los prelados y los grandes,
Y cada cual receloso
De que un rival se levante
Con el poder, y Castilla
Quede entregada al embate
De encontradas ambiciones,
Si no hay rey que las ataje:
En don Fernando hemos puesto

Los ojos, y por dictámen
De todos se ha decidido
Hoy mismo...

DIEGO.

Qué?...

EL CONDESTABLE.

Coronarle!

DIEGO.

Qué decís!... — Pero la reina
Es natural que reclame
Del niño don Juan su hijo
Los derechos...

EL CONDESTABLE.

Será en balde.
Retirada á vida oscura,
Atenta á los maternales
Cuidados, sin que del trono
Haya gozado un instante,
Ni la ambicion la domina,
Ni tiene en el reino á nadie
Que alce en su favor la voz. —
Mas para evitar que trate
De intentarlo, á vos, don Diego,
Como el mas fiel y el mas hábil,
Encomendamos la empresa. —
En tanto que aquí al infante
Proclamamos, vos, tomando
Diez lanzas que os acompañen,
Partís al punto á Segovia,
Y llevais nuestro mensage
A la reina.

DIEGO.

Yo, Ruy Lopez!...

EL CONDESTABLE.

Y cuando hagais que se embarque

En Fuenterrabía, y lleve
Sus hijos al patrio márgen
Del Támesis, do tranquila
En el hogar de Alencastre
Sus años felices vea
En dulce paz deslizarse,
Volved, don Diego, á Toledo;
Donde, á pesar de rivales
Que vuestro cargo ambicionan,
Sereis como fuísteis antes
Justicia mayor del reino;
Con la gloria de que á nadie
Sino á vos será deudor
De su corona el infante.

DIEGO.

Si es la voluntad de todos...

ESCENA II.

DICHOS, DON FADRIQUE, UN ESCUDERO.

FADRIQUE.

Tristes nuevas, Condestable! —
Este escudero que llega
De la frontera las trae.
El moro ha roto la tregua;
Y con huestes formidables
Metiéndose por Baeza,
No hay quien sus fuerzas ataje.

EL CONDESTABLE.

Esto mas!

FADRIQUE.

Hasta Quesada
Se estiende ya. Los alcaides

Que guardan las fortalezas
Cercanas á aquella parte,
En vano oponer quisieron
Su valor al fiero enjambre
De bárbaros : arrollados
Por el número, su sangre
Vertieron, quedando muertos
En tan desigual combate
Muchos nobles caballeros :
Garci-Osorio, Martin Sanchez
De Rojas, el mariscal
Juan de Herrera...

DIEGO.

Oh! lamentable
Suceso!

EL CONDESTABLE.

Ya veis, don Diego,
Ya veis las plagas que caen
Sobre Castilla!...

FADRIQUE.

Castilla
Nos pide un rey que la salve!

EL CONDESTABLE.

Y lo tendrá!

FADRIQUE.

Lo tendrá!

EL CONDESTABLE.

Entrad, escudero, y dadle
Al infante la noticia :
En la iglesia está : no os pare
El temor de interrumpir
Su oracion : llegad á hablarle,
Entrad pronto.

(El escudero entra apresurado en la iglesia.)

ESCENA III.

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, DON FADRIQUE.

EL CONDESTABLE.

No perdamos
La ocasion. En este instante
Acalorada su mente
Con las preces funerales,
Con el enlutado templo,
Con la elocuencia del padre
Vicente, al oir la nueva
Es fuerza que mas se exalte:
Y aprovechando nosotros
Momento tan favorable,
Ante el riesgo de la patria
Le haremos ceder.

FADRIQUE.

Las calles
Que he recorrido, ocupadas
Por la militar falange
Se miran ya. La impaciencia
Pintada está en los semblantes.
Todos cercan los tablados,
Esperando que se alcen
Los pendones por el rey:
Y con fieros ademanes
Gritan á una voz que solo
Por don Fernando han de alzarse.

DIEGO.

Es posible!

EL CONDESTABLE.

Diego Lopez

Parte á Segovia á llevarse
Á la reina y á su hijo.

DIEGO.

Ya que á príncipe tan grande
Toda Castilla proclama,
No ha de haber quien me aventaje
En decision...

FADRIQUE.

Partid pues.

EL CONDESTABLE.

No os detengais.

DIEGO.

Al instante.

(Se va por el foro.)

ESCENA IV.

EL CONDESTABLE, DON FADRIQUE.

FADRIQUE, siguiéndole con la vista.

Será fiel?

EL CONDESTABLE.

Su interes propio
Le pone de nuestra parte.
Ninguno ayer de esta odiosa
Comision quiso encargarse.
Mas don Diego, que en intrigas
Cortesanas es muy hábil,
Y como letrado astuto
Hallar argumentos sabe,
En virtud de la promesa
Solemne de confirmarle
Justicia mayor, lo hará
Como ninguno.

FADRIQUE.

Olvidásteis
Que era mi intencion pedir
Al nuevo rey que nombrase
Justicia mayor del reino
Á un deudo mio?

EL CONDESTABLE.

Y no vale
Mas conquistar un amigo
Que tal servicio nos hace?

FADRIQUE.

Empezais ya á repartir
Del reino las dignidades?

EL CONDESTABLE.

Y vos á pedir el precio
De vuestro apoyo?

FADRIQUE.

Mostrarse
Debe el rey agradecido
Con quien le hace rey.

EL CONDESTABLE.

Es fácil
Que se equivoque quien piense
En el trono colocarle,
Con el fin de que un valido
Á los castellanos mande.

FADRIQUE.

Si no sois vos el valido,
Es posible que se engañe.

EL CONDESTABLE.

Yo!... Qué decís?...

FADRIQUE.

Recordad
Que con el fin de que acaben
Para siempre entre nosotros

Sangrientas rivalidades,
Y ante un rey que fuerte sea
Todos quedemos iguales,
Ayer pactamos de acuerdo
Dar la corona al infante.

EL CONDESTABLE.

Pues bien : si propicio el cielo
Favorece nuestros planes,
Vereis quién es el mancebo
Que con humildad tan grande
Sufrió de su adusto hermano
No merecidos desaires.
Si desde su edad mas tierna
Quiso benigno prestarse
Á mis consejos, en breve
Podrá Castilla juzgarme.
Suba don Fernando al trono,
Y ningun miedo os espante;
Que no seré yo el valido,
Ni vos lo sereis, ni nadie.

FADRIQUE.

Pasos oigo, y me parece
Que aquí don Fernando sale.

EL CONDESTABLE.

Esta es la ocasion. El cielo
Me dé su apoyo!

(Dos pages salen de la iglesia, y uno dice desde la puerta.)

PAGE.

El infante!

ESCENA V.

DICHOS, DON FERNANDO, RICOS HOMBRES, CABALLEROS.

(Salen de la iglesia)

FERNANDO.

Condestable, sabeis la triste nueva?

EL CONDESTABLE.

El mancillado honor de nuestras armas
Venganza pide al cielo.

FERNANDO.

Sí la pide;
Y yo en su nombre le daré venganza!
La noble empresa que mi hermano Enrique
Con generoso esfuerzo proyectaba,
Yo cual legado suyo la recibo,
Y con ardor la acabará mi espada!
Ora en el templo, al escuchar la nueva,
Juré sobre el cadáver del monarca
Su voluntad cumplir. Ardió mi pecho
En guerrero valor. Ya en las plegarias
Fúnebres escuchar me parecia
Los himnos de victoria, y en las altas
Cornisas ver, colgadas por mi mano,
Las banderas al moro conquistadas. —
Por vos pregunto y á buscaros salgo.
Disponed, Condestable, sin tardanza
Que el ejército todo se reuna :
Su caudillo seré. Pronto la fama
Á deciros vendrá si los consejos
Que de vos recibí, grabé en el alma.

EL CONDESTABLE.

Ese brio marcial llena mi pecho
De júbilo, señor! — Mas antes falta
Que al gobierno del reino se provea;
Y que al llevar la guerra á otra comarca,
Una guerra mas cruda, mas terrible
No alimente Castilla en sus entrañas.
Castilla está sin rey.

FERNANDO.

Tendrálo en breve.
Por órden mia alzados en la plaza
Los tablados están. Mandad que en ellos
En el instante, con la pompa usada,
Se levanten pendones á mi vista
Por don Juan el segundo.

EL CONDESTABLE.

Y qué esperanza
Quereis, señor, que en ese débil niño,
De ventura y de paz funde la patria?

FERNANDO.

Fúndela en mí, que, hasta cumplir los años
Que al rey menor las leyes le señalan,
Por voluntad de mi difunto hermano
Sabré á Castilla gobernar.

EL CONDESTABLE.

No manda
Quien el poder divide. El testamento
De don Enrique nuestro rey me encarga,
Cual fiel ejecutor de sus mandatos,
Que el gobierno del reino se reparta
Entre vos y la reina.

FERNANDO.

Y bien, la reina...

FADRIQUE.

No ha nacido en Castilla, y esto basta.

EL CONDESTABLE.

Débil muger, agena de experiencia,
De la corte y del trono retirada,
En su misma flaqueza á cada paso
Un estorbo hallareis. La envidia baja,
La torpe adulacion, la sorda intriga,
Monstruos que siempre en los palacios vagan,
Presto os dividirán; y á pesar suyo
La harán al fin, altiva y deslumbrada,
El placer de reinar, que hoy desconoce,
Para ella sola ambicionar mañana.
Ni ella ni vos gobernaréis entonces.
Por bandos mil Castilla destrozada,
Al arrogante portugués y al moro
No podrá resistir, y en mengua tanta
Vuestro error lloraréis. Señor, no puede
Cual monarca reinar quien no es monarca!

FERNANDO.

Qué me dais á entender?...

ESCENA VI.

DICHOS, UN ESCUDERO.

ESCUDERO.

Señor, en nombre
De los procuradores, os demanda,
Á fin de presentaros un mensage,
Audiencia el de Toledo.

FERNANDO.

Dadle entrada.

ESCENA VII.

DICHOS, FERNANDO DE GUZMAN, y otros dos procuradores

(El infante se coloca á un lado, à la cabeza de los grandes. Los procuradores se paran enfrente de él.)

FERNANDO.

Ya os escucho : decid.

GUZMAN.

Señor : instados
Por el rey don Enrique, que Dios haya,
Nos, los procuradores de estos reinos,
Á ayudarle en la guerra que intentaba
Á los moros hacer de Andalucía;
Á pesar de lo exhaustas que se hallan
Las villas y ciudades, le ofrecimos
Un millon de oro. Mas pues Dios acaba
De llamarle á su seno, ya las Cortes
Retiran el servicio.

FERNANDO.

Por qué causa?

GUZMAN.

Señor, el rey que lo pidió no vive.

FERNANDO.

Mas vivo yo, que con igual constancia
Haré la guerra, y con igual denuedo...

EL CONDESTABLE.

Y con mayor tal vez!

GUZMAN.

Tales demandas,
Que la miseria pública acrecientan,
Solo al rey, por respeto, se otorgaban.

EL CONDESTABLE.

Cierto : y vos no lo sois. Á vuestro hermano
Débil, doliente, moribundo, nada
Negaron : era rey. — Á vos, robusto,
Vigoroso, dispuesto, os lo rechazan.

FERNANDO.

Posible es que las Cortes desconozcan
La urgente utilidad de esta campaña?
En los sangrientos campos de Baeza
No escuchais los clamores de venganza
De tantos esforzados caballeros
Muertos por la traicion? Y cuando aguarda
El castellano ejército, sediento
De gloria y lauros, la señal de marcha,
Renunciaremos á tan alta empresa?
Consentiremos que la infiel canalla,
Talando campos, demoliendo templos,
Asolando el país, doble su audacia,
Y hasta los mismos muros de Toledo
La media luna vencedora traiga?

EL CONDESTABLE.

Un medio hay de evitarlo!

FERNANDO.

Cuál? decidlo.

EL CONDESTABLE.

Que os ciñais la corona castellana!

FERNANDO.

Yo!... Condestable!... Qué decís?...

EL CONDESTABLE.

Infante!

Castilla toda por mi boca os habla!
No receleis de usurpador el nombre.
Sabe el mundo quien sois, y que esa mancha
Ennegrecer no puede al que fué siempre
Modelo insigne de virtudes tantas.

Vos no usurpais el trono : os le da el pueblo;
Que es de remota edad costumbre sábia.
El transmitir un padre por herencia
La corona que honró con sus hazañas
Á un hijo que tal vez con torpes vicios
Da segura señal de deshonrarla,
Práctica fué que estableció en mal hora
El crecido poder de los monarcas.
Por voluntad de todos y entre todos
Al mas digno, otro tiempo, se entregaba
La corona real; y este derecho
Hoy con razon Castilla lo reclama.
Sí, con harta razon. Volved los ojos
Á los dias, señor, de vuestra infancia,
Y contemplad por lo que entonces vísteis,
El triste porvenir que nos aguarda!
Vos lo podeis trocar, subiendo al trono,
En porvenir de paz, dando á la fama
Vuestro feliz reinado asunto digno
Que en la futura edad el mundo aplauda.
Vos de quién descendeis? Si vuestro abuelo
Á su hermano don Pedro con las armas
Vida y trono arrancó, y él y sus hijos
Y sus nietos en paz dichosa y larga
Cual legítimos reyes gobernaron;
No será mas legítima y mas santa
La autoridad que, sin deberla al crímen,
De su libre eleccion os da la patria?
Cuando os estiende, en el comun peligro,
Las suplicantes manos; cuando os llama,
No al ocio, no, sino á vengar la afrenta
De Aljubarrota y de Baeza, en calma
La podreis escuchar? — Cuidad no sea
Que si á sus ruegos le volveis la espalda,
Á flaqueza mas bien y á desaliento

Lo atribuya Castilla! — Ah! no : se engaña!
Su salvacion en vuestros ojos leo!...
Caballeros, llegad. Sobre la espada
Rey le juramos!

TODOS.

Sí!

EL CONDESTABLE.

Procuradores,
Otorgad el servicio. Reyes de armas,
Por don Fernando el quinto alzad pendones!
Tenemos rey! Castilla está salvada!

FERNANDO.

Tened, tened. — Aprecio, caballeros,
Y eternamente grabaré en mi alma
Que mostreis del valor de mi persona
Tal crédito tener. — Esta demanda
Que grandes, ricos hombres, caballeros,
Me presentan unánimes, dictada
No puede ser por míseras pasiones,
Por odio antiguo, y criminal venganza!...
No : solo el bien del reino es el que os mueve :
Quiérolo así creer. Mas si arrastrada
De patrio celo, la conciencia os dicta
Tan dura obligacion, á mí me manda
Que tambien á mi vez cumpla la mia...
Rechazando esa oferta! — No es de tanta
Codicia en mí ser rey, que menosprecie
El eterno borron, la negra infamia
De despojar á un inocente niño,
Sin mas apoyo ni defensa humana
Que el llanto de una madre viuda y sola,
Y faltar á la fé por mí jurada
Á un rey, á un padre que en mi honor confia!
No, castellanos. La señal mas alta
Con que mi gratitud mostraros puedo

Es daros hoy por rey, sin mas tardanza,
Al hijo de mi hermano. — Su edad tierna
No os inspire temor : fuerza sobrada
Hay en mi corazon, hay en mi brazo
Para afirmar su trono. Si levanta
Sus estandartes el rebelde duque :
Si rompiendo los pactos Lusitania
Sus quinas junta á la morisca luna:
Á su encuentro volemos, y mi lanza
Cual si mi propio trono defendiera,
La primera será. La noble causa
Que juro sostener, á Dios confio!...

ESCENA VIII.

DICHOS, FRAY VICENTE FERRER, que sale de la iglesia.

FRAY VICENTE.

Y Dios la acepta, y la victoria os guarda!

EL CONDESTABLE.

(Fray Vicente Ferrer! Oh contratiempo!)

TODOS, inclinándose ante él.

Padre!

FADRIQUE.

Padre, llegad. Esa palabra,
Alto don que del cielo recibisteis,
Cuya elocuencia milagrosa es fama,
Que mueve á gentes de diversas lenguas,
Cual si en la suya propia les hablara,
Suene en bien de Castilla, y poderosa
Nuestra razon apoye.

FRAY VICENTE.

Será vana;

Que donde no hay verdad no hay elocuencia;
Y esa razon que predicais es falsa.

EL CONDESTABLE.

Falsa decis?...

FADRIQUE.

La salvacion del reino
Solo por tal camino se afianza!...

FRAY VICENTE.

Nunca por el camino del delito
Ni hombres ni reinos salvacion alcanzan!

EL CONDESTABLE.

Hijo del Turia sois!... Queréislo todo
Para Aragon; para Castilla nada!

FRAY VICENTE.

Mi ley es la de Dios : mi patria el mundo.
Do la justicia está, mi voz la ensalza;
Y do la iniquidad mis ojos miran
Allí impávido corro á contrastarla.
Vedme aquí, pues. En vano vuestro intento
Con mentiroso nombre se disfraza :
Razon de estado la llamais vosotros;
Mas ante Dios, iniquidad se llama!

(Al infante.)

Señor! cuya virtud en este dia
Mas alto que los tronos os levanta;
Si desde esa grandeza verdadera
No mirais con desden la pompa humana;
Si os place descender de las alturas
De la humildad, á las mezquinas gradas
De un pobre trono de la tierra, un trono
En galardon los cielos os preparan!
Dios os lo anuncia por mi voz! Oidme!
Rendido al peso de la edad cansada
Don Martin de Aragon ya comparece
Al tribunal divino!... De su hermana

Doña Leonor sois hijo : él no los tiene;
Y á vos, infante, su corona os guarda!

FERNANDO.

La acepto, padre! que en mis venas corre
Sangre de reyes que á reinar me llama.
Yo ambiciono á mi frente una corona
Legítima ceñir : nunca usurparla!

EL CONDESTABLE.

No sabeis que rivales poderosos
La pretenden tambien?

FERNANDO.

La justa causa
De mis derechos vencerá. Con órden
Que al intento le dí, junto al monarca
Está Fernan Gutierrez, que en mi nombre
Los sabrá defender.

EL CONDESTABLE.

Tambien se halla
En Barcelona el ambicioso conde
De Urgél, que audaz la sucesion reclama!
Numerosos parciales le obedecen :
Temed, señor, que al fin...

FRAY VICENTE.

No temais nada.
Los grandes de Aragon, siempre leales,
El testamento de su rey acatan.

FERNANDO.

Como vos, Condestable, el de mi hermano
Debiérais acatar!

EL CONDESTABLE.

Señor, la patria...

FERNANDO.

Vos, su testamentario! vos, su amigo!...

EL CONDESTABLE.

Castilla es ántes, y á su ruina marcha!

No por el de Aragon dejeis su trono!
Castellano nacísteis : castellana
Vuestra esposa nació : los hijos vuestros
Tambien en esta tierra infortunada
Vieron la luz del sol, en esta tierra
Que abandonais á su desdicha!...

FERNANDO.

Basta :
Condestable, no mas! — Mandad que al punto
Se proclame á don Juan.

ESCENA IX.

DICHOS, UN ESCUDERO.

ESCUDERO.

Al regio alcázar,
Con nuevas de Aragon, en este instante
Fernan Gutierrez de llegar acaba.

TODOS.

Fernan Gutierrez!

ESCUDERO.

De impaciencia lleno
Por vos pregunta, y hácia aquí la planta
Presuroso dirige.

FERNANDO.

Andad : que venga,
Que llegue.

(Vase el escudero.)

FRAY VICENTE.

La virtud su premio alcanza!
La nueva os trae que os anunció mi labio.

EL CONDESTABLE.

Y con ella la ruina de mi patria!

ESCENA X.

DICHOS, FERNAN GUTIERREZ.

(Fernan Gutierrez, apresurado y cubierto de polvo, dobla la rodilla ante don Fernando.)

FERNANDO.

Él es!

GUTIERREZ.

Señor! Señor!

FERNANDO.

Alzad.

GUTIERREZ.

Ha muerto
Don Martin de Aragon.

FERNANDO.

Y á quién señala
Por sucesor del reino?

GUTIERREZ.

Á nadie.

FERNANDO.

Á nadie!

EL CONDESTABLE, aparte á los grandes, que se acercan á escuchar con interes.

Oid!

GUTIERREZ.

Á las diversas embajadas
Que oyó el rey don Martin, y en que á la herencia
De su trono derechos se alegaban
Por el conde de Urgél, el de Gandía,
Don Fadrique el bastardo, el rey de Francia,
Y por vos, que con títulos mejores
La sucesion pediais, el monarca

Con grave continente : « Nadie, dijo,
« Mas derechos que el hijo de mi hermana
« Á mi corona tiene. Don Fernando,
« Infante de Castilla, se adelanta
« Por mas cercano parentesco á todos,
« Esto me dicta la conciencia. » — Callan
Al escucharle, y se divulga al punto
La resuelta eleccion. Los dias pasan;
Y estando don Martin en Valldoncella,
Monasterio cercano á las murallas
De Barcelona, acometer se siente
De dolencia mortal. La nueva infausta
Los ánimos altera : al monasterio
Corren los conselleres con el ansia
De recoger su voluntad postrera :
En la celda penetran, y le hallan
Desencajado, moribundo, dando
El último suspiro; y con turbada
Faz y altivo ademan, junto á su lecho
La condesa de Urgél.

TODOS.

Cielos!

GUTIERREZ.

En alta
Voz preguntan al rey : « Señor, decidnos,
« Á quién dejais el trono? » El rey callaba :
Y la condesa con agudos gritos,
Moviéndole furiosa porque hablara,
« Respondedles, decia, respondedles
« Que á mi esposo elegís : soy vuestra hermana! »
En vano fué : sus labios no se abrieron;
Y en tan fatal silencio, rindió el alma! —
Cunde la nueva : los diversos bandos
Se empiezan á agitar. Mi voz reclama
Vuestro justo derecho... — De improviso

Llega el conde de Urgél : corre á las armas
El inmenso tropel de sus parciales,
Que acaudillan Cardonas y Moncadas;
Y cediendo el derecho á la violencia,
Rey de Aragon al conde se proclama!

TODOS.

Rey de Aragon!

GUTIERREZ.

Con riesgo de la vida
Logro salir de la ciudad. La marcha
Apresurando, á Zaragoza llego :
Igual tumulto allí! Por rey alzaban
Los de Alagon y los de Luna al conde;
Y al arzobispo, que la justa causa
De los derechos vuestros defendia,
Dieron muerte sacrílega! — Con harta
Pena, á contaros el tremendo caso
Vengo á Toledo; y al entrar, en plazas
Y calles oigo muchedumbre inmensa
De soldados y pueblo que con ansia
Me gritan al pasar : « Fernan Gutierrez,
« Venid! — Castilla sus pendones alza
« Por don Fernando el quinto! » Al escucharlos
En regocijo mi dolor se cambia;
Y ya del conde y de Aragon me olvido,
Y corro enagenado á vuestras plantas!

EL CONDESTABLE.

Señor, en los sucesos de este mundo,
Y no en preñados vaticinios, clara
La voluntad de Dios se manifiesta!
Ved aquí su sentencia pronunciada.
Esto es que el trono de Aragon os quita,
Porque aceptar el de Castilla os manda.

FERNANDO.

No, Condestable! Esto es mas bien que el cielo

No me llama á reinar!

FRAY VICENTE.

Esto es que osada
La vanidad del hombre alzarse quiere
Á penetrar misterios que no alcanza!
Una es siempre la senda que inflexible
Nuestra propia conciencia nos señala.
Sígala cada cual, sin que le tuerza
De los sucesos la fortuna varia.
Vuestra senda sabeis, yo sé la mia :
Sigámosla, señor, con fé cristiana. —
Os dejo aquí luchando valeroso
Con la propia ambicion, con las instancias
De un estraviado celo : tentaciones
Que á los mortales débiles halagan;
Y yo parto á Aragon. Se alza un tirano
Allí, y allí mi obligacion me llama.
Á su presencia iré, y en sus oidos
Retumbará con hórridas palabras
La maldicion que en nombre de los cielos
Mi voz al fiero usurpador prepara!

(Se va por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos FRAY VICENTE.

FERNANDO.

Ah! la santa verdad mueve su labio!

GUTIERREZ.

Quizá la muerte en Aragon le aguarda;
Que ese conde feroz y sus secuaces
Ni á los ministros del Señor acatan!

FERNANDO.

Y ese traidor le usurpa al hijo mio

Un trono que era suyo! Oh! negra infamia! —
Mas él lo ha dicho : maldicion eterna
Sobre el usurpador los cielos lanzan :
No caerá sobre mí!

EL CONDESTABLE.

Quién ha pensado
Jamas, señor, que sobre vos recaiga?
Sabedlo todo en fin : nuestra conciencia
Con el borron de usurpadores carga,
Si hay en esto borron. Lo que os pedimos,
No es què usurpeis un trono con la espada :
Es que un trono ocupeis... que está vacío!

FERNANDO.

Vacío el trono! Qué decís?

EL CONDESTABLE.

La planta
Ya, señor, Diego Lopez á Segovia
Veloz encaminó; y allí se encarga
De hacer, por órden mia, que á Inglaterra
La reina viuda con sus hijos parta.

FERNANDO.

Traidor!...

EL CONDESTABLE.

Seré traidor. — Subid al trono!...
Y allí mandad que mi cabeza caiga!

FERNANDO.

Caerá! — Y el que obedezca de vosotros
Y al punto en pos de Diego Lopez salga
Á estorbar la traicion, de Condestable
El cargo heredará. Vos, Trastamara...
Vos, Manrique... Ninguno me obedece?
Iré yo mismo con los hombres de armas!

FADRIQUE.

Señor, ninguno os seguirá.

FERNANDO.

Ninguno!...
Condestable, qué es esto?

(Un page se acerca al infante y le presenta la corona doblando la rodilla : todos le cercan.)

EL CONDESTABLE.

Á vuestras plantas
Rodando la corona de Castilla
Sin dueño está. Cien brazos se preparan
Á disputarse en intestinas lides
Su ansiada posesion. Señor, tomadla!
Tomadla vos!... O la vereis hundirse
En un lago de sangre castellana!

(Don Fernando contempla agitado la corona.)

FERNANDO.

Señor! qué me ordenais?

ESCENA XII.

DICHOS, EL ESCUDERO.

ESCUDERO.

La reina llega!

TODOS.

La reina!

EL CONDESTABLE.

Qué decis?

ESCUDERO.

Acompañada
Del justicia mayor, que de Toledo
Iba á salir cuando su alteza entraba.

EL CONDESTABLE.

Fatalidad!...

FADRIQUE.

Y no la ha detenido!...

FERNANDO.

Me he salvado!

ESCUDERO.

Hácia aquí mueve la planta,
Trayendo de la mano al tierno niño
Que al lado suyo vacilante marcha.

EL CONDESTABLE.

Y el pueblo? Y los soldados?

ESCUDERO.

Con adustos
Ojos la miran, la abren paso, y callan.

EL CONDESTABLE, al infante.

Lo oís? El voto general se muestra.
No hagais que ese silencio que ora guardan
Se trueque en desacato. Yo á su encuentro
Voy á salir : la llevaré al alcázar...

FERNANDO.

Condestable, escuchad!...

EL CONDESTABLE.

Señor...

FERNANDO, aparte á Dávalos.

Soy padre!...
No tenteis mi virtud!

(Dirígese rápidamente al foro y desaparece por el claustro, seguido de Fernan Gutierrez.)

FADRIQUE.

No hay ya esperanza!

EL CONDESTABLE.

Sí; que el amor de padre ha despertado
La ambicion en su pecho. Solo falta
Que el trono esté vacío.

FADRIQUE.

Y de qué suerte?...

EL CONDESTABLE.

La reina es débil, y á sus hijos ama
Con delirio tambien : no desmayemos.
El riesgo que inminente amenazaba
De que á Aragon partiese don Fernando,
Desvanecido está. Ya con mas calma
Al concertado fin marchar podemos.

FADRIQUE.

Ya se acercan aquí!

EL CONDESTABLE.

No temais nada!

ESCENA XIII.

DICHOS, LA REINA, DON FERNANDO, DON DIEGO, EL REY NIÑO, FERNAN GUTIERREZ, DAMAS.

(La reina, de luto, trae de la mano al niño don Juan : dos damas, tambien de luto, la siguen.)

LA REINA.

Antes de buscar reposo,
En el templo quise entrar,
Y al Dios del cielo rogar
Por el alma de mi esposo.
Aquí yace, hijo querido,
El padre que te dió el ser :
Tú no puedes conocer,
Tierna flor, lo que has perdido!
Ignóralo, ya que Dios
Á esa edad penas te envia :
Yo tengo llanto, alma mia,
Para llorar por los dos.

Mas, ay! respira, que el cielo
Su rigor depone ya,
Y bondadoso nos da
Junto á la pena el consuelo.
Pues no bien á los umbrales
Del santo templo llegamos,
Donde de un padre buscamos
Los despojos funerales,
Cuando Dios en su bondad
Consuela á tu triste madre,
Dándote un segundo padre
Que te ampare en tu horfandad.

FERNANDO.

Como noble y como hermano,
Contad, señora, conmigo.

LA REINA.

De vuestra sombra el abrigo
No vine buscando en vano!
Y vosotros, caballeros,
Que cual vasallos de ley,
Llorais la muerte del rey
Con semblantes lastimeros,
La gratitud aceptad
De mi maternal cariño,
Y acoged al tierno niño
Que fio á vuestra lealtad. —
No bien la infausta noticia
Llegó veloz á mi oido,
Que siempre mas ha corrido
La infausta que la propicia,
Con la prenda de mi amor
Dejé á Segovia, angustiada,
Y de Toledo á la entrada
Hallé al justicia mayor,
Que en nombr evuestro sin duda

Iba á buscarme, y turbado
Por el dolor, no ha acertado
Á hablar á la triste viuda.
Y el pueblo, al verme pasar,
Con su silencio mostraba
Que mi presencia doblaba
Su tristeza y su pesar!
Vedle en fin : aquí teneis
Este vástago real
Que en el trono paternal
Hoy mismo colocaréis.
Ya he visto que vuestro amor
Alzó el tablado en que debe
Por rey proclamarse en breve
De mi esposo al sucesor.
Dios te conserve, hijo amado,
Feliz como yo le pido!
Dios bendiga, oh! rey querido!
Los años de tu reinado!

FERNANDO.

Condestable, el rey mi hermano
Á vos el fiel cumplimiento
Legó de su testamento.
Su precepto soberano
Leed, pues juntos aquí
Su viuda y su hijo están.

EL CONDESTABLE.

Vuestros deseos serán
Satisfechos. Dice así.

(Leyendo.)

« En el nombre de Dios, ordeno y mando : que hasta que el príncipe don Juan mi hijo haya edad de catorce años cumplidos, sean regidores y gobernadores de sus reinos y señoríos la reina doña Catalina mi

muger, y el infante don Fernando mi hermano, ambos á dos juntamente. »

LA REINA.

Á mí! á una débil muger
Gobernar el reino encarga!
No : con tan pesada carga
Mis hombros no han de poder.
Vos, hermano, en nombre mio,
Vos, de altas prendas dotado,
Gobernad solo el estado :
Yo mi derecho os confio.
Si alguna vez interviene
El poder que me da el rey,
Será cuando dura ley
Derramar sangre os ordene.

FERNANDO.

Ya lo ois. En mi persona
Cede su derecho todo :
Yo gobierno de igual modo
Que ciñendo la corona.
Procuradores! la guerra,
En nombre de mi sobrino,
Declaro al rey granadino
Que ha invadido nuestra tierra.
Y para salir al punto
Á batallar con el moro,
Os pido el millon en oro
Que dábais al rey difunto.

GUZMAN.

Haré á las Cortes saber
Lo que entrambos demandais.

(En actitud de marchar.)

LA REINA.

Tened, tened! Qué intentais?
La guerra quereis hacer?

FERNANDO.

La guerra que el rey mi hermano
Declaró al moro enemigo.

LA REINA.

Callad! No conteis conmigo
Para ese empeño inhumano!

FERNANDO.

Señora! Mirad que en esto
Cumplimos su voluntad!
La guerra es justa : mirad
Que todo se halla dispuesto.
Juntos en Toledo están,
Verlos pudísteis ahora,
Los hombres de armas, señora,
Y yo soy su capitan.
Hueste inmensa de guerreros
Cual nunca Castilla vió
Vuestro esposo aquí juntó.
Catorce mil caballeros,
Con cincuenta mil peones,
Seis lombardas preparadas,
Trabucos, picos, azadas,
Pertrechos y municiones.
Urge que hoy mismo salgamos,
Y para pagar la gente
El dinero conveniente
Á las cortes demandamos.

LA REINA.

No! yo no demando tal!
Nunca de guerra me hableis!
El alma me estremeceis
Con ese nombre fatal!
De mi madre, en la niñez,
Á aborrecerlo aprendí:
Que con lágrimas la oí

Recordar mas de una vez
Aquella lid fratricida
Que la arrojó de este suelo,
Y al rey don Pedro mi abuelo
Le costó el trono y la vida!
Dios la merced me otorgó
De que reinando mi esposo
Nunca ese nombre horroroso
Oyese en Castilla yo.
Á qué turbar la quietud
Que veis al reino gozar?
Á qué en guerras empeñar
Su lozana juventud?
Y vos, único sosten
De esta madre desvalida,
Nos dejais, y vuestra vida
Correis á esponer tambien?
No, hermano, no lo consiento!
No lo consintais tampoco.

(Á los grandes.)

Yo en nombre del rey revoco
El militar llamamiento.
Condestable, en el instante
Los guerreros despedid.
Andad!

EL CONDESTABLE.

Señora, advertid
Que con vos manda el infante.

FERNANDO.

Despedirlos! Qué intentais?
Cuando la morisma infiel
Insulta el regio dosel,
Tan débil, reina, os mostrais?
De vuestro hijo cuidad,
Y dejadme á mí, señora,

Que el reino gobierne ahora.
Procuradores, marchad :
Júntense las Cortes luego;
Y que ese millon en oro
Para hacer la guerra al moro
Que insolente á sangre y fuego
Nuestros campos atropella,
Manden que al punto se abone.

GUZMAN.

Señor, la reina se opone...
Y vos gobernais con ella.

EL CONDESTABLE, al infante.

Ya lo veis!

FERNANDO.

Ceded, señora,
Al ruego de vuestro hermano :
No ligueis la única mano
Que es hoy vuestra defensora!

EL CONDESTABLE.

Ceded vos, mas bien, señor,
Á los ruegos de Castilla.
Ocupe la regia silla
El ansiado sucesor!

FADRIQUE.

No mas dudas! Levantad,
Reyes de armas, el pendon!
Haced la proclamacion...

FERNANDO.

Silencio!... Callad, callad!

LA REINA.

Qué escucho! Y os resistís
Á que su lealtad, infante,
El regio pendon levante
Por mi hijo?

FERNANDO.

Qué decis?...

LA REINA.

Hijo! para hacer valer
Tus derechos aquí estoy!
Á mostrarte al pueblo voy.
Sígueme.

FERNANDO.

Qué vais á hacer?

LA REINA.

Que se cumpla en el momento
Lo que el rey manda.

FERNANDO.

Aguardad!

LA REINA, en ademan de marchar.

Ven, hijo!

EL CONDESTABLE, deteniéndola.

Reina, escuchad
Lo que manda el testamento.

(Lee.)

« Otro sí, ordeno y mando : que tenga al príncipe mi hijo para su crianza y enseñamiento Diego Lopez mi justicia mayor, con cargo de guardar, regir y gobernar su persona y su casa, hasta que él haya edad de catorce años. »

Venid, justicia mayor :
Aquí al príncipe os confio.

LA REINA.

Arrancarme el hijo mio!

EL CONDESTABLE.

Lo manda el rey mi señor!

LA REINA.

No hay rey que pueda mandar
Lo que es duro, injusto, aleve!...

Quién mas que una madre debe
Al hijo suyo guardar?
Qué horror! y pudísteis vos,
Rey cruel, esposo ingrato,
Dictar ese atroz mandato?
Ah!... No os lo demande Dios!

EL CONDESTABLE.

Mucho vuestra pena siento!...

FERNANDO.

Condestable, duro estais!

EL CONDESTABLE.

No quiero que me digais
Que no cumplo el testamento!

LA REINA.

Sin duda ya en la agonía
Y con turbada razon,
Esa feroz condicion
Alguno al rey le impondria!
Y lo que se opone así
A cuanto hay de mas sagrado,
Debe quedar anulado.

EL CONDESTABLE.

Quereis anularlo?

LA REINA.

Sí!

EL CONDESTABLE.

Pues oid. Si de algun modo
Creeis que la voluntad
Del rey se forzó, anulad...
Pero el testamento todo!

LA REINA.

Todo!

FERNANDO.

Eso no! lo he jurado!

EL CONDESTABLE.

Pues bien : acercaos, don Diego.
Al príncipe yo os entrego.

DIEGO, trayéndolo á su lado.

Yo lo acepto.

LA REINA.

Hijo adorado!

(Óyese ruido de tumulto en el claustro del foro.)

VOCES DENTRO.

La proclamacion!...

ESCENA XIV.

DICHOS, EL ESCUDERO.

EL ESCUDERO.

Señor!

FERNANDO.

Qué es esto?

EL ESCUDERO.

El claustro invadido
Por hombres de armas ha sido,
Que os buscan con gran clamor,
Y piden...

FERNANDO, interrumpiéndolo.

Ya lo adivino :
Salir contra el moro, sí.
(Á sacarlos voy de aquí :
No me queda otro camino.)

(Dirígese á los hombres de armas que salen en tumulto por el foro.)

Llegad, amigos, llegad!
La patria en riesgo se halla!
Todo ante ese nombre calla!

Pronto el campo levantad! —
Inmenso ejército infiel
Sobre nosotros avanza;
Y aun la castellana lanza
No sale á hacer riza en él?
Hijos, al triunfo! á la gloria!
Vuestro infante os acaudilla.

EL CONDESTABLE.

Y así dejais á Castilla?

FERNANDO.

En ganando una victoria. —
Del príncipe me responde
Vuestra cabeza, don Diego! —
Fernan Gutierrez, id luego;
Cuantas riquezas esconde
El arca de mi tesoro,
Cuanto mi palacio encierra,
Para sostener la guerra
Hacedlo trocar por oro.
En nada mi afan repara!
Hasta mis joyas tomad;
Y si es preciso, empeñad
Mi señorío de Lara!

GUTIERREZ.

Obedezco.

(Se va por el foro.)

FADRIQUE, al infante.

El tiempo apura,
Señor!

FERNANDO.

Salgamos de aquí.

(Á los soldados.)

Me seguís, guerreros?

LOS GUERREROS.

Sí!

FERNANDO.

Mi caballo! mi armadura!
(Este es el medio que elijo
De conjurar el clamor.)
Marchemos!

(En actitud de marchar.)

LA REINA.

Y os vais, señor,
Sin proclamar á mi hijo?

FERNANDO.

Sí; que de la impura grey
Nos amaga la cuchilla.
Primero es tener Castilla!...
Y despues tendremos rey.

ACTO SEGUNDO.

Un salon en el alcázar de Toledo. Á la derecha del actor, en primer término, una puerta que da á las habitaciones donde está el príncipe guardado por Diego Lopez. Otra á la izquierda, en frente, que conduce á las que ocupa la reina. Otra grande en el foro, cerrada; y á cada lado de ella un arco con el arranque de una galería que se pierde en ambos costados: la de la derecha da á lo esterior; la de la izquierda á lo interior del alcázar. Hay una mesa con recado de escribir y un sillon.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDESTABLE.

No hay ya que vacilar. Los grandes todos
Impacientes se agitan.
Quiero evitar que por violentos modos
El ciego desacato que meditan
Lleguen á consumar. Desde el instante
Que sordo á nuestros votos el infante
Se partió con la hueste, han transcurrido
Dias y dias, sin haber sabido
Cuál es por fin su intento.
De la muerte del rey cunde la nueva,
Y asoma ya en el pueblo el descontento,
Porque al trono real nadie se eleva.
Cien veces he intentado

Á la reina llegar, determinado
Á declararla lo que el reino pide.
Mas sin hablarme siempre me despide;
Y encerrada en su estancia sin consuelo,
Á nadie admite hasta cumplir el duelo.
Hoy se cumple por fin, y hoy mismo quiero
Que su destino escuche de mi boca.
Yo alcé la voz primero,
Y consumar me toca
Á mí tambien la comenzada empresa.
Si acaso su promesa
Diego Lopez cumplió, que en esa estancia
Al príncipe don Juan guarda á su lado,
Y á la reina tal vez habrá anunciado
El voto de Castilla?
Usurpando el de Urgél la regia silla
Del reino de Aragon, perdió el infante
De reinar la esperanza.
Yo observé que al oirlo, en su semblante
Asomó la ambicion y la venganza.
Ah! si en aquel momento no viniera
Á amedrentar su mente
La aterradora voz de fray Vicente,
Nuestro teson al fin triunfado hubiera.
Y triunfará, lo fio!
Parta la reina con sus hijos luego,
Y al contemplar que el trono está vacío,
Cederá don Fernando á nuestro ruego.

ESCENA II.

EL CONDESTABLE, UN PAJE, que sale del cuarto de la reina.

EL CONDESTABLE.

Qué respondió la reina á mi demanda?

EL PAJE.

Responderos me manda
Que ni á vos ni á ninguno escuchar quiere,
En tanto que á sus brazos no volviere
El hijo tierno cuya ausencia llora.

EL CONDESTABLE.

(No le ha visto hasta ahora :
Bien cumplió Diego Lopez lo ofrecido.)
Volved, paje, y decid que yo le pido
Un momento de audiencia.

EL PAJE.

Perdonadme que os falte á la obediencia.
Su alteza me ha mandado
Que de vos no le pase otro recado.

(Se va.)

ESCENA III.

EL CONDESTABLE.

Airada está conmigo
Porque del hijo la privé, y en vano
Es insistir, hablarla no consigo.
Veré si los obstáculos allano
Haciendo que una audiencia
Diego Lopez le pida con urgencia;

Que al ayo de su hijo es evidente
Que á hablar no se resista; y él, que es diestro,
La llevará un mensage en nombre nuestro
Y hará que ceda y que de aquí se ausente.

(Dirígese á la puerta de la derecha, y se detiene viendo venir al escudero por la galería del mismo lado.)

ESCENA IV.

EL CONDESTABLE, EL ESCUDERO.

EL CONDESTABLE.

Qué me quereis?

EL ESCUDERO.

Calada la visera,
Y por vos con empeño preguntando,
En la cercana galería espera
Un caballero.

EL CONDESTABLE.

Acaso don Fernando
De su campo le envia?

EL ESCUDERO.

Solamente
Que os hiciera presente
Me ha dicho con instancia, que venia
Del reino de Aragon, y que tenia
Que hablaros al instante.

EL CONDESTABLE.

Del reino de Aragon? Pase adelante.

ESCENA V.

EL CONDESTABLE.

De Aragon y encubierto un caballero
Qué podrá ser? Hablémosle primero.

ESCENA VI.

EL CONDESTABLE, EL CONDE DE URGÉL, que viene armado y calada la visera.

(El escudero lo introduce y se retira.)

URGEL.
Sois el Condestable vos?

EL CONDESTABLE.
Y vos?

URGEL.
Lo sabreis despues.
Decidme primero : es cierto
Que elevar os proponeis
Al infante don Fernando
Al castellano dosel?

EL CONDESTABLE.
Nadie en Toledo lo ignora.

URGEL.
Pues con el propio interés
Cerca de vuestra persona
Me envia el conde de Urgél
Con un secreto mensage.

EL CONDESTABLE.
El rey de Aragon?

URGEL.

El rey
De Arágon!... Llegará á serlo
Con tal que vos le ayudeis.

EL CONDESTABLE.

Qué decís? Estais en vos?
Todos sabemos que fué
Proclamado en Barcelona.

URGEL.

Es cierto; y tambien lo es
Que perdió el trono aquel dia,
Y se alzaron contra él
Los parciales de ese infante
Que por monarca quereis.

EL CONDESTABLE.

Santo Dios! Será posible!
Mas qué es esto? Vos tal vez
Venís con dañado intento
Falsas nuevas á estender
Que nuestro designio estorben.
Quién os envia? Por qué
Seguís encubriendo el rostro?
Vive Dios! que hasta saber
Quién sois, haré que en la torre...

URGEL.

Basta! Vive Dios tambien
Que impacientándome vais! —
No fuísteis vos, responded,
Con un secreto mensage
De vuestro difunto rey
Á Barcelona?

EL CONDESTABLE.

Sí fuí.

URGEL.

No vísteis mas de una vez

En aquella corte al conde?

EL CONDESTABLE.

Le ví.

URGEL.

Presentes teneis
Sus facciones?

EL CONDESTABLE.

Sí las tengo.

URGEL, se alza la visera.

Miradme.

EL CONDESTABLE.

El conde de Urgél!

URGEL.

El mismo.

EL CONDESTABLE.

Cielos! Pues cómo?
Vos en Toledo?

URGEL.

Despues
Que en la confusion primera
Ganar el trono logré,
El parlamento se junta
Y alzando la voz en él
Mis enemigos, consiguen
Á sus parciales mover;
Y recurriendo á las armas
Y lanzándose en tropel
Contra los mios, el campo
Les tengo al fin que ceder!
Firme en mis designios, corro
Á Zaragoza, que fiel
Mis derechos proclamaba.
Mas, oh, rabia! Allí tambien
La desgracia me persigue!
Un hombre cuyo poder

Hace que pueblos enteros
Caigan temblando á sus pies,
De repente en la ciudad
Tremendo se deja ver,
Y lanzando contra mí
Cien anátemas y cien,
Arrastra á la muchedumbre
Que le sigue por do quier,
Y en mi presencia se pone
Con impávida altivez!

EL CONDESTABLE.

Le conozco! Era sin duda...

URGEL.

Sí! Fray Vicente Ferrer!
En vano, en vano al acero
Llevar la mano intenté...
Fuerza superior le asiste;
Que sin poderme valer
Imprecaciones terribles
De su labio toleré.
— « No reinarás » — esclamó; —
« Porque el trono aragonés
« Guarda Dios á don Fernando,
« Príncipe insigne, que en vez
« De recibir la corona
« Con que orlar quieren su sien
« El Condestable y los grandes
« De Castilla, por no ser
« Traidor á su noble estirpe,
« La rechaza con desden. » —
Su voz alienta á los nobles,
Hace al pueblo enmudecer,
Y por último, me arroja
De Zaragoza tambien! —
Á la Almunia me retiro.

Donde á juntar comencé
Gran número de parciales;
Cuando me hicieron saber
Que los tres reinos de acuerdo
Quieren que el trono se dé
Al que mas derechos tenga
De los que aspiran á él.
Esta sentencia han de darla
Nueve jueces, siendo tres
Por cada reino elegidos;
Y para que á salvo estén
De que nadie sus conciencias
Pueda en su favor torcer,
La fortaleza de Caspe
Los custodia, y allí es
Donde al reino de Aragon
En breve darán un rey.

EL CONDESTABLE.

Y quiénes los jueces son?

URGEL.

Entre ellos cuento tener
De mi parte al arzobispo
De Tarragona, á Guillen
De Valseca, y otros varios...

EL CONDESTABLE.

Si al arzobispo teneis
En vuestro favor!...

URGEL.

Qué importa!
Valencia ha nombrado juez
Á mi mayor enemigo,
Al mas poderoso...

EL CONDESTABLE.

Á quién?

URGEL.

Al que protege al infante,
Y sentenciará por él,
Y arrastrará á los demás...
Á fray Vicente otra vez!

EL CONDESTABLE.

Á fray Vicente? — No hay duda!...
Le perdemos!...

URGEL.

Viendo pues,
Que nada ya por la fuerza
Puedo en Aragon hacer,
Á Toledo me dirijo;
Porque vosotros podeis,
Primero que los de Caspe,
Esta cuestion resolver.

EL CONDESTABLE.

Cómo?

URGEL.

Á vosotros y á mí
Nos liga el mismo interés.
Vosotros para Castilla
Á don Fernando quereis :
En la herencia de aquel trono
Mi competidor es él :
Coronadle, antes que el fallo
Los jueces de Caspe den,
Y ya sin rival, es mio
El imperio aragonés.

EL CONDESTABLE.

Á la reina voy á hablar :
No hay tiempo ya que perder.

URGEL.

Qué intentais?

EL CONDESTABLE.

Que con su hijo
Parta á Inglaterra...

URGEL.

Tened!
Esa medida no os salva.

EL CONDESTABLE.

Por qué?

URGEL.

Porque si á ceder
El infante se negase,
Volver los hará otra vez. —
Para obligarle, es forzoso
Que el niño don Juan esté
Fuera de su alcance.

EL CONDESTABLE.

Dónde?

URGEL.

Condestable, en mi poder.

EL CONDESTABLE.

En el vuestro?

URGEL.

Sí : en el mio. —
Qué, dudais?

EL CONDESTABLE.

Conde de Urgél!...
Yo os conozco; y ese niño
Es hijo al fin de mi rey!

URGEL.

Sospechais?...

EL CONDESTABLE.

Y con razon.

URGEL.

Vive Dios! Osado!...

EL CONDESTABLE.

Ved
Que estais, conde, en el alcázar
De Toledo, y que os perdeis! —
Templaos, y decid. Qué prenda
Nos dais de que el niño esté,
No solamente al abrigo
De un atentado cruel,
Sino honrado, cual merece
Su alta cuna?

URGEL.

Mi interés.

EL CONDESTABLE.

No la rechazo : esplicaos.

URGEL.

Ya que no basta la fé
De mi palabra y la sangre
Real que anima mi ser...

EL CONDESTABLE.

De vuestro interés habladme.

URGEL.

Pues claramente no veis
Que conservando en rehenes
Al niño don Juan, podré
Contener de don Fernando
La ambicion, si alguna vez
Sus derechos á mi trono
Intentara sostener?

EL CONDESTABLE.

Cierto. — Me basta la prenda.
Hola!

ESCENA VII.

DÍCHOS, EL ESCUDERO.

EL ESCUDERO.
Señor.
EL CONDESTABLE.
Disponed
De órden mia, que en Toledo
Á nadie entrada se dé,
Si es que viene de Aragon.
Andad.

ESCENA VIII.

EL CONDESTABLE, EL CONDE.

EL CONDESTABLE.
Conviene tener
Oculta vuestra llegada
Y las nuevas que traeis,
Porque á oidos del infante
No lleguen hasta despues.
Nadie aquí os conoce?
URGEL.
Nadie
Conoce al conde de Urgél,
Sino vos.
EL CONDESTABLE.
Pues aguardad.
(Dirígese á la puerta de la derecha.)
Há del alcázar!

EL PAJE, dentro.

Quién es?

EL CONDESTABLE.

El Condestable.

(Abrese la puerta y aparece el paje.)

Decid
Á Diego Lopez, doncel,
Que para asunto que importa
Aquí le aguardo.

(Retírase el paje, cerrando.)

Traeis

(Al conde.)

Gentes de armas de Aragon?

URGEL.

Corto escuadron, pero fiel,
Me acompaña, que emboscado
Cerca del muro dejé.

EL CONDESTABLE.

Pues cuando á partir vayais,
Haré que aviso le den
De que al alcázar se acerque,
Y esa escolta llevareis.

ESCENA IX.

(Abrese la puerta de la derecha, y sale por ella don Diego.)

DON DIEGO, EL CONDESTABLE, EL CONDE.

EL CONDESTABLE.

Don Diego, oid. — Aunque nada
Hemos hablado hasta ahora,
Desde que está á vuestro cargo
Del príncipe la custodia,

No imagineis que los grandes
Aquel proyecto abandonan.

DIEGO.

De qué proyecto me hablais?

EL CONDESTABLE.

Muy flaco sois de memoria.
No os acordais de aquel dia
Que partísteis á Segovia?...

DIEGO.

Sí me acuerdo.

EL CONDESTABLE.

Y á qué fuísteis?

DIEGO.

Á custodiar la persona
De mi rey, y hasta Toledo
Conducirle y darle escolta.

EL CONDESTABLE.

Don Diego!

DIEGO.

Á eso fuí.

EL CONDESTABLE.

Y á mí
Me lo decis?

DIEGO.

Y es notoria
En Castilla la lealtad
De que mi pecho blasona.

EL CONDESTABLE.

Viven los cielos! Don Diego!...

DIEGO, yéndose.

Si no mandais otra cosa...

EL CONDESTABLE.

Oid, esperad!... Qué es esto?... —
Mas ya lo comprendo. Os sobra
Razon. Perdonad, don Diego;

Mia fué la culpa toda;
Pues conociendo años há
La prudencia que os adorna,
Antes de hablar olvidé
Deciros que nada importa
Que el caballero que veis

(Señalando al conde.)

De nuestros planes se imponga.

DIEGO.

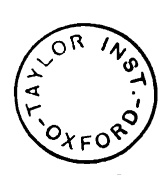
Yo, condestable, no temo
Que el mundo entero me oiga!

EL CONDESTABLE.

Bien está; pero repito
Que hablar podeis sin zozobra.
Es un noble aragonés,
Á quien su rey comisiona
Para que al niño don Juan
Allá conduzca, y le ponga
En su poder.

DIEGO.

Cómo! al niño
Que guardo yo? — Sabedora
Del caso será la reina,
Y ella y el infante en forma
Me autorizarán...



EL CONDESTABLE.

La reina
Y don Fernando lo ignoran.
Mas urge el tiempo, y es fuerza
Hoy mismo acabar la obra.
La reina, viendo partir
Al hijo que tanto adora,
Le seguirá sin remedio;
Y al ver que el trono abandonan
Lo aceptará don Fernando.

Entregadnos sin demora
Al príncipe, y...

DIEGO.

Condestable,
Vuestro juicio se trastorna!
Yo traidor al niño rey
Y á la reina mi señora?...

EL CONDESTABLE.

Don Diego!

DIEGO.

En nombre del rey
Don Enrique, que está en gloria,
Soy guardador de su hijo!

EL CONDESTABLE.

Y la palabra?...

DIEGO.

Esta honra
Nuevos deberes me impone.

EL CONDESTABLE.

Y no es bien que se anteponga
El de salvar á Castilla?...

DIEGO.

Á mí tan solo me toca
Guardar al rey, y á mi lado
Lo guardaré á toda costa.

EL CONDESTABLE.

Vive Dios que ya os entiendo!...

URGEL.

Y vive Dios que me enoja
La paciencia que gastais!
Si de grado no os lo otorga,
Entrad por él, y escusad
Tantas palabras ociosas.

DIEGO.

Veremos si el condestable

Á ese atentado se arroja.

URGEL.

Si el condestable vacila.
Entraré yo mismo.

DIEGO.

Hola!

(Á la voz de don Diego aparecen hombres de armas guardando la puerta.)

Ya veis que mis ballesteros
Ese recinto custodian.

URGEL.

Mi espada se abrirá paso...

(Pone mano á la espada. El condestable le contiene.)

DIEGO.

Guardias!

EL CONDESTABLE.

Tened, no nos oigan!
Con violencia nada hacemos.
Idos, y dejadme á solas
Con él.

URGEL.

Pero es fuerza hoy mismo...

EL CONDESTABLE.

Hoy nuestro intento se logra.
Yo respondo.

DIEGO.

Será en vano.

URGEL.

Si dentro de breves horas
No le entregas, viejo imbécil,
Vendré por él en persona;
Y aunque huelle tu cadáver,
Te lo arrancará mi cólera!

EL CONDESTABLE.

Idos, que la reina sale.

(El conde de Urgél se cala la visera y se va.)

ESCENA X.

DON DIEGO, EL CONDESTABLE, LA REINA.

LA REINA.

Ni en la estancia silenciosa
Donde llorando mi duelo
Vivo retirada y sola,
Dejareis de importunarme?
Quién estas voces provoca?
Qué haceis á la puerta vos
De la estancia donde mora
Mi hijo? Y ese guerrero
Que con planta presurosa
Se aleja al verme, quién es?

DIEGO.

Sea quien fuere, señora,
Don Diego Lopez aquí
Al niño don Juan custodia
Y á nadie lo entregará.

LA REINA.

Entregarlo!

DIEGO.

Desde ahora
Libre entrada en su aposento
Concedo... pero á vos sola!

(Éntrase en el cuarto de la derecha.)

ESCENA XI.

EL CONDESTABLE. LA REINA.

EL CONDESTABLE.

(Yo daré en tierra, villano,
Con tu fingida lealtad.)

LA REINA.

Cielos! qué he oido! Aclarad,
Condestable, aqueste arcano.

EL CONDESTABLE.

Á demandaros audiencia
Cien veces aquí he llegado;
Y nunca os habeis dignado
Darme de hablaros licencia.

LA REINA.

Qué quereis? la pena, el llanto
Engendran temores tales!...
Y hasta palabras fatales
Que resuenan con espanto!
Jurára yo que aquí ahora
No sé qué don Diego dijo
De entregaros á mi hijo...
Ved qué ilusion!...

EL CONDESTABLE.

Sí, señora.

LA REINA.

Cómo... Es cierto?

EL CONDESTABLE.

Sí, por Dios.

LA REINA.

Y para qué habeis tratado
De arrancarlo de su lado?

EL CONDESTABLE.

Para entregároslo á vos.

LA REINA.

Cielos!... Es posible!... Á mí!...
Y él se niega á vuestro intento?

EL CONDESTABLE.

Ya sabeis que el testamento
Le manda guardarlo.

LA REINA.

Ah! Sí!

EL CONDESTABLE.

Y vos, pena muy amarga
Tendreis, separada de él!

LA REINA.

Ah! no hay pena mas cruel!

EL CONDESTABLE.

Y separacion tan larga!
Yo cumplí mi obligacion
Poniendo el niño en su mano:
No me tacheis de inhumano.
Comprendo vuestra afliccion;
Y cual madre tierna creo
Que por llegarle á abrazar
Dariais sin vacilar...

LA REINA.

Cuanto en el mundo poseo!
Mas no será menester.
Puesto que hoy á vuestro ruego
Ceder no quiere don Diego,
Yo le obligaré á ceder.

EL CONDESTABLE.

De qué modo?

LA REINA, sacando un pergamino.

En este escrito
Que de mi mano he trazado,

Por nulo doy lo mandado,
La guarda del rey le quito;
Y, por ser su madre, á mí
Me declaro guardadora.
Mirad.

(Se lo entrega.)

EL CONDESTABLE.

Observo, señora,
Que falta una firma aquí.

LA REINA.

La del infante?

EL CONDESTABLE.

Así es :
El poder es de los dos.

LA REINA.

Pues bien, Condestable, vos
Que mostrais tanto interés
Por esta madre infelice,
Enviádselo al instante,
No tardeis, y que el infante
Con su firma lo autorice.

EL CONDESTABLE.

Dudo que para anular
De su hermano el testamento
Preste su consentimiento.

LA REINA.

Oh Dios! Y á quién apelar?...

EL CONDESTABLE.

Si al hijo vuestro quereis
Con ese afecto tan puro...

LA REINA.

Lo dudais?

EL CONDESTABLE.

Pues bien, yo os juro
Que en los brazos lo tendreis.

La empresa á mi cargo tomo.

LA REINA.

Vos?

EL CONDESTABLE.

Sí: que poder me asiste.

LA REINA.

Cuándo será?

EL CONDESTABLE.

En vos consiste
Que sea ahora mismo.

LA REINA.

Cómo?

EL CONDESTABLE.

Dedicando vuestro amor
Á su dicha, á su reposo:
Haciéndole venturoso,
Que es la grandeza mayor.

LA REINA.

Pues qué otro objeto ambiciono?

EL CONDESTABLE.

Es que con todo ese afan
No hareis feliz á don Juan,
Si le haceis subir al trono.

LA REINA.

Y qué he de hacer? Santo Dios!

EL CONDESTABLE.

Salvarle del riesgo ahora.

LA REINA.

Cómo?

EL CONDESTABLE.

Marchándoos, señora,
Con él de Castilla vos.

LA REINA.

Cielos!

EL CONDESTABLE.

De la corte ausente,
Siempre retirada allá,
Vos ignorais... — ojalá
Lo ignoreis eternamente! —
Las zozobras, los cuidados
Que rodean sin cesar
Al que se atreve á reinar!
Hoy que los moros lanzados,
Que sujeto Portugal,
El príncipe, sin tener
Estrangeros que temer,
Empuñe el cetro real.
No es el estrangero encono
El peligro que le amaga :
En Castilla está la plaga
Que ha de socavar su trono.
Pondrán á su arrojo grillos,
Burlarán sus esperanzas
Prelados que mandan lanzas,
Grandes que tienen castillos.
Si es blando, dulce y humano,
Ha de ser de ellos juguete;
Y si mandar se promete,
Tendrá que hacerse tirano.
Mandar don Pedro intentó,
Y fué tirano y cruel;
Y ya sabeis en Montiel
De qué manera acabó!

LA REINA, aterrada.

Ay!

EL CONDESTABLE.

En cambio el rey difunto,
Que fué bondadoso y blando,
Sufrió desaires, llegando

Su humillacion á tal punto,
Que hasta el sustento por fin
Hubo de faltarle un dia,
Mientras ellos á porfía
Se holgaban en un festin!
Quereis que en tanto baldon
El hijo vuestro se vea?
Que rey en el nombre sea?
Es esa vuestra ambicion?
Marchad, señora, marchad;
Y dejad que el cetro tome
Uno que á los grandes dome...

LA REINA.

Quién?

EL CONDESTABLE.

El infante.

LA REINA.

Oh! maldad!

EL CONDESTABLE.

Lo demanda el reino entero;
Y yo, hincando la rodilla,
De vuestro amor á Castilla
Este sacrificio espero!

LA REINA.

Alzad, alzad. — Dios eterno!
Cumpliéronse mis temores!
Así perseguís, traidores,
Á una madre, á un niño tierno!...

EL CONDESTABLE.

No es traidor el que aquí veis!
El que os demanda de hinojos
Con lágrimas de sus ojos,
Que os salveis y nos salveis!

LA REINA.

Alzad, alzad!... Ya penetro

Hasta el fondo el negro arcano!...
Y es el infante! es mi hermano
Quien roba á mi hijo el cetro!

EL CONDESTABLE, se pone en pie.

Qué decis?...

LA REINA.

Sí : de mi lado
Le aleja el remordimiento;
Y os hace á vos instrumento
De este feroz atentado!

EL CONDESTABLE.

Señora! yo fuí testigo
De su tenaz resistencia.

LA REINA.

Por eso huyó mi presencia!

EL CONDESTABLE.

Por eso.

LA REINA.

Vos sois su amigo.
Y en vano estais procurando
Oscurecer su traicion:
Que mi leal corazon
Ya me la estaba anunciando!
Ah! sí! Desde aquel instante
Que separada me ví
Del hijo mio, y aquí
Sola me dejó el infante,
No sé qué secreto horror
En mi corazon sentia,
Que cuantos rostros veía
Me llenaban de terror;
Y en esa estancia encerrada
Donde mi espanto crecia
Con la soledad sombría
De esta lóbrega morada,

Se agolparon de repente
Á mi exaltada memoria
Recuerdos de aquella historia
Que en mi niñez inocente
Á mi tierna madre oí.
De Castilla la arrojaron,
Y al rey su padre mataron...
Y fueron los grandes, sí!
Y un infante era tambien
El gefe de aquella hazaña!

EL CONDESTABLE.

Semejanza tan estraña
Por qué vuestros ojos ven?

LA REINA.

Porque de nuestros mayores
Pesa en nosotros la ley:
Yo desciendo de aquel rey...
Y vos de aquellos traidores!

EL CONDESTABLE.

Caiga vuestro enojo en mí:
Traidor llamadme en buen hora:
Mas por vuestro bien, señora,
Marchad al punto de aquí!

LA REINA.

Nunca! jamas! — Justo Dios!...
Yo á mi hijo destronar!...

EL CONDESTABLE.

No quereis con él marchar?...
Pues él marchará sin vos.

LA REINA.

Qué decís?... sin mí!

EL CONDESTABLE.

Es urgente:
Hoy partirá de Toledo.

LA REINA.

Pensais que me infunde miedo
Esa amenaza impotente?
Si vos faltais al honor
Y á la fé de buen vasallo,
No imagineis que me hallo
Sin un leal defensor.

EL CONDESTABLE.

Quién, señora?

LA REINA.

El que ántes dijo
Que era sordo á vuestro ruego.

EL CONDESTABLE.

Don Diego, decís?

LA REINA.

Don Diego,
Que no entregará á mi hijo.

EL CONDESTABLE.

Vana ilusion os ofusca!
Ese leal caballero
Sabeis que fuę el mensagero
Que marchaba en vuestra busca.

LA REINA.

Á traerme...

EL CONDESTABLE.

No, señora :
Iba á alejaros de aquí.

LA REINA.

Cómo?... Pues ahora...

EL CONDESTABLE.

Sí :
Otro es su interés ahora.
Como guardador, confia
Que logrará del rey niño
Ir conquistando el cariño

Y ser su valido un dia.

LA REINA.

Pues, lealtad ó interés sea,
Él lo guardará.

EL CONDESTABLE.

Quizá.
Y decid : lo guardará,
Señora, cuando esto lea?

(Mostrando el escrito que le dió la reina.)

LA REINA.

Cómo! intentais?...

EL CONDESTABLE.

Todo entero
Escrito de vuestra mano.

LA REINA.

Lo revocaré.

EL CONDESTABLE.

Es en vano.
El pensamiento primero
De despojarlo aquí está:
Y aunque lo anuleis ahora,
Tarde ó temprano, señora,
Que se ha de cumplir verá.
Y pues en don Diego es fijo
Que obra solo el interés,
Leerá este escrito, y despues
Entregará á vuestro hijo.

LA REINA.

Conque no hay uno siquiera,
No hay uno que guarde fé?...
Partiré, sí, partiré...
Y ojalá nunca viniera!
Hijo! huyamos de este suelo,
Huyamos de este recinto
En sangre de reyes tinto!...

Abandónales sin duelo
Un trono de maldicion
Á esos nobles ricos hombres...
Que cubren con altos nombres
La infamia del corazon!

EL CONDESTABLE.

Partireis?

LA REINA.

Al punto, sí :
Que mientras con vos esté,
Por mi hijo temblaré :
Salgamos pronto de aquí!

EL CONDESTABLE.

La paz á Castilla dais.
Y aunque el sacrificio os cueste...

(Algazara dentro y gritos de viva el infante.)

LA REINA.

Cielos! qué tumulto es este!...
Quién viene?

EL CONDESTABLE.

Nada temais.

ESCENA XII.

DICHOS, FERNAN GUTIERREZ, SOLDADOS.

(Cuatro guerreros siguen á Fernan Gutierrez, y se quedan en el fondo, caladas las viseras.)

GUTIERREZ.

Victoria por don Fernando!

EL CONDESTABLE.

Fernan Gutierrez!

GUTIERREZ.

Oh! reina!
Á vuestras plantas me envia
El infante con la nueva.

LA REINA.

Y el infante dónde está?

GUTIERREZ.

Rayo del cielo es su diestra!
Al primer encuentro, rompe
Del moro la hueste inmensa,
Lanzándola desbandada
Hasta el fondo de sus tierras.
De Antequera á las murallas
Triunfante y rápido llega,
Y las escalas arrima,
Y las lombardas asesta.
Da el asalto : sube al muro :
Los defensores se entregan;
Y al verle alzar el pendon
De Santiago en las almenas,
Grita el ejército : « Viva
« Don Fernando de Antequera. »

EL CONDESTABLE.

Dios le protege y le guarda
Para mayores empresas!
Otro título mas alto
Hoy en Castilla le espera.
La reina, Fernan Gutierrez,
Que admira sus nobles prendas,
Con resolucion magnánima
Cede al infante la herencia
De su hijo, y esta noche
Los dos á Toledo dejan.

LA REINA.

Esta noche? (Oh, cielo!)

EL CONDESTABLE, dirigiéndose á la reina.

Y vos,
En quien de vanas grandezas
Triunfa el maternal amor,
Entrad en la estancia regia;
Y cuando del hijo amado
Goceis las caricias tiernas,
Vereis que no vale un trono
Privarse de su presencia.

(Acércase á la puerta de la derecha.)

Hola! — Á don Diego llamad.

LA REINA.

(Esto es hecho! No me queda
Otro recurso. — Capaces
Serán de traicion mas negra
Si yo resisto...)

(El Condestable despues de hablar con don Diego, que se ha presentado en la puerta, hace ademan á la reina de que pase. La reina esclama entrando apresurada.)

(Hijo mio!)

ESCENA XIII.

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, FERNAN GUTIERREZ, SOLDADOS.

(Don Diego va á seguir á la reina.)

EL CONDESTABLE.

Don Diego!

DIEGO.

Voy con la reina!

EL CONDESTABLE.

Dos palabras nada mas...

DIEGO.

No puedo.

EL CONDESTABLE.

Que os interesan.

DIEGO, deteniéndose.

Á mí?

EL CONDESTABLE.

Á vos mas que á ninguno.

DIEGO.

Decid pronto.

EL CONDESTABLE.

Con reserva. —
Lo habeis pensado mejor?

DIEGO.

Yo no pienso, cuando median
El deber y la lealtad!

EL CONDESTABLE.

Volveis otra vez al tema?

DIEGO.

Mi conciencia no permite...

EL CONDESTABLE.

Á mí, don Diego, con esas?
Sabeis que os conozco bien;
Con que dejaos de conciencia,
Y el móvil de esa mudanza
Esplicadme con franqueza.

DIEGO.

Risa me da la pregunta! —
Y á vos, qué móvil os lleva
Á coronar al infante?

EL CONDESTABLE.

Á mí...

DIEGO.

Ya sé la respuesta.
Decís que el bien de la patria.

Otra razon es la vuestra.
Ayo del infante fuísteis :
Se ha criado en vuestra escuela :
Su valido sois; y es claro
Que si á coronarse llega,
Sereis valido del rey.

EL CONDESTABLE.

Ya entiendo. Esa misma idea
Teneis con el niño vos?...

DIEGO.

Quiero seguir vuestra regla.

EL CONDESTABLE.

Acabárais de una vez!
Si otro temor no os arredra
Mas que el de perder la guarda
Del niño, no os cause pena.

DIEGO.

Por qué?

EL CONDESTABLE.

Porque eso, don Diego,
Será de todas maneras.

DIEGO.

Cómo?

EL CONDESTABLE.

Sí.

DIEGO.

Perderla! Y quién
Me la ha de quitar?

EL CONDESTABLE.

La reina.

DIEGO.

La reina?

EL CONDESTABLE, le da el pergamino.

Leed.

DIEGO.

Qué miro!

EL CONDESTABLE.

Todo de su puño y letra.
Ella á marchar de Castilla
Con su hijo está resuelta.
Si bien á bien le entregais,
No revelará mi lengua
Que de vendernos tratábais;
Pero si haceis resistencia
Y dais con ello lugar
Á que don Fernando vuelva
Y nuestro plan desbarate,
Este escrito os manifiesta
Que la madre os quitará
La guarda del niño : y cuenta!
Que haberla ayudado ahora
No os valdrá luego con ella;
Porque ya sabe que antes
Tambien de los nuestros érais:
Y al que ha servido á dos bandos
En ninguno se le aprecia.
Qué decís?

DIEGO.

Qué he de decir?
Bien sabeis que en mi conciencia
De vuestra opinion he sido.
Si he obrado de otra manera,
Es porque el deber en mí
Siempre ha tenido gran fuerza! —
Pero en fin, ya que, á Dios gracias,
La reina misma desea
Lo que todos deseamos,...
Pronto estoy á obedecerla.

EL CONDESTABLE.

Esa mano!

DIEGO.

Vuestro soy.

EL CONDESTABLE.

Fernan Gutierrez, ya quedan
Los obstáculos vencidos :
Don Diego al príncipe entrega.
Esta noche aquí los grandes
Juntaré, y en su presencia
Firmará la reina el acta
De abdicacion. La litera
Real vendrá con sigilo,
Porque el pueblo nada entienda.
Saldrán esta noche entrambos;
Y cuando el dia amanezca,
Por don Fernando alzaremos
Pendones. Vos á Antequera
Partís, y á vuestra llegada
Haceis que cunda la nueva,
Que el ejército lo aclame;
Y en pos vuestro con presteza
Iremos los grandes todos
Á llevarle la diadema.

DIEGO.

Todos, sí!

EL CONDESTABLE.

Sigilo. — Pronto
Volveré. — Por lo que pueda
Suceder... no quiero yo
Perder de vista á la reina.

ESCENA XIV.

DON DIEGO, FERNAN GUTIERREZ, GUERREROS.

DIEGO.

Silencioso estais! qué es esto?
Vos, á quien sin duda esperan
Grandes dones en albricias
De ese mensage, con muestras
De pesar, Fernan Gutierrez,
Escuchais la eleccion nuestra.

GUTIERREZ.

De pesar! Estais en vos?
Si en mi poder estuviera,
No de Castilla, del mundo
Le hiciera rey!

DIEGO.

Altas prendas
Dignas del trono le adornan!
Y yo que en reconocerlas
Soy el primero, por fin
He consentido en la empresa.
Porque ya veis... Del recinto
En que custodio á su alteza,
Con hombres de armas seguros
Guardadas tengo las puertas;
Y en vano al niño intentarán
Arrancarme con violencia.
Mas como el bien de Castilla
Tal sacrificio me ordena,
Resuelto estoy á entregarlo.
Y cuando el infante sepa

Que á mí me ha debido el trono!...

(Uno de los cuatro guerreros ha ido acercándose y dice en voz baja á don Diego.)

GUERRERO.

Te hará cortar la cabeza.

(Álzase la visera: es don Fernando.)

DIEGO.

Cómo? Qué?... Oh Dios! El infante!

FERNANDO.

Silencio!

DIEGO.

Señor!...

FERNANDO.

Si entregas
Al príncipe, y yo soy rey,
Ya sabes lo que te espera.

DIEGO.

Pues cómo!... Os negais?...

FERNANDO.

Silencio!
Entra al punto; y dí á la reina
Que en este instante, aquí mismo,
Hay quien hablarla desea.
Y advierte que, aunque me has visto,
No me has visto. — Marcha apriesa.

(Don Diego, turbado y trémulo, se va por la derecha.)

ESCENA XV.

DON FERNANDO, FERNAN GUTIERREZ.
GUERREROS.

FERNANDO.

A tiempo, Fernan Gutierrez,
Llegamos por dicha nuestra!

Dios me ha inspirado. — Si tardo
Un dia mas, la violencia
Se consuma.

GUTIERREZ.

Y todavía
Quién sabe si á contenerla
Bastareis! — Los grandes quieren
Llevar á cabo la empresa
Esta misma noche. El ayo
Del rey es débil : la reina,
Mas débil aun, consiente
En ausentarse : las fuerzas
Que esperais, ó no vendrán,
O vendrán tarde...

FERNANDO.

No creas
Que fray Vicente Ferrer
Mi mensage desatienda.

GUTIERREZ.

Y si no llegó á sus manos?
Y si la alevosa diestra
Que dió muerte al arzobispo
Tambien en él se ensangrienta?
Qué hareis solo contra tantos?
Qué arbitrio entonces os queda?

FERNANDO.

Qué es esto, señor? Los tronos
Que colocaste en la tierra
Á merced de sus vasallos
Así abandonados dejas!
No es tu voluntad divina,
No es tu omnipotente diestra,
Sino el mundano interés
De pasiones turbulentas
Quien alza y hunde á su antojo

Reyes que en tu nombre reinan!

GUTIERREZ.

Quizá es voluntad del cielo.
Lo pide Castilla entera.
Voz del pueblo es voz de Dios!

FERNANDO.

Aunque lo pida; aunque sea
Conveniente al bien del reino
Que yo á sus instancias ceda,
De mas provecho será
Dejar á las venideras
Edades esta leccion.
No quiero que un tiempo venga
En que su ambicion dorando
Con mentidas apariencias,
Príncipes usurpadores
Invocar mi ejemplo puedan.
No ha de ser, viven los cielos! —
Y pues mis derechos huellan
Los rebeldes de Aragon,
Y á un usurpador elevan
Á aquel trono que era mio;
Este que la Providencia
Bajo mi amparo coloca,
No pasará por la afrenta
De sufrir de sus vasallos
La vergonzosa tutela.

GUTIERREZ.

Alguien viene!

FERNANDO, calándose la visera.

Ella tal vez...

GUTIERREZ.

La misma.

FERNANDO.

Guarda esas puertas,

Y dame con tiempo aviso
Si ves que alguno se acerca.

(Fernan Gutierrez se va por la galería derecha llevándose los hombres de armas; y durante la escena que sigue se les verá aparecer de cuando en cuando á lo lejos, como vigilando la entrada.)

ESCENA XVI

DON FERNANDO, LA REINA.

(La reina sale por la puerta de la derecha, impaciente y recelosa: ve á Fernan Gutierrez y los guerreros desaparecer, y se pára amedrentada.)

LA REINA.

Quién por mí preguntaba?... — Mas qué es esto!...
Fernan Gutierrez!... Me dejais á solas
Con un desconocido!... Qué designios?...
(Á don Fernando.)
Quién sois? qué me quereis?...

FERNANDO, alzándose la visera.

Yo soy, señora.

LA REINA.

Vos! El infante aquí!

FERNANDO, con misterio.

Callad!...

LA REINA.

Dejaos
De fingimiento ya! La negra historia
De mi desdicha y vuestro crímen leo!
No podeis la impaciencia que os devora
Mas tiempo reprimir, ni allá en el campo
La noticia aguardar de mi deshonra!
Fuerza es pedir á la ambicion sus alas,
Y á Toledo volar; que perezosa
La fé del Condestable, tantos dias

La urgente empresa consumar demora.
Culpable lentitud! — Mas vos llegásteis,
Y su tibieza en frenesí se torna.
Preséntase á su reina, la amenaza;
Al guardador del rey, astuto compra;
Y al hijo y á la madre en esta noche
Del trono y de Castilla nos arroja! —
Dudábais de su celo? Ah! sois injusto!
Es vuestro amigo, y como tal se porta.
Nada os queda que hacer. Vos, no lo estraño,
Quizá á saberlo de mi propia boca
Impaciente venís?... Y á qué cubierto
De férreo casco, de acerada cota?
No es este el campo de Montiel, ni el cetro
Que venís á usurpar, la valerosa
Diestra de un rey batallador empuña,
Ni guerrera falange le custodia.
Un inocente niño es quien le tiene,
Y una muger quien le defiende sola!...
— No le defiende, no!... No es necesario
Que otra vez por reinar la sangre corra.
— Ahí teneis ese trono que os halaga!
Con placer os le dejo, y á remotas
Tierras me ausento con el hijo mio,
Que es mi tesoro, mi ambicion, mi gloria! —
A Dios, hermano, á Dios! Estais contento?
Vednos partir : gozaos en vuestra obra!

FERNANDO.

En la vuestra direis, que no en la mia.
Débil muger, que tímida se postra,
Y al peligro menor, de madre y reina
Los sagrados deberes abandona!
Qué seria de vos, de vuestro hijo,
Qué seria sin mí? — Cuando á Segovia
Dejásteis ambos y en Toledo entrabais,

Los grandes me ofrecian la corona;
Y yo la rechacé. — Con altos gritos
Me aclamaba por rey la hueste toda :
Yo le impuse silencio, y contra el moro
Me la llevé á lidiar!

LA REINA.

Cielos!

FERNANDO.

Con pronta
Marcha me alejo; y desde el campo envio
Un secreto mensage á Zaragoza,
Pidiendo á fray Vicente que al justicia
Hombres de armas demande, y á mi costa
Vengan á las murallas de Toledo,
Y mi mandato aguarden. — La derrota
Sigo entretanto del alarbe, gano
La villa de Antequera, y con victorias
Distraigo á mis guerreros. — Á Sevilla
Finjo luego partir; y entre la escolta
De escogidos ginetes que aquí envio,
De la nueva del triunfo portadora,
Disfrazado me oculto. En este alcázar
Consigo penetrar; y aquí en persona
Quiero esperar la aragonesa hueste;
Y cuando el son de las trompetas oiga,
Á su frente ponerme, de los grandes
Desbaratar las pretensiones locas;
Humillar su poder, y al hijo vuestro
Coronar.

LA REINA.

Dios eterno!

FERNANDO.

Y vos, señora,
Vos, que depositaria sois conmigo
De su herencia real, vos, defensora

De sus derechos, vos, que sois su madre!...
Qué habeis hecho por él? — Ceder medrosa,
Consentir en sacrílegos proyectos,
Llorar, huir, quitarle la corona!

LA REINA.

Salvar su vida!

FERNANDO.

El suelo castellano
No engendra regicidas.

LA REINA.

Á la sombra
Del patrio amor que hipócritas afectan,
La accion mas negra llamarán heróica.
Aun recuerdo sus fieras amenazas,
Su duro acento, sus miradas torvas...
Ay! yo he temblado por el hijo mio!...
Si me niego á partir, nada se logra :
Esta noche le arrancan de mi lado!...
Y capaces serán!... Ah! qué me importa
El trono, la ambicion!... Yo con mi hijo
En donde quiera viviré dichosa!...
Y él lo será conmigo. — Qué le falta,
Si las caricias de su madre goza?

FERNANDO.

Qué le falta, decís? — Pluguiese al cielo
Que esa inocencia en que le veis ahora
Eternamente conservar pudiera,
Cual conserva la flor su blando aroma!
Edad feliz, en que el hogar paterno
Es nuestro mundo, y lo demas se ignora;
En que un beso de amor enjuga el llanto
Que solamente de los ojos brota,
Y no del corazon!... Mas ay! que pronto
El huracan de las pasiones sopla,
Y por su aliento abrasador marchita

La flor de la inocencia se deshoja!
Cuando ese niño en varoniles años
Sienta la regia sangre generosa
En sus venas hervir; cuando esos lazos
En que hoy le sujetais, brioso rompa,
Y desdeñando juegos infantiles,
Arda en su corazon ansia de gloria:
« Tú no naciste, le dirá la fama,
En esa humilde condicion que ahoga
Tus ímpetus magnánimos; un trono
Heredaste al nacer : si de él ahora
Para siempre arrojado te contemplas,
De tu madre y no mas la culpa es toda. »
Á vos entonces lanzará sus quejas;
Verá en vos la ocasion de su deshonra :
Huirá de vos; maldecirá en secreto
La dura humillacion que le sonroja,
Y acaso... acaso os aborrezca un dia!...

LA REINA.

Aborrecerme! Oh Dios!...

FERNANDO.

Ya veis, señora,
Que si cobarde abandonais el trono
Y apelais á esa fuga vergonzosa,
Nada salvais en recompensa, nada;
Ni el cariño filial! — No mas zozobras!
No mas debilidad! — Sed madre al menos.
Aquí teneis un brazo que os apoya.
No os pido yo que á sobrehumano esfuerzo
Os eleveis con resistencia heróica;
Corto tiempo no mas, cortos instantes :
La hueste de Aragon en breves horas
Vereis aquí; y entonces vuestro hijo
Por vos el trono paternal recobra.
Y cuando vos podais decirle un dia,

« Me lo debes á mí... » cuán orgullosa
Recibireis en vuestro seno el llanto
De gratitud que de sus ojos corra!

LA REINA.

Dejad, dejad que mi razon comprenda
Lo que escuchando estoy de vuestra boca.
Es sueño!... es ilusion!... Os dan un trono,
Y vos lo despreciais?... Y que me oponga
Á vuestra elevacion quereis vos mismo?
Alma sublime!... á vuestros pies se postra
Esta muger, que de su vil sospecha
Vuestro perdon con lágrimas implora.

FERNANDO.

Señora!...

LA REINA.

No! dejadme que os admire,
Que tan alta virtud contemple absorta!
Ya comprendo el empeño de los grandes!...
Lo comprendo... y lo aplaudo! — Á vos os toca
Con justicia ceñir, no de Castilla,
Sino del mundo entero la corona!
Reinad, señor, reinad! — Yo al hijo mio
Sabré decirle : humíllate y adora
La voluntad del cielo, que en tu trono
Un modelo de príncipes coloca!

FERNANDO.

Tristes tiempos son estos, en que solo
Cumplir la obligacion virtud se nombra!
Cumplid la vuestra como madre y reina,
Y á Dios dejad que lo demas disponga.
Mientras vos al amor de sus vasallos,
Á la justicia, á las virtudes todas,
Formais el corazon del tierno niño;
Yo domaré á esos grandes que blasonan
De alzar la frente á par de sus monarcas.

Yo un trono fundaré, cual firme roca
En tempestuoso mar, donde se estrellen
De la ambicion las impotentes olas :
Yo haré, en fin, que de hoy mas, y para siempre,
Un solo rey Castilla reconozca.

LA REINA.

Qué nuevo aliento vuestra voz me infunde?
Qué brio es este que mi pecho cobra?
Otra me siento ya!... Vereis cuán firme
Si aquí de nuevo sus instancias doblan,
Sé resistir... — Dios mio!

(Con una esclamacion de espanto.)

FERNÀNDO.

Qué os asusta?

LA REINA.

La noche! Sí! Mirad que esta es la hora
En que deben venir, y si no cedo,
El hijo mio sin piedad me roban!

FERNANDO.

Otra vez el temor!...

LA REINA.

Hijo adorado!...
Cómo salir de aquí! — Los que custodian
Las puertas del alcázar, obedecen
La voz del Condestable. — Oh Dios! qué pronta
La horrible noche se acercó! Qué haremos?...
La hueste que esperais de Zaragoza
No viene, ó vendrá tarde... Y si entretanto
De Diego Lopez los traidores logran
Que entregue al hijo mio...

FERNANDO.

Diego Lopez
No temais que lo entregue.

LA REINA.

Y si ellos osan

Á viva fuerza penetrar?...

FERNANDO.

Entonces,

No estoy yo aquí?

LA REINA.

Quién viene?...

ESCENA XVII.

DICHOS, FERNAN GUTIERREZ.

GUTIERREZ.

Gente asoma

Por esa galería.

LA REINA.

Ellos son!... ellos!...

FERNANDO.

No desmayeis. Firmeza!

(Se cala la visera y se confunde con los demas guerreros.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, EL CONDESTABLE, GRANDES.

LA REINA.

(Oh, Dios!)

EL CONDESTABLE.

Señora,

Ya que á nuestras instancias os rendísteis...

LA REINA.

Yo! qué decís?...

EL CONDESTABLE.

Dudais?...

LA REINA.

Y cuando?...

EL CONDESTABLE.

Pronta
La litera real estará en breve;
Y esta noche...

LA REINA.

Bien, sí : de mi persona
Puedo yo responder... Mas de mi hijo...
Diego Lopez le guarda, él os responda.
Si se niega á entregarlo...

EL CONDESTABLE.

No se niega.

LA REINA.

No?

EL CONDESTABLE.

Vais á oirlo de su misma boca.

(Dirígese á la puerta de la derecha, y hace llamar á don Diego.)

LA REINA.

(Mi postrera esperanza en él se funda!
Inspírale, mi Dios! haz que desoiga
La voz de la traicion!)

ESCENA XIX.

DICHOS, DON DIEGO.

EL CONDESTABLE.

Venid, don Diego.
La noche es esta en que cumplir nos toca
El grande y doloroso sacrificio
Que al bienestar del reino hacer importa.
La reina cede y á partir se obliga.
Á las doce vendremos, y á esa hora

Tambien al niño entregaréis. No es cierto?

DIEGO, mirando en derredor.

Yo!...

EL CONDESTABLE.

Declaradlo : que aunque á mí me consta,
Hay quien duda de vos.

DIEGO.

De mí! yo siempre...

EL CONDESTABLE.

Hablad.

DIEGO.

Como la reina lo disponga...

(Ve á don Fernando, que se alza rápidamente la visera, y le mira con semblante amenazador, cubriéndose en seguida.)

(Allí está! —)

EL CONDESTABLE.

Vacilais?...

DIEGO.

No... no vacilo. —

(Adelantándose, y alzando la voz.)

Yo prometo cumplir... Todos me oigan!
Lo que en este lugar... hace un instante,
Se ha exigido de mí.

LA REINA.

Cruel!

DIEGO.

Señora!...
Mi cabeza responde!...

LA REINA.

Ah! sí! lo entrega!...

EL CONDESTABLE.

Á las doce!

LA REINA.

Las fuerzas me abandonan!

(Cae desmayada en un sillon.)

ACTO TERCERO.

El mismo salon del acto segundo. Es de noche : hay una lámpara en la mesa.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO.

Ambicion!... loca ambicion!...
En duro trance me pones! —
Nunca de mí se acordará
El buen rey, que de Dios goce! —
Si al infante no obedezco,
Si ayudo á los ricos hombres,
Me pierdo; pues el infante,
Rey ó regente se nombre,
Siempre ha de ser quien nos mande :
Y aunque la corona tome
Con gozo, querrá que el mundo
Por justiciero le elogie;
Y, no hay duda, el guardador
Es la víctima que escoge!...
Dios tenga piedad de mí!...

ESCENA II.

DICHO, DON FERNANDO y FERNAN GUTIERREZ,
que salen por la galería izquierda.

DIEGO.

¡Señor!... van á dar las doce!...
Y vendrán, y yo no sé
Qué responder á esos hombres
Cuando el niño me reclamen...

FERNANDO.

Lo que el deber os impone.
Que sois guardador del rey,
Y que vuestro honor responde
De su trono.

DIEGO.

Y si la reina,
Que en partir está conforme,
Pretende entrar, le diré
Que os he entregado esta noche
Su hijo, y que vos lo habeis
Ocultado... no sé dónde?

FERNANDO.

Si tal decís; si se sabe
Que estoy en Toledo, pobre
De vos!

DIEGO.

Puesto que á la reina
No me dejais que la informe
De que os llevásteis el niño,
Teneis, señor, intenciones
De aceptar por fin el trono?...

FERNANDO.

Don Diego, nada os importe
Lo que yo he de hacer : andad,
Y no olvideis esta órden.
La puerta de ese aposento
Custodiar os corresponde,
De modo que todos ellos,
Y aun la misma reina, ignoren
Que ya el niño no está allí.

DIEGO.

Pero, y si entrar se proponen
Á la fuerza?

FERNANDO.

Ballesteros
Teneis que la entrada estorben.

DIEGO.

Y si trajeren los suyos,
Qué hago?

FERNANDO.

Morir como noble.

DIEGO.

(Nunca de mí se acordará
El buen rey, que de Dios goce!)

(Se entra muy turbado por la puerta derecha.)

ESCENA III.

DON FERNANDO, FERNAN GUTIERREZ.

FERNANDO.

Con que podemos fiar
En ese alcaide?

GUTIERREZ.

Es mi deudo :

Nadie puede suponer
Que escondido en su aposento
El niño don Juan está;
Y el alcaide yo os prometo
Que antes perderá la vida
Que revelarlo.

FERNANDO.

Estoy viendo
Tales cosas en Castilla,
Fernan Gutierrez, que pienso,
Vive Dios, que á responder
De mí mismo no me atrevo!

GUTIERREZ.

Confuso os miro, señor!
Con misterioso silencio
Me mandais que os acompañe,
Y de poder de don Diego
Sacais á vuestro sobrino
Para ocultarlo de nuevo
En esa secreta estancia,
Y me callais vuestro intento.
Dudareis tambien de mí?

FERNANDO.

No!

GUTIERREZ.

Ya sabeis que son vuestros
Mi voluntad y mi brazo.
Qué quereis? que proclamemos
Á don Juan? — Contad conmigo.
Quereis empuñar el cetro?
Contad conmigo tambien.

FERNANDO.

Lo sé! — Y á vos, compañero
Inseparable, y amigo,
Que desde mis años tiernos

Juez de mis acciones todas
Y hasta de mis pensamientos
Constantemente habeis sido;
Á vos revelaros puedo
La lucha terrible, atroz,
Que está trabada en mi pecho. —
Fernan Gutierrez, vos sois
Testigo de mis esfuerzos
Por conservar la corona
Al legítimo heredero.
Á la amotinada hueste
Sabeis que impuse silencio
Y alejé de aquí : sabeis
Que por instantes espero
Gentes de armas de Aragon...

GUTIERREZ.

Que ya tardan!...

FERNANDO.

Bien lo veo! —
Sabeis que en tanto que llegan
Aquí he venido encubierto
Á velar por mi sobrino,
Á defender sus derechos.
Y en fin, sabeis que mi mente
Nunca manchó el vil proyecto
De traidora usurpacion!

GUTIERREZ.

Ah! señor!...

FERNANDO.

Pues bien; yo siento
En mi interior una voz
Que me turba. — Es voz del cielo
Que mis sentidos despierta
Y de su círculo estrecho
Los eleva á otra region

De mas altos pensamientos?...
O es voz del infierno acaso
Que con sones halagüeños
Quiere atraerme al abismo?...
No sé!... no sé!... — Pero es cierto
Que mas alto cada vez
Me está gritando aquí dentro :
« Tú de virtudes privadas
« Vas á dar un alto ejemplo:
« Pero acaso las virtudes
« Que Dios á un príncipe ha impuesto
« Son las mismas que á un vasallo?
« No; que tu deber primero
« Es atender á Castilla,
« Aunque tengas para hacerlo
« Que inmolar tu rectitud
« Á la salvacion del reino! » —
Esto escucho. —

GUTIERREZ.

Y vos, señor?...

FERNANDO.

Yo, Hernando, vacilo y tiemblo. —
Para salvar á Castilla,
Qué apoyo hallar me prometo
En esa infeliz muger
Que ha de partir el gobierno
Conmigo? — Ya la habeis visto
Tímida, débil, cediendo
A la mas leve amenaza.
Visteis tambien el empeño
Con que estorbar intentó
Que saliese de Toledo
Contra el ejército infiel;
Negando su asentimiento
Para pedir á las Cortes

El servicio, y permitiendo
Que yo de mis propias rentas
Sustentase á los guerreros.
Y he de gobernar así?...
O he de abandonar el puesto,
Y ver impasible hundirse
El trono de mis abuelos?...

GUTIERREZ.

Razon teneis! — Y pues ya
Vuestro designio penetro,
Diré á los grandes...

FERNANDO.

Tened! —

GUTIERREZ.

Dudais?

FERNANDO.

Es que al propio tiempo
Allá en el fondo del alma
Otra voz en ronco acento
Me repite sin descanso :
« Usurpador! » — Y es el eco
De la voz de fray Vicente,
Que desde el cercano reino
De Aragon, ya me parece
Que está en mi mente leyendo,
Y que lanza sobre mí
La maldicion de los cielos!

GUTIERREZ.

Pues si aun vacilais, señor,
Cuál ha sido vuestro objeto,
Decidme, en apoderaros
De don Juan?

FERNANDO.

Es que no quiero
Que se resuelva su suerte

Y la suerte de este imperio,
Por flaqueza de la reina,
O por traicion de don Diego.
Él lo entrega : ella sucumbe
Si la amenazan de nuevo.
Teniendo el niño en mis manos,
Será el fin de este suceso
Obra de mi voluntad;
Mio el lauro, ó mio el yerro.

GUTIERREZ.

Y esa voluntad cuál es?

FERNANDO.

No lo sé, viven los cielos! —
Hacer feliz á Castilla!...
Dejar á mi hijo un cetro,
En recompensa de aquel
Que le ha robado el perverso
Usurpador de Aragon!....
Caiga el anatema eterno
Sobre él!... Desplómese el trono
Bajo su planta; y en fuego
De la diadema real
Se trueque el dorado cerco
Que abrase la frente vil
De ese tirano soberbio! —
Justo Dios!... y yo he de hacer
Lo mismo que en él condeno? —
Las fieras imprecaciones
Que estoy aquí profiriendo
Son las que ese niño un dia
Lanzará desde el destierro
Contra mí... contra mis hijos!...
Infamia atroz!... me estremezco!...
— Y esa gente de Aragon
Que no llega!... Este silencio

De fray Vicente, que nada
Me ha contestado!...

GUTIERREZ.

Y el tiempo
Vuela, señor!... Esta noche
Es forzoso resolveros.
La hora se acerca; y en breve
Vendrán aquí... — Pasos siento!...
Ellos serán!...

(Mirando por la galería derecha.)

Ellos son. —
Qué resolveis?

FERNANDO.

Esperemos!

(Se va por la galería izquierda.)

ESCENA IV.

FERNAN GUTIERREZ, DON FADRIQUE, EL OBISPO, GRANDES, que salen por la galería derecha.

FADRIQUE.

Esta es la sala, señores.
Aquí con el mensagero
Del rey de Aragon, en breve
Al Condestable veremos.

UN GRANDE.

Quién está allí?

OTRO GRANDE.

Es el valido
Del infante!

OTRO GRANDE.

Cierto!

OTRO GRANDE.

Cierto.

OTRO GRANDE.

Fernan Gutierrez; no hay duda.

FADRIQUE.

Guárdeos Dios.

GUTIERREZ.

Salud deseo
Al conde de Trastamara.

UN GRANDE.

Con que ya veis, esto es hecho.
Vais á llevar al infante
La nueva de este suceso,
Y á noticiarle que es rey
De Castilla.

FADRIQUE.

Y fuera bueno
Que le añadiérais tambien,
Porque no se olvide de ello,
Que lo es por eleccion
De los grandes.

UN GRANDE.

Por supuesto!
Cómo ha de olvidarlo nunca!

FADRIQUE.

Y si acaso llega un tiempo
En que lo olvide, nosotros
Recordárselo sabrémos.

UN GRANDE.

Ya están aquí.

ESCENA V.

DICHOS, EL CONDESTABLE, EL CONDE DE URGÉL, que salen por la galería derecha.

EL CONDESTABLE.

Ricos hombres
De Castilla, aquí estais viendo
Al ilustre aragonés
Que viene con el intento
Que ya os dije. — Mas, oid :
Si la salvacion del reino
Reclama este sacrificio,
Vea el mundo que lo hacemos
Respetando el infortunio;
Y que cumplimos á un tiempo
Como buenos Castellanos,
Y leales caballeros.

(Al conde de Urgél.)

Antes pues que en vuestras manos
Al tierno niño entreguemos,
Jurad como embajador,
Y en nombre de vuestro dueño
Don Jaime, conde de Urgél...

URGÉL.

Del rey de Aragon!

EL CONDESTABLE.

Es cierto:
Del rey de Aragon. — Jurad,
Cual si lo jurará él mesmo,
Que don Juan será por él
Tratado con el respeto
Debido á su regia cuna.

URGÉL.

Lo juro.

EL CONDESTABLE.

Tambien queremos
Que en su nombre nos jureis
Que no intentará ponerlo
En el trono de Castilla
Por fuerza de armas, á menos
Que el rey don Fernando intente
Hacer valer sus derechos...

URGÉL.

Sus derechos no! Sus locas
Pretensiones.

EL CONDESTABLE.

Lo concedo :
Sus pretensiones al trono
De Aragon por igual medio.

FADRIQUE.

O tambien cuando nosotros
Se lo exijamos, si el nuevo
Rey se negase á guardarnos
Las franquicias y los fueros
Que á los grandes corresponden.

URGÉL.

Así lo juro.

EL CONDESTABLE.

Y yo acepto
En mi nombre, y el de todos,
Tan solemne juramento. —
Ahora bien, Fernan Gutierrez,
Entrad y decid os ruego
Á la reina que aquí aguardan
Se digne favorecerlos

Con su presencia, los grandes
Reunidos.

(Fernan Gutierrez saluda y entra por la puerta izquierda.)

ESCENA VI.

DICHOS, menos FERNAN GUTIERREZ.

EL CONDESTABLE, al conde de Urgél.

Esto es hecho.
Al dar las doce el reloj
De la torre, un escudero
Marchará con órden vuestra
Á hacer que entren en Toledo
Los ginetes que trajísteis,
Porque escoltados con ellos,
En la literá real
Partais los tres con silencio;
Y al nuevo sol, proclamamos
Á don Fernando ante el pueblo.

ESCENA VII.

DICHOS, LA REINA, FERNAN GUTIERREZ.

(Fernan Gutierrez sale por la puerta izquierda y da paso á la reina, que al ver á los grandes se pára.)

LA REINA.

Ay! aquí están!... ellos son!...
Se acerca el terrible instante!...
Y no parece el infante!...
No llegan los de Aragon! —

Cuando en él, y solo en él
Para resistir confio,
Así me deja, Dios mio! —
Incertidumbre cruel! —
Y cómo me respondió
De la lealtad de don Diego,
Si yo misma escuché luego
Que aquí don Diego ofreció
Que á mi hijo entregaría? —
Me confundo! — Y qué hago ahora?...
Gran Dios!... va á sonar la hora!...
Redoblarán su porfía!...
Y cómo hacer resistencia,
Si nadie en mi apoyo viene?...

URGÉL, á los grandes, que están en el lado opuesto.

Acabemos!... qué os detiene?

EL CONDESTABLE.

Confieso que la presencia
De esa muger desgraciada,
Que fué reina de Castilla,
Y de su reino y su silla
Se ve en un punto arrojada,
En tan solemne momento
Conmueve mi corazon;
Y al contemplar su afliccion
Enternecido me siento!

(Al obispo.)

De vos, don Sancho, quizá,
Cual ministro del Señor,
Con resignacion mayor
La propuesta escuchará.
Tomad. —

(Le presenta un pergamino.)

SANCHO.

No, que á toda ley

Á vos os toca, por Dios! —
Sois el Condestable vos,
Testamentario del rey...
Y ademas que en esta empresa
Sois quien la voz ha llevado,
Y así...

URGÉL.

Basta de altercado! —
Timidez estraña es esa! —
Dadme. —

(Quiere tomarlo.)

EL CONDESTABLE.

Eso no! — Un estrangero
No le ha de imponer la ley
Á la viuda de mi rey! —
Iré yo mismo primero.

(Se acerca á la reina.)

Señora!...

LA REINA.

Llegó la hora!...
Vais la infamia á consumar? —
Oh! Dios!...

EL CONDESTABLE.

Si os dignais mirar
Nuestros semblantes, señora,
Ellos os podrán decir
Que al dar este triste paso,
Lo sentimos tanto acaso
Cual vos lo podeis sentir!
Mas este duro servicio
Demanda el público bien! —
Mostraos grande vos tambien :
Consumad el sacrificio!

LA REINA.

Tan pronto quereis que sea?...

EL CONDESTABLE.

Dentro de breves instantes
Debeis partir. — Pero ántes,
Y para que el mundo vea
Que vos, como así es verdad,
Atenta al comun sosiego,
Os rendis á nuestro ruego
Con entera voluntad,
Será cuerda prevencion...

LA REINA.

Qué?

EL CONDESTABLE, presentándole el pergamino.

Que pongais vuestra firma
En esta acta que confirma
Vuestra magnánima accion.

LA REINA.

Mi firma!... Y qué dice ahí?

EL CONDESTABLE.

Nada dice que os asombre :
Lo que ya sabeis. En nombre
De don Juan decís aquí
Que con entero albedrío
Renunciais á la corona,
Cediéndola en la persona
De don Fernando su tio.

LA REINA.

Yo?... Nunca!... Jamas!...

EL CONDESTABLE.

Señora!...

LA REINA.

Hasta aquí pudo llegar!

EL CONDESTABLE.

Pues qué os importa firmar
Lo que vais á hacer ahora?

FADRIQUE.

En tan poca estimacion
La fama vuestra teneis,
Que en esa firma no veis
Salvada vuestra opinion?
Preferís que el mundo diga,
Si no firmais ese escrito,
Que algun oculto delito
En vos el reino castiga?

LA REINA.

Hable el mundo!... Yo me río
De cuanto pueda creer! —
Lo que no quiero es perder
El amor del hijo mio.
Sin ese escrito cruel,
Donde al ver mi firma es llano
Que maldecirá la mano
Que le arrojó del dosel,
Quizá consiga yo un dia
Que disculpe mi flaqueza
Pintando vuestra fiereza,
Haciendo que mi porfía
Mas firme y tenaz parezca,
Mi constancia encareciendo...
En fin, mintiendo, mintiendo,
Para que no me aborrezca.
Quereis en mi corazon
Con esa horrible venganza
Matar hasta la esperanza
De conseguir mi perdon?

EL CONDESTABLE.

Si decirle os proponeis
Que con violencia tan cruda
De aquí os echamos, quién duda
Que añadir tambien podreis

Que á firmar se os obligó
Usando de igual violencia,
Sin que vuestra resistencia
Fuera bastante...

LA REINA.

¡Eso no! —
Vosotros teneis poder
Para arrojar fácilmente
Del trono á un niño inocente
Y á una infelice muger, —
Seres que el cielo abandona! —
Y de vuestra fuerza usando
Sacarlos de aquí arrastrando
Y robarles la corona.
Pero no hay poder humano
Que al ente mas débil venza
Á que su oprobio y vergüenza
Trace con su propia mano.

EL CONDESTABLE.

Reina, por piedad, no así
Dejeis el tiempo pasar;
Y sabed que sin firmar
No habeis de salir de aquí.

LA REINA.

Nunca saldré!

EL CONDESTABLE.

Bien está:
Nadie os forzará, señora:
Vos no saldreis, en buen hora:
Mas vuestro hijo saldrá.

(Hace ademan de dirigirse hácia la puerta de la derecha.)

LA REINA.

Mi hijo!... no!... deteneos!...

EL CONDESTABLE.

Solo, le vereis partir,

Pues os negais á cumplir,
Señora, nuestros deseos.

LA REINA.

Hombres viles!... — Digo mal :
Hombres no : tigres sereis,
Que un hijo robar quereis
Del regazo maternal!...

EL CONDESTABLE.

Nunca fué tal nuestro intento :
Mas vos lo quereis...

LA REINA.

Yo!...

EL CONDESTABLE.

Vos;
Y á nuestro pesar...

LA REINA, aparte.

(Gran Dios!...
Acaso en ese aposento
Á guardar al hijo mio
El infante se ocultó;
Y no abrirá!)

EL CONDESTABLE.

Firmais?

LA REINA.

No.
(En su proteccion confio!)

(El Condestable, oida la repulsa de la reina, se llega á la puerta de la derecha y llama.)

EL CONDESTABLE.

Diego Lopez!

(La reina tiene fijos con ansiedad los ojos en la puerta; ábrese esta, y aparece Diego Lopez.)

ESCENA VIII.

DICHOS, DON DIEGO.

DIEGO.

Vedme aquí.

LA REINA.

(No es él!... no es él!... Dónde está?
Mi esfuerzo se agota ya!...
Qué mas exige de mí!...)

EL CONDESTABLE.

Don Diego, llegó el momento.
Juntos aquí estais mirando
Á los grandes, esperando
El exacto cumplimiento
De la palabra que dísteis.
Á don Juan nos entregad.

DIEGO.

Pronto estoy!... Mas recordad
Que á las doce me dijísteis.
(Ganar tiempo me conviene...
Imposible es la defensa!...
Pero el infante en qué piensa,
Que en tal conflicto me tiene!...)

EL CONDESTABLE, á la reina.

Ya lo oís : cortos instantes
Os restan de vacilar.
Las doce van á sonar.

LA REINA, con desesperacion.

Quizá mis sollozos ántes,
Mis gemidos de dolor,
Llenando el lóbrego espacio,
Del fondo de este palacio

Me traigan un defensor!
Pensais que á ese inicuo bando
No hay hombre que ponga miedo?
Aun hay alguno en Toledo...
Que quizá me está escuchando! —
Noble y leal corazon
En cuya virtud aun creo,
Ven á lograr el trofeo
De esta generosa accion.
Ven, acude, antes que suene
La hora fatal en mi oido...

(La campana del alcázar da las doce.)

Ay!!... las doce!...

DIEGO.

(Soy perdido.)

LA REINA.

Nadie en mi defensa viene!

EL CONDESTABLE.

Don Diego, oís? — Vamos presto.

LA REINA.

Aguardad!...

EL CONDESTABLE, á la reina.

No nos sigais.

LA REINA.

Tened!... tened!...

EL CONDESTABLE.

Qué mandais?

LA REINA.

Dadme ese escrito funesto!

EL CONDESTABLE.

Tomad.

(Se acerca á ella y le presenta el pergamino.)

LA REINA.

Ya es fuerza que ceda!...

(Firma, y se lo devuelve.)

Ahí teneis! — Hijo querido,
Perdon... todo lo has perdido...
Solo tu madre te queda! .

(Entra precipitada por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS, menos LA REINA.

EL CONDESTABLE.

Al fin triunfamos! — Tomad,
Fernan Gutierrez, y así
Que los dos salgan de aquí,
Á los reales marchad.

(Le entrega el pergamino.)

ESCENA X.

DICHOS, UN ESCUDERO.

ESCUDERO.

Señor, un fuerte escuadron
Á las puertas se presenta,
Y entrar en Toledo intenta.

URGÉL.

Es de Aragon?

ESCUDERO.

De Aragon.

EL CONDESTABLE, al conde de Urgél.

El vuestro será!...

URGÉL.

No hay duda.
De mi prolija tardanza

Receloso, aquí se lanza
Á darme amparo y ayuda.

EL CONDESTABLE.

Andad pronto; que éntre luego.

(Al escudero, que se va.)

Id vos, y vuestra presencia
Logre calmar su impaciencia.

(Al conde de Urgél, el cual se va, calándose la visera.)

Entremos. — Venid, don Diego.

(Entran por la puerta de la derecha, llevándose á Diego Lopez, que los sigue con la mayor turbacion. Así que desaparecen, se dirige Fernan Gutierrez á la galería izquierda, y sale por ella don Fernando.)

ESCENA XI.

FERNAN GUTIERREZ, DON FERNANDO.

FERNANDO.

Firmó?

GUTIERREZ.

Firmó : vedlo aquí.

(Le entrega el pergamino.)

FERNANDO.

Mano tan débil que firma
Este escrito vergonzoso.
Podrá regir á Castilla?

GUTIERREZ.

Vuestro teson ya es inútil.
Todo á que cedais conspira.
Perded, señor, la esperanza
De que Aragon os asista
Con gentes de armas.

FERNANDO.

Por qué?

GUTIERREZ.

Porque un emisario envia
Para alentar á los grandes
Á que la corona os ciñan.

FERNANDO.

Justo Dios!!...

GUTIERREZ.

Amedrentado
Don Diego les facilita
La entrada, y en este instante
Por las estancias vecinas
Buscando al niño estarán.
Si despechados registran
El alcázar, si le encuentran,
Y ciegos se precipitan,
Roto el lazo del respeto,
Á dar á su empresa cima!...

FERNANDO.

Con que no hay remedio ya?
Con que atajados se miran
Todos los caminos, todos!...

GUTIERREZ.

Uno os queda!

FERNANDO.

Sí, el que guia
Á la usurpacion, al crímen,
El que mi pecho horroriza!...
Y en él siento que me arroja,
Aunque el alma lo resista,
Una fuerza incontrastable!...
Mas oh!... los cielos me inspiran!
Su luz resplandece... y veo
La senda por donde limpia
Sabré conservar mi fama
Y salvar de su ruina

El trono de mis mayores! —
Tú que ves, sombra querida
De mi rey, el noble intento
Que mi corazon anima,
Dame tu perdon y ayuda! —
Ese cetro que me obligan
Á tomar, vara de hierro
Será que la frente altiva
De esos soberbios quebrante!...
Inexorable cuchilla
Que ancho camino abrirá,
Regado con sangre inicua,
Por donde el niño inocente
Vuelva al trono de Castilla!...
Á ese trono en que yo mismo
He de colocarle un dia!...
Á ese trono que mi brazo,
Con la proteccion divina,
Sabrá alzar sobre cimientos
Que firmes y eternos vivan.

GUTIERREZ.

Oh! alma grande y generosa!
Señor, la fausta noticia
Corro á anunciar...

(Óyese á lo léjos un toque de clarin.)

FERNANDO.

Aguardad! —
Qué es eso?

GUTIERREZ.

Es la comitiva
Del enviado aragonés,
Que al alcázar se aproxima
A custodiar la litera
Real.

FERNANDO.

Y si Dios me envia
El auxilio que esperaba! —
Fernan Gutierrez, aprisa
Bajad; y si son los mios,
Dad por señal que repita
Segunda vez el clarin,
Y defended las salidas
Del alcázar : yo os aguardo
En esa estancia contigua.

(Fernan Gutierrez se va apresurado por la galería derecha. Don Fernando desaparece por la de la izquierda. — Óyense en la habitacion de la derecha los gritos de la reina.)

ESCENA XII.

LA REINA, EL CONDESTABLE, DON DIEGO, DON FADRIQUE, LOS GRANDES.

LA REINA, dentro.

Asesino! dónde estás?...
No me detengais!...

(Saliendo.)

EL CONDESTABLE, á don Diego.

Qué indigna
Traicion es esta, don Diego?

LA REINA.

Dejadme salvar su vida!
Yo le hallaré!

EL CONDESTABLE, á don Diego.

Quién le tiene?

FADRIQUE, al mismo.

Quién?

LA REINA.

Aunque tenga yo misma

Que demoler piedra á piedra
Estas murallas! — Daos prisa,
Venid! — Decidme, qué ocultos
Subterráneos, qué guaridas
Hay aquí? Dónde llevais
Á perecer vuestras víctimas?

EL CONDESTABLE.

Señora! qué estais diciendo?

FADRIQUE, á don Diego.

Aclarad vos este enigma!

DIEGO.

No me culpeis!

LA REINA, á don Diego.

Traidor, tiembla!
Va á presentarse á tu vista
El infante, que está aquí,
Y á castigar tu perfidia!

TODOS.

El infante!

LA REINA.

Sí! el infante!...
Hermano!... hermano!...

(Dando gritos.)

EL CONDESTABLE.

Delira!

LA REINA.

No responde!... — Si he cedido
Á vuestros ruegos sumisa,
Si la renuncia he firmado,
Si veis que estoy decidida
Á partir, qué mas quereis? —
Vuestro rencor necesita
Verter su sangre, verdugos!
— Por qué? — Yo á remotos climas
Me iré con él... Sí, muy lejos;

Donde no tengais noticia
De su existencia siquiera!...
Pero su vida!... su vida!...

(Cae sin conocimiento en el sillon. — Óyese mas cerca el segundo toque del clarin.)

EL CONDESTABLE.

Ese clarin!

FADRIQUE.

Caballeros,
Registremos con activa
Diligencia este palacio.

EL CONDESTABLE.

Yo entretanto la salida
Haré custodiar.

FADRIQUE.

Corramos!

(Dirígense á la galería derecha. Aparece á la entrada de ella Fernan Gutierrez con soldados aragoneses, que cierran el paso, cruzando las lanzas.)

ESCENA XIII.

DICHOS, FERNAN GUTIERREZ, SOLDADOS.

GUTIERREZ.

Atrás!

TODOS.

Qué es esto?

EL CONDESTABLE.

Qué miran
Mis ojos!... Fernan Gutierrez!

FADRIQUE.

Mientras yo la espada ciña
Nadie mis pasos detiene!

(Todos ponen mano á la espada.)

EL CONDESTABLE.

Hernando! qué significa
Esta traicion? El infante
Dónde está?... quién os envia?

(Ábrese la puerta del foro y se ve el trono : don Fernando está en pié delante de la silla real : á uno y otro lado los reyes de armas con el pendon de Castilla.)

ESCENA XIV.

DICHOS, DON FERNANDO.

FERNANDO.

Ricos hombres, caballeros,
Aquí vuestro rey está!

TODOS.

Él es!

EL CONDESTABLE.

Y en el trono ya!

FERNANDO.

Envainad esos aceros!

EL CONDESTABLE.

Cediendo á nuestro clamor,
Venís el trono á ocupar!

FERNANDO.

Yo vengo aquí á ejecutar
La voluntad del Señor!
Sí! — Con respeto profundo,
Grandes, doblad la rodilla :
Heraldos, gritad : Castilla
Por el rey don Juan segundo!

(Baja rápidamente del trono, y deja ver sentado en él al niño don Juan segundo con corona y cetro. La reina, que ha ido poco á poco volviendo en sí, da un grito y corre á abrazar á su hijo, quedando arrodillada ante el trono. — Los grandes se ponen en pié.)

TODOS.

Señor!...

FERNANDO.

Vana resistencia!
Ya la aragonesa gente
Que me envia fray Vicente
Teneis en vuestra presencia.
Mirad qué os está mejor :
Si no elegís el camino
De jurar á mi sobrino
Por vuestro rey y señor,
Haré por Dios justiciero
Escarmiento tan cruel,
Que quede memoria de él! —
Todos aquí, y yo el primero,
Doblemos con sumision
Á sus plantas la rodilla.

(Dobla la rodilla : los grandes lo imitan.)

Salud al rey de Castilla!

(Fray Vicente, que ha aparecido un momento antes á la entrada de la galería derecha, se acerca á don Fernando, seguido de los grandes de Aragon, y tomando la corona real, que le presenta un paje, la coloca en la cabeza del infante.)

ESCENA XV.

DICHOS, FRAY VICENTE.

FRAY VICENTE.

Salud al rey de Aragon!

FERNANDO.

Qué es esto!

FRAY VICENTE.

Dios galardona
La virtud. Renunciais vos

Aquella corona; y Dios
Os envia esta corona!

FERNANDO.

Padre! es sueño!

FRAY VICENTE.

No lo es.
Los nueve jueces nombrados
Por los tres grandes estados
Del imperio aragonés,
Oimos en Caspe ya
Con sumision reverente
La voz del que solamente
Tronos quita y tronos da;
Y el fallo solemne dando,
Que el pueblo acata cual ley,
Alzamos por nuestro rey
Al infante don Fernando.

FERNANDO.

Y el conde de Urgél?

FRAY VICENTE.

Del trono
Lanzado y del reino fué;
Pero ya Aragon se ve
Libre de su fiero encono.

FERNANDO.

Cómo?

FRAY VICENTE.

Llegaba mi gente
Á este alcázar, y un guerrero
Con ademan altanero
Penetrar no les consiente.
Insisten ellos, y él
Alzándose la visera;
« Yo soy » les grita; y él era!

TODOS.

Él era!

FRAY VICENTE.

El conde de Urgél.
En vuestro poder está.

FERNANDO.

En Aragon nos veremos!

FRAY VICENTE.

Pues allá, señor, marchemos :
Un trono os espera allá.

(La reina, que ha bajado á su hijo del trono, se acerca con él al infante)

LA REINA.

Permitid antes, hermano,
Á esta madre, á este inocente,
Que su gratitud ardiente
Sellen en tan noble mano!

(Quiere besársela : don Fernando se lo impide.)

FERNANDO.

Esa gratitud, señora,
Probádmela de otro modo.

LA REINA.

Mi vida!... mi sangre!... todo!...
Qué quereis?

FERNANDO.

Sabreislo ahora.
Grandes, acercaos á mí.

(Los grandes, que estaban retirados, se acercan en ademan respetuoso.)

Lo que en recompensa quiero
Es que en la cruz de este acero
Me jureis, señora, aquí,
Que por vos no ha de saber
Nunca el rey este atentado.
Que no empiece su reinado
Empezando á aborrecer.
Si así lo haceis, os prometo

Que este escrito no verá
En que vuestra firma está. —

(Presentándole el pergamino.)

Acaso celo indiscreto,
Mas que deslealtad traidora,
Orígen del yerro ha sido :
Dése ya todo al olvido. —
Ellos tambien desde ahora,
En fé de sentirlo así,
Juran eterna lealtad.
Señora, llegad : llegad,
Amigos. — Lo jurais?

LA REINA Y LOS GRANDES, asiendo las manos del infante.

Sí!

FERNANDO.

De vuestros votos sinceros
Salgo fiador, castellanos :
Jurásteis como cristianos;
Cumplid como caballeros!

(Les presenta el niño : los grandes se arrodillan ante él.)

EL CONDESTABLE.

Castilla á don Juan se humilla!

FERNANDO.

Contento parto á Aragon.

FRAY VICENTE, estendiendo las manos sobre ambos.

Dios eche su bendicion
Sobre Aragon y Castilla.

FIN DE DON FERNANDO.

LA

MUERTE DE CÉSAR

TRAGEDIA.

PERSONAS:

CÉSAR.	**QUINTO-LIGARIO.**
BRUTO.	**PUBLIO-SIRO.** } poetas actores.
CASIO.	**LABERIO.** } poetas actores.
MARCO-ANTONIO.	**ENNIO**, esclavo de Casio.
CICERON.	**LUCIO**, esclavo de Quinto-Ligario.
LÉPIDO.	**ARTEMIDORO**, liberto.
DECIO-BRUTO. } senadores.	**FABERIO**, secretario de César.
CASCA. } senadores.	**VALERIO**, jefe de lictores.
TREBONIO. } senadores.	**LUCIO-COTA**, quindecemviro.
CIMBRO. } senadores.	**OCTAVIO**, sobrino de César.
CINA. } senadores.	—
MARCELO. } tribunos del pueblo.	**SERVILIA**, madre de Bruto.
FLAVIO. } tribunos del pueblo.	**LICIA**, esclava de Servilia.

SENADORES, SACERDOTES, LUPERCOS, ESCLAVOS,
PUEBLO, LICTORES, SOLDADOS.

La accion pasa en Roma.

LA

MUERTE DE CÉSAR

ACTO PRIMERO.

En el palacio de César.

ESCENA PRIMERA.

CÉSAR, MARCO-ANTONIO.

(Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente.)

ANTONIO.

César, perdona si importuno Antonio
Á interrumpir se atreve tus tareas.
Deja un instante de pensar en Roma
Y en tí y en mí y en tus amigos piensa.
¿No basta que en la rota de Farsalia,
Desoyendo mi voto, tu clemencia
Concediera la vida á los vencidos?
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿á qué te empeñas
En colmarlos de honores y mercedes?
Bruto es Pretor de Roma ; esa caterva
De senadores, que siguió á Pompeyo,
Á Roma traes y en el Senado sientas.

Cimbro, Casio y Marcelo y Flavio y Cina,
Tus contrarios ayer, con insolencia,
Aquí, á tu vista, en tu palacio mismo,
Tan soberbios y altivos se presentan,
Que á veces dudo si en Tesalia acaso
Yo á Pompeyo seguí, y ellos á César.
Esa bondad, en vez de cautivarlos,
Su orgullo irrita y su osadía alienta.
Ya hacen correr que el hijo de Pompeyo
Se alza segunda vez; ya que de Persia
Cecilio Baso con crecida hueste
Rápido avanza y al Eufrátes llega.
El locuaz Ciceron con desenfado
Tus edictos en público comenta,
Luciendo epigramáticos donaires,
Que en daño tuyo repetidos vuelan.
César, vuelve en tu acuerdo, por tí mira :
La confianza hasta el exceso llevas.
Déjame del poder, que entero abarcas,
Lo que baste á velar en tu defensa,
Á descubrir y castigar traidores.
No más reclamo, mi ambicion es esa.
Al Dictador el Cónsul se lo pide :
Al amigo el amigo se lo ruega.

CÉSAR.

Antonio, me distraes.

(Dictando.)

« Volver á Roma
« Pueden, en libertad, cuantos la enseña
« De Pompeyo siguieron. »

(Á Antonio.)

¿Perdurables
Los odios han de ser? Hasta las huellas
Quiero borrar de las pasadas luchas.
El que en la cumbre del poder se venga,

Ó de su propia fuerza desconfia,
Ó no ha nacido para tal grandeza.
No me hables de venganzas.

(Dictando.)

« Una via
« Abrir, que rompa la agria cordillera
« Del Apenino, y desde el Tíber cruce
« Al Adriático mar. — Roma decreta
« Unir los mares Jónico y Egeo,
« Cortando el istmo de Corinto. — Guerra
« Declara Roma al Parto. »

ANTONIO.

¡Eso me agrada!

CÉSAR, dictando.

« El Dictador coronará la empresa
« Al frente de las águilas romanas. »

(Dirigiéndose á Marco-Antonio y dándole la mano.)

Tú me acompañarás. El ocio enerva,
Querido Antonio, tus antiguos brios.
Hasta tímido estás : curarte es fuerza.

ANTONIO.

¡Tímido yo! Convoca las legiones :
Llévame pronto á la marcial pelea :
Dame que en franca lid, en campo abierto,
Llenando el aire bélicas trompetas,
Sobre mí solo rehilando caigan
Nubes de dardos que mis ojos vean.
¡Dulce y noble morir! Mas ¡oh! que es duro
En voluptuosa estancia, donde humean
Pebeteros de Arabia, coronada
De albas rosas la ungida cabellera,
Sobre tirios tapices reclinado,
En alegre banquete, do se ostentan
En fuentes de oro que el triclinio abruman
Y el fulgor de cien lámparas reflejan,

Ora humeante el jabalí de Umbría,
Cuya mole simétricos rodean
Rombos del Tíber, ostras del Lucrino,
Y de purpúrea túnica cubierta
Blanca langosta, y el pavon de Juno,
Que cual rey del banquete se presenta
Bajo el dosel que su rizada pluma
De tornasoles fúlgidos desplega:
Ya las olivas que Tarento envia,
Las matizadas pomas de Pompeya,
Y destilando miel, rubios topacios,
Los dátiles de Siria; y cuando eleva
El parásito Sergio, ya beodo,
Himnos á Baco, al son de las cadencias
De música festiva, y yo en el seno
Reclinado de Cíteris mi bella,
Libo cien copas do espumantes hierven
El falerno y el másico, y anhela
Más vida el corazon y más sentidos,
Para gozar cuanto la mente sueña!...
¡Es duro, es duro que en tan dulce instante
El epulon que á mis espaldas vela,
Guarde oculto puñal que en mis entrañas
Clave traidor con sobornada diestra!
Morir quiero en la lid, no asesinado,
Como en el ara víctima indefensa.

CÉSAR.

¿Qué le importa morir en un banquete
Al que tanto un banquete le recrea?
Entre todas las muertes, caro Antonio,
Prefiero yo la inesperada.

ESCENA II.

CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO.

(Lépido llega apresurado, con varios pergaminos en la mano.)

LÉPIDO.

¡Oh César!
Conspiran contra tí. Torpes libelos,
En que tu honor y dignidad excelsa
Por el lodo se arrastra, en Roma corren.
Hacer odioso tu poder se intenta.
Mira : de Aulo Cecina es éste, y éste
De Pitolao, el cínico poeta.

(Entrega á César los libelos. — César se sienta á leerlos.)

Pues ese fruto tu bondad recoge,
Que la venganza á la bondad suceda.
Aquí del falso amigo que te vende
Verás el nombre; la denuncia es esta.
Para tramar conjuracion traidora
Nocturnos conciliábulos celebran;
Tu salvacion, la nuestra, la de Roma
Su sangre piden.

ANTONIO, mirando la denuncia.

¿Ves que mis sospechas
Confirmadas están? — Lépido, vamos,
Y que divida al punto su cabeza
La segur del lictor. Hé aquí su nombre :
¡Perezca Bruto!

CÉSAR.

¡Bruto!... ¡Ten la lengua!

(Se levanta y toma la denuncia.)

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO.

Un esclavo
De Casio : Ennio se llama.

CÉSAR.

Y ¿tiene pruebas
De su vil delacion?

LÉPIDO.

Aquí al instante
Le haré traer.

CÉSAR.

Detente.

LÉPIDO.

En tu presencia
Revelará tal vez...

CÉSAR.

Lépido, basta :
Nada quiero saber.

(Rompe la denuncia.)

ANTONIO.

¡Bondad funesta!

CÉSAR, dictando.

« En Roma se conspira : hombres ingratos
« Pagan así de César la clemencia.
« El Dictador lo sabe; sabe el sitio,
« Y los nombres tambien. »

ANTONIO.

Y los condena...

CÉSAR.

Nada más. — Este edicto se publique.

(Da el pergamino á Lépido.)

LÉPIDO.

Y de Cecina y Pitolao ¿qué ordenas?
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR.

Al punto vé, y en libertad los deja.

LÉPIDO.

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR.

Que no escriba
Di á Pitolao; que no nació poeta.
Con todo, de estos versos miserables
Cuantos logres hallar recoge y quema.
Pueden hacer fortuna : son muy malos.

(Los rompe.)

Obedece. — Vosotros salid fuera.

(Los amanuenses se retiran.)

ESCENA III.

CÉSAR, ANTONIO.

CÉSAR.

Dime : en el torbellino de esta vida,
Que entre lides de Marte, entre tormentas
Del foro, entre placeres del banquete,
Rápida á hundirse en el sepulcro vuela,
¿No has dicho alguna vez : ¡Oh! si á la muerte
Una parte de mí robar pudiera!
Parte que anime el alma que me anima,
Parte en que corra sangre de mis venas,
En que viva yo propio, en que á despecho
De la implacable muerte, mi existencia,
Con mi nombre y mi gloria y mis virtudes,
Dilate en las edades venideras :
¡Un hijo, en fin!

ANTONIO.

¿Un hijo? Nunca el cielo
Quiso que tales goces conociera.

CÉSAR.

¡Por eso eres cruel! ¡Por eso vives
Tan solo para tí! Tu amor no encuentra
Un corazon donde espaciar su fuego,
Y do quier rechazado, en tí se encierra.
Ódio ó desden te inspiran los mortales:
En amor de tí mismo te deleitas,
Y de soñado riesgo á un leve indicio
Cien gargantas segar nada te cuesta.
¡Alma infeliz, en soledad sumida!

ANTONIO.

Pues tú, que ni á Calpurnia ni á Pompeya
Debiste nunca que á tu estéril lecho
Invocada Lucina descendiera,
Afianza tu poder; goza la vida
Que te otorguen los númenes, y deja
Que despues de tu muerte, cuiden ellos
De lo que á la República convenga.

CÉSAR.

¿Qué es la vida que el cielo nos concede?
¡Relámpago fugaz! ¿Acaso piensas
Que en los mezquinos lindes de mi vida
Mis pensamientos, mi ambicion se encierran?
¡Grande ambicion, á fe! No, Antonio; mio
Es ya de Roma el porvenir: la herencia
Del vasto imperio que fundó mi espada,
Del mar de Luso á la remota Persia,
Reclama un sucesor!

ANTONIO.

¿Y quién es ese?

CÉSAR.

¿Quién, me preguntas? Quien mi sangre tenga.

ANTONIO.

¿Tu sangre? De tu sangre hay sólo Octavio.
¿Es ése el sucesor? Otros pudieras

Hallar de más valor, de más servicios,
Que de Roma y de tí más dignos fueran:
No un rapaz enfermizo, que criado
De su madre á la sombra, en las escuelas
Se escondió de Apolonia, huyendo el ruido
De las batallas.

CÉSAR.

Sin razon desprecias
Á mi sobrino Octavio. Si carece
De marciales arrojos, de otras prendas
Descubro en él los gérmenes ocultos;
Prendas que acaso á la virtud guerrera
Venzan, Antonio, en la futura Roma,
Que ya en el mundo subyugado reina:
Perseverancia, astucia, disimulo,
Y así al mal como al bien alma dispuesta.
No conoces á Octavio. Y yo en sus manos
No dudára legar mi vasta empresa,
Si otro de más virtud, más caro á Roma,
Y más caro á mi amor, no antepusiera.

ANTONIO.

¡Otro! ¿Quién es, en fin?

CÉSAR.

¿Quién es?... Escucha.
Cuatro lustros de edad contaba apénas,
Y contra Sila conspiraba entónces.
Él lo sabe y proscribe mi cabeza,
Diciendo, al sentenciarme, que veia
Muchos Marios en mí. La infausta nueva
Me dan á tiempo que en la Via Sacra
Vagando discurria: con presteza
Huyo al punto de allí, cien calles cruzo;
Cuando al pasar delante de la puerta
De humilde casa, una muger distingo,
Que de la toga asiéndome con fuerza:

« Entra, me dice, ocúltate. » De un salto
Salvo el umbral : con ímpetu se cierra
La puerta á mis espaldas; y guiado
Por aquella mujer, á una secreta
Estancia llego donde entrar me manda,
Y « libre estás, me dice; pero piensa
Que al salvarte la vida yo aventuro
La vida y el honor! calla y espera. »
Dijo y despareció. — Te juro, Antonio,
Que áun hoy, tras tantos años, tantas guerras,
Siento un vivo placer al recordarlo. —
Solo quedé y extático : la idea
De mi riesgo olvidé : sólo la imágen
Noble, expresiva, candorosa, bella
De mi libertadora me ocupaba,
Y en mi pecho sentí que con violencia,
De gratitud sobre la pura llama,
Lanzaba amor su abrasadora tea.
¿Que olvidé mi peligro te decia?
Miento; que lo bendije! — En fin, secretas
Entrevistas, instancias, juramentos
De constancia recíproca, y la fuerza
Del Destino, rindieron en mis brazos,
Tras larga lucha, su virtud severa.
De un duro hermano al vigilante celo
Temblaba la infeliz ver descubierta
Mi retirada estancia, que tan sólo
Á una esclava leal fió su lengua:
Y más temblaba que el morir, la mancha
Que arrojaba en un nombre que venera
Roma y ensalza á par de las deidades,
Cual de rara virtud perfecto emblema.
Partir era forzoso, y una noche
Partí, dejé la Italia, marché á Grecia;
Y miéntras léjos de mi patria andaba,

La mujer cuya imágen llevé impresa,
Fruto de nuestro amor, dió á luz un hijo.

ANTONIO.

¡Un hijo!... ¿y vive?

CÉSAR.

Vive. — La suprema
Autoridad entónces Sila abdica,
Y á Roma presuroso doy la vuelta.
Nunca logré estrechar contra mi seno
Al hijo de mi amor, cuya existencia
Á costa de contínuos sobresaltos
Pudo al mundo ocultar su madre tierna.
Débil, sumisa, á un hombre que no amaba
Su duro hermano la ligó en mi ausencia.
En las guerras de Lépido y Pompeyo
Su esposo pereció; y entónces ella
Mostró á la faz de Roma el tierno niño,
Como si fruto de su enlace fuera.
¡Vive!... y del muerto esposo de su madre
Hijo se juzga, y hasta el nombre lleva!.

ANTONIO.

¿Y nunca tú le revelaste?...

CÉSAR.

Nunca.
Vive su madre, en la feroz escuela
De su hermano educada, que blasona
De su estoica virtud, y las flaquezas
De nuestra frágil condicion humana
Severa juzga y sin piedad condena.
Árbitra del secreto, morir quiere
Con él; y en tanto, el que saber debiera
De qué sangre ha nacido, fiel á un nombre
Que no es el suyo, seducir se deja
Por mis contrarios, y quizá ¡infelice!
Contra su mismo padre se rebela!

ANTONIO.

No digas más : ¡es Bruto! ¡le conozco! —
¡Por Hércules, mi abuelo! ¿Conque es esa
La gran Servilia, á cuyo sólo nombre
Nuestras matronas frágiles se aterran?...

CÉSAR.

¡Y qué!... ¿con ellas confundir pretendes
La que amó una vez sóla... y amó á César? —
Este secreto, Marco-Antonio, fio
Á tu amistad : la fama se interesa
De una mujer en él : nunca lo olvides. —
¿Faberio?...

ESCENA IV.

CÉSAR, MARCO-ANTONIO, FABERIO.

CÉSAR.

¿Hay álguien que demande audiencia?

FABERIO.

Cual de costumbre, aguardan tu permiso
Publio-Siro y Laberio.

CÉSAR.

Entren.

FABERIO.

La Reina
De Egipto espera que tambien...

ANTONIO.

¡Cleopatra!

CÉSAR.

¡Qué importuna!

ANTONIO.

¡Importuna... y es tan bella!
No así en Alejandría la juzgaste.

CÉSAR, á Faberio.

Dile que al Cónsul Marco-Antonio vea.

(Á Antonio.)

Tú la consolarás. Que deje á Roma.
El Egipto reclama su presencia.
Dile que del caudillo aventurero
El Dictador del mundo no se acuerda.

ANTONIO.

¡Duro mensaje!

CÉSAR.

El mensajero es hábil.

FABERIO.

El Senado tambien verte desea.

CÉSAR.

¡El Senado! ¿qué trae?

ANTONIO.

Muy de mañana
Deliberando estaba.

CÉSAR.

Alguna arenga
Que preparada Ciceron traeria
De su quinta de Túsculo. — La escuela
Del Senado es muy útil á la gloria
Y al esplendor de las romanas letras.
Entren todos.

(Faberio los introduce.)

ESCENA V.

CÉSAR, ANTONIO, FABERIO, PUBLIO-SIRO, LABERIO, CICERON, BRUTO, CASIO, CIMBRO, CASCA, DECIO, TREBONIO, CINA, SENADORES.

CÉSAR.

Salud, Padres Conscriptos. —
(Á Laberio y Publio-Siro.)
Llegad vosotros, gloria de la escena. —
Espejo de las públicas costumbres
Son tus fársas, Laberio : no sospecha
Roma que cuando rie al escucharte
De sí propia se burla.

LABERIO.

Nadie piensa
Que está allí su retrato, y al vecino
Con maligno placer las culpas echa.
Del pueblo es todo el mérito : yo escribo
Y nada más : él hace la comedia.

CÉSAR.

Fácil lo juzgas, porque hacerlo sabes. —
¡Oh Publio-Siro! — Si la vida nuestra
Es dolor y placer, entre vosotros
Dividis el imperio de la tierra.
(Á Laberio.)
Tú mandas en la risa :
(A Publio-Siro.)
Tú en el llanto.
¡Cuánto ayer te admiré! Vi al rey de Tébas,
Vi á Edipo, humano, generoso, altivo,
Salvador de su pueblo.

PUBLIO-SIRO.

Y ¿quién no acierta

Á pintar hoy en el teatro un héroe
Justo, clemente, grande? En Roma ¡oh César!
Hay un modelo que imitar.

CÉSAR.

Vi al héroe;
Mas no vi tanto al padre. Cuando estrecha
Contra su corazon el triste Edipo
Sus tiernos hijos por la vez postrera,
No expresaba tu acento la amargura,
El inmenso dolor en que se anega
Una alma paternal, á quien la suerte
Priva de un hijo, y á vivir condena
En dura soledad!... ¡Oh Publio-Siro!
Tú no eres padre!

PUBLIO-SIRO.

¡El cielo no lo quiera!
¡Esclavos son los hijos del esclavo!

CÉSAR.

¡Esclavo tú!

(Á Bruto.)

Pretor de Roma, llega :
Ejerce el más precioso de tus cargos :
Manumite al esclavo.

(Bruto se acerca y toca con la vara en la cabeza á Publio-Siro.)

BRUTO.

Libre quedas.

CÉSAR.

Nobles desde hoy las artes liberales
El Senado declara.

PUBLIO-SIRO Y LABERIO.

¡Gloria á César!

CÉSAR, dando á los Senadores los pergaminos.

Esas leyes tomad : que en nombre vuestro
Se publiquen al punto.

CICERON.

¿Y ya aquí puestas
Nuestras firmas están?

CÉSAR.

Tú, retirado
En tu quinta de Túsculo, te alejas
De los negocios...

CICERON.

¡Cierto! ¿y tú te encargas
De hacer las leyes?...

CÉSAR.

Y la gloria es vuestra.

CICERON.

¡Cierto! Por eso al campo me retiro
Á disfrutarla en calma. Y ¿no recelas
Que altere tu salud hacer tú sólo
Lo que nuestra República modesta
Encomendaba á tantos : al Senado,
Al Pueblo, al Cónsul, al Tribuno?...

CÉSAR.

Velan
Por mi salud los dioses, y yo velo
Por la salud de Roma : nada temas,
Ilustre Ciceron.

CICERON.

Y si te ayuda
Algun sabio varon, docto en las letras...
Marco-Antonio quizá!...

(Todos miran sonriendo á Antonio.)

ANTONIO.

¡Viejo insolente!
Alguna vez me pagará tu lengua
Ese sarcasmo!

CÉSAR.

¡Basta! Antonio sirve

Á Roma con la espada.

ANTONIO.

Y lo que pesa
La mia, ya en Farsalia lo probasteis;
Aunque no tanto como yo quisiera!

BRUTO.

¿Quién lo estorbó? No fueron nuestros ruegos.

ANTONIO.

Ni fué mi voluntad.

CICERON, á César.

Fué tu clemencia.

CÉSAR.

Fué mi deber. La ingratitud de algunos
Provocó mi venganza; y en defensa
De mi ultrajado honor, sangre romana
En las batallas derramó mi diestra;
Mas despues de obtenida la victoria,
¡Atroz barbarie derramarla fuera!
No hay aquí vencedores ni vencidos :
Todos romanos somos. ¿Qué nos resta
Para mandar al mundo, Senadores?
Conquistar á los Partos, y la afrenta
Vengar de una derrota. Allí cautivos
Los soldados de Craso, á la cadena
Avezados de larga servidumbre,
En torpe lazo conyugal, ¡oh mengua!
Á extranjeras esposas se han unido!
Yo lavaré esa mancha : las enseñas
De Roma, en breve tiempo victoriosas,
Alzaré en las murallas de Seleucia.
Mis tareas por hoy, en bien de Roma,
Terminadas están : decid las vuestras.

(Se sienta.)

CICERON.

Tambien en gloria de la patria han sido,

Pues en tu gloria son. Escucha ¡oh César!

(Leyendo.)

« El Senado sagrada tu persona
« Desde hoy declara : colocar ordena
« Á par de la de Júpiter tu estatua,
« Alzada sobre el globo de la tierra.
« Templo y aras tendrás, y andas y palio,
« Y silla de oro y lupercales fiestas.
« El quinto mes, en gloria de tu nombre,
« Julio se llamará; y en fin, decreta
« Que siempre lleves á tu sien ceñido
« El dorado laurel que te presenta. »

(Se lo ofrecen.)

CÉSAR, levantándose.

¿Y para esto se juntó el Senado?
¿Y así malgasta en fútiles tareas
Dias preciosos que á aliviar los males
Del triste pueblo consagrar debiera?
Sabias leyes traed; no vanas honras,
Que excesivas son ya. De todas ellas
Este laurel es lo que más me agrada.
Lo acepto, porque oculte en mi cabeza
Este ultraje que debo, no á los años,
Sino á la ruda militar faena,
Y al contínuo ludir del férreo casco,
Ocho lustros ceñido.

(Se pone el laurel.)

CASCA.

¡Á tí encomiendan
Los altos dioses la salud de Roma;
Y á nosotros honrarte!

DECIO.

¡Y no hay ofrenda
Que á honrar alcance al semi-dios del Tíber!

CIMBRO.

¡Admítelas : la patria te lo ruega!

CASIO.

¡Y en nombre suyo los romanos todos!

LOS SENADORES.

¡Todos, sí!

BRUTO.

¡Todos no! — ¡Sombra severa
Del gran Caton, consuélate! respiran
Dos romanos aún : yo, que á esas muestras
De adulacion me opuse en el Senado!

CÉSAR.

¿Quién es el otro?

BRUTO.

Tú, que las desprecias!

CÉSAR.

¡Alma romana! ¡Ven! — Dejadme todos.

(Todos se retiran.)

ESCENA VI.

CÉSAR, BRUTO.

CÉSAR.

Tú me comprendes, Bruto : no desea
Adulacion servil el alma mia.
¿Por qué el único labio en que resuena
La voz de la verdad, con tal desvío,
Con tal ingratitud de mí se aleja?
Por la gloria de Roma he combatido :
Á su dicha desde hoy mi vida entera
Pretendo consagrar. Habla : tú eres
El ídolo del pueblo : sus querellas
Cuéntame tú; satisfacerlas quiero

Por tu mano. ¿Qué pide? ¿qué desea?

BRUTO.

De tí, sólo una cosa.

CÉSAR.

¿Cuál?

BRUTO.

Que abdiques
El supremo poder. — Pues tanto anhelas
Que llegue la verdad á tus oidos,
Á decírtela vengo; y no pudiera
Bruto corresponder más noblemente
De tu cariño á las contínuas muestras.
¡César! cuando en los siglos venideros
La historia de tu vida el mundo lea,
Tus triunfos increibles, tus conquistas,
Tus hazañas sin cuento, tus proezas
En el Nilo, en el Rin y el Oceáno,
Tu gloria, tu fortuna, tu clemencia;
¡Llenaráse de asombro! Si ese asombro
Quieres que en alabanza se convierta,
Corona ya tus hechos inmortales
Con un hecho que á todos oscurezca:
Volviendo á Roma sus antiguas leyes
Y su antigua República. — Contempla
Que las victorias atribuirse pueden
Tal vez á la fortuna; mas la empresa
De dar á un pueblo libertad, es sólo
Obra de la virtud. Accion tan bella,
Mejor que triunfos bélicos, tu fama
Sobre cimientos sólidos eleva!

CÉSAR.

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?
¿Qué libertad para tu patria sueñas?
¿La que gozaba Roma, cuando iguales
Todos, y todos pobres, las faenas

Del campo eran su oficio? ¿Cuando el Cónsul,
Cumplido el año, la segur depuesta,
Bajaba en paz del alto Capitolio,
Tornando ufano á manejar la esteva?
No es esta aquella Roma : las conquistas
Vertieron en su seno las riquezas
Del subyugado mundo, y con el oro
La ponzoña que corre por sus venas!
El rico fué tirano; esclavo el pobre :
¡La libertad murió! Turbas hambrientas,
Tendidas en los pórticos, aguardan
Los desperdicios de opulenta mesa;
Y el libre voto, que á los altos puestos
De la suprema dignidad eleva,
Á precio vil en los comicios venden!
Roma degenerada se prosterna
Á las plantas de Mario, ó bajo el hacha
De Sila tiende la servil cabeza!
¿Y en tales manos, su salud, su glória
Pudiera yo fiar? ¡Bruto! desecha
Tu mentida ilusion; los ojos abre :
Mira á Roma cual es, y no cual era;
Y ambos, desde hoy unidos, procuremos,
Pues libre no ha de ser, que feliz sea.

BRUTO.

No puede ser feliz un pueblo esclavo.

CÉSAR.

No es esclavo por mí; para él cadenas
Mis bondades no son.

BRUTO.

¡Ah! ¡tus bondades!
¡Esas son á la patria más funestas
Que los suplicios del sangriento Sila!
Si desoyes mis ruegos; si te empeñas
En ser tirano, imítale : derrama

Nuestra sangre á torrentes; quizá al verla,
De su letargo despertando Roma,
Se alce al fin contra tí. Mas ¡oh! con esa
Bondad inicua acariciando al pueblo,
¡Pérfido! ¡á amar su esclavitud le enseñas!

CÉSAR.

No le hice esclavo yo.

BRUTO.

Pues ¿quién?

CÉSAR.

¡Sus vicios!

BRUTO.

Esos vicios, que hipócrita lamentas,
Con el ejemplo combatirlos debes.
Dalo el primero tú : ¡la noble empresa
Digna de César es! Abdica, abdica
El supremo poder; y ante la fuerza
De esa heroica virtud, verás que Roma
Asombrada se postra y te venera,
No como á Dictador, mas como á Númen!

CESAR.

¡Es tarde ya!

BRUTO.

¡No es tarde! te lo ruega
Bruto, y cae á tus plantas! Por la patria,
Por tu gloria inmortal, abdica, oh César!

CÉSAR.

¿Qué pides, infeliz? Si yo abdicase,
¡Ay de la patria!

BRUTO.

¡Basta! — No hay en ella
Más que un romano ya, que avergonzado,
De tí y de Roma con horror se aleja!

(Se va.)

ESCENA VII.

CÉSAR.

¡Sublime indignacion! ¡No sufre dueño! —
Veo mi sangre en él : ¡hijo es de César!

ACTO SEGUNDO.

En casa de Bruto. — Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

SERVILIA, LICIA.

(Ambas están sentadas.)

SERVILIA.

¡Tus párpados se cierran, pobre Licia!
¿Por qué te obstinas en velar? descansa :
Retírate á tu lecho.

LICIA.

¿Será justo
Que tu esclava repose, y solitaria
Esperes tú?

SERVILIA.

Yo espero al hijo mio.
¡Con bien los Dioses al hogar le traigan!

LICIA.

Contigo esperaré. ¿Te aflige acaso
Triste presentimiento? ¿por qué causa
En perpétuos temores te consumes?
Bruto es de Roma el ídolo : le ama
El Dictador.

SERVILIA.

¡Y él huye de su vista!

LICIA.

¿Huye de César Bruto? ¡Oh cielo! ¿Y nada
Le dice el corazon?

SERVILIA.

¡Licia!

LICIA.

No temas :
Nadie nos oye aquí.

SERVILIA.

¡Yo te oigo; y basta!

LICIA.

¿Y qué podrás oir del labio mio
Que en justa admiracion, en alabanza
De tu virtud no sea? ¿Quién en Roma
No respeta tu nombre? ¿Quién tu casa
No mira como un templo, donde el genio
Del severo Caton vive en su hermana?

SERVILIA.

Él desde las mansiones de los justos
Ha visto el crímen ya, que mi falacia
Supo ocultarle aquí. Su voz escucho
Que me grita : « ¡Impostora! ¿por qué engañas
Al mundo así con tu virtud mentida?
¡Tiembla que un dia de tu rostro caiga
Esa máscara vil! ¡Ay de tí entónces!
Y ¡ay de tu hijo! » — Bárbara amenaza,
Que sin cesar me aterra!

LICIA.

¿Y cómo puede
Cumplirse nunca? di. ¿Depositaria
No soy yo sola del secreto?

SERVILIA.

¡Sola!

LICIA.

Pues qué, ¿recelas del que pruebas tantas
Te da de su respeto? Desde el punto
Que, mal tu grado, en las nupciales aras
Fe juraste á un esposo, ¿cuándo César
Osó manchar de tu virtud la fama
Con indiscreto labio, ni á tus ojos
Siquiera presentarse? Y el que ahogaba,
En la fogosa edad de las pasiones,
Con tal nobleza su zelosa rabia;
Hoy que la gloria y la ambicion tan sólo
Llenan su pecho, ¿mancillar osára
Tu nombre? ¡Ah! no lo temas.

SERVILIA.

¡Eso mismo
Me hace temerlo! ¡Ah, Licia! ¡cuál te engañas!
Lo que el oscuro César nunca hiciera,
César el Dictador quizá lo haga;
Que en su ciega ambicion los poderosos
Razon de Estado á los delitos llaman.
¡Mi vida es un suplicio! Cuando César
Á Bruto mira ¡me estremezco! ¡y tanta,
Tan congojosa es mi inquietud, que tiemblo
Si le aborrece, y tiemblo si le ama!

LICIA.

¡Modera tu afliccion! no anticipado
Llores al ménos un peligro...

SERVILIA.

¡Calla!
¡Pasos oigo en el atrio! — ¡Él es!

LICIA.

¿Tu hijo?

SERVILIA.

Á su esclavo preven: y tú á mi estancia
Vete, y aguarda allí.

(Se va Licia.)

Sólo su vista
Un breve instante mis dolores calma! —
¡Hijo mio!

(Dirígese á la entrada : preséntase César.)

ESCENA II.

SERVILIA, CÉSAR.

CÉSAR.

¡Dichosa tú, que puedes
Tan dulce nombre pronunciar!

SERVILIA.

¡Helada
Mi sangre está! — ¡Tú aquí!... ¿Qué buscas?...

CÉSAR.

Busco,
No á la que en otro tiempo aquí buscaba,
Misterioso, furtivo, devorado
De juvenil amor : no á la que el alma
En vivas ilusiones encendia,
Que la ausencia, la edad, el tiempo apagan.
No á la amante de César : ¡busco ahora
Á la madre de Bruto!

SERVILIA.

Penetrada
De gratitud la encuentras, por los dones
Que en él tu mano liberal derrama!

CÉSAR.

Otros mayores ofrecerle quiero.

SERVILIA.

¿Á Bruto?

CÉSAR.

Á nuestro hijo.

SERVILIA.

¡Oh cielos!... ¡Calla!

CÉSAR.

¿Callar? ¡Si vengo á que lo sepa Roma!

SERVILIA.

¿Contra mi voluntad?

CÉSAR.

Por respetarla,
¿Sabes tú la violencia, el sacrificio
Que me impongo, años há? Por tí en Farsalia
Sufrí que Bruto en el opuesto bando
Lidiase contra mí. Desbaratada
La hueste de Pompeyo, á las legiones
Que sobre ella con furia se lanzaban :
« ¡Perdon, grité, no los mateis, traedlos
Vivos á mi presencia! » Y mis miradas,
En cada cuerpo exánime creian
Su cadáver hallar! — Vuelto á la patria,
Por tí sufriendo estoy que á mis favores,
Á mi tierna aficion, á mis instancias,
Á mi solicitud oponga siempre
Cruel desvío, indiferencia helada! —
¡Mil veces al hablarle, ya el secreto
Sentí asomar al labio; y otras tantas,
Por tí, por tu respeto, en lo más hondo
De mi pecho infeliz lo sepultaba! —
Llegó tu vez, Servilia : un hijo tienes.
Yo hasta ahora á esa fama que idolatras
Sacrifiqué mi amor : á tí te toca
Hoy á su amor sacrificar tu fama.

SERVILIA.

¡Llegó mi vez; lo veo! ¡Y yo he creido
En tu respeto! ¡Necia! ¡qué esperanza
Pude nunca fundar en quien de Roma
No respetó la majestad sagrada!

¡Fatal á Roma y á Servilia fuiste!
¡Á tu violencia, á tu pasion tirana
Sucumbimos las dos!

CÉSAR.

¡Ambas me amasteis!

SERVILIA.

¡Ah! ¡y este premio á nuestro amor guardabas!
¡Á Roma la opresion : á mí el oprobio!
Si de ese modo á tus amigos pagas,
¡Qué harás con tus contrarios!

CÉSAR.

Lo estás viendo:
Perdonarlos, volverlos á la patria
Y á la silla curul : dejar que libres
Conspiren contra mí, y acaso el alma
Emponzoñen de Bruto. ¡Y tú lo sabes,
Servilia, y lo consientes! ¡Esa rara
Virtud no se horroriza de que un hijo
Al que le ha dado el sér tienda asechanzas!

SERVILIA.

¡Nunca tal intentó! Bruto, heredero
De la virtud que le inspiró en su infancia
El sublime Caton, el fin lamenta
De la antigua República; y en alta
Voz, á la faz de Roma, á par que justo
Tu bondad, tu valor, tu genio ensalza;
Con dureza inflexible, no lo niego,
Tu usurpacion condena. Y tú le amas
Quizá por eso mismo; porque admiras,
Porque envidias en él la pura llama
De patrio amor; porque en su noble pecho
Asombrado contemplas cuál se hermanan
El alto genio de su heroico padre
Y la virtud de su materna raza.
Mas, al odiar tu usurpacion, áun siente

Por ese pueblo que á tus piés se arrastra
Mayor desprecio, y de su vil contacto
En los lares domésticos se aparta.
Aquí corre su vida; y yo dichosa
Gozo el amor, que entero me consagra.
¡Ah! si en tu corazon... si en tu memoria
Vive el recuerdo de la edad pasada;
Si la mujer que te salvó la vida,
Y se perdió salvándote, una gracia
Tiene derecho á demandarte; ¡César!...
¡No la arrebates su serena calma!
¡No me arrebates el amor de Bruto! —
¡Sabedor de mi culpa, no alcanzára,
Ante el rigor de su tremendo fallo,
Ni áun su madre perdon! Á tí te basta
Para llenar tu corazon la gloria,
Los triunfos, el poder; Roma, la Italia,
El mundo entero, que de tí, en retorno
De tanta sumision, su dicha aguarda.
Yo la aguardo tambien. Por tí de Bruto
Seré madre feliz. Si á tí te halaga
Tan dulce nombre, conquistarlo puedes:
Haz que te llamen: ¡Padre de la Patria!

CÉSAR.

¿Y tú te llamas madre? ¿y tú imaginas
Que eso es amar á Bruto? No: te engañas;
Tú no amas á tu hijo.

SERVILIA.

¿No le amo?

CÉSAR.

Te amas á tí. Por conservar intacta
Esa opinion en que tu orgullo goza:
Porque tu vida oscura y solitaria
Sus encantos no pierda, á Bruto quieres
En ella consumir, cortar las alas

Á su impetuoso genio, de su padre
Ahogar las halagüeñas esperanzas;
¡Y lo que es más, el porvenir de Roma!

SERVILIA.

¿De Roma?

CÉSAR.

Sí, de Roma. — Óyeme : falta
Una empresa á mi plan : vencer al Persa;
Y á acometerla voy. En las batallas,
Por vez primera la fortuna instable
Me puede abandonar; y ántes que parta
Quiero á la faz del pueblo y del Senado
Nombrar mi sucesor.

SERVILIA.

¡Oh cielos!

CÉSAR.

¡Árdua
Resolucion, si el misterioso Númen
Que á César juzga y su designio ampara,
No le otorgase por fortuna un hijo
Digno de tanto honor!

SERVILIA.

¿Y qué? ¿no basta
Á abonar tu eleccion su nombre sólo,
Su inmaculado nombre? ¿Quién osára
Con Bruto competir? Pueblo y Senado,
Los patricios, la plebe, cuantos aman
El bien de Roma, todos á porfía
Lo aceptarán con júbilo. ¿Qué falta
Hace á tu noble fin que mi vergüenza
Corra de boca en boca? ¿qué inhumana
Razon te impele á decretar la gloria
Del hijo mio, á precio de mi infamia?
¿Por qué tanta ventura... y tanto oprobio? —
¡Elige á Bruto; y mi secreto calla! —

CÉSAR.

¡Eso no! Pues te obstinas, yo te juro
Que callaré; mas pierde la esperanza
De que á Bruto designe, si hijo mio
No le puedo llamar. La soberana
Dignidad, que á una voz Senado y pueblo
Á conferirme van, hereditaria
Será desde hoy; mas sólo en el que tenga
Sangre de César. — ¿Tú, gloria tan alta
Robarle quieres?

SERVILIA.

¡Mas del hijo mio
El orígen manchar!...

CÉSAR.

¿Cuál es la mancha?
No de torpe adulterio es hijo Bruto :
Libres eran sus padrès; y hoy, en casta
Union esposos fueran, si el mandato
De tu hermano feroz no lo estorbára,
Y tu debilidad. — ¡Servilia! ¿quieres
Más? más haré. — Ante Roma todo calla. —
Repudiaré á Calpurnia : soy tu esposo.

SERVILIA.

¡Otra víctima! ¡No! —

CÉSAR.

¡No eres hermana
Tú de Caton! ¡del héroe, que con noble
Y ciego error sacrificó en las aras
De la patria su vida! Ménos grande
Sacrificio te pide, ¿y lo rechazas? —
Bien : tu secreto morirá conmigo;
Y otro será...

SERVILIA.

¿Qué dices? ¿Otro?...

CÉSAR.

¡Acaba!
Despierta esa virtud. Toma : este escrito
Es la revelacion : tu firma falta.
(Le da un pergamino.)
Va á juntarse el Senado : ¡piensa en Bruto!
¡Piensa en Roma! Pronuncia una palabra;
Y la dicha de Bruto harás cual madre,
Y la dicha de Roma cual romana.
(Se va.)

ESCENA III.

SERVILIA.

¡Caton... mi hermano... su preciosa vida
Supo inmolar en aras de la patria!
La patria era su amor; ¡mi amor es Bruto!
Aquí está mi sentencia. ¡Desgraciada!
¡Ni á la virtud ni al crímen pertenezco!
¡Un Dios, adverso á Roma y á mi raza,
Por instrumento designarme quiso
De la rüina y del baldon de entrambas!
¡Ese implacable Dios fué quien mis pasos
Encaminó al umbral de esta morada,
En aquel dia de fatal memoria!
¡Él, quien ardió improvisa en mis entrañas
La compasion que libertó al proscripto!
¡Él, quien despues, en aparente calma,
Me dió á gozar en la filial ternura
El sublime placer que hoy me arrebata!
¡Númen inexorable! ¿no ha bastado
Á desarmar tu vengativa saña
La pura sangre en Útica vertida,

Y mi existencia entera consagrada
Á llorar mi delito? ¿Qué me pides?
¿Que ose yo misma revelar mi infamia
Á Roma... á Bruto? ¡Ah! ¡nunca! ¡eso no puedo!
Á tanto esfuerzo mi virtud no alcanza! —
¡Él es!

(Viendo llegar á Bruto.)

ESCENA IV.

SERVILIA, BRUTO.

BRUTO.

¡Madre, salud!

SERVILIA.

¡Cuánto has tardado!

BRUTO.

En el Pretorio fatigosa y larga
La audiencia ha sido.

SERVILIA.

Inquieta me tenias:
Ven, y en mis brazos, de tu afan descansa.

(Abrazándole.)

¡Noble afan! por tu boca la impasible
Témis dicta sus fallos.

BRUTO.

¡Su balanza
Nunca torcí!

SERVILIA.

¡Ni tuvo nunca Roma
Pretor más justo! Entre mercedes tantas
Como César te otorga, ésta sin duda
Fué la más digna.

BRUTO.

¡Todas las trocára
Por la que hoy le pedí!

SERVILIA.

¿Tú le has pedido
Una merced?

BRUTO.

¡Echándome á sus plantas!

SERVILIA.

¿Tú?

BRUTO.

¡Yo!

SERVILIA.

¿Y la niega?

BRUTO.

¡Y para más vergüenza,
Acaso con razon! — No se levanta
Un tirano jamás donde no hay siervos;
Ni jamás de rodillas se demanda
La libertad. Me la negó: ¡bien hizo! —

SERVILIA.

¿Y esa fué la merced?

BRUTO.

¡Sueños que pasan
Por mi mente febril!

SERVILIA.

No desesperes.
Roma esta vez no gime bajo el hacha
Del rudo Mario, ó del demente Sila.
No es César opresor; de la usurpada
Autoridad no abusa: sus afanes
Al bien de la República consagra.
Tú lo sientes así; yo de tu labio
Mil veces escuché sus leyes sabias
Y su genio admirar. No desesperes.

Y pues por senda de clemencia marcha,
Sabio y justo, dejémosle, hijo mio,
Al término llegar. — Dicen que al Asia
Corre á nuevas conquistas. — ¡Si por dicha
Meditase al partir, dejar á Italia
En muestra de su amor... cuanto pudiera
Su esperanza colmar!...

BRUTO.

¡Vana esperanza!
No lo hará, no lo hará. ¡Si en torno suyo.
Aunque su noble instinto le dictára
Tan generosa accion, no ven sus ojos
Sino lisonja, servidumbre, infamia!

SERVILIA.

¿En todos, hijo?

BRUTO.

En todos. ¡Y áun hay lengua
Entre esa muchedumbre degradada
Que se atreva cobarde al nombre mio!
¡Hay quien su ilustre descendencia clara
Ose á Bruto negar!

SERVILIA.

¿Á tí? ¿Quién, hijo?

BRUTO.

En este escrito...

SERVILIA.

¡Oh cielos!

BRUTO.

Que ora acaban
De arrojarme á la silla del Pretorio.

SERVILIA.

¡Ese escrito!... ¿y qué dice?...

BRUTO.

Estas palabras:
«¿Duermes, Bruto? ¡En verdad, tú no eres Bruto!»

SERVILIA.

¿Qué mas?

BRUTO.

No más.

SERVILIA.

¡Ah!

BRUTO.

¡Todo cuanto alcanza
El antiguo valor de los romanos,
Helo aquí! Digo mal : ¡de tanta hazaña
Pocos fueran capaces! Éste solo,
Que tal escrito en las tinieblas traza
Con temblorosa mano, ¡éste es un héroe!
¡Me asombra su valor! ¡éste aventaja
Á todos en virtud! El desdichado
Siente siquiera la coyunda, y clama
Porque amparo le den! Pronto me tiene.
Mas ¿dónde están los que lo piden? ¡Salga
El pueblo de Quirino : verá entónces
Si duerme Bruto, y si en sus venas guarda
Sangre de aquel varon; que por la hermosa
Libertad, de sus hijos las gargantas
Impávido segó!

SERVILIA.

¡Qué horror! ¡detente!
¿Fueras capaz?...

BRUTO.

¿Y de Caton la hermana
Me lo pregunta? Madre, ¿no aprendiste
Que hijos, padres, hermanos, á la patria
Todo se sacrifica? ¿No darias
Tú por su bien tu vida, tu honra y fama,
Y hasta tu hijo? — ¡Si capaz no fueras
De tal virtud, por madre te negára!

SERVILIA.

Lo seré, lo seré : ni tú por madre
Me negarás, ni Roma por romana.
Digna me juzgo, y á la vez indigna,
De tí y de Roma. Mi flaqueza es causa
De vergüenza, lo sé; mas hoy los Dioses
Quieren por dicha hacer que de ella nazca
La grandeza de Roma y tu grandeza.
Si me has pagado con ternura tanta
Un estéril amor; cuando se eleve
Hasta la heroica abnegacion, ¿tu gracia
Me negarás?

BRUTO.

¿Qué dices?

SERVILIA.

¡Que la sangre
Que circula en tus venas, hoy te llama
Á inesperado honor!...

BRUTO.

Habla : de Bruto
La sangre siento en mí : ¡no la trocára
Por la del Dios que en el Olimpo reina!

SERVILIA.

¡Hijo! ¡esa sangre!...

BRUTO.

¡Di!...

SERVILIA, aparte.

¡No puedo! — ¡Oh patria!
¡Perdon! ¡perdon!... ¡y déjame ser madre
Un dia más!... — ¡Se lo diré mañana! —

(Se va apresurada.)

ESCENA V.

BRUTO.

¡Huye de mí sin explicarse! — ¡Cielos!
¿Qué me ha dado á entender con sus palabras?
¿Tambien mi madre á recordarme viene
Lo que debo á mi sangre! ¡Hasta una flaca
Mujer me acusa! ¿Cómo es esto, Bruto?
¿Será cierto que duermes? ¿ofuscada
Está tu mente? ¿sordos tus oidos?
¿Ciegos tus ojos? — No.

ESCENA VI.

BRUTO, CASIO.

CASIO, aparte.
¡Sólo se halla!

BRUTO.
¿Quién llega?

CASIO.
¡Salud, Bruto!

BRUTO.
¡Salud, Casio!

CASIO.
Ese acento me dice cuánto extrañas
Mi presencia en tus lares.

BRUTO.
Me sorprende
Con razon : años há que la palabra
No cruzamos tú y yo.

CASIO.

Me hirió que César
Te antepusiese en la Pretura urbana.

BRUTO.

Negar debiste la palabra entónces
Á César, y no á mí.

CASIO.

César obraba
Segun su ley; como opresor. — Tú, Bruto,
Que desde el punto mismo en que postrada
Roma cayó á sus piés, objeto has sido
De su predileccion, de su privanza:
Tú, que de tus antiguos compañeros
Desde aquel dia con desden te apartas,
Y en tu largo aislamiento desconoces
Á Roma ya, ¿qué mucho si te tratan
Los cobardes, los tibios con reserva,
Y los altivos con rudeza franca?

BRUTO.

Esa amistad que el Dictador me otorga,
Nunca la mendigué: nunca su casa
Hollé una vez, sin que en mi boca oyese
La voz de la verdad. Quizá le agrada
Por peregrino y nuevo mi lenguaje,
Y la servil adulacion le cansa.
Hoy lo has visto. El Senado ¡oh vilipendio¡
¡El Senado de Roma! un Cimbro, un Casca,
Un Decio, un Ciceron! — Casio, ¿qué mucho
Si de ellos Bruto con desden se aparta?

CASIO.

Ese frio desden, que á tu silencio
De sumision las apariencias daba,
Es la sola ocasion de esa flaqueza,
Que condenando estás. Tú eres la causa
Del desaliento universal. Mirando

Á Bruto sucumbir, ¿quién no desmaya?

BRUTO.

Y porque Bruto sucumbiera, ¿todos
Le debierais seguir? ¿Bruto es la patria? —
¿De mi ejemplo os guiais? Y por ventura,
¿Os mandé yo que al Dictador llevárais
Los divinos honores, que con noble
Altivez rechazó? ¡Cuál se elevaba
Sobre vuestra bajeza su desprecio!
¡Ah! ¡si algun dia vemos restaurada
La libertad en Roma, de él lo espero,
De un generoso arranque de su alma:
No de vosotros, no!

CASIO.

Ni de nosotros,
Ni de él lo espera Roma: su esperanza
En tí la tiene.

BRUTO.

¿En mí?

CASIO.

Yo en nombre de esos
Que con dureza tal tu labio infama,
Á hablarte vengo. — Bruto, nuestra duda
Se disipó; te conocemos: falta
Que nos conozcas tú. — Como se esconde
En el inerte pedernal la llama,
Fuego de libertad en Roma hierve:
¡Toque el acero, y la centella salta!

BRUTO.

Casio, ¿lo crees así?

(Echan de fuera un pergamino.)

¿Qué es esto?

(Leyendo.)

«¿Duermes,
«Bruto? ¡Duermes; y Roma gime esclava!» —
¡Otra vez!

CASIO.

¿Qué te admira? Ese es el grito
Que suena en la ciudad : eso en voz baja
Por millares de labios se murmura;
Todos á tí se vuelven : sus miradas
Todos fijan en tí; ¡tú no respondes!
Y el dolor, el despecho nos arrastra
Á un sacrificio heróico. — Cual Virginio,
Para excitar la popular venganza,
Mató un dia á su hija; así nosotros,
Alzando al opresor templos y estatuas,
Matamos nuestra honra : ¡á ver al ménos
Si de vergüenza Roma se levanta!

BRUTO.

La vergüenza no engendra el heroismo.

CASIO.

Te ha despertado á tí, y eso nos basta.

BRUTO.

Yo no dormia; la dormida es Roma;
Más que dormida; ¡muerta!

CASIO.

¿Y si te engañas?

BRUTO.

¡Plegue al cielo!

CASIO.

Los juegos lupercales
Mañana son : ¿irás?

BRUTO.

Iré.

CASIO.

¡Mañana
Renace la República! — ¡En el foro,
Roma viva y despierta á Bruto aguarda!

ACTO TERCERO.

El foro de Roma. — Las estatuas. — La tribuna con la silla de oro. — En el fondo se divisa el Capitolio : á su derecha la roca Tarpeya, y á su izquierda el templo de Júpiter Capitolino. — Casas, templos y avenidas á un lado y otro de la escena. — Á la derecha del actor, en primer término, la casa de Marco-Antonio, magnífico palacio con pórtico y escalinata de mármol.

ESCENA PRIMERA.

Grupos de CIUDADANOS en la plaza; muchos de ellos recostados en la escalinata de la casa del Cónsul. — Sale de esta el esclavo ENNIO, y baja las gradas con dificultad, por estorbárselo los que están allí echados.

UN CIUDADANO.

No me pises la toga.

OTRO.

Esclavo, mira
Dónde pones los pies.

ENNIO.

No dejais trecho.

CIUDADANO.

Pues no se pasa.

ENNIO.

Mi señor me espera;
Es Casio el Senador.

CIUDADANO.

Y yo soy Elvio,
Ciudadano romano.

OTRO.

¿Te figuras
Que aun los Patricios nos imponen miedo?

ENNIO.

No he dicho tal.

CIUDADANO.

Pasó su tiranía.

OTRO.

César domó su orgullo.

ENNIO.

Es cierto, es cierto.

CIUDADANO.

Todos iguales somos. — Pasa, esclavo.

ENNIO.

¡Perdonad, perdonad!

(Baja las gradas.)

ESCENA II.

DICHOS, CASIO, luego LOS ESCLAVOS.

CASIO.

¿Por qué á mi siervo
Amenazais?

UN CIUDADANO.

Porque enseñar conviene
Á algunos que lo olvidan, el respeto
Que al pueblo se le debe.

CASIO.

Bien hicisteis:
Y si otra vez lo olvidas, harás, Ennio,

Que te lo acuerde el látigo.

ENNIO, arrodillándose.

¡ Perdona,
Señor !

CASIO.

¡ Levanta !

(Aparte.)

¡ Qué insolente pueblo ! —

(Apartándose con el esclavo.)

Habla con disimulo. ¿ Qué queria
Marco-Antonio de tí?

ENNIO.

Que esté en acecho
De tus pasos, y á él solo mis denuncias
Comunique, guardando este secreto
De Lépido y de todos.

CASIO.

Quiere él solo
Saber lo que se trama. Ya penetro
Su intencion. — Bien está : vete al Pretorio,
Allí Bruto estará : busca un momento,
Y como hiciste ayer, con maña arroja
Este escrito á su silla, y vuelve luego.

(Le da un pergamino. — Se va Ennio.)

¿Con qué motivo al pórtico del Cónsul
Corre la muchedumbre?

CIUDADANO.

Hoy son los juegos
Lupercales.

CASIO.

Lo sé.

CIUDADANO.

Con un banquete
Festeja Marco-Antonio á sus lupercos,
La flor de Roma, que en honor de César

Este rito consagran.

CASIO.

¿Y los restos
Del banquete aguardais?

CIUDADANO.

Y la esportilla
Verás cuán llena de manjares llevo.

CASIO.

¡Y así vives feliz!

CIUDADANO.

De balde como:
Pilas de jaspe en que bañarme tengo
Cuando el ardor canicular, y estufas
Donde burlar los frios del invierno;
Fieras y gladiadores en el circo;
En el teatro farsas de Laberio:
Y luego al fin del año en los Comicios
Al que me da más suma el voto vendo.
¿No he de vivir feliz? Cuando el reparto,
Me dió César un campo; pero presto
Me cansé de labrarlo; que á esa vida
Este bullir de la ciudad prefiero.
Con que vendí mi campo y volví á Roma.
En la Suburra habito.

CASIO.

¿Y qué es del precio
Que te dieron por él?

CIUDADANO.

Me lo he comido.

CASIO.

¿Y ya no tienes campo ni dinero?

CIUDADANO.

¡Qué importa! ¡Tengo á César! Mientras viva,
Ni al frio, ni al calor, ni al hambre temo!

(Aparecen en lo alto del pórtico los esclavos con fuentes de oro, unas que

contienen restos de jabalíes, de pescados, de pavos reales, otras con diversas frutas, todo lo cual van distribuyendo á los ciudadanos, que al verlos aparecer, se han agolpado á la escalinata.)

EL ESCLAVO.

¡Ciudadanos! El Cónsul os saluda,
Y esto os envia en prueba de su afecto.

LOS CIUDADANOS.

¡Viva Antonio!

CASIO, aparte.

¡Aplaudid! En el banquete
Que os he de dar, con vuestro aplauso cuento.

UNOS.

¡Venid acá!

OTROS.

¡Nosotros somos antes!

OTROS.

¡Los que han tomado ya, dejen el puesto!

EL ESCLAVO.

Para todos habrá.

UNO.

Yo fuí soldado.

OTRO.

Y yo estuve en Farsalia.

OTRO.

Con Pompeyo.

OTRO.

Yo serví con Antonio.

OTRO.

En los Comicios
Yo mi voto le dí.

OTRO.

Por cien sextercios.
Yo le voté de balde : abridme paso.

(Aparecen en el vestíbulo los lictores y grita su jefe Valerio.)

VALERIO.

¡El Cónsul! ¡Plaza al Cónsul!

UN CIUDADANO.

¿Yo me quedo
Sin comer?...

EL ESCLAVO.

Ya no hay nada.

VALERIO.

¡Plaza al Cónsul!

(Abren paso y bajan por la escalinata. — Detras de ellos viene Marco-Antonio seguido de los jóvenes lupercos.)

ESCENA III.

CASIO, MARCO-ANTONIO, LOS LUPERCOS, EL PUEBLO, VALERIO, LOS LICTORES.

EL PUEBLO.

¡Viva Antonio!

ANTONIO.

¡Por Hércules, mi abuelo!
¡Gran banquete! Si todos los romanos
Aquí se juntan, para todos tengo.

UN CIUDADANO.

No para todos.

ANTONIO.

¿Cómo no?

CIUDADANO.

Aquí hay uno:
Para mí no alcanzó, y estoy hambriento.

ANTONIO.

¿Tienes hambre? ¡Te envidio! — Haced que coma
Este buen ciudadano.

(El ciudadano sube al pórtico, y el esclavo se lo lleva dentro)

¡Oh! ¡mis lupercos!
¡Oh! ¡Quinto Ciceron! ¡Pese á tu tio,
Con nosotros estás! Corred, mancebos,

Honrad á César, semi-dios de Roma:
Preparad en su honor el rito nuevo
Que hoy consagramos á su ilustre nombre.
¡Con divino furor arde Lieo
En nuestras venas! ¡Evohé!

LOS LUPERCOS.

¡Corramos!

ANTONIO.

¡Mil veces Evohé! — Marchad al templo.

(Se van los lupercos.)

ESCENA IV.

CASIO, MARCO-ANTONIO, EL PUEBLO,
LOS LICTORES.

ANTONIO.

Ciudadanos, las nuevas lupercales
Comienzan hoy. Á presenciar los juegos
Vendrá César al foro; á su llegada,
Señales halle del amor del pueblo.
Su estatua coronad; lauros y rosas
Teneis en mi jardin.

EL PUEBLO.

¡Si! ¡coronemos
Á César semi-dios!

(Entran algunos en casa de Antonio; y salen luego con ramas de laurel y rosas, con las que tejen una corona y guirnaldas para adornar la estatua de César.)

ANTONIO.

¡Oh Casio! ¿vienes
Con tu esportilla á recoger los huesos?

CASIO.

Áun, por gracia de César, no he llegado
Á tal extremidad.

ANTONIO.

¡Por gracia! es cierto :
Tú bien lo sabes.

CASIO.

¡Yo! ¿Pues hay motivo
Para que Casio la merezca ménos?

ANTONIO.

¡Siempre torvo el mirar, pálido el rostro!...
¿Qué rueda por tu mente?

CASIO.

Un pensamiento
Fijo, tenaz, constante... ¡no te asombre!
Una quimera, una ilusion, un sueño....
¡La libertad de Roma!

ANTONIO.

¡Tú conspiras!

CASIO.

¡Conspirar!... ¿y con quién? — Negar no quiero
Que hay en los nobles, y en la plebe misma,
Algunos... quizá muchos, que del pecho
En lo más hondo guardan y alimentan,
Cual las Vestales, el sagrado fuego.
Muchos, que el yugo de hoy, blando sin duda,
Ansiando están por sacudir del cuello;
Y que nuestra República renazca
Segunda vez; y como en otro tiempo,
Sea el Pretor, Pretor, y el Cónsul, Cónsul!

ANTONIO.

¿Son muchos, dices, los que piensan eso?

CASIO.

Los que lo piensan, muchos; los que osáran
Ejecutarlo, pocos!

ANTONIO.

¡Tú uno de ellos! —

CASIO.

Si de mi voz en Roma tanta fuera
La autoridad, te juro que áun á riesgo
De perder la existencia, lo intentára.
¡Inútil sacrificio! ¡El noble ejemplo
Nadie siguiera del oscuro Casio!
El terror, la sospecha, el desaliento
Los ánimos embarga. Quién oculta
Su humillacion en el hogar materno,
Como en Bruto lo ves : quién la disfraza
Con máscara servil : testigos Decio,
Cimbro, Casca, Trebonio, que cortejan
Al Dictador, odiándole en secreto. —
No, Antonio, no conspiro : puede César
Vivir tranquilo, de temor ajeno. —
Sólo un romano existe, que pudiera
Llamarse su rival : el que perplejo
Y vacilante y tímido á la orilla
Le halló del Rubicon, y su ardimiento
Le transmitió, y el límite vedado
Le animó á traspasar : el que por medio
Del borrascoso mar, á Macedonia
Voló á salvarle de inminente riesgo :
El que en Farsalia hundió nuestra derecha,
Que en persona mandaba el gran Pompeyo.
¡Ése, el único es ése, que si alzára
La poderosa voz!... ¡Qué estoy diciendo!
¡Ése tambien en gárrulos banquetes,
Por olvidar su indigno abatimiento,
Su mente ofusca y su vergüenza ahoga
En bullentes raudales de Falerno!

ANTONIO.

Y ése lo acierta, Casio. ¿Qué es la vida
Sin vino y sin amor? Bendice al cielo,
Que nos depara en César quien alivie

Á Pretores y Cónsules del peso
De gobernar á Roma. ¡Sois ingratos!
Le habeis nombrado Dictador perpétuo :
Eso no basta. Del laurel que ciñe
Su vencedora frente, brotar veo
Las ínfulas de Rey.

CASIO.

¡De Rey!

ANTONIO.

¿Qué importa?
¿No lo es acaso ya? — ¡Gracioso es esto!
¡Sufren el hecho, y les asusta el nombre! —
Vamos, lictores. — Mira, mira al pueblo
Coronando su estatua. — Dime, Casio:
Y esos ¿fingen tambien?

(Riendo.)

¡Vamos al templo!

(Se va precedido de sus lictores.)

ESCENA V.

CASIO, EL PUEBLO.

CASIO.

¿Quiere ser Rey? los dioses le han cegado.
Y se acerca su fin. — Pues ¿no es más necio,
Teniendo el hecho, ambicionar el nombre? —
Despues de su clemencia, este es el yerro
Que más le ha de pesar... si por ventura
De que le pese le dejamos tiempo. —
¿Y Antonio? Antonio me ha entendido; á César
Será tambien traidor con su silencio.
Pocos le quedan ya. Y esa noticia...

Si á confirmarse llega, Bruto es nuestro.
¡Qué lejano rumor!

EL PUEBLO.

¡Es Bruto! ¡Es Bruto!

CASIO.

Él se acerca.

EL PUEBLO.

Salgamos á su encuentro.

CASIO.

¡Bruto! Tu nombre sólo necesito
Para acabar con César. Si vencemos,
Á par del tuyo aclamarán el mio :
« ¡Casio y Bruto! » dirán : — ¡Casio el primero!

ESCENA VI.

CASIO, BRUTO, EL PUEBLO.

(El pueblo se ha adelantado á recibir á Bruto y le abre paso, con señales de respeto. Bruto trae en la mano un pergamino arrollado.)

UNOS.

¡Salud á Bruto!

LAS MUJERES.

¡Al hijo de Servilia!

OTROS.

¡Al amigo de César!

BRUTO.

¡Qué estoy viendo!
¿Su estatua coronais?

UNOS.

Lo mandó el Cónsul.

BRUTO.

Casio, ¿lo ves? el lamentable ejemplo
Que los Patricios dan, la plebe imita.

¡Oh! ¡la degradacion! — ¿Para ver esto
Al foro me citaste? — Ciudadanos :
El Cónsul que lo manda, y los que ciegos
Obedecen su voz, ni á César aman,
Ni son romanos, ni merecen serlo.
¡Arrancad de su estatua esos adornos :
Quitadle esa corona! ¿No estais viendo
Á Junio Bruto allí, que ya indignado
Salta del pedestal?

UNOS.

Hoy á los juegos
Viene César aquí.

BRUTO.

¡Venga en buen hora,
Y halle romanos; pero nunca siervos!
No imagineis que la servil lisonja
Complace al Dictador. Que vuestro acento
Le aclame « Padre de la patria » ; y basta
Á colmar su ambicion. — Echad al suelo,
Quitadle, os digo, esa corona, insignia
Odiosa á Roma, á César el primero.
¿Su amigo me llamais? pues imitadme :
Su amigo quiero ser; y así lo pruebo.

(Arranca los adornos de la estatua de César.)

UNOS.

Imitemos á Bruto.

OTROS.

Él es amigo
De César.

OTROS.

El mayor.

OTROS.

Sabrá que en esto
Le complace.

OTROS.

¡No hay duda!

OTROS.

¡Pues á tierra
Esa corona!

TODOS.

Á Bruto obedecemos.

(Despojan la estatua de los adornos.)

CASIO.

Si al foro te cité para que vieses
Despierta á Roma, nunca fué mi intento
En esa baja multitud mostrarte
Á Roma : eso no es Roma : es un revuelto
Mar, que furioso aquí ó allí se lanza,
Obedeciendo al soplo de los vientos;
Y ese soplo es tu voz. Verás á Roma
En sus nobles Patricios, herederos
Del gran poder tradicional, que ahora
Nos usurpa un tirano. Aquí muy presto
Llegarán, al rumor del nuevo insulto,
Todos en justa indignacion ardiendo.

BRUTO.

¿Qué nuevo insulto, di?

CASIO.

Bruto : esa mano
Que al simulacro inmóvil, há un momento,
La corona arrancó, sabrá arrancarla
De la frente de César?

BRUTO.

¡No lo creo! —
¡Casio, no puede ser! ¡Un Rey en Roma!
¡César envilecerse hasta ese extremo!
¡Casio, no puede ser! — ¡Yo le conozco!
César en todo es grande : todo el sello
De su grandeza lleva. En sus conquistas,

En sus lides del foro, en su destierro,
En sus leyes... ¿Qué más? ¡hasta en su misma
Tiranía hay grandeza! ¡Oh! ¡yo alimento
Una vaga esperanza en los impulsos
De su elevado espíritu! Su genio
No ama el poder por el poder; no, Casio :
En él la usurpacion no es fin, es medio.
Y acabada su obra; sometidas
Las naciones; en paz el universo;
Roma imperando... — ¿Te sonries, Casio?

CASIO.

¡Sueña, feliz mortal! sueña! no quiero
Por tan breves instantes arrancarte
Las ilusiones de tu dulce sueño.
Corto será : y el despertar ¡qué amargo!

BRUTO.

¿Conque ya no hay virtud? ¿Conque, derecho,
Justicia, amor de patria, son palabras,
Palabras nada más? ¿Conque yo duermo?
Hoy otra vez me lo recuerdan : mira.

(Mostrándole el escrito.)

CASIO.

¿En tu casa?

BRUTO.

¡En la silla!

CASIO.

Y son diversos
Los caractéres; pero el mismo grito.

(Leyendo.)

« ¡Despierta, Bruto! »
¡Inútiles lamentos!
César le adormeció : dejadle : César
Á despertarle va : tranquilo espero.

ESCENA VII.

CASIO, BRUTO, CICERON, EL PUEBLO.

(Ciceron viene por la izquierda del fondo.)

CICERON.

¡Dame albricias, oh Casio! ¡Áun estas canas
Pueden salvar á Roma!

CASIO.

No te entiendo.

CICERON.

¡Quieren darnos un Rey!

BRUTO.

¡Un Rey!

CICERON.

¡La obra
Deshacer quieren de tu heroico abuelo!

BRUTO.

¡Un Rey!

CICERON.

No lo temais.

CASIO.

¡Habla!

CICERON.

Llamado
Fuí á casa de César, há un momento.
Voy, llego, me introducen, y hallo juntos
Á Hircio, Lépido, Pansa, Planco, Decio,
Á los suyos en fin, que un grave asunto
Tratando estaban. Salen á mi encuentro
Todos, y con benévolo semblante
Asiéndome las manos : « Tú eres nuestro,
Me dicen, Marco-Tulio, tú, lumbrera

Del Senado y del Foro, tú, el primero
En ciencia y en virtud... (Esto decian.)
Oye : vas á juzgar. Se ha descubierto
Que segun en los libros Sibilinos
Escrito está desde remotos tiempos,
No vencerá á los Partos quien no lleve
El título de Rey. César, dispuesto
Á marchar á esa guerra, el vaticinio
Desprecia del oráculo. ¿Y es cuerdo
Que por su temeraria confianza
La victoria de Roma aventuremos?
¡Apóyenos tu voz en el Senado,
Rayo de la elocuencia! ¡Suene el eco
De esa tu ardiente inspiracion divina,
Que es orgullo al romano, envidia al griego!..
(Esto decian.) Habla, y la corona
Á César das; y á Roma el triunfo cierto. »

CASIO.

¿Y hablarás?

CICERON.

No hablaré. Tranquilizaos :
No será Rey: á Túsculo me ausento.

CASIO.

¡Callar! ¡Partir! ¿Qué dices? Á la patria
No le basta tu fuga y tu silencio.
Esa elocuencia, que al tirano niegas,
Se la debes á Roma. Aquí es tu puesto,
En el Senado. Y cuando llegue el dia,
Álzate audaz, y como en otro tiempo,
Grítale entónces : « ¿Hasta cuándo, César,
Abusarás del sufrimiento nuestro? » —
Ciceron, tu palabra á los traidores
Dará espanto; y á todos, con tu ejemplo,
Nos verás contra el pérfido tirano
La voz alzar, y si es preciso, el hierro!

CICERON.

¡El hierro! — De tus años juveniles
El ciego ardor, la inexperiencia veo,
Y perdono el ultraje. ¡El hierro, dices!
¿Piensas que torne á renacer de nuevo
La libertad, aquí, donde bañado
Sila en sangre de nobles y plebeyos,
Cansado de matar, depuso el hacha,
Y vivió impune, y espiró en su lecho?
No hubo un puñal en Roma contra Sila,
¿Y le habrá contra César? — No acusemos
De injusticia á los dioses. — Ya se junta
El pueblo aquí. Yo parto. Á ver los juegos
César vendrá : que mi partida sepa.
No será Rey. Para estorbar su intento
Basta echar, noble Casio, en la balanza
De Ciceron la ausencia y el silencio.

(Se va.)

ESCENA VIII.

CASIO, BRUTO, TREBONIO, CASCA, EL PUEBLO.

(Va llegando al foro por diversos puntos el pueblo. Trebonio y Casca llegan al marchar Ciceron, y hablan misteriosamente con Casio. — Bruto está aparte, caviloso.)

TREBONIO.

¿Dónde va Ciceron?

CASIO.

Al Tusculano.

CASCA.

¿No apoyará el sacrílego proyecto?

CASIO.

¿Sabeis?...

TREBONIO.

¡Todo!

CASCA.

¿Qué es esto! ¿huye el cobarde?
¡Vendrá el dia, Trebonio, y no tendrémos
Su autorizada voz! ¡Nos falta un nombre
Popular que á los tímidos dé aliento!

CASIO.

No faltará : ¡mirad!

CASCA.

¡Bruto!

TREBONIO.

¿Es posible?

CASIO.

Nuestro será.

BRUTO, aparte.

¡No acabo de creerlo!

(Movimiento en el pueblo, que dirige sus miradas hácia la izquierda, y procura tomar sitio, trepando algunos á la escalinata, á los pedestales de las estatuas y á los capiteles. — Casca y Trebonio se dirigen hácia la izquierda á unirse á la comitiva.)

UNOS.

¡César! ¡César!

OTROS.

¡Ya viene!

UNO.

¡Ciudadanos!
Saludémosle todos!

OTRO.

No olvidemos
El consejo de Bruto.

OTRO.

Sí : aclamarle
Debemos : ¡Padre de la patria!

OTRO.

Es cierto :

Sólo ese grito le complace.

OTRO.

Bruto

Nos lo ha dicho.

VARIOS.

Sigamos su consejo.

(Entre tanto ha salido la guardia de César, y se ha colocado detrás de la tribuna.)

CASIO.

¡Siempre con él su guardia de españoles!

ESCENA IX.

CASIO, BRUTO, CASCA, TREBONIO, CÉSAR, DECIO, LÉPIDO, CIMBRO, CINA, PUBLIO-SIRO, LABERIO, SENADORES, GUARDIA, PUEBLO DE AMBOS SEXOS, LICTORES.

(Sale por la izquierda del foro César, vestido de ropas triunfales, precedido de los lictores, y acompañado de las personas que ántes se citan.)

PUEBLO.

¡Salud á César!

CÉSAR.

¡Al romano pueblo

Salud!

PUEBLO.

¡Salud al Padre de la patria!

(Sube César á la tribuna, donde estará colocada la silla de oro. Decio se acerca al paso con disimulo á Casio.)

DECIO.

¿Se decidió?

CASIO.

Aun vacila.

DECIO.

Será nuestro
De aquí á un instante : ¡aguarda!

(Los sacerdotes de Luperco aparecen por la derecha del foro con una ara donde arde una llama y con instrumentos músicos.)

UN SACERDOTE.

Tu mandato
Se espera, ¡oh César!

CÉSAR.

Comenzad los juegos.

(César se sienta : los sacerdotes colocan el ara delante de la tribuna y queman perfumes, que se elevan hasta César en nubes de humo, entonando al són de la música, el siguiente coro:)

HIMNO Á LUPERCO.

¡Sacro ministro del potente Jove :
Fuente de vida, animador del mundo :
Númen fecundo, tutelar de Roma,
¡Divo Luperco!

¡Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano, que su seno encierra,
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,
Frutos opimos!

Hoy solitaria, contemplando en torno
Tálamo estéril, silenciosos lares,
Va tus altares á colmar de ofrendas
Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube :
Deja el Olimpo, los espacios hiende :
Númen, desciende : su mayor tesoro
Roma te fia.

¡Númen, desciende! La fulmínea espada
César esgrime contra el Parto rudo :
Cubra tu escudo al Dictador de Roma,
¡Dívo Luperco!

(Durante el coro, el pueblo ha abierto calle á las carreras, y los lupercos, desnudos de medio cuerpo arriba, y coronados de pámpanos, han cruzado corriendo, azotando con correas á los que hallaban al paso, principalmente á las mujeres que presentaban las palmas de las manos para recibir el golpe, por creer que así dejaban de ser estériles. Al terminar el coro, aparece, por la derecha del foro, Marco-Antonio, seguido de sus lupercos; — él y ellos con el traje propio de la ceremonia, — y Lucio-Cota.)

ESCENA X.

LOS ANTERIORES, MARCO-ANTONIO, LUCIO-COTA Y LOS LUPERCOS.

ANTONIO.

¡No prosigais! En vano á las deidades
El triunfo les pedis. Caerá de nuevo,
Como Craso cayó, quien á los Partos
Pretenda sojuzgar, contra el decreto
Inmutable del hado. — Lucio-Cota,
Quindecemviro : tú, que los misterios
Penetras de los libros Sibilinos,
Habla : ¿qué dicen?

LUCIO-COTA.

« Que ningun guerrero,
Que Rey no sea, vencerá á los Partos. »

ANTONIO.

¡César, vas á marchar! Para vencerlos
Falta á tu frente la real diadema;
Y yo en nombre de Roma te la ofrezco.

(Dice esto subiendo á la tribuna y haciendo ademan de poner la corona real sobre la cabeza de César. Óyese un ruido sordo y confuso entre el pueblo.)

PUEBLO.

¡Un Rey! ¡Un Rey!

LOS LUPERCOS, aplaudiendo.

¡Salud al Rey de Roma!

CÉSAR.

¿Qué haces, Antonio? — Aparta : no la acepto!

(Aparta con la mano la corona : el pueblo aplaude.)

PUEBLO.

¡No! ¡Viva César, Padre de la patria!

CÉSAR, poniéndose en pié.

Ese nombre me basta! Yo no anhelo
Más que la dicha y el amor de Roma.
El título de Rey en otros tiempos
Fué grato á la Ciudad. Rey se llamaba
Rómulo, fundador de este gran pueblo.
Rey Anco Marcio, y Tulio, y Numa, ¡Numa!
¡Sabio legislador, Rey justiciero!
De la impúdica frente de Tarquino,
Indigno sucesor del noble Servio,
Ésta, que Roma veneraba un dia,
Sagrada insignia del poder supremo,
Deslustrada cayó. No, ciudadanos,
No ceñirá mi sien, sin que primero
Purificada sea. Al Capitolio
Llevadla al punto. Á Júpiter excelso
Con ella coronad. Júpiter sólo
Puede ser Rey de Roma! — Si por medio
De la voz de su oráculo nos manda
Transmitirla á otra frente, porque en ello
Libra la patria su salud, su gloria,
El triunfo de sus armas, el aliento
De las legiones, júzguelo el Senado.
Si él lo decreta, y lo sanciona el pueblo,
Obedecerlo juro : si uno y otro
Lo rechazan, ¡no importa! Yo contento

Á la lid partiré, llevando el nombre
Que he llevado hasta aquí. Basta el que tengo :
¡César! ¡ya lo conoce la victoria!
¿Hay quien sospeche que ceñir pretendo
La régia insignia para ser tirano?

PUEBLO.

¡No! ¡No!

CÉSAR.

Desde hoy á vuestro amor me entrego.
Disuélvase mi guardia. Veteranos :
Yo os relevo del sacro juramento.
Os llamaré cuando á la guerra parta :
¡Ya ciudadanos sois, volved al pueblo!

(La guardia se disuelve y confunde con la multitud, que abraza á los soldados. -- César baja de la tribuna.)

PUEBLO.

¡Gloria á César! al Padre de la patria!

CÉSAR.

¡Lictores, apartad!

(Al pueblo.)

Aquí indefenso
Teneis á César. El pesado yugo
Con su muerte romped : hé aquí mi cuello,
Romanos : si temeis mi tiranía,
Llegad, herid, ¡desnudo os lo presento!

(Adelantándose en medio del pueblo y retirando de su cuello la toga.)

PUEBLO.

¡César es nuestro padre! ¡nuestro Númen!

CÉSAR.

¡No hay más Númen que Júpiter supremo!
Vamos al templo. Dadme esa corona :
¡Yo en su cabeza colocarla quiero!
¡Seguidme al Capitolio!...

PUEBLO.

¡Al Capitolio!

(El pueblo se lleva á César en triunfo al Capitolio.)

LABERIO, aparte.

¡Publio-Siro, qué actor!

PUBLIO-SIRO, aparte.

¡Qué actor, Laberio!

(Siguen la comitiva de César.)

CASIO, á Bruto.

¿Lo has oido? ¿lo has visto?

BRUTO.

¡Oh desventura!

CASIO.

¿Duermes, Bruto?

BRUTO.

¡No, Casio : estoy despierto!

ACTO CUARTO.

En casa de Bruto. — Es de noche. — Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

BRUTO, CASIO.

(Bruto está sentado y pensativo. Levántase al ver entrar á Casio.)

CASIO.

¡No me engañé! Por más que su carrera
Mediando está la noche, aquí mis pasos
Encaminé sin vacilar, seguro
De hallar á Bruto en pié, solo y velando.

BRUTO.

¿Qué causa á tales horas te conduce?

CASIO.

Causa de urgencia tal, que no da espacio.
Al venidero dia, por decreto
Del Dictador, se juntará el Senado.
Esta noche, en su casa, con aviso
Transmitido por fieles emisarios,
Secreto conciliábulo celebran
Los parciales de César. Yo entre tanto
Á los nuestros convoco, los animo,
Y pronuncio tu nombre. Al escucharlo,

¡Vieras de aquellas almas generosas
El vivo ardor, el férvido entusiasmo!
Todos anhelan verte, y que la senda
Que conviene seguir trace tu labio,
Si se intenta mañana un voto indigno
Al Senado arrancar.

BRUTO.

¿Tú piensas, Casio,
Que mañana proyectan?...

CASIO.

Si consientes
Á los que piden estrechar tu mano
Que á tu presencia vengan, esta noche
Todo aquí lo sabremos... Ya en el atrio
Los siento.

BRUTO.

Hazlos entrar.

CASIO.

Llegad, amigos.

ESCENA II.

BRUTO, CASIO, CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA, FLAVIO, MARCELO, OTROS SENADORES.

CASCA.

Aquí nos tienes, Bruto, despojados
De la máscara vil, que fundamento
Fué de tu error y nuestro oprobio. Danos
Á estrechar esa diestra: ¡en ella sola
La salvacion de Roma contemplamos!

BRUTO.

¡Cuánto es mi asombro al veros! ¡Sois vosotros!
¡Es posible! ¡Tú, Casca, para el cargo

De tribuno por César elegido!
¡Tú, Atilio Cimbro, en frecuentar su trato
Siempre el primero! ¡Tú, Cornelio Cina,
Pretor por su eleccion, deudo cercano
Del Dictador! Y tú ¡mayor asombro!
¡Tú aquí, Cayo Trebonio! ¡tú, nombrado
Por César senador, cónsul por César,
Que te prodiga honores!...

TREBONIO.

Nunca tantos
Como á tí te prodiga. — Roma es ántes
Que el privado interés. ¿Pensaste acaso
Que la estoica virtud sólo era tuya?

BRUTO.

¡No! Mas sé lo que cuesta á un pecho honrado,
¡Y el hallarla me admira!

CASIO.

¿No te dije
Que eras injusto, Bruto? Estás mirando
Aquí virtud y abnegacion do quiera.
¡No es muerta Roma, no!

CASCA.

Todos estamos
Pendientes de tu voz.

CIMBRO.

Nos falta sólo
Quinto-Ligario.

CASIO.

¡No vendrá! Postrado
El triste yace por aguda fiebre
En su lecho.

ESCENA III.

LOS ANTERIORES, LIGARIO, OTRO SENADOR.

(Ligario sale apoyado en un báculo y en el brazo de un senador : pálido el rostro y con la agitacion de la fiebre.)

LIGARIO.

¡Aquí está Quinto-Ligario! —
Pues ha sanado del letargo Bruto,
¡Tambien de mi dolencia yo he sanado!

BRUTO.

¿Tú con nosotros?

LIGARIO.

¿Por qué no? Si César
Me perdonó la vida, no me hallo
Sujeto á gratitud. ¿Á mí la vida?
¡Rubor me causa! ¿Quién es el romano
Que puede en mí, de vida ni de muerte
El derecho ejercer, sin usurparlo?
¡Mi perdon fué un insulto hecho á la patria!
Fué decirnos que el aire que aspiramos
Es dón de su piedad, gracia de César.
¿Quién vive así? ¡Yo no! ¡Del lecho salto
Delirante y febril, no bien escucho
Tu nombre, Bruto! Si meditas algo
Digno de tí y de Roma, aquí dispuesto
Á seguirte me tienes. ¡Aunque flaco
Mi cuerpo está, mi espíritu está entero!

CASIO.

¡Oh esperanza de Roma! ¡El desengaño
Ves aquí, Bruto!

CASCA.

En tu presencia tienes
Á todos ya.

CASIO.

No á todos: uno aguardo,
Uno, que aquí esta noche entre nosotros
Vereis aparecer; quien mas lejano
De vuestra mente está : quien ni aun en sueños
Imaginar podeis.

BRUTO.

¡Tú has hecho, Casio,
Grandes conquistas!

CASIO.

Casio no : ¡tu nombre!

CASCA.

¿Quién será?... ¿Marco-Antonio?

CASIO.

¡Aun mas cercano
Al Dictador!

LIGARIO.

¡Á que nos trae á César!.

CASIO.

Si no á César, al que es depositario
De sus secretos, de sus planes todos :
Al que á decirnos viene qué atentado
Se prepara mañana contra Roma...
¡Vedle aquí!

ESCENA IV.

LOS ANTERIORES; DECIO BRUTO.

TODOS.

¡Decio Bruto!

BRUTO.

¡Decio!

DECIO.

¡Marco!

(Ambos se dan la mano.)

BRUTO.

De este no me sorprendo : Decio Bruto
Se llama : ¡el nombre obliga!

DECIO.

¡Sí, romanos!
Fiel á mi nombre, vedme entre vosotros.
Siempre enemigo fuí del que afectando
Salvar las leyes, el poder supremo
Hipócrita ambiciona. Ese conato
Vi en Pompeyo, ¡perdóneme su sombra!
Por eso estuve en el opuesto bando.
Y si él logrado la victoria hubiese
En Farsália, creedme, quizá tanto
No tardára en llegar su tiranía. —
Lo que hice entónces con Pompeyo, hoy hago
Con César, hoy que sin pudor descubre
El rostro audaz, la máscara arrojando.

CASIO.

Pues ¿qué intenta?

CASCA.

¿Qué suerte nos aguarda?

DECIO.

¡La vergüenza! ¡morir, ó ser esclavos!

TODOS.

¿Qué dices?

CASIO.

¡Habla!

DECIO.

Oid. — Por órden suya,
Ya sabeis que esta noche en su palacio
Los senadores se juntaban. César
Aparece : con gritos de entusiasmo
Acogen su presencia : quién le llama
« El salvador de Roma! » quién, « ¡el rayo
De la guerra! » quién, « ¡padre de la patria! »
Él con aspecto frio esos dictados
Parecia escuchar; cuando entre aquella
Ruidosa aclamacion la voz alzando
Marco-Antonio, repite el vaticinio
De la Sibila, y grita que el Senado
No le deje partir, si ántes no acepta
El título de Rey. Al escucharlo,
Yo vi ¡no lo dudeis! en más de un rostro
Asomar el rubor. Pero arrastrados
Por el clamor de Antonio y de los suyos,
Todos prorumpen en ferviente aplauso.
César procura su profundo gozo
Hipócrita encubrir; por largo espacio
Se hace rogar : hasta que al fin vencido :
« Acepto, dice, no por mí, romanos;
¡Por la salud de Roma! » Alzan entónces
Furibundo clamor sus partidarios :
Triunfa la adulacion, sucumbe el miedo..
¡Mañana es Rey!

TODOS.

¿Mañana?

DECIO.

Á proclamarlo
Todos resueltos van. Será de César
En la familia el trono hereditario:
Por tierra y mar ostentará en su frente
La corona real; sólo vedado
Llevarla en Roma le será... — ¡Reliquias,
Último esfuerzo del pudor romano! —
Tambien mañana de su régio trono
El heredero nombrará. Por varios
Indicios sé que designar intenta...
¿Á quién, diréis?... ¡Á su sobrino Octavio!

TODOS.

¡Octavio!

CASIO.

¡Octavio! ese mancebo imberbe...

DECIO.

Que á Bríndis arribó, y acaudillando
Las legiones, mañana le verémos
Á las puertas de Roma.

CASIO.

¡Preparado
Con astucia infernal el golpe estaba!
¡No hay salvacion! ¡Él tiene ya en su mano
El poder de la ley y el de la fuerza!

LIGARIO.

Contra esa ley de oprobio, rebelaros
Á vosotros os toca, Senadores.
Yo no lo soy; pero mi voz, en tanto
Que la vuestra elocuente y poderosa
Allí combate y triunfa, el vil letargo
Sacudirá de la indignada plebe;
Y á esa ley y á esa fuerza, que el tirano
Quiere usurpar, responderán terribles,
Con la fuerza y la ley, pueblo y Senado.

CASIO.

¡Tú deliras, Ligario! La elocuencia
No es aquí de sazon. En los escaños
De la romana Curia ¿no estás viendo
La multitud de advenedizos galos,
Que allí sentó la voluntad de César?
Todos le aclamarán; y el temerario
Que ose mañana combatir sus votos,
Prepárese á morir. — Pues bien, ¡muramos!
Ese es nuestro deber. Mañana, amigos,
Cuando puestos en pié, tendiendo el brazo,
Esos envilecidos Senadores,
Para elevarle al trono soberano
Su voto dén; inmóviles nosotros
En la silla curul, se lo negamos.
Firmar será nuestra mortal sentencia :
¡No lo dudeis! —¿Qué importa? El pecho esclavo
Compre la vida á precio de la infamia :
¡Casio quiere morir libre y honrado!

TODOS.

¡Todos contigo morirémos, todos!

BRUTO.

¿Qué proferís? ¿qué súbito desmayo
Vuestro espíritu embarga? ¡No os conozco! —
¿Quién habla de morir? Cuando un tirano
Quiere á Roma humillar, Roma á sus hijos
No les manda morir, sino matarlo!
¡Muera César!

LIGARIO.

¡Así! ¡Digna palabra!
¡Grito de salvacion, que ántes Ligario
No ha osado pronunciar, porque esperaba
Verlo salir de tus ilustres labios!

CASIO.

¡Aquí en mi corazon tambien bullia!

¡Y en todos, sí! Mas ¿quién el grito santo,
Quién era digno de lanzar, primero
Que el noble sucesor del gran romano
Que fundó la República? ¿Su voto
Escuchais? ¡Muera César!

TODOS.

¡Muera!

DECIO.

¿Y cuándo
La ejecucion?

TREBONIO.

¡Asegurar el golpe
Conviene!

CINA.

Fácil es : ayer incauto
Su guardia despidió.

CASCA.

¡Juremos todos
Que á su vez cada cual sabrá acecharlo,
Y en ocasion propicia darle muerte!

DECIO.

En el campo de Marte.

TREBONIO.

En el teatro.

CINA.

Mejor en los comicios.

LIGARIO.

¡Más seguro
En los comicios es! Marcelo y Flavio
Tribunos son del pueblo : aquí presentes
Los mirais, contra César conjurados.
Yo el golpe le daré : ¿jurais vosotros
Amotinar la plebe?

MARCELO Y FLAVIO.

¡Lo juramos!

LIGARIO.

¡Conjuracion sublime!...

BRUTO.

Yo á mi casa
Para tramar conjuracion no os llamo :
¡Os junto en tribunal! Jueces de César
Somos, y no enemigos: nuestro fallo
Venganza no ha de ser, sino sentencia. —
No, no es mi voto que á matarlo vamos,
Cual vil ladron, que al caminante acecha
En la tiniebla, y lo asesina al paso.
¡No es eso digno de nosotros! Bruto
Para tan torpe accion no da su brazo.
César por sus hazañas merecia
Los honores que goza; y yo declaro
Que merece la muerte, porque quiso
Ántes que recibirlos, usurparlos.
¡Muera César! y muera ántes que logre
Al Senado matar! ¡No consintamos
Que Roma tenga Rey ni un solo instante!
Si mañana por Rey quieren jurarlo,
¡Muera mañana!

LIGARIO.

¿Y dónde?

BRUTO.

Donde intentan
El crímen consumar : ¡en el Senado!

TODOS.

¡Mañana!

CASIO.

Él manda : obedecer nos toca. —
¡Muera César mañana! ¿Qué arriesgamos?
¿La vida? Hace un instante que ofrecimos
Sacrificarla con valor : pues ¿cuánto
Más glorioso será caer revueltos

Con el sangriento cuerpo del tirano?

DECIO.

¡No lo temais : herid! Por vuestras vidas
Yo velaré : mañana en torno al atrio
De Pompeyo, quinientos gladiadores,
Que á sueldo tengo, acudirán armados.

CASIO.

¡Compañeros! Si el cielo nos ampara,
No os contenteis con derribar el árbol,
Cuya sombra mortífera nos roba
Del puro sol de libertad los rayos.
Las raíces que en torno le alimentan,
Con el hierro extirpad : ó preparaos
Á verle retoñar, tronco gigante,
Que sobre Roma tenderá sus brazos. —
¡No caiga solo César, con él caigan
Su amigo Antonio y su heredero Octavio!...

TREBONIO.

¡Y Lépido tambien!

DECIO.

¡Y Dolabela!

BRUTO.

¡Callad! ¡Por vuestra boca están hablando
Miedo y rencor! — Inútil hecatombe
Quereis sacrificar. ¡Sólo tiranos
Consiente el cielo en Roma, de la raza
De los Silas, los Césares, los Marios!
Ni á la fuerza apeleis : si nuestra causa
Es noble y justa, su celeste amparo
Los dioses le darán; y no busquemos
Vil apoyo en indignos mercenarios.
Puñales para herir, los nuestros sólo :
Víctimas, sólo César. Sentenciado
Por las leyes está : de la sentencia
Son los ejecutores nuestros brazos. —

¿Cómo, si no, sobre su noble pecho
Alzára yo el puñal! ¡yo, tan colmado
Por él de beneficios, de mercedes,
Tan querido de César, que al matarlo,
Fuera Bruto el peor de los traidores,
Si no fuera el mejor de los romanos! —
¡Roma le debe gratitud y muerte! —
Autor de su grandeza y de su estrago,
Sus hazañas, de hoy más, borradas quedan
Para el perdon; mas no para el aplauso! —
¡Vedle salvar las cumbres de Pirene,
Y al Gallego vencer, y al Lusitano,
En el confin á donde al mar de Atlante
Rinden tributo el Miño, el Duero, el Tajo! —
¡Vedle en dos lustros de sangrientas lides
Las Galias sojuzgar! ¡Vedle domando
Del Rin caudal la rápida corriente,
Someter al Teuton! ¡Del Océano
Vedle cortar con atrevida prora
La no surcada espalda, allá plantando
Las águilas de Roma, dó se ocultan
Divididos del orbe los Britanos! —
¡Mirad, mirad qué vida nuestro acero
Va mañana á cortar! Al desnudarlo,
¡Ni el ódio os ciegue ni el rencor os guie!
¡Matémosle sin ira, ciudadanos!
¡No somos asesinos! ¡Sacerdotes
Somos de la República, que armados
Con el sagrado acero, en las entrañas
De una sublime víctima buscamos
La libertad de la oprimida patria!
¡Sobre su pecho con segura mano
Vibrad el hierro, y apartad el rostro
Con respeto y dolor! Así el mandato
De Roma cumpliréis, que para herirle

Os presenta el puñal, bañada en llanto! —
¡Oh sacrificio grande y lacrimoso!
¡Oh César! ¡Oh dolor! — ¡Fuéramè dado
Matar su intento, sin matar su vida!

CASIO.

¿Lloras, Bruto?

BRUTO.

¡Mañana lo matamos! —
¿Temeis? ¿dudais? ¡Lo mataré yo solo!

TODOS.

¡Mañana!

BRUTO.

¡Sí, mañana, en el Senado,
Al resplandor del dia, descubierto
El rostro, alta la diestra, sepultamos
El puñal vengador en sus entrañas,
Sin ira, sin piedad; y en holocausto
Á la ofendida Roma le ofrecemos
El cadáver allí de un hijo ingrato!

CASIO.

¡Vengador de la ley, hé aquí mi diestra!

TODOS.

¡Hé aquí la mia!

(Todos extienden la diestra hácia Bruto.)

CASIO.

¡Amigos, separarnos
En silencio conviene : el alba asoma!

UNOS.

¡Al Senado mañana!

OTROS.

¡Sí, al Senado!

CASIO.

El semblante sereno, el hierro oculto.
¡Y en los Dioses fiad!

BRUTO.

¡Númenes sacros,
Oid mi voz! ¡Haced que eternamente
En este mes, á Marte consagrado,
Al Dios potente, fundador de Roma,
El sol que va á nacer, á los tiranos
De un siglo y otro siglo espanto sea,
Y á la Ciudad glorioso aniversario!

CASIO.

¡Los ídus son!

BRUTO.

¡En los futuros tiempos
Fama eterna tendréis, ídus de Marzo!

(Los conjurados se retiran.)

ESCENA V.

BRUTO.

¡Fama eterna este dia! Y de mi nombre
¿Cuál la fama será? Con el de Casio
Envuelto irá, y el de esos miserables,
Que aborrecen al hombre, y no al tirano.
« ¡Bruto, dirán, el matador de César! »
Sin saber que le admiro, que le amo, —
¡Y voy á darle muerte! — ¡que desprecio
Á los que son mis cómplices, y un lazo
Fatal me une con ellos! ¡Que estén siempre
Mi corazon y mi deber luchando!
Así, encendida la civil contienda,
Volé resuelto de Pompeyo al campo;
¡De Pompeyo, asesino de mi padre!
¡Y el acero esgrimí contra el humano
Vencedor de Farsália! — ¿Por qué, oh cielo,

Por qué en tal confusion truecas los hados,
Que la causa del mal á un héroe fias,
Y la del bien á tan indignas manos?
¡Oh costosa virtud! — Ya luce el dia;
El momento llegó.

(Tomando el puñal.)

Puñal sagrado,
Ven, escóndete aquí : contigo llevo,
En la dudosa empresa á que me lanzo,
Si vencedor, la libertad de Roma;
Si vencido, la mia. —

ESCENA VI.

BRUTO, SERVILIA.

SERVILIA.

Por el atrio,
Há un instante, hijo mio, he visto algunos
De tu estancia salir, si no me engaño.
¿Contigo estaban?

BRUTO.

Sí.

SERVILIA.

¿Qué te querian?

BRUTO.

Concertar nuestros votos. El Senado
Hoy se junta.

SERVILIA.

¿Hoy se junta? ¿Y le convoca
César?

BRUTO.

¡Sí, madre!

SERVILIA.

¿Y con qué objeto? Acaso
Lo ignorais?

BRUTO.

Lo sabemos.

SERVILIA.

¿Y no puedo
Saberlo yo?

BRUTO.

¡Dichosa, si ignorarlo
Pudieras, madre! ¡y yo tambien! — ¿Recuerdas
Que aquí mismo, no há mucho, alimentando
Falaces ilusiones, lo aguardabas
Todo de César? ¡Llora el desengaño!
¡César quiere ser Rey!

SERVILIA.

¡Rey!

BRUTO.

Para eso
El Senado se junta.

SERVILIA.

¿Y el Senado
Lo aceptará?

BRUTO.

Lo acepta.

SERVILIA.

¡Y esos quieren
Combatir la eleccion? ¿Esos, que esclavos
Viste ayer de Pompeyo, y hoy de César?
¡Ah! ¡todo lo adivino! ¡Hijo adorado!
No los escuches : de tu claro nombre
Su cobarde ambicion busca el amparo. —
¡Ah! ¡no será! ¡tu nombre tiene el cielo
Á más noble destino reservado! —
¡Dioses, dadme valor! — ¡Hijo! esos hombres

Te envidian, te odian, y á su inicuo bando
Para perderte, con astuta maña
Te quieren arrastrar. He visto á Casio,
Que tu puesto codicia : á Decio Bruto,
Que vende á César : y al feroz Ligario,
Monstruo de ingratitud. Míralos, hijo:
¡Y mira á César!

BRUTO.

¡César! — Los romanos,
Los señores del mundo, ya á sus ojos
No somos hombres, sino vil rebaño,
Paciente grey, que á su placer traspasa.
¿Sabes, madre, que un trono hereditario
Quiere fundar!

SERVILIA.

Lo sé.

BRUTO.

¿Los cielos justos
Sabes que en tres enlaces han negado
Prole de amor á su infecundo lecho?

SERVILIA.

¡Ah! — Sigue...

BRUTO.

¿Sabes tú quién es el amo
Que á su patria destina? ¿el heredero
Que intenta designar?

SERVILIA.

¿Quién es?

BRUTO.

¡Octavio!

SERVILIA.

¡Octavio!

BRUTO.

Octavio. El Dictador le espera:
Hoy llega á Roma.

SERVILIA.

¡Dioses soberanos!
¡Octavio! ¿Octavio, sucesor de César?
¿Octavio, Rey de Bruto? — ¿Y áun mi labio
Callará? ¡No, eso no! Sal de mi pecho,
Flaqueza criminal! ¡Huye, bastardo
Temor, huye de mí! — ¡Dioses! ¡prestadme
Fuerza, valor, resolucion, que en vano
Pido al cobarde pecho, con que á Roma
De un porvenir indigno libertando,
Labre su dicha y su salud, y marque
Su glorioso destino al hijo amado!

BRUTO.

¡Calma esa agitacion : no temas : Bruto,
Cumplirá su deber!

SERVILIA.

Tú ignoras...

BRUTO.

¡Harto
Me has dicho, madre; adios!

SERVILIA.

¡Detente! ¿Adónde
Vas?

BRUTO.

Al Pretorio voy : mi noble cargo
Me llama al tribunal.

SERVILIA.

¿Y luégo?...

BRUTO.

Luégo...

SERVILIA.

¿Al Senado no irás?

BRUTO.

¡Iré al Senado!

SERVILIA.

¡Júralo!

BRUTO.

¡Te lo juro!

SERVILIA.

¡Estoy tranquila!
¡Véte, hijo! — Aguarda. Ven... ¡ven á mis brazos!

(Se abrazan.)

BRUTO.

¡Madre, adios! —

(Aparte.)

¡Quizá el último éste sea!

SERVILIA.

¡Hijo, adios! —

(Aparte.)

¡Es el último este abrazo!

(Se va Bruto.)

ESCENA VII.

SERVILIA.

¡Qué repentina luz hiere mi mente
Y penetra mi ser! ¡Qué desusado
Valor, qué heróico espíritu me alienta
Y á la inmortalidad guia mis pasos!
¡Dioses que me inspirais! ¡Servilia os oye,
Y á obedeceros va! Si sella el labio
De la madre de Bruto indigno miedo,
¡La hermana de Caton arma su brazo! —
¡Licia! — El escrito es éste. Aquí mi nombre.

(Saca el pergamino y firma en él.)

¡Mi sentencia firmé!

ESCENA VIII.

SERVILIA, LICIA.

SERVILIA.

Licia, volando,
Al palacio de César : este escrito
Pon en su mano : ¿entiendes? ¡en su mano!

LICIA.

Serás obedecida.

(Se va Licia.)

ESCENA IX.

SERVILIA.

¡Digna madre,
Digna romana soy! — Bruto, hijo amado,
Tú serás Rey de Roma : tus virtudes
Eclipsarán las de tu padre acaso :
Será el mundo feliz bajo tu imperio,
¡Y por mí lo será! — Desde los altos
Cielos oiga mi espíritu en tu boca
El perdon que allí espero, si á otorgarlo
Te basta el ver que por mi propia diestra
La antigua mancha con mi sangre lavo.
¡Ah! ¡no será Servilia, viva al ménos,
De su hijo execracion, de Roma escarnio! —
¡Hé aquí su espada!

(Toma y desnuda la espada de Bruto.)

¡Oh sol! ¡tu luz me baña
Por la postrera vez!

(*Mirando hácia lo exterior.*)

¡Qué estoy mirando!
Ese vasto edificio que ilumina
Con vivo resplandor!... Es el teatro
De Pompeyo... Y la Curia. — El pueblo acude...
Lictores la rodean... Sobre el mármol
Del pavimento colocada miro
La silla de oro... ¡Oh dicha! ¡Allí el Senado
Juntarse debe! ¡Y yo desde este sitio,
Sola y oculta, contemplar el acto
Podré, que es obra mia! ¡Ver de César
La conmocion, del pueblo el entusiasmo!...
Sí, quiero verlo : ¡lo veré! — ¡Una hora!...
¡Una hora no más!... Detente ¡oh brazo!
¡Aguarda para herir que á mi hijo vea
Sobre el trono del mundo levantado!

ACTO QUINTO.

Plaza de Roma, donde está el gran teatro de Pompeyo, al cual se vé unida la Curia, pórtico con gradería y columnata, que ocupa parte del escenario. Allí la estatua de Pompeyo, la silla de oro destinada para César, y las curules para los Senadores. En derredor edificios diversos, y calles que desembocan en la plaza.

ESCENA PRIMERA.

FLAVIO, MARCELO, ENNIO, PUEBLO, LICTORES.

(Lictores colocados de trecho en trecho alrededor de la Curia. — Grupos de pueblo en diversos puntos de la plaza, tomando puesto para ver la ceremonia. Entre ellos Ennio, el esclavo de Casio. — Aparecen los tribunos Flavio y Marcelo por opuestos lados.)

MARCELO.

Héme aquí, Flavio.

FLAVIO.

Á un tiempo nos juntamos.

MARCELO.

Mi tribu he recorrido.

FLAVIO.

Y yo la mia.

MARCELO.

¿Has observado agitacion?

FLAVIO.

Ninguna.

MARCELO.

Ni yo.

FLAVIO.

No hay que temer : nadie malicia
Nuestra conjuracion.

MARCELO.

Ejecutarla
Hoy sin falta debemos, ó peligra
Un secreto entre tantos.

FLAVIO.

Hoy sin falta
Será. Bruto está al frente : en él confia.

MARCELO.

Y dime, Flavio : pues Tribunos somos
De la plebe; la plebe, ¿tú imaginas
Que en ello ganará!

FLAVIO.

Ganará siempre
Derribando un tirano que la humilla.

MARCELO.

¿Y qué vendrá despues?

FLAVIO.

Lo que viniere
Lo veremos despues. ¿Por qué no miras
Hoy lo presente, lo futuro luego?

MARCELO.

Lo presente he mirado, y á su ruina
Concurro con mi brazo. Pero dime :
La seca y desdeñosa altanería
Con que Bruto nos trata, ¿no te infunde
Recelo?

FLAVIO.

Bien : el hierro que hoy esgrimas
No lo envaines; y espera.

MARCELO.

¡Calla!

FLAVIO.

Es Ennio,
Un esclavo de Casio.

(Á Ennio.)

¿Qué te guia
Á estos sitios?

ENNIO.

Mi dueño me ha mandado
Aquí aguardarle.

FLAVIO.

¿Dónde está?

ENNIO.

En la silla
Del Tribunal.

(Los tribunos se alejan.)

ESCENA II.

LOS DICHOS, LUCIO, ARTEMIDORO.

LUCIO.

Pues no hay otro recurso,
Aquí le esperaremos.

ARTEMIDORO.

Hoy su vida
Vas á salvar; la libertad te aguarda.

LUCIO.

¡Plegue á los Dioses! En su mano misma
Pondremos el escrito.

ARTEMIDORO.

Ántes que suba
Esas gradas, sabrá la trama inícua.

ENNIO.

¡Lucio!

LUCIO.

¡Es Ennio!

ENNIO.

¡Tú aquí! ¿pues y Ligario,
Tu señor?

LUCIO.

En el lecho, por maligna
Fiebre postrado.

ENNIO.

¿Su dolencia aún dura?
¡El cielo la prolongue! ¡Así te libras
De su trato feroz!

LUCIO.

Ennio... ¿Y el tuyo?

ENNIO.

Ya lo sabes : ¡tremendo! ¡Cada dia
Sobre mí cruje el látigo, y mis carnes
Abre sin compasion!

LUCIO.

¡Oh raza indigna!
¡Y hablan de libertad!

ENNIO.

Sí, ¡para ellos!

LUCIO.

Ennio, ¿quieres ganarla?

ENNIO.

¿Cómo?

ARTEMIDORO.

¡Mira
Lo que dices!

LUCIO.

No temas : es esclavo :

El lazo del dolor con él me liga. —
Ennio, ¿quieres ganarla?

ENNIO.

¡Yo!...

LUCIO.

No temas
Que te oiga Artemidoro; por desdicha
Esclavo fué; liberto es hoy de César.
Griego nació, y en Roma se dedica
Á la enseñanza de su patrio idioma.

ARTEMIDORO.

¡Todo á César lo debo!

LUCIO.

¡Dí!

ENNIO.

Principia.

LUCIO.

¿Anoche Casio ausente de sus lares
No ha estado?

ENNIO.

Sí.

LUCIO.

¿Cuándo volvió?

ENNIO.

Ya el dia
Clareaba. Al sueño me rendí; ¡y por cierto
Me despertó su látigo!

LUCIO.

¿Y no atinas
Dónde pudo pasar la noche entera?

ENNIO.

¡No atino!

LUCIO.

Y despues hoy, á su salida,
¿No has observado tú si algo llevaba?

ENNIO.

¡Un puñal! Sí, noté que lo escondia
Bajo su manto.

LUCIO.

¡Basta! ¡Escucha ahora!
Anoche Casio, tu señor, con Cina
En casa entró : doliente halló en el lecho
Á Ligario : fué corta su visita.
Parten; y á poco alzándose Ligario
Encendido y febril, vístese aprisa,
Y con incierto pié tras ellos sale.
Al despuntar el alba, á la hora misma
Que tu señor, á casa volvió el mio.
¡Espanto daba el verle! en fuego ardia
Su seca piel : exánime en el lecho
Cae; yo á su lado estaba, y en él fijas
Mis miradas. — De pronto sobre el codo
Se alza como un espectro : sus pupilas
Lanzan siniestra llama : ¡de sus miembros
La convulsion el lecho estremecia!
Y en su boca espumante estas cortadas
Frases escucho : « Hoy es... hoy es el dia!
¡Hoy me libro del peso! — Bruto... Casio...
¡Al Senado!... ¡la hora se aproxima!...
¡No olvideis el puñal!... ¡Oculto!... ¡oculto!...»—
Sus palabras el crímen que meditan
Me revelan; y á par el pensamiento
De conquistar mi libertad me inspiran. —
Ciego, resuelto, le abandono y salgo.
Á Artemidoro busco, la noticia
Le doy, y ambos de César al palacio
Corremos. ¡Vano intento! Casca, Cina,
Decio Bruto la entrada á todos cierran,
Y á los curiosos el Tribuno obliga
De allí á alejarse. La denuncia entónces

Escribe Artemidoro en su nativa
Lengua y en nombre de ambos; y aquí á César
Esperamos resueltos. ¡Ennio, imita
Mi arrojo! á nuestro nombre junta el tuyo;
¡Y por la libertad juega la vida!

ENNIO.

¡Jugada está! — ¡Son ciertas tus sospechas :
Es cierta su traicion! Yo en esa intriga
Ciego instrumento he sido. Por mandato
De Casio, una vez fuí... ¡Tente! ¡oh divina
Inspiracion!...

LUCIO.

¿Qué piensas?

ENNIO.

Oye : el golpe
Pudiera aquí fallarnos. Quizá impida
La muchedumbre el paso : quizá ocurran...
¡Quién sabe! ¡mil azares! — Yo, por dicha,
Libre acceso hasta èl Cónsul Marco-Antonio
Tengo : el cómo os diré. — De aquí vecina
Su casa está : venid : él es de César
Amigo fiel.

ARTEMIDORO.

Tambien fallar podria
Ese medio : uno y otro se aprovechen.
Id vosotros al Cónsul : la venida
Yo aguardaré de César. ¡Ambos medios
No han de fallar!

LUCIO.

¡Los Dioses nos asistan!
Ven por la libertad.

ENNIO.

¡Ó por la muerte!

LUCIO.

¿Qué mas nos da? — ¿La esclavitud es vida?

(Se van los esclavos.)

ESCENA III.

ARTEMIDORO, FLAVIO, MARCELO, PUEBLO, LICTORES, luego BRUTO, CASIO.

ARTEMIDORO.

¡Le salvaré : la gratitud me impone
Este deber!

FLAVIO.

Marcelo, no divisas
Á Bruto y Casio? Ahí vienen.

MARCELO.

¡Los primeros!

FLAVIO.

¡Y pudiste dudar!

ARTEMIDORO.

Ya se encaminan
Bruto y Casio á su puesto : iré yo al mio.

(Se retira. — Llegan Bruto y Casio.)

CASIO.

¡Salud á los Tribunos!

MARCELO.

Todavía
No ha llegado ninguno.

CASIO.

Á la hora sexta
Convocados estamos, y la quinta
No es aún.

MARCELO.

¿Y vendrán?

BRUTO.

Para esta empresa
Con uno basta, y somos dos. — Retira

Del pórtico á la plebe : no conviene
Que presencie el suceso. La noticia
Saldrá de ese recinto autorizada;
Que el ser el hecho allí, le califica;
Y desnudo de lástimas plebeyas,
Brillará en su grandeza y su justicia.

MARCELO.

Lo haré. — Lictores, despejad la Curia.

(Los lictores hacen retroceder al pueblo al fondo. — Van llegando por diversas calles y con intervalos los Senadores, de los cuales, unos se quedan conferenciando en el Pórtico y otros entran en la Curia)

ESCENA IV.

LOS DICHOS, CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA.

CASCA.

¡Malas nuevas!

CASIO.

¿Qué ocurre?

CASCA.

¡Contrarían
Los hados nuestro plan!

CASIO.

¿Cómo?

CASCA.

Al Senado
Quizá no venga César.

MARCELO.

¿Qué motiva
Esa resolucion?

CASCA.

Ante los Lares
Que en su palacio el pórtico autorizan,

Hoy al primer albor del sol naciente,
Sacrificó el arúspice Espurina
Una cándida res; y en sus entrañas
Siniestro agüero presentó á su vista :
¡Faltaba el corazon! — Todos á César
La nueva dan, y unánimes opinan
Que no vaya al Senado. Él los escucha,
Y responde impasible : « Si á la víctima
Le falta corazon, á mí me sobra. »

BRUTO.

¡Oh! ¡vendrá!

CASCA.

De la estancia en que áun dormia
Su esposa, llega entónces á su oido
Un confuso rumor : allí encamina
Sus pasos, entra silencioso, llega
Al pié del lecho, y á Calpurnia mira
Con un ensueño lúgubre luchando.
Ambos brazos convulsos extendia,
Y entre ahogados sollozos exclamaba :
« ¡Tened!... ¡perdon!... ¡perdon!...» Lumbre rojiza
Destellaba una lámpara, y el aire
En resplandor sangriento se teñia. —
Despierta luégo, y abrazando á César,
Por su amor, por los Dioses le suplica
Que no salga por hoy; que ha visto en sueños
Cien puñales alzarse, y á él sin vida
En sus brazos caer. — Decio del caso
Nos ha informado; y teme que se rinda
César por fin al llanto de su esposa,
Y nuestra junta aplace, y nos despida.

CASIO.

¡Fatalidad!

TREBONIO.

¿Qué haremos?

CINA.

Si se aplaza,
Nuestro plan se divulga.

MARCELO.

Y si transpira,
¡La muerte nos aguarda!

CASCA.

¡Muerte á todos!

CASIO.

Bruto, ¿qué dices?

BRUTO.

¿Qué quereis que os diga!
Cuando se trata de salvar á Roma,
¿Á qué tanto pensar en nuestras vidas?

CASCA.

¡Nuestra muerte es la suya!

CASIO.

Y sin salvarla,
¡Duro es morir!

BRUTO.

¡Vivimos todavía! —
¡Calma! Este es nuestro puesto : aquí aguardemos.

FLAVIO.

¡Disimulad! — ¡El Cónsul! —

(Aparecen los lictores precediendo al Cónsul.)

ESCENA V.

LOS DICHOS, MARCO-ANTONIO, LICTORES.

ANTONIO, á sus lictores.

Id aprisa,
A Lépido buscad : aquí lo aguardo.

(Se va un lictor. — Él dice aparte.)

¡Ellos son! ¡La denuncia se confirma! —
Exploremos. —

CASIO.

¡Salud á Marco-Antonio!

ANTONIO.

¡Salud á los Pretores!

CASIO.

Tu venida
¿La de César anuncia?

ANTONIO.

Siempre visteis
Puntual al Dictador.

CASIO.

El Rey podria,
Haciéndose esperar, su omnipotencia
Querer mostrarnos.

ANTONIO.

¡Rey! Para que ciña
La corona real, fuerza es primero
Que un Senado-consulto lo decida,
Y lo sancione el pueblo.

CASIO.

Nuestro voto
Le daremos allí.

FLAVIO.

Flavio os afirma
Que lo que en el Senado se resuelva
Sancionará la plebe.

ANTONIO, aparte.

¡No mentian
Los esclavos! ¡Bien hice! — Senadores :
En este acto solemne, en que se cifra
El porvenir de Roma, toca al Cónsul
Por vosotros velar, para que emitan
Todos con plena libertad sus votos.

Lictores, alejaos : las avenidas
Guardad : sólo á los Padres del Senado
Llegar hasta la Curia se permita. —

(Los lictores que rodeaban la Curia se retiran al fondo.)

ESCENA VI.

LOS DICHOS, LÉPIDO Y EL LICTOR.

LÉPIDO.

De tí llamado con urgencia, Cónsul,
Á tu mandato estoy.

ANTONIO.

Tú, que acaudillas
La órden ecuestre, Lépido, conduce
Al instante á la puerta Tiburtina
Infantes y ginetes : ni un soldado
En Roma quede : y si entre tanto arriban
Las legiones de Bríndis, que allí aguarden
Las órdenes del Cónsul.

LÉPIDO.

Á cumplirlas
Corro sin dilacion.

(Se va.)

ESCENA VII.

LOS DICHOS, ménos LÉPIDO. — VALERIO, JEFE DE LOS LICTORES.

ANTONIO.

Llega, Valerio.

VALERIO, aparte.

Hecho está.

ANTONIO, aparte.

¿Y los esclavos?

VALERIO, aparte.

Á mi vista,
En el fondo del Tíber.

ANTONIO, aparte.

Del secreto
Único dueño soy! — César, expia
Tu negra ingratitud. — ¿Mi Rey Octavio? —
¡Ah! ¡no será mientras Antonio viva!

(Se va con sus lictores.)

ESCENA VIII.

LOS DICHOS, ménos MARCO-ANTONIO Y SUS LICTORES.
Despues DECIO-BRUTO.

CASCA.

¡Sin sospecharlo, nuestro intento ayuda!

CASIO.

¿Sin sospecharlo? — ¡Acaso!

TREBONIO.

¡Qué! ¿imaginas?...

MARCELO.

¡Misterioso es su hablar!

CASCA.

¡Su ausencia extraña!

FLAVIO.

¡No hay duda, algo penetra!

MARCELO.

¡Su perfidia
Nos tiende un lazo!

CASIO.

¡Aquí está Decio!

TODOS.

¡Decio!

CASCA.

¡Acaben nuestras dudas!

CASIO.

¿Qué noticia
Nos das?

DECIO.

¡Que viene César!

BRUTO.

¡Lo estais viendo!

CASIO.

¿Le persuadiste, al fin?

DECIO.

No : es un enigma
Que tiemblo descifrar! — Nada alcanzaban
Mis esfuerzos : en vano la propicia
Ocasion le pintaba, y el desaire
Inmerecido que al Senado hacia,
Cuando junto en la Curia le aguardaba
Para alzarlo por Rey. Era perdida
Mi voz. Á las plegarias de Calpurnia
Iba á ceder; cuando de pronto avisan
Que en el pórtico, há tiempo, ver á César
Demandaba una esclava de Servilia.

BRUTO.

¡De mi madre!

DECIO.

Que al punto la introduzcan
Manda. Llega la esclava, y deposita
Un escrito en su mano. César lo abre,
Lo lee : sus ojos de repente brillan,
Y á sus párpados lágrimas asoman.
« ¡Pronto al Senado! exclama. Decio, avisa
Mi llegada. » — Y ahí viene! —

CASIO.

¿Y ese escrito?

DECIO.

En su mano arrollado.

CASIO.

¡De Servilia!

BRUTO.

¡De mi madre!

CASCA.

¡Si anoche, por ventura,
Nos oyó!...

DECIO.

Ella es mujer, y condolida
Tal vez...

BRUTO.

¡Ella es romana, y es mi madre!

CASIO.

¿La denuncia á venir le animaria?

MARCELO.

¡Á venir preparado á castigarnos!

BRUTO.

Pues bien; si tal sucede, ¡almas mezquinas,
Dejadme, huid! ¡lo mataré yo solo!...
¡Y á ella despues!

CASIO.

¡Silencio! él llega.

ESCENA IX.

LOS DICHOS, CÉSAR.

(César viene en litera, traida por ocho esclavos; le preceden los lictores; le acompañan los Senadores.)

EL PUEBLO.

¡Viva
César!

CÉSAR.

¡Salud! ¡salud, pueblo Romano!

(Baja de la litera. — Trae en la mano el pergamino que le envió Servilia. — Artemidoro pugna por llegar hasta él.)

ARTEMIDORO.

¡Dejadme... quiero hablarle! — César, mira
Ese escrito.

(Le entrega el pergamino.)

CÉSAR, tomándolo.

Lo haré.

ARTEMIDORO.

¡Léelo tú solo!

CÉSAR.

¡Yo solo!...

(Al abrirlo, ve á Bruto, se dirige á él conmovido, y le pone la mano en el hombro.)

¡Oh! ¡que aquí estás! ¡Cuánta es mi dicha!

ARTEMIDORO.

¡Léelo, César!...

CÉSAR, dándoselo á Decio.

Entérate. —

ARTEMIDORO.

¡Tú solo!

DECIO, aparte, leyéndolo.

¡Cielos!

ARTEMIDORO.

¡César, tú solo!...

DECIO.

¡Á ese que grita
Llevaos, lictores!

ARTEMIDORO.

¡Ah! ¡traidor!

DECIO.

¡Llevadle!

(Los lictores sujetan á Artemidoro, que se resiste.)

ARTEMIDORO.

¡Traidor!...

DECIO.

¡Pronto : á la cárcel Mamertina!

(Se lo llevan. — César, embebecido contemplando á Bruto, á nada atiende.)

ARTEMIDORO, perdiéndose á lo léjos su voz.

¡Traidor!...

DECIO, aparte á los conjurados.

¡El golpe luégo, ó nos perdemos! —

ESCENA X.

LOS DICHOS, ménos ARTEMIDORO.

CÉSAR.

¡En vano, ingrato, mi presencia esquivas!
¡Con lazo estrecho unidos nuestros nombres,
Juntos resonarán desde este dia
En la remota edad!

BRUTO.

¡Así lo espero!

CÉSAR.

¡Y para el bien universal!

BRUTO.

¡Me anima
Tambien esa esperanza!

CÉSAR.

Y de vosotros
Tambien espero yo que á envejecidas
Ideas renunciando, deis á Roma
Lo que hoy para ser grande necesita :
¡Ser humana! ¡ser justa! — Esos inmensos
Pueblos, que esclavos á sus piés se humillan,
No merecen el yugo; porque nada
Guardan de su barbarie primitiva,
Y en cultura y saber, en ciencias y artes
Quizá con nuestra Italia rivalizan. —
¿Cuál es hoy su destino? ¡Ser despojo
De un Procónsul rapaz, que solo aspira
Á gozar, á oprimir, á enriquecerse,
Esquilmando su mísera provincia! —
Libertad piden : y es razon. — Vosotros,
Que tanto aborreceis la tirania,
¿Por qué quereis que la de Roma pese
Sobre el mundo, y que os odie y os maldiga?
Le hicisteis culto, ¿y le quereis esclavo?
¡Error! funesto error! — En sus conquistas,
Donde llevó sus victoriosas armas,
Roma llevó su sér, llevó su vida.
Ya Roma no está aquí : ¡Roma es el mundo!
Y desde el Septentrion á las orillas
Del lusitano mar, todo hombre libre
Ciudadano romano se apellida.
Á que cumpla este fin un Dios me llama :
Á que destruya toda tiranía :
La vuestra la primera. — Alzóse un tiempo
En interés de los patricios Sila,
En interés de los plebeyos Mario :

¡Yo, en interés de todos! Ley precisa
Será, pues todos han de ser iguales,
Que uno mande. Hoy aquí la régia insignia
Me vá á dar el Senado, y yo la acepto:
No por la prediccion de la Sibila;
Mas porque el bien del mundo la reclama:
¡Y yo me siento digno de ceñirla! —
El Senado me aguarda : entrad conmigo:
Y escuchareis el nombre del que un dia
De mi sangre heredero y de mi trono,
Rey de Roma será. La Italia rija
Por mí, dichoso; miéntras yo la Armenia
Cruzo, conquisto al Parto, la árdua cima
Del Cáucaso traspaso : y por los bosques
De la áspera Germania, y las sumisas
Galias, cerrando el círculo, os presento
La tierra entera á vuestros piés rendida. —
Todo dispuesto está : mañana marcho. —
Entremos pues. — Y tú, junto á mi silla
Te coloca : á mi lado quiero verte!

BRUTO.

Á tu lado estaré.

(Sube César las gradas de la Curia : al llegar á lo alto, el Senado se pone en pié para recibirlo. Entonces Cimbro, que iba detrás de César, le tira de la toga, descubriéndole el cuello y señalando á la estatua de Pompeyo.)

CIMBRO.

¡Pompeyo os mira!

CASCA, hiriendo á César en el hombro con el puñal.

¡Muere, tirano!

CÉSAR, arrancándole el puñal y sujetándole del brazo.

¡Tente, infame Casca!
¿Qué haces?

LOS CONJURADOS, sacando los puñales.

¡Muera!

CASCA, pugnando por desasirse.

¡Favor!

CÉSAR, armado del puñal de Casca.

¡Contra mi vida
Conjurábais, ingratos!... ¡Llegad! — ¡Cara
La venderé!

BRUTO.

¿Temblais? ¡Oh cobardía! —
¡Puñal! ¡Roma lo manda!

(Alza el puñal y se dirige á César.)

CÉSAR.

¡Tú, hijo mio!
¡Tú tambien!

(Arroja el puñal, y se cubre con el manto.)

LOS CONJURADOS.

¡Muera!

(Siguen á Bruto, y descargan con furia repetidas veces los puñales sobre César.)

LOS SENADORES.

¡Huyamos!

(Los Senadores, que estaban en la Curia, se precipitan fuera con espanto: el terror se comunica á los lictores y al pueblo.)

BRUTO.

¡La justicia
De Roma se cumplió!

(Ábrese el grupo de los conjurados, y se ve el cadáver de César, tendido al pié de la estatua de Pompeyo, cuyo ancho pedestal le oculta en parte á la vista del público.)

CASIO.

¡Pueblo! ¡el tirano
Es muerto ya! ¡La sangre que destila
El puñal vengador tu afrenta lava!
¡Álzate, pueblo-Rey! ¡libre te miras!

EL PUEBLO.

¡César!... ¡muerto!... ¡qué horror!...

(Huyen despavoridos por diversos puntos.)

LOS CONJURADOS.

¡Huyen!

CASIO.

¡Corramos!
¡No se extienda el terror que los domina!
¡Mostrémonos por plazas y por calles!
¡Al foro! ¡al Capitolio!...

SERVILIA, dentro.

¡Bruto!

CASIO, yéndose con los conjurados.

¡Viva
La libertad!

BRUTO, deteniéndose.

¡Mi madre!...

ESCENA XI.

BRUTO, SERVILIA.

SERVILIA.

¡Bruto!...¡ Es cierto!
¿Qué has hecho?... ¡Dí!...

BRUTO.

¡Matar la tiranía!

SERVILIA.

¡Mátame á mí tambien! — ¡Ese es tu padre!

BRUTO.

¡Mi padre!!!...

SERVILIA.

¡Lée!

(Arranca el pergamino de la mano de César, y se lo presenta.)

BRUTO, despues de leer.

¡Qué horror! — Y tú, Servilia!...

SERVILIA.

¡Mátame!!!...

BRUTO.

¡Te perdono! — Gracias, Dioses,
Que hasta quedar mi obligacion cumplida;
No me habeis revelado este secreto! —
¡Cuánto mayor esfuerzo al alma mia
Le costára, sabiéndolo! Y acaso...
Entónces... — ¡Bruto!... ¿qué? ¿vacilarias? —
¡Calla, fiera virtud! y pues los Dioses
Me han querido salvar, ¡nada me digas!
¡Tu inspiracion seguí! ¿Qué más me pides? —
¡Tu inspiracion seguí!... Pues ¿por qué agita
Mi pecho hondo terror? ¿por qué las gentes
En mí sus ojos con espanto fijan?
¡Romano soy!... ¡soldado de Pompeyo!...
¡Alumno de Caton!... —

(Dándole á Servilia el pergamino.)

¡Madre, aniquila
Ese fatal escrito! — Quien á César
Mató fué Marco-Bruto!... ¡parricida
No me llameis!... — ¡Qué lágrimas son estas!...

SERVILIA.

¡Hijo!...

BRUTO.

¡No más flaqueza! — ¡Huye, Servilia!...
¡No te conozco ya!... ¡Roma es mi madre! —

(Óyense á lo léjos confusamente gritos del pueblo.)

SERVILIA.

¡Qué lejano rumor!... — ¡Ah! ¡por tu vida
Ya comienzo á temblar! — ¡Hijo, ese pueblo
Amaba á César!... ¡si á vengarle aspira!...

BRUTO.

¡Yo le amaba tambien!

SERVILIA.

¡Ah! pero en Roma
No busques la virtud que á tí te anima!

¡ Sígueme... ven... ocúltate!

BRUTO.

¿ Cobarde
Tambien me quieres hoy?

SERVILIA.

¡ La gritería
Se oye mas cerca ya. — ¿Quién llega? ¡ Es Casio!

ESCENA XII.

SERVILIA, BRUTO, CASIO.

CASIO.

¡ Bruto! ¡ te encuentro al fin! ¡ Patria, respira!
¡ Aun vive Bruto!

SERVILIA.

Ese tumulto, Casio,
¿ Qué anuncia? Dí.

CASIO.

¡ La libertad perdida!

BRUTO.

¡ Dioses!

SERVILIA.

¡ Perdida! Pues entónces, dime:
El sangriento cadáver que allí miras,
¿ De qué ha servido, Casio?

CASIO.

¡ Fué viviendo
Nuestro baldon, y muerto es nuestra ruina!

SERVILIA.

¡ Era fundado mi temor! ¡ El pueblo
Quiere á César vengar!

BRUTO.

Con frente altiva

Esperemos al pueblo : darle es justo
De nuestra noble accion cuenta cumplida.

CASIO.

¡No! no es la voz del soberamo pueblo,
Del pueblo-Rey, que premia y que castiga,
Eso que oyes sonar; es el rugido
De una turba feroz de gente indigna,
Que al yugo se avezó, y hoy dócil sirve
De instrumento á la nueva tiranía.

BRUTO.

¿Qué dices, Casio?

CASIO.

Escucha : Marco-Antonio
Nuestro plan sospechaba : en su perfidia,
Traidor con César, con nosotros falso,
La herencia recoger se proponia.
Muerto el tirano, á la aterrada plebe
Que huyó de aquí, reune, arenga, excita
Contra nosotros : cuéntales que César
Ordenó que á su muerte se dividan
Entre el pueblo sus bienes, sus jardines
Transtiberinos, todo. Conmovida
La plebe llora, á César llama padre,
Y en su loca embriaguez, « ¡venganza! » grita.
Lépido, en esto, se presenta al frente
De sus ginetes, sabe la noticia,
Únese á Antonio, y ambos se proclaman
Vengadores de César. Ya venian
Sobre Roma los dos, cuando de pronto
Óyese hácia la puerta Tiburtina
Son de trompetas : las legiones eran
Que de Bríndis llegaban, conducidas
Por Octavio. La plebe á victorearle
Corre, le da la nueva : él se apellida
Octavio César, deudo y heredero

Del Dictador, y humilde solicita
Le den favor para vengar su muerte.
Siempre voluble, el pueblo se cautiva
De su rostro infantil, sus delicadas
Formas, su ténue voz, su faz marchita,
De su dolencia indicio, y sus facciones,
Un tanto á las de César parecidas.
Ébrio de amor, su jefe le proclama. —
Celoso Antonio, en pró de su ofendida
Autoridad, las haces consulares
Manda alzar. En su fiel caballería
Al mismo intento Lépido se apoya. —
La numerosa hueste que acaudilla
Hace avanzar Octavio. — Dos rivales
Contempla cada cual... Los tres se miran,
Sus fuerzas miden, su rencor ocultan;
¡Y en un abrazo pérfido se ligan!
Rompe entónces su furia cual torrente
Y cien proscriptos á morir destinan:
¡Nosotros los primeros! — Los Triunviros
Lanzan á la cruel carnicería
Sus feroces sicarios. ¡Roma en breve
Será un lago de sangre! Yo, por dicha,
Entre la confusion salvarme pude,
Y en tu busca volé. — ¡Bruto; aún la vida
Puede ser útil á la patria! ¡huyamos
De la Ciudad!

SERVILIA.

¡El pecho de Servilia
Será tu escudo!

BRUTO.

¡La virtud no existe!
¡Es un nombre, y no más!

CASIO.

¡Ya llegan!

ESCENA ÚLTIMA.

LOS DICHOS, OCTAVIO, ANTONIO, LÉPIDO, SOLDADOS, PUEBLO.

(Aparecen en el fondo los Triunviros : el pueblo los rodea : los soldados los preceden, desnudas las espadas y prontos á lanzarse sobre los proscriptos.)

PUEBLO.

¡Viva
César Octavio!

SERVILIA.

¡Oh! ¡Bruto! ¡Oh! ¡inútil crimen!
¡Era forzosa ya la tiranía!
Y tú á un héroe clemente se la arrancas;
¿Y á quién la entregas, desdichado! ¡Mira!

(Servilia y Casio se llevan á Bruto. — Los Triunviros avanzan.)

LÉPIDO.

¡El triunvirato vence!

ANTONIO, á Octavio.

¡Roma es nuestra!

PUEBLO.

¡Viva César Octavio!...

OCTAVIO, para sí.

¡Roma es mia!

FIN DE LA MUERTE DE CÉSAR.

LA CRÍTICA

DE

EL SÍ DE LAS NIÑAS

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAS:

PAQUITA.	DON ELEUTERIO.
DOÑA CASILDA.	DON SERAPIO.
LA MARQUESA.	SERAFIN.
DON BENIGNO.	CALIXTO.
DON DIEGO.	RUPERTO.
DON CARLOS.	TORIBIO.
EL VIZCONDE.	EL AVISADOR del Teatro.
DON PEDRO.	EL RECIBIDOR de entradas.
DON ANTONIO.	UNA AGUADORA.
DON HERMÓJENES.	UN MANCEBO de confitería.

HOMBRES Y MUGERES QUE ASISTEN AL TEATRO.

LA CRÍTICA

DE

EL SÍ DE LAS NIÑAS

El lugar de la escena es el vestíbulo interior del *Teatro de la Cruz*. — Á la derecha del actor, en 1°. término, una verja de hierro, con postigo que dá entrada á los que vienen de la calle. En 2°. término de dicho lado, y en 1°. y 2°. del izquerdo, escaleras que conducen á los pisos altos del teatro. En el fondo tres mamparas por donde se entra á la planta baja del mismo.

La accion se supone que pasa al concluirse la representacion de *El Sí de las Niñas*, la noche del 10 de Marzo, aniversario del nacimiento de *Moratin*.

ESCENA PRIMERA.

EL RECIBIDOR de entradas, junto á la verja; TORIBIO, sentado en un escalon, durmiendo; RUPERTO, junto al farol, leyendo un periódico; CALIXTO, que asoma á la verja.

RECIBIDOR.

Y la contraseña?

CALIXTO.

Vengo á esperar á mis amos : si me permite usted pasear por aquí?...

RECIBIDOR.

Vaya, pasee usted; pero cuidado con meterse dentro. Así vienen muchos con : « Salgo al instante : Voy á ver... á preguntar... » Y todo por colarse sin pagar la entrada.

CALIXTO.

Hola, Ruperto!

RUPERTO.

Hola, Calixto! Tú por aquí! Vienes á buscar á los amos? Sirves todavía en casa de D. Benigno?

CALIXTO.

Sí, hombre. Aquí está viendo la comedia con la señorita. Llego á tiempo, segun parece?

RUPERTO.

Yo lo creo! En una hora, lo ménos, no se acaba la funcion.

CALIXTO.

Y tú sirves todavía al canónigo?

RUPERTO.

No : ahora estoy en casa de doña Casilda; una viuda muy alegre. Ahí dentro está tambien. Yo acabo de llegar, y por no dormirme, me he puesto á leer el Suplemento. (Toribio ronca.)

CALIXTO.

Buena falta le hacia á ese otro suplemento : mira cómo ronca!

RUPERTO.

Demonio! vá á alborotar el teatro! — Eh! lacayo! Despierta! (Dando con el pié á Toribio.)

TORIBIO, levantándose muy azorado.

Arrimu?

RUPERTO.

No : que no toques la trompeta!

TORIBIO.

En tuavía nu salen? Mal añu pa las cumedias! El ganadu enganchadu desde las siete!

CALIXTO.

No te quejes, maruso. Dónde hay vida como la de un lacayo? Á tí te visten.

TORIBIO.

De mujiganga!

CALIXTO.

Á tí te llevan en coche.

TORIBIO.

Á la trasera!

RUPERTO.

Todo es coche.

CALIXTO.

Si sirvieras, como sirvo yo, á un padre tonto y á una hija medio loca; teniendo que hacer equilibrios entre un viejo con quien quiere casarla el padre, y un jóven con quien quiere casarse ella. — El viejo rico, pero que no afloja un cuarto. El jóven pobre, pero que gratifica.

RUPERTO.

Y tú protegerás...

CALIXTO.

Yo siempre al pobre.

RUPERTO.

Tienes fortuna! El chulito de mi ama entra allí como Pedro por su casa. Ya se vé; ella es sola : no tiene de quien guardarse... Yo voy á buscar otra casa donde haya padre, ó marido, ó... Si nó, no hay propinas.

TORIBIO.

Los tres cuartus pa las once! Y yo aquí desde las ochu y media!

CALIXTO.

Pues aun tienes para un rato.

TORIBIO.

Mal añu pa las comedias! Vamus! y si se viene luegu un señuritu que suele acompañar á la Marquesa, hay que llevarlu á la calle del Culmillu... y siempre dá para una copa.

ESCENA II.

DICHOS, DON CARLOS y PAQUITA, por la verja vienen del brazo : ella trae echado el velo; él un cucurucho de dulces en la mano.

RECIBIDOR.

Caballero, las entradas.

CARLOS, dándoselas.

En qué estan?

RECIBIDOR.

Ahora mismo se va á acabar la comedia.

CARLOS, á Paquita.

Llegamos á tiempo. Súbete corriendo.

PAQUITA.

Y tú, qué haces?

CARLOS.

Yo me voy á casa.

PAQUITA.

No me aguardas á la salida?

CARLOS.

Pero, hija, y tu padre!

PAQUITA.

Eh! qué te importa mi padre!

CARLOS.

Y el señor don Diego, tu futuro esposo?

PAQUITA.

Dale! no me sofoques! Ya sabes que no ha venido al teatro. — Calixto!

CALIXTO, acercándose.

Señorita!

PAQUITA.

Diste el recado á don Diego como te dije? Lo enredaste bien?

CALIXTO.

Palabra por palabra : no hay cuidado, que no vendrá.

CARLOS.

Paquita, no nos expongamos...

PAQUITA.

Eh! Siempre tienes un miedo!...

CARLOS.

Oyes?... Ya se acaba! Sube corriendo!

PAQUITA, subiendo por la escalera de la derecha.

Adios!

CARLOS.

Toma los dulces! — Adios! (Ella toma el cucurucho y desaparece.)

ESCENA III.

DICHOS, menos PAQUITA.

CARLOS.

Cáspita! Si lo huele el padre, me meto en un berengenal!... Nada! nada! que se case con el viejo, que es rico; y luego... — Esta noche necesito desplegar toda mi habilidad! Tengo en este teatro á las tres y... Calixto : te vas á estar aquí hasta que se acabe?

CALIXTO.

Sí señor.

CARLOS, dándole una moneda.

Pues toma, Calixtillo : y aunque veas lo que veas... Eh?

CALIXTO.

Descuide usted. (Don Carlos se vá corriendo por la escalera izquierda.)

ESCENA IV.

DICHOS, menos DON CARLOS.

RUPERTO.

Calixto, ese es el jóven de las propinas?

CALIXTO.

Ese.

RUPERTO.

Demonio! don Carlitos! Y no me ha visto. Pues ese es el chulito de mi ama.

TORIBIO.

Ja! ja! Ah! Cundenadu! Ese es el de la calle del Culmillu!

CALIXTO.

Tambien? — Cómo se gobernará el maldito con las tres?

TORIBIO.

Toma! Una para el gustu, otra para el gastu... (Óyese dentro ruido de aplausos y voces.)

RUPERTO.

Se acabó la comedia!

CALIXTO.

Sí; ya sale gente. — Allí viene mi amo.

(Van saliendo poco á poco por las puertas del fondo, y bajando por las escaleras laterales, varias personas de diversas edades, sexos, y cataduras: unos encienden el cigarro en el farol, y se salen á la calle tomando la contraseña: otros se pasean por el vestíbulo y forman corros: la *Aguadora* asoma la cabeza gritando desde la verja: « *Agua fresca!* Don Benigno, que ha salido por una de las puertas del fondo, dá una vuelta y se encuentra con Calixto.)

ESCENA V.

DICHOS, DON BENIGNO, ESPECTADORES.

DON BENIGNO.

Ya estás aquí, Calixto! Pero dime, hombre, y el bueno de don Diego, no ha parecido?

CALIXTO.

No, señor.

DON BENIGNO.

Cosa mas rara! No le llevaste el recado de que la niña y yo veníamos al teatro?

CALIXTO.

Sí, señor.

DON BENIGNO.

Que yo tenia un sillon, y ella un asiento de tertulia?

CALIXTO.

Así mismo.

DON BENIGNO.

Pues cómo no ha venido? Si le disgustará que Paquita vaya al teatro?

CALIXTO.

No tendrá nada de extraño. Ya es señor de edad, amigo de recogerse temprano...

DON BENIGNO.

Cierto. Y es una diablura! Porque aunque es rico, y esta boda seria la felicidad de la niña... y luego, que no es tan viejo que repugne para marido... y muy atento y muy generoso, eso sí; pero, vamos, si dá en que la ha de tener encerrada en casa...

CALIXTO.

Buenas y gordas! Lindo genio tiene la señorita

para que nadie le ponga la ceniza en la frente! Capaz seria de...

DON BENIGNO.

Ya ves tú! Quién le quita á ella su prado todas las tardes; su teatro, su bailecito todos los domingos en casa de la Intendenta... y su *Licéo* los jueves, y su *Muséo* los miércoles, y su *Instituto* los sábados, y su... En fin, cosas naturales á su edad... Diez y seis años!

CALIXTO.

Y el otro cincuenta y...

DON. BENIGNO.

Hija de mi vida! No: eso no!

ESCENA VI.

DICHOS, DON DIEGO, á la verja.

RECIBIDOR.

Caballero, la entrada!

DON DIEGO.

Perdone usted : no entro. Vengo solamente á ver desde aquí...

RECIBIDOR.

Es que tengo órden...

DON BENIGNO.

Pero calla! Mírale : allí está! Señor don Diego! (Yendo hácia él.)

CALIXTO, aparte.

Ah! maldito! Cómo habrá averiguado?...

DON BENIGNO.

Dichosos los ojos! Buena hora de venir! La niña y yo esperándole á usted hasta las ocho y media! Estábamos con cuidado!

DON DIEGO, entrando.

Ya lo veo!

RECIBIDOR.

Caballero!... — Ya se coló!

DON DIEGO.

Pero la culpa no es mia, señor don Benigno. Yo he ido con puntualidad á donde usted me indicó.

DON BENIGNO.

Á dónde?

DON DIEGO.

A la parroquia.

DON BENIGNO.

Cómo á la parroquia?

DON DIEGO.

Sí señor. Y dígame usted; cómo sigue don Martin?

DON BENIGNO.

Mi hermano? muy aliviado. Esta tarde le mandó el médico levantarse un poco.

DON DIEGO.

Qué dice usted? Pues no ha muerto?

DON BENIGNO.

Muerto? Hombre de Dios! que está usted diciendo? Voy á ver...

DON DIEGO.

Aguarde usted! yo no entiendo esta algarabía. Pues señor; qué recado me envió usted esta tarde?

DON BENIGNO.

Que veníamos al teatro.

DON DIEGO.

Al teatro? Perdone usted, señor don Benigno : qué recado me envió usted con el muchacho?

DON BENIGNO.

Dale! Ahí está justamente. — Calixto?

CALIXTO, sin atender.

Adios! cómo salgo de esta?

DON BENIGNO.

Calixto! no oyes?

CALIXTO.

Señor?

DON BENIGNO.

Ven acá.

CALIXTO.

Mande usted? — Oh! señor don Diego! Tenga usted muy buenas noches. Vaya, y qué tardecito llega usted! Lo que es la comedia...

DON BENIGNO.

Escucha. No te dige?...

CALIXTO.

El amo estaba ya con cuidado. Pues y la señorita! Vaya! con la mantilla puesta... paséa que paséa...

DON BENIGNO.

No te encargué?...

CALIXTO.

Sin hacer mas que decir: pero señor, este don Diego!...

DON BENIGNO.

Dí: no te mandé?...

CALIXTO.

Hasta que ya dieron las ocho, y entónces dijo...

DON BENIGNO.

Calixto! quieres callar y decirme...

CALIXTO.

Voy á avisar á la señorita que el señor don Diego... (Echa á correr.)

DON BENIGNO, deteniéndole.

Aguarda, maldito! — Ven aquí y responde. — Dime: no te mandé que fueras á casa del señor don Diego, y le dijeras de nuestra parte que esta noche íbamos la niña y yo á la Cruz, por ser la funcion de *Moratin?*

CALIXTO.

Sí, señor.

DON BENIGNO.

Lo oye usted, señor don Diego?

DON DIEGO.

Poco á poco. Á mí no se me dió tal recado. Lo que este muchacho me dijo fué que iban ustedes esta noche á Santa Cruz, por la defuncion de don Martin.

DON BENIGNO, á Calixto.

Chico! chico!

CALIXTO.

Ave María purísima! Qué! No, señor! Ja! ja! ja! usted lo entendió mal.

DON DIEGO.

Lo entendí muy bien : eso me digiste.

CALIXTO.

Si usted se empeña...

DON DIEGO.

Allá me fuí despues de anochecer. La iglesia cerrada... Doy un paseo por la plaza mayor; vuelvo : Qué! Cerrada. — Entónces me dirijo á su casa de usted, y la criada me dice que están ustedes en el teatro. — Señor! en el teatro, habiéndosele muerto su hermano! Conque me vine aquí lleno de impaciencia...

DON BENIGNO.

Pues no es mala la equivocacion! Ja! ja! ja! Ca, subamos á la tertulia, á ver á Paquita... y á fuer de pretendiente galante, prepare usted su disculpa para desenojarla.

DON DIEGO, suben por la escalera derecha.

Sí : vamos allá.

CALIXTO.

De esta ya hemos salido.

ESCENA VII.

LOS TRES CRIADOS, DON HERMÓGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, SERAFIN y otros varios que salen por las puertas del fondo.

DON SERAPIO.

Ja! ja! ja! Ha sido cosa muy graciosa! Quién será el majadero que ha pedido el autor?

DON HERMÓGENES.

Pedir el autor! Ja! ja! ja! Ha sido lo que se llama un verdadero anacronismo... un *contre-sens*, que dicen los Franceses.

DON SERAPIO.

Ja! ja! ja! Algo bueno daria el pobre *Moratin* por poder salir ahí, eh? no es verdad?

DON HERMÓGENES.

Hay gentes muy estúpidas! muy estúpidas!

DON SERAPIO.

Hay mucha ignorancia!

DON HERMÓGENES.

Y mucha rutina! mucha rutina!

DON SERAPIO.

Ja! ja! ja! Mucha rutina! — Daria cualquier cosa por conocer al que ha pedido el autor. No es verdad?

DON HERMÓGENES.

Algun dómine rezagado de la vieja escuela, que se deleita todavía con la *Égloga de Batilo, la Palomita de Fílis, y la Poética de Luzan.* (Todos se rien.)

DON SERAPIO.

Pedir el autor! ja! ja!

SERAFIN, acercándose al grupo.

Vaya, señores, tanta burla! Yo he sido el que ha

pedido el autor. Y qué tenemos? Ya me han dicho ahí unos amigos que el autor se murió : yo no lo sabia, porque soy un artesano que no entiendo de eso. Asisto poco al teatro : pensé que la funcion era nueva, vine á verla, y he pedido al autor, porque me ha gustado la comedia, clarito!

DON SERAPIO.

Oh! pues si le gusta al señor!...

DON HERMÓGENES.

Es porque al señor ha debido gustarle. El ángulo facial lo está diciendo á voces. (Risas.)

SERAFIN.

Perdone usted : el qué?

DON SERAPIO.

Vamos á ilustrarle. — Buen amigo : *Moratin* se murió en Madrid hace tiempo. No vió usted aquella procesion en que fuimos todos los literatos á acompañar sus huesos?

DON HERMÓGENES.

Don Serapio de mi vida, qué dice usted! Si *Moratin* murió el año veintiocho!

DON SERAPIO.

El año veintiocho! Y hasta ahora le han tenido de cuerpo presente?

SERAFIN.

Vaya, pónganse ustedes de acuerdo para ilustrarme.

DON PEDRO, acercándose á Serafin.

Buen hombre, por esta noche no se ilustra usted. *Moratin* murió en Paris; y allí están sus cenizas al lado de las de *Molière*... hasta que Dios quiera que los Españoles las traigan á descansar en su patria al lado de las de *Calderon!*

SERAFIN.

Me alegraré! porque no me gusta que ningun

Español de mérito muera en tierra extranjera. (Se retira al fondo.)

DON SERAPIO.

En Paris? Pues no recordaba...

DON HERMÓGENES.

Usted ha dicho *Madrid* en vez de *Paris*, por precisar, por contraer, por localizar; como *Horacio* dice muchas veces el mar *Egéo* por cualquier mar... el *bóreas* por cualquier viento. Así, puede decirse *Madrid*, por *Paris*, usando de una figura retórica que se llama *metonimia*, y que consiste en tomar una cosa por otra.

DON ANTONIO.

Como quien dice, el rábano por las hojas.

DON PEDRO.

Y en el dia se hace mucho uso de esa figura.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON CARLOS y CASILDA, que bajan por la escalera izquierda.

CASILDA.

Pero por qué no ha entrado usted? Vamos á ver. Por qué me hace usted llamar con el acomodador?

CARLOS.

Casilda, no he querido que los del palco por asientos se figurasen...

CASILDA.

Ya le he dicho á usted que no me importa; que no quiero tapujos; no quiero. Yo soy libre, y no tengo que dar cuentas á nadie. — Y por qué no ha subido usted en los entreactos? Dónde ha estado usted durante el acto tercero?

CARLOS.

En mi asiento.

CASILDA.

Mentira. En qué acaba la comedia?

CARLOS.

En que... en que se casan.

CASILDA.

Quiénes? — Si no lo ha visto usted! — Quiénes?

CARLOS.

Déjese usted de niñadas, y vamos á tomar unos dulces.

CASILDA.

Buenos dulces me ha dado usted esta noche! Estoy volada!

DON HERMÓGENES.

Apelemos al juicio delicado del bello sexo. Aquí está la amable, la espiritual Casildita? Vamos, sentencie usted : (Acercándose.) qué le parece á usted *El Sí de las Niñas?*

CASILDA.

Detestable!

DON HERMÓGENES.

Así, redondamente?

DON SERAPIO.

Sin apelacion!

CASILDA.

Fria, insípida, horrible! No sé cómo he podido aguantarla! Á cada entreacto me daban tentaciones de marcharme á mi casa! Si no hubiera sido por no dar un escándalo!... Qué comedia! qué peste!... Atacada estoy de los nervios! Mire usted cómo he puesto el abanico! (Lo enseña hecho trizas.)

DON ANTONIO.

Qué lástima. Eso clama al cielo contra *El Sí de las Niñas.*

DON SERAPIO.

No vale toda la comedia el país de este abanico.

DON HERMÓGENES.

Es una comedia *homeopática:* un globulito de accion disuelto en tres cuartillos de agua.

DON SERAPIO.

Bravísimo!

DON ANTONIO.

Vaya usted á que eso produzca efecto en estómagos que se han engullido los venenos de *Lucrecia Borgia*, como quien se traga pastillas de la Mahonesa!

CASILDA.

Y aquel amante? quiere usted ayudarme á sentir? Tan deslabazado y tan ñoño! (Mirando de reojo á Carlos.) Bien que de esos no se ha perdido la semilla: todos son iguales.

CARLOS.

Perdone usted: hoy se ama con otra vehemencia! Hoy no habria amante que se marchara dejando que casaran á su amada con un viejo.

CASILDA, aparte á Carlos.

Si no la casan con el viejo! Lo vé usted! Infame! si no ha visto usted el acto tercero!

CARLOS, aparte á Casilda.

Le digo á usted que sí. Estaria distraido... mirándola á usted! Vamos á la confitería.

CASILDA.

Vamos, sí, sí: que me dé el aire un poco. — Jesús! qué comedion tan apestoso! Ruperto, guárdame los gemelos y espérame aquí. (Al llegar á la verja se encuentran con el vizconde que llega.)

ESCENA IX.

DICHOS, EL VIZCONDE.

VIZCONDE.

Oh! amabilísima Casilda! — Adios, Carlos. Se acabó esto?

CARLOS.

No : la comedia no más.

CASILDA.

Se ha perdido usted unos sermones de cuaresma, que le hubieran edificado! (Se vá con don Carlos. — El vizconde se acerca al grupo de los otros.)

ESCENA X.

DICHOS, menos DON CARLOS y CASILDA.

VIZCONDE.

Hola, caballeros! con que se acabó la comedia? Y qué tal cosa es? Han pedido el autor?

DON ANTONIO.

Otro que tal!

SERAFIN.

Calla! parece que no soy yo solo.

VIZCONDE.

Yo siempre, gústeme ó no me guste, pido el autor: por curiosidad... porque me lo enseñen.

DON ANTONIO.

Pues : como si fuese el oso ó la marmota.

VIZCONDE.

Es un tal *Moratin*, segun me han dicho. Y cuánto

escribe el maldito! Yo he dado una vuelta por el *Príncipe* y por el *Instituto*... En los tres teatros hacen comedias suyas.

DON SERAPIO.

Y qué tal por allá?

VIZCONDE.

Mal! Mucho calor!

DON HERMÓGENES.

No : preguntamos por la funcion.

VIZCONDE.

Ah! la funcion... No sé. Yo fuí primero al *Príncipe*. . vi el primer acto... Ps!... pesadillo!... Sale allí un *don Eleuterio*... un poetastro muy hambriento... leyendo un drama. — La Duquesita estaba en su palco : mas coqueta! Me marché al Casino á ver los periódicos franceses. — Muy embrollado anda eso por Italia! — Luego fuí á dar un vistazo por el *Instituto*. — Despues volví al *Príncipe*, y estuve un rato. El poetastro se finge *Baron* y engaña á una vieja. — Allí ladra un perro, y tiran un pistoletazo. Tambien sale un *don Claudio*... un hidalgo muy estúpido, que echa yescas, y enciende un cigarro... Cosas de muy mal tono!

DON ANTONIO.

Excelente potaje!

DON HERMÓGENES.

Vizconde! está usted haciendo una pepitoria, con el *Príncipe*, y el *Instituto*, y el *Café*, y el *Baron* y la *Mojigata*...

VIZCONDE.

Ja! ja! ja! Es posible!

DON HERMÓGENES.

Y lo gracioso es que esa pepitoria... *pot-pourri*, como dicen los Franceses, tiene mucho de filosófico

respecto á *Moratin*. El vizconde ha dicho ahí una gran cosa...

VIZCONDE.

Sí, eh?

DON HERMÓGENES.

Por supuesto, sin saberlo.

VIZCONDE.

No : perdone usted...

DON HERMÓGENES.

Justamente uno de los defectos capitales del amigo *Moratin*, es que todos los personajes de sus ponderadas comedias se parecen unos á otros. Así que, al confundir en un amasijo las tres comedias, ha hecho el vizconde una sátira muy fina...

VIZCONDE.

Ja! ja! ja! Pues ya!

DON HERMÓGENES.

Sin querer, por supuesto...

VIZCONDE.

Dale! Quién le ha dicho á usted que ha sido sin querer?

DON HERMÓGENES.

El don Diego que hemos visto es el mismo don Pedro del *Café*, el mismo don Pedro del *Baron*; el mismo don Luis de la *Mojigata*.

VIZCONDE.

Pues claro está. Lo he dicho con toda intencion. — Y qué se cuenta? Que hay de Italia? Parece que Carlos-Alberto...

DON HERMÓGENES.

Y todos cuatro no son otra cosa que un plagio del *Sganarelle* de *Molière*. Pobreza! pobreza! Siempre el mismo tipo... y *voilà tout!* (El vizconde, viendo que no le hacen caso, se vá á recorrer otros grupos.)

DON PEDRO, aparte.

Esto no se puede tolerar!

DON ANTONIO, aparte.

Déjelo usted.

DON HERMÓGENES.

El *Café* no es mas que un artículo de periódico... una sátira llena de personalidades groseras, que debieron valerle al autor una paliza de mano del pobre *Comella*, que con toda la bulla tenia mas fecundidad y mas genio que *Moratin*.

DON SERAPIO.

Yo lo creo! Que escribió en toda su vida cinco comedias! No son cinco?

DON HERMÓGENES.

Cinco no más; y de esas dos en prosa.

DON SERAPIO.

Vea usted! en prosa! que eso lo hace cualquiera en ocho dias. Como que no hay que buscar consonantes, ni... Compárelo usted con el otro, que compuso mas de doscientas! No son doscientas?

DON HERMÓGENES.

Pues la *Mojigata*, qué otra cosa es sino el *Tartufe* con faldas? No hablemos del *Baron* que no tiene sentido comun. Eso es peor que cualquier *vaudeville* de los que vemos en Paris, en el *Gymnase*, ó en *Palais-Royal*, ó en *Folies-Dramatiques*, ó en el teatro de *Funambules!*

DON SERAPIO.

Mucho peor!

DON ANTONIO.

Qué espíritu de españolismo!

DON HERMÓGENES.

Y qué diremos de *El Viejo y la niña*, con aquello de los ungüentos, parches y cataplasmas, que es cosa de sentirse removido!

DON SERAPIO.

Jesus! qué asco!

DON HERMÓGENES.

Pues vengamos á la de hoy, á *El Sí de las Niñas*, á esa *joya del teatro moderno*, como esta estúpida de Empresa ha tenido la osadía de llamarla en los carteles.

DON PEDRO.

Pues cuénteme usted á mí en el número de los estúpidos; porque yo tambien la llamo así.

DON HERMÓGENES.

Como usted guste.

DON PEDRO.

Y cuente usted á dos generaciones enteras que han sancionado ese juicio.

DON HERMÓGENES.

Ya se vá modificando...

DON PEDRO.

Y cuente usted al público sano, imparcial, ageno á las pandillas y á las sectas, que la ha oído con placer, que la ha aplaudido...

DON HERMÓGENES.

Los aplausos del público...

DON PEDRO.

Los aplausos del público, la noche del estreno de una obra dramática, no significan gran cosa para mí. El nombre del poeta, las circunstancias políticas, el desempeño de tal actor favorito... qué sé yo!... un capricho del público, son cosas que pueden influir accidentalmente en el éxito. Pero cuando esos aplausos se repiten un año y otro y otro, durante cerca de medio siglo, y la comedia se hace y se hace, y gusta siempre, bien ó mal ejecutada, y se imprime, y se vende, y se traduce, y se cita como el modelo de las de su género, y es la desesperacion de los escritores dramáticos; es una pedantería, es una insolencia, es una blasfemia decir

de ella lo que dice usted de ***El Sí de las Niñas.***

DON HERMÓGENES.

Señor mio, yo soy muy independiente; y aunque me quede solo en una cuestion literaria, nunca me doy por vencido. Y esa fama que ***El Sí de las Niñas*** ha tenido en tiempos de nuestros padres, sepa usted que ha perdido mucho, desde que el estudio de la ***estética*** nos ha hecho conocer la pobreza de la contestura de su fábula... del ***canevas***, como dicen los Franceses, y lo raquítico y mezquino de sus tendencias sociales y filosóficas, si se compara con las obras que hoy conocemos de ***Shakspeare, Balzac, Victor Hugo, Schiller, Goethe, Kotzbue*** y ***Federico Halm, baron de Billin-gánsen.***

(***Halm,*** se pronuncia aspirando la H, como si fuera J. ***Billin-gánsen*** se pronuncia tal como está escrito.)

DON ANTONIO.

Qué buenos nombres para perros de caza!

ESCENA XI.

DICHOS, DON ELEUTERIO.

(Sale del corredor de las lunetas, con otros.)

DON ELEUTERIO.

Vea usted si en lugar de esas vejeces no podia la señora Empresa emplear el tiempo en poner en escena otras obras... No lo digo precisamente por mi drama... que lo tiene en su poder hace tres meses...

DON SERAPIO.

Aquí hay un poeta; y apuesto á que es de nuestra opinion.

DON ELEUTERIO.

De qué se trata, caballeros?

DON SERAPIO.

De *El Sí de las Niñas.*

DON ELEUTERIO.

Uf! Déjeme usted! Ya estoy cansado de contemplaciones con los viejos! Es preciso levantar una bandera de exterminio contra los santones de la literatura, hasta que desaparezcan de la escena esas disertaciones en diálogo, que quieren llamar dramas.

DON HERMÓGENES.

Bien calificadas! *Voilà le mot!*

DON SERAPIO.

Me alegro!

DON ELEUTERIO.

Vida, movimiento, accion, sensaciones profundas, sacudimientos nerviosos... esto es lo que nuestro público necesita. Yo les he entregado un drama en *veinticuatro cuadros y dos noches.* Ahí está sin hacerse. Yo creo que no lo han leido.

DON ANTONIO, á don Pedro.

Yo creo lo contrario.

DON ELEUTERIO.

Y gastan el tiempo en hacer estas estupideces! Aquí les planto una banderilla que ha de salir mañana en el periódico. (Leyendo un papel que trae en la mano.) « La ejecucion de *El Sí de las Niñas* ha sido detestable, digna de la comedia. El teatro de la Cruz arrastra una lánguida existencia... »

DON SERAPIO.

Bravísimo! — Duro, duro!

DON ELEUTERIO.

Ah! (Á un mozo de imprenta que ha venido por la verja.) Traes las pruebas para mañana? Aguarda. — Yo les aseguro!... *El Sí de las Niñas!*... Merece eso el nombre de drama? De qué diversa manera trataríamos ahora ese argumento! — Hay en la comedia situaciones... así, apun-

tadas nada mas; porque, al cabo, *Moratin* era hombre de alguna chispa... Pero qué lastimosamente desperdiciadas! Figúrense ustedes si no está aquello pidiendo un par de actos siquiera en el convento donde se educa doña Paquita, y allí la figura siniestra de una monja... de la madre *Circuncision*, por ejemplo... que sorprendiera á la niña hablando á media noche con su amante por la ventana del corral, y la monja se enamorara del oficial... y encerrara á la niña en un subterráneo, y el oficial, impaciente, escalara el convento... y la monja se lo llevara á su celda... Figúrense ustedes de aquí lo que podria resultar de movimiento y de...

DON ANTONIO.

Yo lo creo!

DON ELEUTERIO.

Luego un acto en el subterráneo, donde bajara el amante á libertar á su amada, ayudado de *Calamocha*; y allí su escena *en quintillas*. En fin, si uno da rienda suelta á la imaginacion... — Podia haber un episodio fantástico, en que *doña Irene* viera en sueños la sombra del *obispo electo de Mechoacan*, que murió en el mar, y las de sus tres maridos. (Se pone á repasar las pruebas.)

DON ANTONIO.

Y hasta la del chico que se le murió de alfombrilla!

DON HERMÓGENES.

Pero dejando tal como es la parte *plástica* de la obra; y prescindiendo del exámen *sintético*; ¿no es una estupidez risible que aquel zangandungo de oficial obedezca como un doctrino á su tio, y le bese la mano, y abandone á su amada? Á ver! Un hombre de tanto valor como nos pintan al *don Carlos?* (El vizconde, que ha andado recorriendo grupos, ahora se acerca.)

VIZCONDE.

Qué hay de don Carlos? Se dice algo?

DON HERMÓGENES, continuando.

Un hombre que, segun nos dicen, toma baterías, clava cañones, hace prisioneros, y vuelve al campo lleno de heridas?

VIZCONDE.

Eso habrá sido en Cataluña, eh? Han entrado otra vez? Malditos facciosos!

DON SERAPIO.

No; si se habla de la comedia.

VIZCONDE.

Ah! ya! Es comedia de tiros y de batallas... Pues siento no haberla visto! (Vuelve á retirarse al foro.)

ESCENA XII.

DICHOS, EL AVISADOR de la Compañia.

AVISADOR.

Señor don Eleuterio; de parte de la Empresa, que mañana á las doce se pasa por papeles su drama de usted.

DON ELEUTERIO.

Mi drama? Bien, no faltaré. — Señores, se va á poner en escena mi drama! (Rompe el papel que tenia antes y escribe en otro :) « La ejecucion de ***El Sí de las Niñas***, ha sido admirable, digna de la comedia! Mientras el ***Príncipe*** y el ***Instituto*** arrastran una lánguida existencia, el teatro de la ***Cruz*** se eleva cada dia... »

VIZCONDE, acercándose.

Qué es eso? La hoja litográfica de Paris? Qué dice de Carlos-Alberto?

DON ELEUTERIO.

No : son pruebas. — Toma. (Le dá las pruebas al mozo, que se vá.)

ESCENA XIII.

DICHOS, LA MARQUESA.

MARQUESA, baja por la escalera derecha.

No le veo por aquí. Dónde andará este hombre!

TORIBIO, acercándose.

Digu que arrime?

MARQUESA.

No... Has visto por aquí aquel jóven?...

TORIBIO.

El de la calle del Culmillu?

MARQUESA.

Sí.

TORIBIO.

Por aquí entró primeru con una jóven...

MARQUESA.

Con una jóven? Por dónde? Enséñame!...

TORIBIO.

Y luego salió cun otra jóven.

MARQUESA.

Con otra?

TORIBIO.

No tan jóven.

MARQUESA.

Infame! — Bien me lo temia!

TORIBIO.

Y dijerun que volvian.

MARQUESA.

Que volvian? Bien. — Ya lo decia yo! Sus miradas á la tertulia... Aquí le aguardo: voy á armar un escándalo! — Vizconde?

VIZCONDE.

Oh! Marquesita!

MARQUESA.

Deme usted el brazo.

VIZCONDE.

Quiere usted venir á tomar un chantillí?

MARQUESA.

Gracias! no : acompáñeme usted. Espero aquí á una persona : quiero tomar el aire.

VIZCONDE.

Tambien usted se ha fastidiado ahí dentro?

MARQUESA.

Oh! y en grande! Qué chinchorrería de comedia! Todo se vuelve hablar.

VIZCONDE.

Es cierto : mejor seria que la cantásen.

MARQUESA.

Quisiera poder silvar y patear... y tirarles los gemelos á la cabeza!

DON ELEUTERIO.

Amable marquesa, contra quién va eso?

VIZCONDE.

Contra la comedia, contra la comedia!

DON HERMÓGENES.

Ya tenemos otra aliada, y muy poderosa!

DON SERAPIO.

Está usted con nosotros, eh?

MARQUESA.

Qué persona de la culta sociedad, de buenas maneras, puede gustar de semejante paparrucha?

DON HERMÓGENES.

Oh! eso se nos olvidaba! Y el mal tono, y las chocarrerías del lenguaje?

MARQUESA.

La ensalada de berros... y la cazuela de albondi-

guillas... y el medio cabrito... Uf! oir eso cuando una acaba de comer! Y yo que tengo un estómago... creo que me ha dado indigestion.

VIZCONDE.

Una taza de té...

MARQUESA.

Y decir que el Intendente daba una fiesta por ser los dias de su *parienta?*

DON SERAPIO.

Su *parienta!*

MARQUESA.

Su *parienta*, por su mujer. Ese es el lenguaje de Maravillas ó de Lavapiés. Su *parienta!*

DON HERMÓGENES.

Efectivamente, así dicen.

MARQUESA.

Su *parienta!* pues y el *tordo?* Vea usted, un *tordo!* Quién tiene *tordo?* Qué persona decente tiene *tordo?* Se tiene pajarera... Yo tengo pajarera. Se tienen canarios, ruiseñores, tórtolas...

VIZCONDE.

Un perro de Terranova, un gato de angola...

MARQUESA.

Y otras aves así... Pero, *tordo!*

DON HERMÓGENES.

Y para qué sirve allí? Al menos cuando es drama de protagonista irracional, como el *Perro de Montargis*, pase.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON BENIGNO, DON DIEGO y PAQUITA, por la escalera derecha.

PAQUITA.

Pero si les digo á ustedes que no tengo ganas de dulces : es mucho fastidiar!

DON DIEGO.

Ya veo, por el testimonio de ese cucurucho, que otro mas feliz se ha adelantado á mis obsequios.

PAQUITA.

Andando. Por qué ha venido usted tarde?

DON DIEGO.

Ya he dado explicaciones satisfactorias, y repetiré...

PAQUITA.

Quién se las pide á usted?

DON BENIGNO.

Yo le dige, Paquita, que se disculpara...

PAQUITA.

Y á tí, papá, quién te mete á dar consejos á nadie? Ya tiene edad para no necesitar ayo.

DON BENIGNO.

Hija mia, como le estuvimos esperando...

PAQUITA.

Le esperarias tú; que á mí me hacia la misma falta que los perros en misa.

DON DIEGO.

Pero, vamos á ver, amable Paquita, ese cucurucho de dulces...

DON BENIGNO.

Y es verdad que trae dulces!

PAQUITA.

Vaya! qué misterio hay en esto? Papá me los ha subido.

DON BENIGNO.

Yo?

PAQUITA.

Tú, sí señor, tú! (Pellizcándole.)

DON BENIGNO, quejándose.

Ay!

PAQUITA.

No lo niegues ahora; que el señor don Diego pensará... todos los viejos son maliciosos.

DON BENIGNO.

En efecto : sí : yo he sido. (Aparte.) Ji! ji! diablo de chica!

DON DIEGO.

Pues bien; iremos á la *Iberia* ó á *Venecia* á tomar un sorbete, mientras dura el entreacto. Ahí tengo mi coche.

DON BENIGNO.

Ves, Paquita, qué galante y qué obsequioso!

PAQUITA.

Pues podia no serlo! Entónces no tendria el diablo por dónde desecharlo.

DON BENIGNO.

Ji! ji! Qué pizpireta es!

DON DIEGO.

En efecto : tiene un desenfado...

DON BENIGNO.

Genialidades de la edad. Ya vé usted, criada á sus anchas, sin que nadie la haya contradicho jamás... haciendo su santísima voluntad en todo... No tiene gazmoñerías, ni... Dice cuanto se le viene á la boca. Pero con los años ya irá sentando. — Conque, vamos, hija mia?

PAQUITA.

Huy! qué machaca! Vamos. Ay Dios mio! y mis guantes? Ay! qué he perdido mis guantes! Dónde se me habrán caido? Busca tú, papá! — Búsquelos usted. (Á don Diego.)

DON BENIGNO.

Te los habrás dejado en la *tertulia* : luego los recogerás.

DON DIEGO.

Los mios no le vendrán á usted...

PAQUITA.

Quite usted allá ese adefesio!

DON ELEUTERIO.

Qué se le ha perdido á nuestra sublime actriz?

PAQUITA.

Nada, los guantes.

DON ELEUTERIO.

Se los gastaria usted para aplaudir con alma *El Sí de las Niñas?*

PAQUITA.

Yo? Se le figura á usted que yo soy *clásica?*

DON SERAPIO.

Crée usted que la perla del *Licéo* y del *Muséo* y de la *Union* tenga tan mal gusto?

DON ELEUTERIO.

Y qué se dispone ahora?

PAQUITA.

Estamos ensayando *el Verdugo de Amsterdam* : la semana que viene lo hacemos en la calle de *Enhoramala-vayas.*

DON BENIGNO, á don Diego.

Cuando oiga usted declamar á la niña, se le caerá la baba!

DON DIEGO.

Tambien hace comedias caseras?

DON SERAPIO.

Tambien Paquita es de nuestra opinion. Todo el bello sexo está contra *El Sí de las Niñas!*

PAQUITA.

Le parece á usted que la que ejercita su sensibilidad declamando dramas, puede gustar de cosas tan insulsas como la comedia de esta noche? Han visto ustedes qué amantes esos? Esa Paquita... y siento que tenga mi nombre! tan tímida, tan encogida! Bueno está que se obedezca á los padres; yo obedezco al mio. — Pero cuando mandan injusticias, tambien se les ha de obedecer? Ya era fácil que yo me sometiera, si estuviese enamorada y quisieran casarme con un viejo! Y la escena en que se ven los dos amantes? Hay cosa mas sosa? Llenos de amor los dos, y ni se besan las manos, ni se abrazan... estando solos!

DON HERMÓGENES.

Así sentia *Moratin* las pasiones!

DON BENIGNO.

Pero, hija, cómo quieres que en el teatro se ponga todo lo que en tales casos?...

PAQUITA.

Qué entiendes tú de eso, papá? Se pone todo, todo! porque en los momentos de pasion, la misma pasion... Y hay mil dramas donde no queda nada que desear... Mira tú en *Antoní* si se pone todo?

DON HERMÓGENES.

Allí sí que hay pasion!

DON SERAPIO.

Pasion, y muerte!

PAQUITA.

Vamos, lo que esa Paquita consiente que hagan con ella es ridículo, es inverosímil. Casarla con el viejo!

DON BENIGNO.

No, hija mia : si no la casan al fin.

PAQUITA.

Cómo que no la casan? Conque el amante no la abandona?

DON BENIGNO.

Al fin del segundo acto; pero vuelve en el tercero...

PAQUITA.

Ah! vuelve en el tercero?

DON BENIGNO.

Pues no te acuerdas? Y tiene aquella escena violenta con el tio...

PAQUITA.

Sí, sí... en que lo desafia y lo mata...

DON BENIGNO.

No, hija. Si el tio lo perdona, y lo casa, y...

PAQUITA.

Sí, sí! yo me trabuco...

DON ELEUTERIO.

La imaginacion poética de Paquita está supliendo lo que debia haber en la comedia.

DON DIEGO.

Si tardamos mucho, los sorbetes estarán pasados.

DON BENIGNO.

Dice bien.

PAQUITA.

Ay! Qué par de ventosas! Vamos á tomar sorbete. Compadézcanme ustedes! (Á los otros:) Aquí llevo á mi don *Diego* y á mi doña *Irene!* — Qué es lo que veo!

(Al irse, vé venir por la verja á don Carlos con Casilda del brazo, la cual trae un cucurucho de dulces.)

ESCENA XV.

DICHOS, DON CARLOS y CASILDA.

CARLOS, viéndola y deteniéndose.

Paquita! Cayóse la casa á cuestas!

DON DIEGO.

Vamos andando: deme usted el brazo. (Á Paquita.)

PAQUITA.

Aguarden ustedes.

CASILDA, á Carlos.

Por qué se pára usted?

CARLOS.

Opino que nos marchemos: lo que falta no vale nada.

CASILDA.

Pero qué arrechucho es este? Algo ha visto usted aquí!

CARLOS.

Nada, sino que...

MARQUESA.

Allí viene... Pues! lo que yo me temia! Con una mujer! Venga usted, vizconde!

CARLOS.

Santo Dios! la marquesa!

CASILDA.

Por qué nos miran esas dos mujeres? Usted me está engañando!

CARLOS.

Qué disparate!

CASILDA.

Entre usted conmigo.

CARLOS, aparte.

Aquí me desuellan entre las tres!

PAQUITA.

Deme usted el brazo, señor don Diego. Sabe usted que le quiero, y que estoy pronta á obedecer á mi papá, casándome con usted!

DON BENIGNO.

No se lo dige á usted? Es como una malva!

PAQUITA, tirando de don Diego y al oido de don Carlos.

Eres un infame!

CASILDA, aparte á Carlos.

Qué le ha dicho á usted?

MARQUESA, aparte á Carlos.

Es usted una canalla!

CASILDA, aparte á Carlos.

Qué le ha dicho á usted?

LA AGUADORA, desde la verja.

Agua fresca! agua!

DON DIEGO, aparte.

Aquí hay gato encerrado!

ESCENA XVI.

DICHOS, UN MANCEBO de la confitería.

MANCEBO, á don Carlos.

Perdone usted : estos guantes que se dejó olvidados en el mostrador de la confitería aquella señorita...

CASILDA.

Mios no son!

MARQUESA, mirando á Paquita.

Aquella niña fué!

CASILDA, le suelta del brazo; toma los guantes y se los presenta á Paquita.

Estos guantes son de usted, señorita!

PAQUITA, con descaro.

Mil gracias, señora!

DON BENIGNO.

Calla! tus guantes en la confitería!

DON DIEGO.

Los guantes! Hola, hola! Este es un lance muy turbio!

DON BENIGNO.

Pues no decias que era yo quien te habia subido los dulces?

DON DIEGO.

Y usted no afirmó que era cierto?

PAQUITA.

Vamos arriba papá, y excusas dar explicaciones á nadie. Ya sabes que no me gustan las explicaciones.

DON BENIGNO, aparte á Paquita.

Pero, Paquita, hija, bueno sería convencer á don Diego! Vas á perder una proporcion... Mira que es muy rico!

PAQUITA.

Haz lo que te digo, papá, ó me dá aquí un sofoco que me caigo redonda!

DON BENIGNO.

No, hija mia! No, por Dios! Hágase tu gusto!

PAQUITA.

El señor es un visionario montado á la antigua!

DON DIEGO.

Niña! niña! respete usted...

DON BENIGNO.

Tiene razon Paquita!

PAQUITA.

Un celoso, un impertinente! un *viejo de Moratin!*

DON BENIGNO.

No te acalores!

PAQUITA, á don Carlos.

Y usted un fátuo, un hipócrita, un infame!

DON BENIGNO.

Hija, mira que están oyendo, y luego el mundo...

PAQUITA.

Papá, no me prediques! Vámonos de aquí. (Se lo lleva corriendo por la escalera derecha.)

ESCENA XVII.

DICHOS, ménos DON BENIGNO y PAQUITA.

CASILDA, apoderándose del brazo de don Diego.

Acompáñeme usted, caballero!

DON DIEGO, sorprendido.

Señora! Quién es usted?

CASILDA, á Carlos.

Infame! No vuelva usted á mirarme á la cara! (Se lleva á don Diego por la escalera izquierda.)

CARLOS.

Pero, Casildita, oiga usted...

MARQUESA, saliéndole al encuentro.

Canalla! No vuelva usted á poner los pies en mi casa! (Se lleva al Vizconde por la escalera derecha.)

LA AGUADORA.

Agua fresca! agua!

DON ELEUTERIO.

Carlos! qué lance tan cómico!

DON HERMÓGENES.

Pero, hombre, tres nada ménos!

DON SERAPIO.

Tres y ninguna!

CARLOS.

Ja! ja! ja! Pensarán las tontas que no tengo tropas de reserva! En el *Príncipe* está Rosario, y Petra en el *Instituto*. Voy á traerme una de ellas á que oiga el himno. La entro del brazo á las butacas, y hago que las tres se desesperen. (Se va corriendo por la verja.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ménos los que han marchado en la escena anterior.

DON ANTONIO.

Qué me dice usted de esto, señor don Pedro?

DON PEDRO.

Ahí tiene usted las que criticaban *El Sí de las Niñas!* Dos de ellas, que han pasado la noche coqueteando con ese pisaverde, y bajaban desesperadas porque no habia subido á visitarlas. Y la niña! Digo! una niña que pasa la vida haciendo comedias caseras, y se escapa con su amante á la confitería, y trata á zapatazos á su padre. Oh! Dónde está el *Moratin* de nuestra época; que así como aquel pintó la tiranía paternal, y la educacion mongil y gazmoña de su tiempo, nos enseñe el reverso de la medalla, la relajacion de los lazos sociales, con la magia de aquel pincel que nadie despues ha sabido manejar como aquel insigne poeta!

DON ELEUTERIO.

Eso nada significa, señor mio. Si en el juicio de esas señoras han podido influir esas causas, no son ellas las únicas que condenan la comedia. Aquí estoy yo que cultivo el arte dramática...

DON SERAPIO.

Y yo que he visto muchas comedias.

DON HERMÓGENES.

Y yo, que ejerzo la crítica, y he analizado el teatro inglés, y el francés, y el aleman, y sostengo que los personajes de *Moratín* son retratos de circunstancias que murieron, y no tipos eternos, como los de *Molière*. ¿Quién es hoy *don Eleuterio?* quién es *don Serapio?* quién es *don Hermógenes?*

DON PEDRO.

Quién es *don Eleuterio?* El señor, que habla mal de la comedia, porque no ponen en escena la suya. ¿Quién es *don Serapio?* El señor, que repite como un eco lo que les oye á ustedes... Quién es *don Hermógenes?* Usted!

DON HERMÓGENES.

Yo?

DON PEDRO.

Usted, que pasa su vida pedanteando; con la diferencia de que aquel pedanteaba en griego, y ahora se pedantea en francés. Y si ya que son ustedes monos de imitacion de los Franceses, los imitasen tambien en ponderar y ensalzar, como hacen ellos, todo lo que allí se distingue! Pero, no señor! La pedantería de hoy consiste en rebajar, en poner en ridículo, en arrastrar por tierra todo lo que en España sobresale en cualquier arte, en cualquier carrera, en cualquier profesion.

DON HERMÓGENES.

Yo soy tan español como el primero: y sin embargo...

DON PEDRO, irritado.

Los tontos no son españoles, ni franceses, ni ingleses, ni nada! Son tontos! Son, como los Hebréos, una gente sin patria, esparcida por el mundo para tormento de sus semejantes! — Pero esta vez, afortunadamente, hay un público sano, patriota, que á

pesar de todos los pedantes, sabe que *Moratin* es una de las glorias de nuestra patria, y vá en este momento á saludarle con aplausos de entusiasmo. (Óyese dentro el ritornelo del himno.) Ya suena el himno en el teatro. Adentro, buenos Españoles! Vamos á honrar la memoria del gran poeta! Yo arrojaré á su busto esta corona de laurel y siempre-vivas! (Sacando una que llevaba preparada.)

DON ANTONIO.

Y yo esta! (Sacando otra.)

LOS ESPECTADORES.

Corramos! corramos!

(Todos se entran apresurados al teatro por las puertas y escaleras. Cambia la decoracion, y aparece el escenario iluminado, y en el centro, sobre un pedestal, el busto de MORATIN. — Los actores desfilan por delante de él, arrojándole coronas de laurel, mientras se canta un himno en honor suyo.)

Versos que se recitaron en el *teatro de la Cruz* la noche del estreno de esta comedia, en el año de 1848.

Oh pueblo de Madrid! Canta la gloria
De aquel ingenio que con rica vena
Eternizó en los siglos su memoria,
Restaurador de la española escena.
No cuente — ¡Oh mengua! — la veraz historia
Que yace allá en las márgenes del Sena.
Para una sombra noble y generosa
Es doble peso la extranjera losa!
Ilustre *Moratin :* esta sonora
Aclamacion que el público te envia,
De homenaje mas alto es precursora,
Que ya se apresta á tu ceniza fria.

La madre patria, que tu muerte llora,
En breve, — me lo anuncia el alma mia! —
Tus huesos sacará de tierra extraña;
Y muerto al ménos volverás á España!

Años despues se repitió esta comedia en otro teatro, y entonces se recitaron además los siguientes versos.

Hoy fué cuando con himnos de alegría,
De las Musas el coro lisongero
Cantó al genio sublime que nacia
Á ser delicia del Parnaso Ibéro. —
Ardua es la senda que á la gloria guia,
Y que él con planta audaz abrió el primero;
Mas nos dejó, para alumbrar sus huellas,
El vivo resplandor de *cinco estrellas!*
Cinco no mas! — pero de luz tan pura!
De juventud tan fresca y tan lozana!...
Que vivirán, cuanto en la edad futura
Viva la hermosa lengua castellana. —
Honor á *Moratin!* que á tanta altura
Nuestra gloria elevó! Y al que se afana
Por imitarle, anímele este ejemplo. —
Aquí al genio español se erige un templo!

Volvióse á celebrar el aniversario de *Moratin,* el 10 de marzo de 1854, con la representacion de esta comedia; y al final se recitaron las dos composiciones siguientes :

1ª.

Venid, rindamos el anual tributo
Al *Ingenio* inmortal, de España gloria;

Que es de doctas naciones atributo
Honrar de un hijo insigne la memoria.
De su elevada inspiracion el fruto
Noble página marca en nuestra historia;
Y por él hoy, como por *Lope* un dia,
Bella, culta, moral se alza *Talía.*
No es deuda solo del que á *Inarco* sigue
Cogiendo lauros en la patria escena:
Justo es que á todos su alabanza obligue,
Pues á todos de honor su nombre llena.
Manzanares feliz por él consigue
Émulo ser del Támesis y el Sena.
No es de las letras, no, su gloria sola:
Es de todo español: es española!

2ª.

Lució por fin el venturoso dia!
Ya le miro en su patria descansando!
Cuántas veces mi rostro se cubria
De tristeza y rubor, oh! España! cuando
Á la margen del Sena recorria
El vasto cementerio; y preguntando
« ¿Quién yace aquí? » me daban por respuesta:
Del *Molière español* la tumba es esta. »

Ya rescatado está! — Mas ay! tus ojos
Vuelve hácia allá otra vez, oh! madre España!
Que aun yacen de otros hijos los despojos,
Dignos de igual honor, en tierra extraña.
Aun *dos tumbas* alzadas entre abrojos
El tibio Sol de la Occitania baña.
Acoge, oh! patria! mis ardientes ruegos:
Aun está allí *Melendez!* aun *Cienfuegos!*

La voz de *Moratin* en son de duelo
Salir escucho del Sepulcro helado.
« Traédlos, clama, á su nativo suelo,
Y descansen entrambos á mi lado.
Dadme por vuestro amor este consuelo,
Ó dejadme con ellos olvidado.
Las honras que me haceis no me complacen,
Si en el destierro mis hermanos yacen. »

FANTASIA DRAMATICA

PARA EL

ANIVERSARIO DE LOPE DE VEGA

COMPUESTA DE DOS PARTES

PERSONAS.

LOPE DE VEGA.
MARÍA DE ARGÜELLO, dama de la compañía.
MARIANA, segunda.
CATALINA, graciosa.
OLMEDO, galan.
BENITO, segundo.
BASURTO, gracioso.
VIVAR, galancete.
RIQUELME, autor de la compañía.
QUIÑONES, recibidor.
CARRILLO, avisador.
UN ALGUACIL de corte.
MAQUINISTAS del teatro.

FANTASIA DRAMATICA

PARA EL

ANIVERSARIO DE LOPE DE VEGA

PRIMERA PARTE.

EL CORRAL DE LA CRUZ, EN 1632.

Escenario del teatro, dispuesto para el estreno de la comedia de LOPE, titulada: *El premio del bien hablar*, en el año 1632.

Aparecen RIQUELME, autor de la Compañía, activando el arreglo de la escena, y varios MAQUINISTAS, ocupados en terminarlo.

RIQUELME, tiene puesto el traje con que vá á representar el papel de DON ANTONIO en *El premio del bien hablar*.

Ea, que estais gastando mucha flema. Á las tres en punto quiero que se descorra la cortina, y las dos y media no hay ya que esperarlas. — Bien! bien está así! — Vaya, lo que es en cuanto al escenario todo está á punto. Ahora vamos á lidiar con los otros. — Carrillo!... Avisador!... (Sale Carrillo.)

CARRILLO.

Señor Riquelme?

RIQUELME.

Por San Ginés, nuestro patron, no los dejes vivir: recorre los pasillos, toca á las puertas... á las de ellos, fuerte!... con los nudillos: á las de ellas nó: con suavidad... con un dedo; sobre todo á la de María de Argüello. — Es preciso un ten con ten! — Anda, hijo, aprémialos, aprémialos! (Vase Carrillo.) Esta tarde habe-

mos menester que todo salga con esmero y puntualidad. Mi corral estaba perdido, desierto! — Ya decian las gentes : « Pobre Riquelme! se arruina : no tiene comedias. » Agora lo veredes, dijo Agrages! — Ha venido en su socorro el ingenio de los ingenios, el gran Lope! — Hoy estrenamos una comedia suya y se nos llenará la casa! — Quiñones! — Á estas horas ya debe columbrarse... Quiñones!... (Sale Quiñones.)

QUIÑONES.

Señor Riquelme?

RIQUELME.

Cómo vá la cobranza? Te has asomado? pica? pica?

QUIÑONES.

Que si pica? y aun muerde! — El patio ya está lleno. Los desvanes atestados : las gradas y barandillas se van cuajando. En los balcones no hay nadie todavía; pero he visto que les ponen tapices...

RIQUELME.

Soberbia noticia!... Hoy se acredita el corral! — — Carrillo!... Carrillo! — Cómo andan esas gentes? (Sale Carrillo.)

CARRILLO.

Señor Riquelme, ya van abriendo las puertas de los cuartos.

RIQUELME.

Gracias á Dios!

CARRILLO.

Á Dios primero, y luego al ingenio, que ha ido saludándolos cuarto por cuarto.

RIQUELME.

El ingenio está ahí!... El señor Lope!... Y no me lo dices!... Voy á su encuentro...

CARRILLO.

Aquí le teneis. (Sale Lope de Vega. — Viste balandran negro, con la cruz de San Juan al cuello.)

RIQUELME.

Llegue en buen hora vuestra merced, Frey Lope!

LOPE.

Buen Riquelme, cómo vá el corral esta tarde?

RIQUELME.

Qué sorpresa os guardo, señor! Qué sorpresa!

LOPE.

Y cual es? Que no acude la gente?

RIQUELME.

Que no acude?... — Quiñones!

LOPE.

Sí, andad, Quiñones; que no dejen entrar mas que la que quepa.

RIQUELME.

Como estamos en invierno... bien se podia abrir la mano...

LOPE.

No importa : dias quedan. Andad; que cierren la puerta hasta que llegue el señor Alcalde. (Vase Quiñones.)

RIQUELME.

Dias quedan! Fiais en que tendremos para dias?

LOPE.

Si no con esta comedia, con otra.

RIQUELME.

Otra me dareis?

LOPE.

Esta mañana la empecé á prevencion. Veremos qué suerte tiene la de esta tarde; si el vulgo no la entiende, anunciadles « *La Moza de cántaro* », mañana os la acabo.

RIQUELME.

En dos dias!

LOPE.

En dos mañanas : así debeis entender aquello de...

Y más de ciento en horas veinticuatro
Pasaron de las musas al teatro.

Hoy he escrito el primer actoy la mitad del segundo.

RIQUELME.

Acto y medio! Novecientos versos!

LOPE.

Y he dicho misa, y he escrito una carta de cincuenta tercetos, y he asistido á la congregacion, y he regado mi jardin.

RIQUELME.

Portentosa fecundidad!

LOPE.

La de mi jardin?... No lo creais! — De dia en dia se vá arideciendo y agostando! Rosas me nacen pocas y descoloridas; claveles, apenas he cogido un ramo para enviar á las trinitarias : mi naranjo favorito, por mas que le riego, al fin se ha secado enteramente! Vamos, se niegan mis flores á conocer nuevo jardinero; y como el jardinero, amigo Riquelme, tiene ya setenta años... y se vá... el jardin quiere irse con él!

RIQUELME.

Qué importa el jardin que teneis en la calle de Francos!... En vuestra cabeza hay uno que así, cubierto y todo con la nieve de esas canas, brota flores de hermoso color y de celestial aroma!

LOPE.

Veremos á qué le huele al pueblo la que le doy esta tarde. (Sale Olmedo. — Viste el traje de)

OLMEDO.

Á qué le ha de oler?... á Lope!

RIQUELME.

Eh! ya tenemos á nuestro galan vestido. Es el primero.

LOPE.

Pues Olmedo, que es el primero en todo, no habia de serlo en esto?

RIQUELME.

Gran entrada, Olmedo!... Esta semana tomamos el cuarteron lo ménos!

OLMEDO.

Nuestra la culpa será si no sucediere. « *El premio del bien hablar* » es una de las mas delicadas fábulas que vuestra merced ha producido; si no agrada, consistirá en los representantes.

RIQUELME.

Ó en el público.

OLMEDO.

En el público, no.

RIQUELME.

La moda tiene un imperio!...

OLMEDO.

Ese imperio no alcanza á oscurecer lo que por esencia es bueno, es bello, es grande! Lope de Vega será de moda mientras viva el habla castellana.

LOPE.

Buen Olmedo!... mirad no os alucineis!

OLMEDO.

Cómo puede ser eso? — Vos reinais en la escena como señor absoluto : sois el ídolo del pueblo, que os victorea en el teatro, que os sigue por las calles, que alza á las nubes vuestro nombre! — Habeis alcanzado un modo tal de alabanza, que ningun mortal pudo imaginar. Por tan bueno se tiene cuanto habeis escrito, que es adagio comun para elogiar una cosa, decir, « *Es de Lope!* » — Joyas, pinturas, galas, telas, flores, espectáculos, manjares, saraos, cuanto Dios crió se encarece de bueno con decir : « *Es de Lope!* » — « Señor Duque : Qué tál la comida que os dió el embajador de Francia? — Amigo! Convite de Lope! » — « Doña Leonor : Habeis estado en San Miguel? Habeis oido predicar al padre *Vitoria?* » — « Admirable ora-

dor! un sermon *de Lope!* » — « Geromillo : Por aquí ha pasado la *Belen* derramando sal. » — « Ay, qué cuerpo de Lope! » — En suma, todas las cosas buenas son *de Lope!* — Conque no hay que apurarse : la comedia que hacemos esta tarde es *de Lope!*... y gustará sin remedio, porque el público que venga á verla será un público *de Lope!*

RIQUELME.

Viva! Qué cuarteron!... la parte entera!...

LOPE.

No me desvaneceis con vuestras lisonjas. Será así por ahora; pero el alma, Olmedo, el alma, destello de Dios, fuente de la inspiracion poética, esta alma mia es inmortal y aspira á que lo sean tambien las obras que de ella emanan. Lo serán? ó morirán con este miserable envoltorio de tierra que empieza ya á desmenuzarse? Qué será de las mil y mas comedias que dejo escritas? Qué será para mí la posteridad?

OLMEDO.

Una posteridad *de Lope!* (Se pone á estudiar el papel. — Un alguacil de Corte asoma al fondo.)

ALGUACIL.

La órden!

RIQUELME.

Al momento. Decid á su Señoría que todo está pronto. (Vase el alguacil.) Carrillo! Carrillo!... Esa gente!

CARRILLO, saliendo.

Todos están vestidos.

RIQUELME.

Pero que vengan, que vengan á que Frey Lope los vea. — Y el consueta á su puesto, y á los músicos que templen. (Sale Benito, en traje de don Pedro de la comedia.)

BENITO.

Por mí se puede empezar.

LOPE.

Bien, Benito! lo que es el traje...

BENITO.

Ay, señor Lope; que aun es tiempo!... No se podria atajar mi última salida?

LOPE.

Hombre... Quereis que no haya desenlace?

BENITO.

Es tan desairada!

LOPE.

Por qué?

BENITO.

Porque no me caso.

LOPE.

Pues sois el que libra mejor.

BENITO.

No importa, es situacion desairada. Aquí la atajais en un momento.

LOPE.

Si ya van á empezar: no hay tiempo.

BENITO.

El que hace una comedia en un dia...

LOPE.

Eso es: bien puede deshacerla en un minuto. — Vamos, vamos, Benito; decid aquellos últimos versos con nobleza, retiraos de la escena con gallardía, y...

BENITO.

Y me aplaudirán?

LOPE.

Oh! sin duda alguna! (Aparte.) Esta es la ilusion de todos ellos! — Vamos, y la mia tambien!... (Sale Basurto con un pañuelo atado á la cara, y quejándose de las muelas. — Saca el traje de Martin en la comedia.)

BASURTO.

Ay! ay!... Madre mia!

RIQUELME.

¿Qué es eso, Basurto? Qué teneis?

BASURTO.

No lo estais viendo?... Una fluxion á las muelas, que no sé dónde estoy de pié! No puedo hablar!...

LOPE.

Ay Dios mio! Buenos estamos!

BASURTO.

Se me están saltando las lágrimas de dolor!...

LOPE, aparte.

Y este es el gracioso!... Pobre comedia!

RIQUELME.

Si hay cáries, á sacarla.

BASURTO.

Y cuándo? y cómo? Salgo en la segunda escena!

RIQUELME.

Aquí... cualquiera de nosotros... mientras se empieza, bien podria... no es verdad?

LOPE.

Yo; si fuera escribir una comedia!... pero sacar una muela, es cosa... (Sale Catalina con un falderillo en los brazos, vendado con un pañuelo. Saca el traje de Rufina en la comedia.)

CATALINA, colérica.

Señor Riquelme, yo me voy á mi casa!...

RIQUELME.

Catalinita!... qué estais diciendo?

CATALINA.

Me voy á mi casa!...

LOPE.

Pero, hija, qué ocurre?

CATALINA.

Ó la Mariana, ó yo? Una de las dos no hace la comedia esta tarde!... Ó se ataja su papel, ó el mio.

LOPE.

Friolera!

RIQUELME.

Santos del cielo!... Pero ¿qué ha pasado con ella?

CATALINA.

Miren cómo me la ha puesto!... Y ha sido adrede!... Á mi pobrecita *Psiquis!*... Ya que no puede hacerlo conmigo, lo ha hecho con el pobre animalito!... Pícara!... mal corazon!... Miren qué lástima!... Toda está derrengadita del cuarto trasero! — Y tuerce la cabecita!... Ay! Dios mio!... Se vá á morir!... Esa mujer me ha matado á mi *Psiquis!* á mi pobrecita *Psiquis!* (Rompe á llorar.)

RIQUELME.

Pero, pòr los clavos de Cristo, no os aflijais, hija mia!

CATALINA, llorando.

No hay consuelo para esto!

BASURTO, llorando.

Ay! mi muela!

LOPE.

Los dos graciosos!... Por dónde vamos á salir!...
(Sale Mariana, vestida de doña Angela en la comedia.)

MARIANA.

Es un falso testimonio! Fué sin querer, al abrir la puerta de mi cuarto. — Ya os lo habrá dicho Vivar, que habrá ido á consolaros...

CATALINA.

Vivar no me ha dicho nada... ni Vivar viene á mi cuarto... ¿Entendeis? — Pues! y yo tambien lo entiendo, y por eso es todo!

LOPE.

Ay! que son celos! y se van á arañar!... Ay! mi comedia! (Sale Vivar, vestido de Feliciano en la comedia.)

VIVAR.

Aquí está Vivar!... Qué es lo que ha dicho Vivar?

MARIANA, á Vivar, con celos.

Estabais en el cuarto de Catalina! Falso!

VIVAR, aparte.

No es cierto!

MARIANA, aparte.

¿Pues dónde? pues dónde?

RIQUELME.

Pero, señores!... que van á dar las tres!... Vaya cada uno á su puesto! — Y esta María de Argüello!...
(Sale María de Argüello, vestida de Lisarda para la comedia.)

MARÍA.

Cuándo ha hecho falta María de Argüello? — Por mí se puede empezar.

CATALINA, á María.

Si teneis el faldero en vuestro cuarto, cuidad no salga, que esta tarde por aquí pagan perros por galanes.

MARÍA.

Ya me lo ha dicho Vivar.

MARIANA, aparte á Vivar.

Hola!... Estabais en el cuarto de María!

VIVAR.

No tál!

MARÍA, aparte á Vivar.

Conque á Mariana y á Catalina?... No volvais á mirarme!

VIVAR.

Pero, María!

MARIANA, acongojada.

Riquelme!... Ay!... que suspendan la comedia!... yo me pongo mala!...

RIQUELME.

Mariana!... hija!...

MARÍA, con despecho.

Que me traigan la silla!...

RIQUELME.

María de mis pecados!...

CATALINA, dando voces.

Á casa! á casa!

BASURTO, lamentándose.

No viene un saca-muelas!... (Sale el alguacil por el foro.)

ALGUACIL.

Señor Riquelme, si no se alza la cortina, diez ducados de multa.

RIQUELME.

Que pagarán los que no estén en su puesto. (Todos á un tiempo empiezan á recitar en tono de estudio los primeros versos de su papel, que tienen en la mano.)

LOPE.

Deus èx mâchina!... El Corchete serenó la tempestad. — Decid á su Señoría de mi parte que se vá á dar principio á la comedia.

ALGUACIL.

El señor Alcalde os ruega, Frey Lope, que honreis un asiento en su balcon.

LOPE.

Decidle que le beso las manos, y que yo seré el honrado. (Vase el alguacil.) Hijos, á vuestros puestos : el arte nos llama. La gloria nos espera! Por dos horas vamos á olvidarlo todo; unas los celos, otro el desaire... esta el pisoton de *Psiquis!...* aquel el dolor de muelas... y yo mis setenta años! — La comedia necesita de vosotros! No olvideis lo que os he encargado :

Á vos ternura, María;
Á vos, Mariana, nobleza;
Á vos, Vivár, gentileza;
Á estos dos, bellaquería.
(Por Catalina y Basurto.)
Á vos... Dejad que me ria;

(Á Olmedo.)

Á vos, qué os he de encargar? —
Hijos, adentro, á empezar!
Habládmela bien, os ruego;
Que el público os dará luego
El premio del bien hablar.

(Retiranse todos, y cae el telon. — Tocada la Sinfonía, vuelve á alzarse, y se representa la Comedia; al fin de la cual entra la segunda parte de la FANTASIA, como á continuacion se expresa.)

SEGUNDA PARTE.

DON JUAN DE ESPINA, Ó EL HORÓSCOPO DE LOPE.

PERSONAS. — Todas las de la Primera Parte; y además:
DON FRARCISCO DE QUEVEDO.
DON JUAN DE ESPINA.

(Dichos los últimos versos de la comedia, el telon cae hasta la mitad de su altura : así permanece un momento, y vuelve á subir muy lentamente, mientras el siguiente diálogo.)

Sale por el foro LOPE, acompañado de los que no están en escena al acabar la comedia.

LOS QUE LLEGAN.

Aquí viene!

TODOS.

Victor Lope! (Le rodean y felicitan con gran eutusiasmo.)

LOPE.

Bien, hijos, bien!

OLMEDO.

Estais contento?

LOPE.

Muy contento! Todos habeis cumplido mis esperanzas. — ¿No es verdad que el arte es una cosa celestial?... Ved lo que nos pasa ahora!... Miraos unos á otros!... Miradme á mí!... el fuego del entusiasmo brota por nuestro ser!... Mirad á Olmedo!...

OLMEDO.

Dejadme... dejadme besar esa mano que empuña todavía fuerte y robusta el cetro de la poesía! — Arte divino!... él es consuelo de las penas, medicina de los males!... Con su contacto mágico todo lo sana, todo lo purifica!...

TODOS.

Todo! todo!

OLMEDO.

Mirad... mirad su poder! Las que eran rivales olvidan sus celos y se abrazan!... (Las tres actrices se abrazan.)

MARÍA.

Amigas y compañeras!...

MARIANA.

Con toda mi alma!...

CATALINA.

Con todo mi corazon!

VIVAR, á ellas.

Y sin rencor para mí?

LAS TRES, dando las manos á Vivár.

Sin rencor!

BASURTO.

Hasta mi muela... no sé que ha sido de ella!...

OLMEDO.

El oro de los versos os la ha curado!

RIQUELME.

Sois nuestro salvador! Lo ménos á parte y media tocamos esta semana.

BENITO, desde el fondo.

Por aquí, caballeros. Si buscais á Frey Lope, allí le teneis. (Salen por el foro don Francisco de Quevedo y don Juan de Espina.)

QUEVEDO.

Lope, recibid mi parabien.

LOPE.

Quevedo amigo, y vos mis brazos.

QUEVEDO.

Y el de este caballero, que desea estrechar vuestra mano.

LOPE.

Me honra con ese deseo.

QUEVEDO.

Oid quién es, y no os cause espanto.

ESPINA.

Dejad las bromas, Quevedo!

QUEVEDO.

Cómo bromas! Vive Dios, que si dudais del efecto que causa vuestro nombre, que vais á convenceros de ello ahora mismo. — Acercaos, amigos... acercaos... y encomiéndese cada cual al santo que sea mas de su devocion. — El caballero que está presente se llama don Juan de Espina.

TODOS, menos Lope y Olmedo.

Jesús!... El mágico! (Se alejan con espanto.)

LOPE, OLMEDO, acercándose á él.

Don Juan de Espina!

QUEVEDO, riendo.

Lo estais viendo?

ESPINA.

Pero es creible que de tal manera se propague esa opinion!... Señores, por Dios trino y uno, que soy tan cristiano viejo como el que más. No deis crédito á esas patrañas, en la forma que las cuenta el vulgo.

Miradme : soy de carne y hueso como los demás mortales.

CATALINA, á sus amigas.

Será eso verdad?

MARÍA.

Su acento me tranquiliza!

MARIANA.

Y en cuanto á persona, no es mal mozo!

QUEVEDO.

Es cierto! Y estas damas pueden cerciorarse de ello, si gustan... no mas que con acercarse. (Las damas se acercan poco á poco.)

ESPINA.

Mi aficion á las ciencias y á las artes me ha hecho estudiarlas, hasta profundizar en sus arcanos. La física ha sido mi ocupacion predilecta; y algo se me alcanza de *Astrología judiciaria*. De aquí sin duda ha tomado orígen esa voz que me acusa de mágico, de nigromante... qué se yo!... Hasta de tener pacto con Satanás. (Se rie.)

QUEVEDO.

Ave María! (Todos se santiguan.)

RIQUELME.

Conque no es cierto? — Pues lo de mágico, todo el mundo lo cree.

QUEVEDO.

Pero es mágica *blanca*, que es cosa muy distinta...

RIQUELME.

De la *negra?...*

QUEVEDO.

Se entiende. Esa, esa es la mala; que la otra...

ESPINA.

Pensais que si lo que el vulgo dice de mí fuera cierto, no me hubiera ya pedido cuenta de ello el *Santo Oficio?*

LOPE.

Os confieso que en ocasiones lo he temido.

QUEVEDO.

Es que el vulgo, amigo Lope, va mas allá que el *Santo Oficio*, y quizá le moteja de laxo porque no le ha tostado ya.

LOPE.

Dicen, señor don Juan, que sabeis *alzar figura.*

TODOS.

Alzar figura!...

ESPINA.

Llámase así en *Astrología* evocar la presencia de un ser ausente, ó que ya no existe, ó que no ha existido aún.

OLMEDO.

Evocarla!... Es decir, ponerla delante? En forma visible?

LOPE.

Lo que no ha existido aún? Tambien lo venidero está sujeto á ese poder?

ESPINA.

En ciertos casos, tambien lo venidero.

LOPE.

En limitada distancia?

ESPINA.

Sin límite alguno : hasta la consumacion de los siglos.

LOPE.

Lo venidero!... ver lo venidero!...

OLMEDO.

Leo en vuestro pensamiento, Frey Lope!...

LOPE.

Cómo!...

OLMEDO.

Como que recuerdo lo que ántes de la comedia me digisteis aquí mismo.

LOPE.

Sí... sí... Pero eso no es lícito creerlo!... Eso sería sobrenatural!...

ESPINA.

Os engañais. Existen dentro del órden natural misterios que la ciencia no ha penetrado aún; pero que algunos comienzan á vislumbrar. Vendrá una generacion que se ría de nuestra ignorancia!

LOPE.

Y vos habeis penetrado algunos de ellos?

ESPINA.

Creo que sí!

LOPE.

Válgame Dios! — Y es posible; oh sí; es posible!

QUEVEDO.

Don Juan de Espina ha sido el asombro de Italia: allí no le huyen; le admiran!

OLMEDO.

Pues yo, señor don Juan... y perdonad mi osadía, quiero haceros una súplica.

ESPINA.

Olmedo, yo os estimo mucho por vuestro gran talento: la Talía española debe estar orgullosa de tan inspirado intérprete!...

OLMEDO.

Me avergonzais!

ESPINA.

Hablad: en qué puedo complaceros?

TODOS.

Qué le irá á decir?

OLMEDO.

Ved aquí, señor don Juan, que el príncipe de la poesía, el fénix de los ingenios, el gran Lope, que teneis delante, siente en su alma un torcedor que le martiriza.

ESPINA, QUEVEDO.

Lope!...

LOPE.

Qué decis!...

OLMEDO.

Lo que es cierto, lo que vos mismo me habeis dicho... Sí, señor... sí!... La voz poderosa de su ingenio le asegura que sus obras serán inmortales... Su modesta virtud le hace temer que se hundan en el olvido. No hace mucho, aquí mismo, me decia con amargo abatimiento : « Qué será de las mil y mas comedias que dejo escritas?... Qué será para mí la posteridad? »

ESPINA.

Y lo duda!...

QUEVEDO.

Es el único en España... para ser único en todo!

OLMEDO.

Pues bien; yo he leido ahora en su pensamiento!... Lope no sabe en este instante si cree ó no cree en esa ciencia que vos profesais; pero crea ó no crea... desea... ambiciona... — No me lo niegue! — Que le digais su *horóscopo!*

TODOS.

Su horóscopo!

LOPE.

Olmedo!... Olmedo!... yo no debo creer...

OLMEDO.

Pues bien, oidlo... y no lo creais despues.

ESPINA.

Sí, Lope, yo leo tambien en vuestro semblante ques es cierto lo que Olmedo dice; que os atormenta esa duda! Y pues no basta á tranquilizaros para el porvenir lo que veis al presente, esa aureola de gloria que os circunda, ese universal aplauso, ese delirio de

entusiasmo con que no solo España, sino Europa toda, levanta vuestro nombre á los cielos; yo me dirijiré á ellos!... yo preguntaré á los astros vuestro *horóscopo!*

TODOS, asombrados.

Jesús!... Jesús!...

QUEVEDO.

Desde aquí mismo : la noche ha cerrado ya.

OLMEDO.

Y allí veis el patio de nuestro corral, que tiene por techumbre la bóveda de los cielos.

LOPE.

Qué vais á hacer!...

ESPINA, mirando á los astros.

Sentaos. Traedle un sillon... Las emociones pudieran afectarle. (Acercan un sillon y le hacen sentar. QUEVEDO y OLMEDO se quedan á su lado; los demás se alejan un poco. Las tres damas forman un grupo, abrazándose y mirando con cierto terror.) — (ESPINA contemplando el cielo, y haciendo las pausas que se indican.)

El astro de *Lope* brilla con todo su esplendor! — Mil y quinientas comedias! Mil y quinientas!... No más. — El astro se apaga?... No : es una nube que ha venido á cubrirlo... Nube muy negra! — En ella leo: *Siglo décimo octavo.* Ya va pasando! — Vuelve á brillar el astro de *Lope*? No : no es él... es otro... es otra luz la que despide... luz de *cinco luceros...* hermosos á fé mia!... pero no es *Lope...* no es *Lope!* — La nube pasó del todo, y el cielo se viste de nuevo resplandor! Qué dice allí? *Siglo décimo nono.* — Qué miran mis ojos! otra vez el astro, el astro con todos sus resplandores! — Todo lo penetro! todo lo veo!... — Lope de Vega! No morirás! — Despues de un siglo de olvido, vendrá otro de reparacion; y en ese, la gloria de tu nombre se extenderá por el mundo. España se llamará con orgullo tu madre! Madrid se envanecerá de ser tu cuna! Allí distingo un modesto recinto... Es

un teatro!... La muchedumbre se agolpa á sus puertas... Qué buscan? Qué celebran? Ah! 25 de noviembre de 1859... El aniversario de tu nacimiento! — Lope; quieres asistir á él?... Quieres verlo? Ahora, en este momento mismo, se canta un himno á tu gloria! — Oyes?... Oyes esa lejana armonía? — Se han cerrado sus ojos; pero vé con los del alma! Su vista interior penetra ahora los siglos! — Llevadle, llevadle de aquí, donde la oscuridad le circunde, donde no haya luz que le hiera! (Se llevan á LOPE dormido en el sillon : todos desaparecen silenciosos y asombrados. — Cuando D. Juan ha dicho : « Oyes esa lejana armonía » ha empezado pianísimo el ritornelo del Himno, que dura hasta la mutacion.)

Misterioso poder de la ciencia! Influjo celestial! Obedece á mi voluntad! Ven á mi voz! Presenta á los ojos del septuagenario moribundo el cuadro de su inmortalidad! Concede este galardon á su virtud, á su saber, á su genio! Transpórtalo á esa noche en que despues de tres siglos, un público entero clama con entusiasmo : Gloria á *Lope de Vega!* Gloria al padre del teatro español! (A un signo de D. JUAN, se abre el foro y aparece el busto de LOPE DE VEGA entre resplandores. Durante el Coro, desfilan los actores por delante de él, colocando en el pedestal coronas de laurel.)

La noche del estreno de esta obra, que fué el 25 de noviembre de 1859, terminado el himno, se recitaron los siguientes versos:

Tres siglos, menos tres años,
Hoy hace que al mundo vino
El Ingenio peregrino,
Pasmo de propios y extraños.

Envuelta en humildes paños,
Oscura y pobre yacia
La castellana Talía;
Y él le tejió un manto de oro
Con el fecundo tesoro
De su rica fantasía.

Con él nuestra gloria empieza.
Él con su ingenio sublime
Al arte español imprime
El sello de su grandeza.
Absorta naturaleza,
Y rendida al propio instante,
Otro aborto semejante
Tarde á la tierra dará;
Porque descansando está
De aquel esfuerzo gigante.

En la celeste mansion
Donde tu espíritu vive,
Lope, esta ofrenda recibe
De entusiasta admiracion.
Y pues de su postracion
Hora es yá que se levante
El Leon de España arrogante [1];
Quiera el Dios de las victorias
Darnos para nuevas glorias
Nuevo *Lope* que las cante!

1 Se preparaba la expedicion á África.

LA TUMBA SALVADA

LOA

REPRESENTADA EN EL TEATRO

DEL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID

Con motivo de la solemne traslacion de los restos del príncipe de los poetas dramáticos españoles

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

VERIFICADA EL DIA 18 DE ABRIL DE 1841

PERSONAS:

LA IGNORANCIA.	EL INGENIO.
EL TIEMPO.	LA RELIGION.

LA TUMBA SALVADA

Decoracion de ruinas. — El Tiempo encadenado á los pies de la Ignorancia que tendrá corona y cetro

(MÚSICA LÚGUBRE.)

Encadenado el Tiempo
Á mis plantas está:
Cetro mi mano ostenta,
Mi sien corona real.
¡ Mortales, silencio,
Silencio guardad!

IGNORANCIA.

¡ Cuán dulce suena en mi oido
Ese lúgubre cantar,
Bostezo del negro infierno,
Con que adormece al mortal!
En vano á veces del cielo
Rara centella fugaz
Á iluminar de los hombres
La oscura mente vendrá:
Mi helado soplo do quiera
Sabrá su lumbre apagar;
Ya de algun bárbaro pueblo,
Ya de algun rey suspicaz,
Moviendo el ánimo altivo
Á romper y destrozar
Feroces, los monumentos

Que elevó la antigüedad.
Así en Egipto, guiado
De mi influjo el fiero Omar,
Mi imperio afirmó sombrío;
Pues por contraria al Coran,
La biblioteca abrasando
De Alejandría, en voraz
Incendio despareció
Toda la ciencia oriental.
Así tambien, revestida
Con el sagrado disfraz
De la pura fe, erigí
El tremendo tribunal
Que el pensamiento en sus hondos
Calabozos supo ahogar.
Y en fin, así encadenado,
¡Oh Tiempo! á mis pies estás,
Y repite mis acentos
Diciendo el coro infernal...

CORO.

Encadenado el Tiempo
Á mis plantas está, etc.

TIEMPO.

Pesa esta mano, y no en vano,
Sobre cuanto exsite, sí;
Y pues tú existes, es llano
Que tambien pesa esta mano,
¡Oh Ignorancia! sobre ti.
En balde á dura cadena
Tu ceguedad me condena;
Que tu imperio ha de acabar
Cuando acaben de pasar
Aquesos granos de arena.

IGNORANCIA.

Con mi férreo cetro yo
Romperé el vil instrumento
Que mi fin simbolizó.

(Da furiosa con el cetro, sin poder tocar el reloj.)

TIEMPO.

Dará tu cetro en el viento.

IGNORANCIA.

¡ Que no he de tocarlo!

TIEMPO.

No.
Que ese instrumento que ves
Símbolo impalpable es :
Y él te dice que si hoy puesto
Estoy á tus pies, muy presto
Tú has de mirarte á mis pies.
¡ Pues cómo ! ¿es tu orgullo tal
Y tan ciega tu demencia,
Que quieras ser inmortal,
Contra la ley natural
De toda mundana esencia?
Nada ha de librarse, no,
De esa ley que estableció
Dios en su arcano profundo :
Hasta un dia señaló
En que ha de morir el mundo.

IGNORANCIA.

Hasta entónces mi poder
Moverá á los hombres guerra;
Que si inmortal no he de ser,

Sabré al ménos perecer
Cuando perezca la tierra.

TIEMPO.

Te engañas : antes será ;
Que mas gallardo y lozano
Á renacer luego va
El Ingenio que tu mano
Sepultó. — ¡ Miralo ya !

(Música dulce. Una llamarada resplandece entre las ruinas : al disiparse, aparece, saliendo de su fuego, el Ingenio.)

Destello refulgente
De la llama inmortal que el cielo alumbra,
Por quien la humana mente
Á la region olímpica se encumbra ;
Si la ignorancia pudo
Hundirte en las tinieblas, y desnudo,
Celeste Ingenio, de la luz divina
Que tu frente ilumina,
El hombre daba en vergonzosa calma
Á los sentidos vida, muerte al alma ;
Renace ya á mi voz : las alas tiende,
Vuela, los aires hiende,
Y lleva á todas partes
La antorcha de las ciencias y las artes.

INGENIO.

Tiempo, que con recóndito poder,
El orbe todo dominando estás ;
Que entre el dolor vagando y el placer,
Impasible á tu fin marchando vas ;
Que hombres, tronos, riquezas, honras, ser,
Alzas, hundes, repartes, quitas, das ;
De cuanto existe eterno animador,
Y de tus mismas obras destructor :

Hora es ya que con ímpetu viril
Rompas el cetro á la Ignorancia audaz,
Que en negra oscuridad por siglos mil
Cubrió del mundo la tendida faz.
Hora es ya que pincel, lira y buril,
Bellas ramas del árbol de la paz,
En lienzo, en son, en bronce, eternos den
Gloria á mi nombre, lauros á mi sien.

Yo haré del Alpe al Etna resonar
Segunda vez los cantos de Maron :
Yo encenderé desde Pirene al mar
El fuego de Rioja y de Leon :
Yo haré en su misma tumba germinar
Las cenizas del grande Calderon...

TIEMPO.

Detente ya; que pues su nombre oí,
Á obedecerme vas : escucha.

INGENIO.

Dí.

TIEMPO.

En el recinto famoso
De la coronada villa
Que con humilde susurro
Manzanares acaricia,
Y á quien hizo, el que dos puentes
Enormes le puso encima,
Que dos sarcasmos de piedra
Tuviera siempre á la vista :
En aquella corte, esfera
Donde con llama benigna
De la Segunda Isabela

El sol refulgente brilla :
Cercano al famoso sitio
Á quien llamó la morisma
La Almudena, y hoy es templo
De la sagrada María;
Otro templo mas humilde
Verás, que frontero mira
Á la torre que aun recuerda
Los laureles de Pavía[1].
El Salvador es llamado;
Caduca fábrica antigua,
Que ya á mi peso se rinde
Y va á desplomarse en ruinas.
Allí en el rincon oscuro
De solitaria capilla,
Que con trémulos reflejos
Una lámpara ilumina,
Hay un sepulcro, que nadie
Por lo modesto diria
Que encierra en su helado centro
De alto varon las reliquias.
No pórfidos lo sustentan,
Ni alabastros lo cobijan,
Ni sobre él descuella mármol
Quien yace dentro ceniza.
Mas allí los restos yacen
Del claro Ingenio que un dia
Á España admiró, y ahora
Á España y al mundo admira.
Del que á su placer moviendo,
Ora al llanto, ora á la risa,
Desde el celoso TETRARCA
Al JARDIN DE FALERINA,

1. La torre de los *Lujanes*, en la *plaza de la Villa*.

Agotó cuantos donaires,
Cuantos conceptos la rica
Habla castellana ofrece
Á la hermosa poesía :
Del que noble por alcurnia,
(Como en su pecho lo indica
Del santo patron de España
Grabada la roja insignia)
Á la nobleza heredada
Supo juntar la adquirida,
Inspirando en dulces versos
Amor puro, amistad fina,
Orgullo sin vanidad,
Emulacion sin envidia,
Honor, lealtad y firmeza,
Discrecion y valentía.
Y en fin, ¿ para qué me canso?
Cuando basta que te diga :
¡ CALDERON ! que en este nombre
Todo lo grande se cifra.
Mas de treinta lustros son
Que yace allí; y se aproxima
El instante en que cediendo
Á su pesadumbre misma,
La bóveda se desplome,
Que en sus cimientos vacila,
Y la ilustre tumba quede
Entre escombros confundida.
Si impedir quieres que de ese
Torpe olvido la ignominia
Caiga sobre la presente
Generacion, parte aprisa;
Que en Madrid hallarás almas
Generosas, que á porfía

Sepan dar al gran poeta
Tumba de su nombre digna.

INGENIO.

Antes que el golpe descargues,
Rayo seré que divida
Los aires, y á la alta empresa
Mueva la corte y la villa.

(Al son de una música agitada, una nube de vapor envuelve al Ingenio, y desaparece. La Ignorancia vuelve de su letargo con movimientos convulsivos.)

IGNORANCIA.

¡Ah! ¡qué escucho!... ¡pese á mí!
¡Á su fin mi imperio toca!
Mentida esperanza loca,
Por qué me halagaste así!
Ya raudo el Ingenio hiende
Sobre las alas ligeras
De los vientos las esferas,
Y á los mortales desciende.
Mas no importa : su inconstancia
Dilatará mi agonía;
Que no perece en un dia
El reino de la Ignorancia.
Y en tanto, pues el poder
Que el cielo te dió, no es tal
Que del curso natural
Puedas la ley suspender,
Y el edificio que encierra
Esos restos, muy en breve,
Á tu mismo impulso debe
Igualarse con la tierra;
Yo haré que sordo al clamor

Del Ingenio el hombre sea,
Y en calma estúpida vea
Su cercano deshonor;
Sin que ninguno en sus hombros
La tumba mísera tome;
Y que el templo se desplome
Y la esconda en sus escombros.

TIEMPO.

Pasa la arena veloz,
Y ya cercana contemplo
La ruina del santo templo;
¡Y aun no se escucha una voz!
¿Será que el letal beleño
Que la Ignorancia esparcía,
Te adormezca todavía,
¡Oh Madrid! en torpe sueño?
¿Será en vano que rasgando
La venda que te cegaba,
Y de tu cerviz esclava
El férreo yugo arrancando,
El ardiente patriotismo
De tus hijos dispertase,
Para que de ti arrojase
El monstruo del fanatismo?
Tú que en la futura edad
Mostrarte quieres ufana
Con la pompa soberana
De tu antigua majestad,
¿Será que ignores la gloria
Que da á las cultas naciones
De sus ilustres varones
Saber honrar la memoria?

(Pausa.)

¡Hondo silencio domina!...

¡ Cruje el templo vacilante !...
¡ La arena pasa ! — ¡ El instante
Llega ya de su ruina !

IGNORANCIA.

¡ Llega, sí!... tu vano ardid
No me arranca este trofeo;
Que ya el templo hundirse veo...
Y no responde Madrid.

TIEMPO.

¡ Tanto cede á tus engaños !...
¡ Tanto tu poder se arraiga !

IGNORANCIA.

¿Quieres que en un dia caiga ,
Imperio de tantos años ?

TIEMPO.

Y tú, Ingenio, ¿no has de hallar
Un corazon ?....

IGNORANCIA.

No le halla.
¿Oyes ?.... ¿oyes ? — Madrid calla ;
Y el instante va á llegar !
¡Ah ! ¡llegue presto ! — Salid
Veloces, granos de arena :
¡ Pasad !.... ¡caed !....—Mas¿ qué suena ?....

TIEMPO.

¡Ah !.... ¡ya responde Madrid !

(Música dulce y lejana.)

CORO, *distante.*

Venid, madrileños,
Venid á mi voz :
Salvemos la tumba
Del gran CALDERON.

IGNORANCIA.

¡Huid, madrileños!
Despreciad la voz
Que intenta halagaros
Con vana ilusion.
¿Qué os importa, amigos,
Que perezca, ó no,
La tumba de un hombre
Que á lances de amor,
Á usadas intrigas
De pobre invencion,
Á fútiles versos
Su ingenio aplicó ? —
¡Oh! ¡cuán perezoso
Camina el reloj !

TIEMPO.

El concurso acude
Cada vez mayor,
Y al templo dirije
Su paso veloz....

CORO, *de mas voces y mas cerca.*

Salvemos la tumba
Del gran CALDERON :
Salvemos al padre
Del drama español.

IGNORANCIA.

¡Oh rabia ! — Teneos ;

Que insultais á Dios,
Consagrando á un hombre
La ardiente ovacion
Que solo es debida
Al sumo Hacedor !
Cercano el instante
Señala el reloj !

TIEMPO

¡Ya Madrid entero
Al templo llegó !

CORO, mayor y aun mas cerca.

Entremos, salvemos
De vil deshonor
La tumba gloriosa
Del gran CALDERON.

IGNORANCIA.

¡Oh ! ¡pese al infierno!
¡Desoyen mi voz !
¡Mas ay! ¡aun es tiempo
De que triunfe yo!....
¡Los últimos granos,
Los últimos son!....
Ya llegó la hora!....

(Campanada.)

¡El templo se hundió!

(Gran ruido de desplomarse un edificio.)

TIEMPO.

¡Salvóse la tumba
Del gran CALDERON !

(Descúbrese en el foro un magnífico templo, en cuyo centro se eleva el sepulcro de Calderon, con su retrato ó busto, iluminado todo de un

vivo resplandor. Al pie del sepulcro está la Religion : á sus pies el Ingenio adorándola. Al mismo tiempo que esto aparece, la corona y cetro de la Ignorancia caen al suelo, y ella tambien á los pies del Tiempo, que le ha echado encima las cadenas, y amagándola con la segur, le señala el sepulcro. Música brillante.)

CORO.

Madrid generoso
La tumba salvó
Del ínclito padre
Del drama español.
Rindamos honor
Al poeta que admira la tierra,
Al genio sublime del gran CALDERON.

RELIGION.

La cristiana Religion
Te acoge en su templo santo,
Y te cubre con su manto
Tumba del sabio varon.
En esta augusta mansion,
Donde postrado el mortal
Adora al Ser eternal,
Descansa en tranquila calma,
Como descansa su alma
En la mansion celestial.

(Dirigiéndose á la Ignorancia.)

T tú, aborto del abismo,
Que hiciste al mundo temblar
Mostrándole en mi lugar
El monstruo del fanatismo :
Ya del largo parasismo
En que sepultado fué,
Despierta el hombre, y me ve
En mi forma verdadera,

Sin mas puñales ni hoguera
Que la esperanza y la fé.

En estos dones me fundo :
Que con la fé y la esperanza
Gloria en los cielos se alcanza
Y tambien gloria en el mundo.
Que sin el celo profundo
Que da la fé al corazon,
Sin el punzante aguijon
De la esperanza de nombre,
No hallara en su pecho el hombre
El fuego de inspiracion.

De esa inspiracion divina,
Rayo de lumbre fulgente,
Que purifica la mente
Y á los cielos la avecina :
No de la que el alma inclina,
Satánica inspiracion,
Á romper de la razon
Y de la virtud el freno,
Y revolcarse en el cieno
De su indómita pasion.

Ingenios de España, huid
Esa inspiracion bastarda,
Y del que esa tumba guarda
El alto ejemplo seguid.
No siempre en amarga lid
Rendido el hombre sucumba,
Si el vicio en torno retumba :
No le pinteis despeñado,
Y de Dios abandonado
Buscando amparo en la tumba.

No será : que al contemplar
Ese pueblo que á porfía
En este solemne dia
Sabe las letras honrar ;
Puedes, ¡ oh España ! exclamar :
« Alzo mi frente serena,
Y espero, de gozo llena,
Que tendrán con nuevo brillo,
La Pintura otro MURILLO,
Y otro CALDERON la Escena.

CORO.

Madrid generoso
La tumba salvó
Del ínclito padre
Del drama español.
Rindamos honor
Al poeta que admira la tierra,
Al genio sublime del gran CALDERON.

NOTAS.

LA CRÍTICA DE EL SÍ DE LAS NIÑAS.

Compuse esta comedia el año de 1848 para que se representase en una funcion dispuesta en el teatro de la *Cruz* con objeto de celebrar el aniversario del natalicio de *Moratin.*

Era *El Sí de las Niñas* la comedia que iba á hacerse; y de ahí me ocurrió escribir esta, que llamé, acordándome de *Molière, La Crítica de El Sí de las Niñas.*

El éxito que obtuvo no pudo ser mas satisfactorio. El público, que habia estado celebrando *El Sí de las Niñas,* como si se estrenara, aplaudió en mi comedia todo lo que se refiere á elogio de la de *Moratín;* y al aparecer su busto en la escena fue inmenso el entusiasmo que produjo.

Desde esta fecha puede decirse que *El Si de las Niñas,* hasta entonces casi desterrado del teatro, por la furiosa invasion *del género romántico,* ha vuelto á figurar en el repertorio ordinario, y cada vez con mas aceptacion : esto redunda en honor del público madrileño.

No podia ser menos! Entre cuantas obras dramáticas conozco, antiguas y modernas, *El Sí de las Niñas,* es en mi juicio la que mas se acerca á la perfeccion.

Moratin es el modelo del arte: todo el que quiera escribir con acierto para el teatro no debe estudiar otro.

El ingenio no se adquiere : se tiene ó no se tiene, segun Dios ha querido : si se tiene, no hay cuidado, que él saldrá. Lo que hay que adquirir es el modo de dirigirlo, de sujetarlo, no á reglas caprichosas, sino á los principios eternos del arte; y esto no se aprende mas que en *Moratin:* fuera de él, solo se aprende á ex-

traviarlo y perderlo. No hay que cansarse: Moratin se eclipsará en los periodos de corrupcion; pero en las restauraciones del buen gusto, él llevará siempre la bandera.

Una cosa que me propuse con empeño logré con mi comedia; y ahora me arrepiento de haberla logrado.

En los versos que se recitaron en el estreno de la obra habrá visto el lector el deseo que manifesté de que los restos de *Moratin*, que yacian en Paris, se trajesen á España. El pensamiento hizo fortuna; ó como ahora se dice, fué *creando atmósfera;* y cinco años despues un Ministerio, que sin duda hubo de respirarla, tomó el asunto en serio y llevó á cabo la traslacion.

El dia 12 de octubre de 1853 entraron en Madrid las cenizas de *Moratin* con gran solemnidad. Iban en un magnífico carro fúnebre, y les hacian cortejo los Ministros, las Autoridades y altos funcionarios, todos de grande uniforme, y un sinnúmero de personas entre literatos y demás gente distinguida. Llegó la comitiva á la iglesia de San Isidro, y en su bóveda subterránea quedó el ataúd depositado, hasta que se le lleve á un monumento *que se le ha de erigir.*

Hoy es, y el monumento no se le ha erigido, ni nadie se acuerda de ello. *Moratin* seguirá escondido en los sótanos de San Isidro; y gracias que, andando los tiempos, no llegue un dia en que, por quitar estorbos, saquen de allí la caja y echen los huesos en la fosa del cementerio general.

Así se hizo en *San Sebastian* con los de *Lope de Vega:* no seria ninguna novedad.

En Paris, *Moratin* estaba enterrado en el vasto y magnífico cementerio del *Padre La-Chaise*, que todo extranjero vá á visitar. El guardian que lo enseña es un hábil *Cicerone*, y al llegar á cierto sitio decia: « Este es el panteon de la familia *Silvela:* y aquí yace tambien el célebre escritor dramático *Moratin, el Molière español.* » — Así en efecto lo publicaba una inscripcion puesta en el monumento, que era de piedra, sencillo y elegante.

Allí, pues, no solamente estaba en sitio decoroso y visible, sino que su nombre sonaba diariamente en el oído de centenares de extranjeros, que quizá solo por eso le conocian.

Se le sacó de allí; se le trajo á España: como si hubiera caido en un pozo!

¿Necesito explicar por qué estoy arrepentido de haber hecho aquellos versos?

En los que se recitaron en el teatro el dia de la traslacion, en

1854, me ocurrió pedir igual gracia para *Melendez* y para *Cienfuegos*, que tambien murieron y están enterrados en Francia. Afortunadamente para ellos, esto no *creó atmósfera*. — No, por Dios! : bien están allá. Al ménos se sabe dónde yacen : puede el que quiera ir á visitar su sepulcro: no están, como el pobre *Inarco*, secuestrados de esa segunda existencia, escondidos en un sótano, expuestos á ir el mejor dia á la fosa comun.

Hay en mi Comedia alusiones que necesitan explicacion, porque se refieren á cosas que han desaparecido.

Lo primero que ha desaparecido es el teatro *de la Cruz*, en que pasa la accion. Era el mas antiguo de Madrid : ocupaba el sitio que hoy forma el trozo de la calle de *Espoz y Mina* que va desde la *plazuela del Angel* á la *calle de la Cruz*.

Página 424. — « Y su *Licéo* los jueves, y su *Muséo* los miércoles, y su *Instituto* los sábados... »

Eran estas tres Sociedades que se habian formado, sostenidas por contribucion mensual de los socios, en que se hacian Comedias de aficionados.

Habia otras además: una de ellas la *Union*, que se cita en la página 447.

Página 434. — « ...*El Café* y *El Baron* y *La Mojigata*... »

En el teatro del *Príncipe* y en el del *Instituto* se celebró tambien el aniversario de *Moratin :* en el primero con *El Baron* y la *Comedia Nueva* (conocida por *El Café*) y en el segundo con *La Mojigata*.

En el teatro del *Instituto*, escepto los sábados que era el dia de la funcion de Sociedad, daba representaciones públicas una Compañía cómica.

Página 447. — « ...en la calle de *Enhoramala — vayas*. »

Existía efectivamente esa calle, y en ella un teatro de aficionados, que duró muchos años. Despues se le mudó el nombre á la calle : hoy se llama *Travesía de la Parada*.

FANTASÍA DRAMÁTICA.

Limitado por las calles de *Preciados*, de *Valverde* y del *Barco*, habia un antiguo convento, llamado de los *Basilios*, en el cual, poco despues de la supresion de las órdenes religiosas, se

estableció un teatro. Ya no existe : el convento ha sido demolido recientemente, y en su solar se fabrican casas.

Ocurrióle á la Compañía que trabajaba en aquel teatro el año de 1859 solemnizar el dia 25 de Noviembre, aniversario del natalicio de *Lope de Vega;* y me consultó el pensamiento, reclamando mi cooperacion. Prestéme á ello, y con muy pocas alteraciones logré reducir á escena fija la linda comedia del *Fenix* de los ingenios, titulada *El premio del bien hablar ;* para la cual compuse, en forma de *prólogo* y *epílogo*, esta *Fantasía dramática.*

Hízose la funcion, y el público la aplaudió con entusiasmo.

La *Fantasía* se ha repetido despues varias veces, así en Madrid como en las provincias, para celebrar el aniversario de *Lope.*

Si se quiere representar con cualquier otra de sus comedias, puede hacerse, con las variaciones siguientes :

1ª PARTE.

Páginas 463, 467, etc. — Donde dice : *El premio del bien hablar,* póngase el título de la Comedia que vaya á hacerse.

Página 469. — En vez de lo que hay, dígase esto :

BENITO.

Ay, señor Lope, que aun es tiempo! No podriais atajarme esta salida ? (Mostrándole el papel.)

LOPE.

Cuál?

BENITO.

Esta : es tan desairada! — Aquí me la atajais en un momento.

LOPE.

Si ya van á empezar : no hay tiempo.

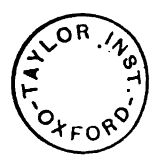
Página 470.

BASURTO.

Y cuándo? y cómo? (Suprímase lo demás que dice.)

La décima final sustitúyase con esta :

Si haciendo vuestros papeles
Dais al auditorio gusto,
Con vosotros, como es justo,
Dividiré mis laureles.
Sed mis intérpretes fieles.
La orquesta dá la señal:
Á su puesto cada cual,



Hijos, y hacedlo de modo
Que clame el público todo:
« Víctor Lope y su corral! »

En la 2ª Parte no hay que variar nada.

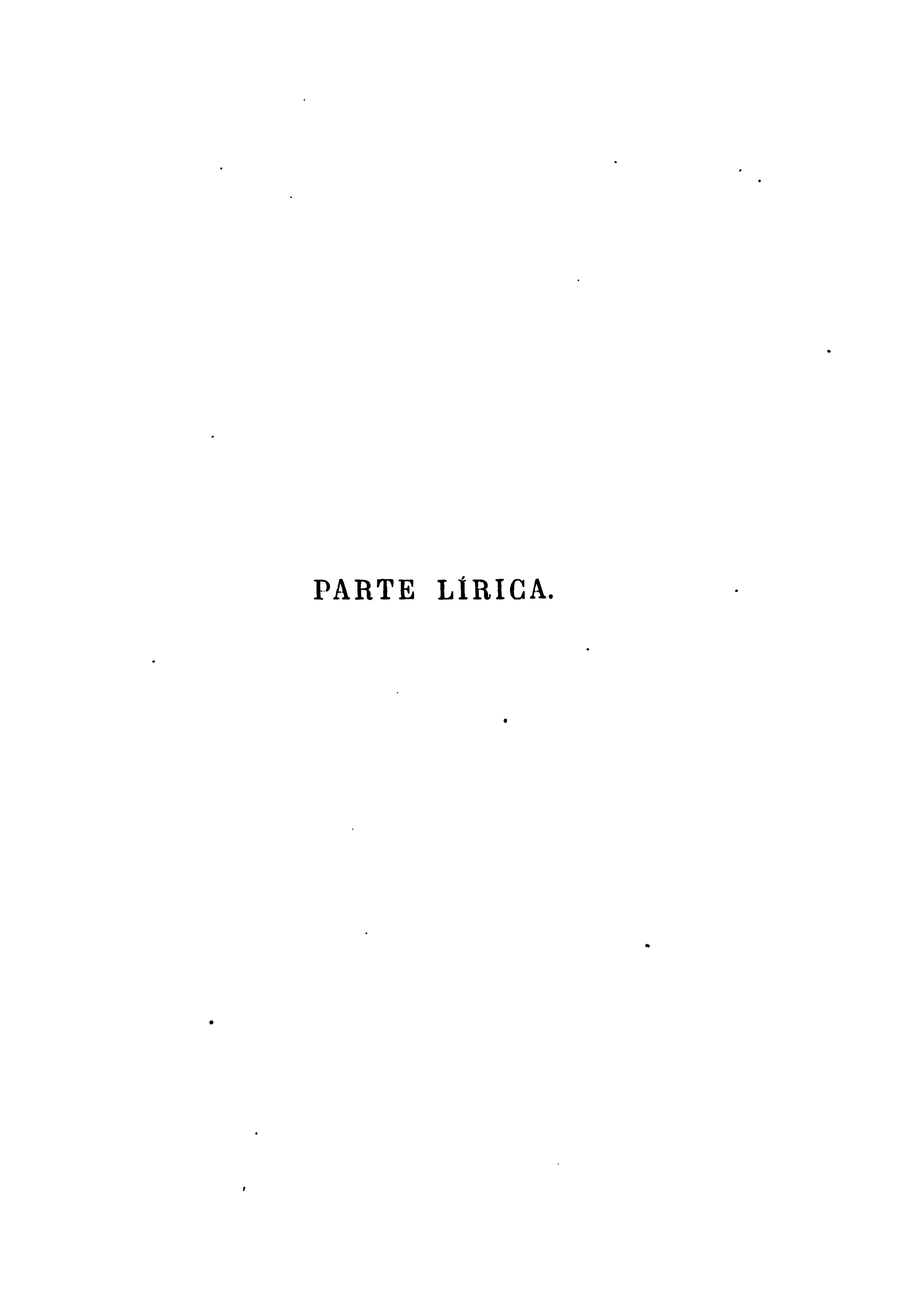
LA TUMBA SALVADA.

Amenazaba ruina la iglesia del *Salvador*, situada en la calle *Mayor*, esquina á la de *Luzon*, frente á la *plaza de la Villa*. Acordóse su demolicion; y al estarla verificando, corrió la voz de que allí se hallaba enterrado nuestro gran *Calderon*. La piqueta oficial no se detenia por eso; y tuvieron que darse mucha prisa algunos amantes de las glorias patrias para llegar á tiempo de sacar de entre los escombros los huesos del inmortal poeta.

El dia 18 de Abril de 1841 se llevaron con gran solemnidad en un carro fúnebre al cementerio de la *Sacramental de San Nicolás*, donde quedaron colocados en un nicho, que para el efecto habia sido destinado á perpetuidad por los individuos de aquella cofradía. — En el mismo nicho continúa.

Numerosísima fué la comitiva que acompañó el féretro, y compuesta de lo mas distinguido que en ártes, letras, ciencias y posicion social encierra Madrid.

Por la noche se ejecutaron en todos los teatros Comedias de aquel preclaro Ingenio; y en el de aficionados que existia en el *Licéo* (sociedad *artística literaria* sostenida por contribucion de sus socios), se representó *Casa con dos puertas* y esta *Loa*, que para aquella solemnidad compuse, y cuya música hizo el distinguido maestro don. Mariano Martin.



PARTE LÍRICA.

PARTE LÍRICA.

Á DON ALBERTO LISTA

EN SUS DIAS.

—

ODA.

Del blando lecho de *Titon* hermoso
La sonrosada Aurora
Gallarda se lanzó: rauda traspasa,
Precursora del astro refulgente,
Los piélagos de Tétis,
Y á los campos llegó que riega el Bétis.

Oye la lira y el cantar sonoro
Del inmortal *Fileno*,[1]
Que la *inocencia* lamentó *perdida;*
El vuelo enfrena, y al felice vate
Que admiracion inspira,
« ¿Qué cantas, dice, en la templada lira? »

« ¿Segunda vez, acaso, la inocencia,
De la tierra alejada

1. *Reinoso,* autor del poema *la Inocencia perdida;* compañero y amigo de Lista.

Lamentas, ó de nuevo el fiero trono
Que la supersticion erige altiva
Y el negro fanatismo,
Lanzas á la mansion del hondo abismo? » —

« No, le responde el vate, interrumpiendo
Su dulcísimo canto:
El fiero monstruo que mi voz hundiera,
Para siempre le hundió: la virtud pura
Á la tierra tornada,
Tiene en ella por fin digna morada. »

« Que Anfriso nace; y la virtud sublime,
La cándida inocencia
Fugitivas doquier, buscando errantes
Asilo do morar, vieron su pecho
Y en su pecho anidaron,
Y virtud é inocencia le inspíraron. »

« Este dia feliz, cuyos albores,
Bella Aurora, derramas,
Le vió nacer: el caudaloso Bétis,
Torciendo ufano su corriente pura,
Besar la cuna quiso
Do reposaba el envidiado Anfriso; »

« Y la orgullosa frente levantando,
De laurel coronada,
Al sacro *Tajo*, al rápido *Garona*,
Y al *Ródano* y al *Pó* y al *Manzanares*
La vista audaz tendia,
Clamando ufano: « la victoria es mia! »

« En su cándida mente el mismo Apolo
La ternura derrama
De Anacréon, y del sublime Horacio

La poderosa enérgica armonía;
Baja del Pindo y llega
Y su templada cítara le entrega. »

« Anfriso canta; y Píndaro y Horacio
Y cien vates y ciento
Cantan, y ceden al cantor del Bétis,
Y la vencida cítara deponen ;
Y el coro de Helicona
Su docta frente de laurel corona. »

« Ya las cuerdas hiriendo dulcemente,
Las blandas guerras canta
De la madre de Amor; ya mas robusta
La voz engrandeciendo, tu salida,
Del dia precursora,
Mensajera del Sol, celeste Aurora. »

« Canta *la tolerancia*,[1] y á sus ecos
La espelunca horrorosa
Crujiendo se desploma, y sus ruinas
Y sus ministros bárbaros consume
La hoguera aborrecida
En su seno por siglos encendida. »

« Pregunta al justo, quién el dulce encanto
De la virtud divina
En su pecho inspiró : pregunta al malo
Quién su maldad impávido combate;
Pregunta á los pastores
Si amores sienten cuando canta amores. »

« Á mi pecho pregunta, do se anida
Inextinguible fuego

1. Alude á la oda de *Lista* que lleva ese título.

De sagrada amistad. Sí, caro *Anfriso*,
Tuya es mi voz, mi dulce risa tuya,
Tuyo mi triste llanto,
Mi voz, remedo informe de tu canto. »

Dijo *Fileno*; y con el plectro de oro
Hirió la acorde lira;
Y en los senos del Bétis cristalino
El canto resonó. La frente alzando
El Dios lo escucha atento:
Callan las aves: enmudece el viento.

1823.

CANTO ÉPICO.

Á fines del año de 1827, casi todo el campo de Cataluña se habia sublevado y puesto en armas en sentido carlista. Promovió este levantamiento el partido teocrático, descontento de verse alejado de los Consejos del Rey, en quien á la sazon ejercia influencia la fraccion realista mas ilustrada y tolerante.

Dirigido por ella, marchó Fernando VII al Principado, á ponerse al frente de las tropas que allí habia; pero con una proclama que dió, en que prometia olvido y perdon, depusieron las armas los insurgentes, y todo quedó concluido.

El partido liberal miró este triunfo como suyo; y ya nos figurábamos tener conquistado al Monarca, y divisar un horizonte color de rosa; así es que la entrada de *Fernando* en Madrid, de vuelta de su expedicion, fué celebrada con verdadero entusiasmo.

El Ayuntamiento dispuso magníficos festejos: arcos triunfales, danzas, fuegos, iluminaciones, toros, funciones alegóricas en los teatros. Ofició á *D. José María de Carnerero, á D. Manuel Breton de los Herreros, á D. Juan Bautista Alonso* y á mí, pidiéndonos versos, que todos hicimos, y que imprimió en un cuaderno, con la relacion circunstanciada de las fiestas.

La composicion que yo envié fué el presente *Canto épico*.

AL REY DON FERNANDO VII

EN SU VUELTA Á MADRID, DESPUES DE PACIFICAR LA CATALUÑA.

—

CANTO ÉPICO.

Hijos de Iberia : los que el muro alzado
Circunda invicto de la gran Sevilla :
Los que enfrena en su término sagrado
Del gaditano mar la ardiente orilla :
Noble Gallego : Cántabro esforzado ;
Los que sustenta la feráz Castilla :
Mi voz por vuestros campos se dilate ;
La lira pulse el inspirado vate.

No el sangriento laurel bañado en lloro,
Que orló la frente al vencedor de Iena,
Cantaré ; oh patria ! que mi lira de oro
Nunca entre horror y mortandad se suena.
No el brazo vengador que al torvo moro
Lanzó de Libia á la abrasada arena ;
Ni al tremendo cañon de Navarino,
La rota entena, el abrasado lino.

Otro eternice su funesto nombre,
Cuando las lides y la muerte entona ;
Y al escucharlo en el hogar se asombre,
Y al hijo estreche la infeliz matrona :

Jamás el hombre degollando al hombre
En los horrendos campos de Belona
Á mi blando laúd fué digna hazaña :
Pueblos, yo canto al bienhechor de España.

Tú, númen tutelar del pueblo Ibero,
Tú, domador de la morisma impía,
Que en la mezquita del Alarbe fiero
Los pendones dejaste de María ;
Tú que á Fernando el áspero sendero
Mostrar supiste que al Empíreo guia,
Tú me inspiras; y mi voz al aire dando,
Cantaré las virtudes de Fernando.

Á la sombra de un sauce reclinado,
Que retrata en su linfa Manzanares,
Dó en otro tiempo el corazon llagado
Se exhalaba en tristísimos cantares ;
Al dulce olor del viento embalsamado,
Libre el pecho de bárbaros pesares,
El astro hermoso de la luz miraba,
Que á los mares atlánticos bajaba.

Entre celajes su encendida hoguera
Por el ancho horizonte se derrama,
Y al terminar la plácida carrera,
Templada brilla su fulgente llama :
El fuego inspirador mi pecho altera;
La voz se eleva, el corazon se inflama ;
Y arrebatada vuela mi memoria
Á los pasados siglos de la historia.

Miro á Régulo impávido marchando,
Entre el clamor de la llorosa plebe,
Donde el fiero sayon le está esperando,
Y perecer entre tormentos debe :

Á Aníbal miro con su hueste hollando
De las alpinas cumbres la honda nieve ;
Y á un ejército entero haciendo frente
Á Cócles miro en el cortado puente.

Vagaba así mi ardiente fantasía ;
Y entre el bullir de las inquietas olas
Manzanares su frente descubría,
Coronada de juncos y amapolas;
En la siniestra mano suspendía
El blason de las armas Españolas :
Así suena su voz; y humilde para
Su blando ruido la corriente clara.

« ¿Por qué de Roma tu ofuscada mente
Hazañas busca en la remota historia?
¿Para asombrar á la futura gente
No basta acaso la Española gloria ?
Cuando virtud y honor tu lira intente
Eternizar del mundo en la memoria,
Los campos corre de la madre España,
Y cada monte te dirá una hazaña.

Tiende la vista á la encumbrada peña
Donde el Astúr su independencia adora ;
Mira de Cristo á la triunfante enseña
Despavorida la falange Mora :
Mira humillada la soberbia Isleña
Ante la Ibera hueste vencedora :
El abatido orgullo de la Francia ,
Los abrasados techos de Numancia.

Mas ¡ ay ! ¿qué grito de victoria suena,
Al repetido herir del arpa de oro ?
¿Porqué el ronco cañon súbito truena ?
Á quién celebra el Matritense coro ?

¿Oyes el himno que los aires llena?
¿Oyes del parche el retumbar sonoro;
Y en las torres del templo estremecido,
El trémulo sonar del bronce herido?

Victoria clama al inmortal Fernando
La campiña en que el Ebro se derrama:
El clarin de la Fama retumbando,
Gloria á Fernando, por los aires clama.
Llegó, miró, triunfó; pero triunfando,
No la venganza el corazon le inflama,
Que si humillarlos el Monarca anhela,
Tambien Amalia á perdonarlos vuela.

En el regazo de la paz amiga
La venturosa España reposaba:
El labrador descanso á su fatiga
En el hogar pacífico encontraba:
Con blando susurrar la rubia espiga
El inocente céfiro halagaba;
Y el libre arroyo, rápido saltando,
Iba las florecillas salpicando.

Truena indignada la tartárea roca,
Y envuelto lanza en encendida nube
Del negro Averno la escondida boca
Al triste mundo el infernal Querube:
Muere la yerba que su planta toca;
El ronco ahullido hasta el Empíreo sube;
Y vuela ardiendo en furibunda saña
Á los campos católicos de España.

De su fétido aliento el soplo inmundo
Los catalanes campos infestando,
Vierte el veneno que abortó el profundo
En corazones que rigió Fernando.

Guerra declara al angustiado mundo :
Fiero convoca el seducido bando :
Su voz envuelta en macilenta llama,
¡ *Victoria al Orco !* enronquecida clama.

Su voz retumba en la celeste almena,
Dó resplandece el Serafin armado :
En la diestra del Dios que el mundo truena,
El rayo vengador bulle indignado.
No á quebrantar la bárbara cadena
Vuela otra vez el escuadron alado :
Tú, Fernando, serás : dijo el Eterno ;
Y temblaron las huestes del Averno.

Entre los brazos de su dulce esposa,
Fernando oyó la voluntad del Cielo :
Al campo vá ; y Amalia congojosa
En llanto de dolor inunda el suelo.
« — Marcha, le dice, y de la paz hermosa
Torna á la Iberia el bienhechor consuelo :
La verde oliva enlaza á tu corona :
Vuela, Esposo, á triunfar ; triunfa y perdona. — »

No armando el brazo de tajante acero
Hiere el bridon con bélico acicate :
No circundado de escuadron guerrero
Lánzase airado al funeral combate :
Inerme y solo en el tumulto fiero
Su noble frente al sedicioso abate :
Y huye, la rabia inútil exhalando,
El infernal espíritu bramando.

Huella Fernando la estinguida tea ;
Y el rayo de la paz brilla mas puro :
Ni en sangre tinta la campaña humea,
Ni ostenta escombros de rompido muro.

El pendon de concordia al aire ondéa,
Al ronco retumbar del bronce duro;
Y entre el rumor de armónicos cantares
Torna Fernando á sus augustos lares.

Por contemplar su rostro soberano,
¡Cuál corre el pueblo con ardiente anhelo,
Y en sus trémulos brazos el anciano
Alza gozoso al tierno nietezuelo....!
Pulsa el laúd; que si el acento humano
Á tanto puede remontar su vuelo,
Tu canto, por la fama conducido,
Vencerá las injurias del olvido.

Yo cantaré, mientras la mente mia
El soplo celestial fecundo inflame,
Y el puro rayo del luciente dia
En mí su influjo inspirador derrame.
Por cuanto el claro sol su luz envia,
Tu triunfo ¡Oh Rey! el universo aclame:
Tú enjugaste de Iberia el triste llanto:
Tuya es mi débil voz; tuyo mi canto.

Tú, dulce Amalia, de virtud modelo;
Tú, del pueblo Español amparo y guia,
Á quien su lumbre inspiradora el Cielo,
Y su arpa de oro el Serafin confía;
Si de tu voz el remontado vuelo
Seguir intenta osada la voz mia,
Grato será á tu pecho generoso;
Que glorias canto de tu dulce Esposo.

Á tí, padre del pueblo que te adora,
Lleguen los ecos de mi humilde lira;
Y mi voz de los siglos vencedora
Será, gran Rey, si tu virtud me inspira.

Ya del Ocaso á la radiante Aurora
La ilustre gloria de tu nombre gira :
Ya por los aires resonar se escucha :
« ¡Gloria inmortal al que venció sin lucha ! »

Agosto de 1828.

CANTATA EPITALÁMICA

EN LAS BODAS DE FILENA.

AMOR, HIMENÉO.

AMOR.

Númen que el mundo adora y aborrece,
Himenéo tirano,
Destructor inhumano
De la hermosura que mi imperio ofrece,
¿ Qué te conduce aquí ? ¿ tornas de nuevo
Con tu falaz promesa
De falsas alegrías,
De caducos placeres,
Y de las ninfas mias
La mas hermosa arrebatarme quieres?

Alado cefirillo,
Yo haré que eternas, espirando olores,
Vivan las gayas flores
De ese pensil donde contento vagas,
Si vuelas hoy al bárbaro Himenéo,
Y el ala bates y la antorcha apagas
Que entre sus manos agitarse veo.

Terrible Dios, piedad! Esa *Filena*
Es la columna del imperio mio :

Su palpitante pecho es la azucena
Donde oculto me rio
Acechando rebeldes corazones
Que hieren mis arpones,
Y rindo por despojos
Á la celeste lumbre de sus ojos.

¿ Has visto al huracan enfurecido,
Que con bramido ronco,
En el verjel florido
Abate el verde tronco
Que sustentaba ufano
Tres hermosos claveles?
Pues tú, númen tirano,
Tú eres el huracan de mis verjeles?
Tú destrozas mis flores?
Tú dejas, ¡ ay!, el mundo sin amores!

Tente, importuna Aurora,
Funesta precursora
Del malhadado dia;
Tente, no alumbres la desdicha mia!
Contempla de tu esposa,
Feliz *Titon*, la cándida hermosura;
No permitas que parta presurosa,
Y con amantes lazos
Estréchala en tus brazos;
Nadie sus quejas alzará al Olimpo;
Que cuando asoma á la aflijida tierra,
Su antorcha alumbra solo
Rencor y llanto y dolo,
Y negro crímen, y sangrienta guerra.

Inútil demandar! : por el oriente
La pérfida anunciando el triste dia

Muestra su faz riente.
Oh! desventura mia!
Es ella, sí!... ni escucha mis gemidos,
Ni le duele mi pena!...
Lució! Lució! — Funesto en mis oidos
El canto epitalámico resuena!
Á Dios, crudo Himenéo :
Yo parto : vendrá un dia
En que la ausencia mia
Despierte tu dolor.
Que nunca á tus esposos
Darás dulces instantes,
Si no los hace amantes
La flecha del Amor.

HIMENÉO.

Bellas ninfas del patrio Manzanares,
Á Himenéo cantad. — La linda Aurora,
De los tranquilos mares desprendida,
Se alza al Olimpo ya, y al Dios del rayo
Del nuevo Sol anuncia la salida. —
Sol de himenéo, ven! tu inmensa llama
Del enlace dichoso
Digna antorcha será : tu lumbre pura
Que el universo llena,
Refleje de *Filena*
La cándida hermosura.
El *sí* pronuncia; y de carmin bañada
La nieve de su frente,
Dirige su mirada
Placentera, inocente,
Al esposo felice,
Y — « tuya soy » — le dice.
En sus amantes brazos se reclina,
Y al beso conyugal modesta ofrece

La púdica mejilla ruborosa,
Como al soplo del céfiro se mece
Sobre tallo gentil purpúrea rosa.

No apagues la pura llama
Que en su corazon ardia,
Si tú la victoria mia
Quieres, Amor, coronar.
Guarda benigno en su pecho
De tu dulce fuego un rayo,
Como alumbra el sol de Mayo,
Que brilla sin abrasar.

AMOR.

Á qué me llamas? De tu triunfo goza,
Y gózate en mi duelo;
Que yo al regazo de mi madre vuelo.

HIMENÉO.

Yo en tu duelo gozar! yo que mi triunfo
Á coronar te llamo!
Qué es sin tí mi poder? qué es Himenéo
Si en torno Amor no vuela?
Raudal fecundo que el invierno hiela! —
Mil veces de tus ninfas
Dispuse á mi placer; ¡en cuántos pechos
Ard la dulce llama
De conyugal amor, y de tu templo
Por siempre los robé! Nunca en tu rostro
El llanto ni la pena...

AMOR.

Ay! que no me robabas á *Filena!* —
El lindo pié de *Amira*,

Cuando en la danza volador giraba,
Un corazon me daba;
Los ojos de *Glicera*,
Cuando vivas centellas despedian,
Un pecho me rendian;
El cabello de *Lesbia*,
Cuando al soplo del céfiro ondeaba,
Un alma me entregaba;
Mas, ay! en mi *Filena*
El talle, el pié, los ojos, el cabello,
Todos eran arpones,
Todos me cautivaban corazones!
Tirano! y tú me robas
La que mas triunfos á mi imperio daba! —
Á Dios! en esta encina
El arco inútil colgaré y la aljaba.
Yo parto : Amor ausente
La rosa virginal de su inocencia
No verá deshojar...

HIMENÉO.

Amor, detente.
Cuelga á tus hombros la dorada aljaba,
Vuelve á empuñar el arco omnipotente.
No cual ciego imaginas
Tu imperio feneció. La vista torna :
Mil ninfas peregrinas
Tus leyes obedecen,
Y á las agudas puntas de tus flechas
El inocente corazon ofrecen.
Y crecerá tu imperio. — De *Filena*
El escondido porvenir dudoso
Yo en las oscuras páginas he visto
Del Destino inmutable y misterioso.
Larga prole de hermosas dar promete

Á su materno amor : que tuyas sean ;
Para tí crecerán, en hermosura
Iguales á *Filena*,
De candor, de virtud, de gracia ejemplo ;
Y en sazonado fruto
Yo cien *Filenas* te daré en tributo
Por una sola que robé á tu templo.
Injusto Dios vendado,
De este modo Himenéo
La ruina de tu imperio ha decretado !

Has visto al huracan enfurecido
Arrebatar bramando
La rosa nacarada,
Honor de la pradera,
Del ámbar perfumada
Aliento de la dulce primavera?
La roba, sí ; mas por el blando suelo
Sus pétalos derrama,
Y al punto brota la fecunda tierra ;
Y el campo engalanado
Así cien flores goza
Por una flor que el huracan destroza.

AMOR.

Qué flor en mis verjeles
Igualará á la flor que tú me robas ?
Mi poder acabó : rebelde el mundo
Burlará mi cadena.
Mortales, respirad : perdí á *Filena !*

HIMENÉO.

No la perdiste, Amor. — Si es tu deseo
Solo flechar incautos corazones,
No la perdiste, Amor.

AMOR.

Habla, Himenéo!

HIMENÉO.

Nuestro poder unamos
Y de *Filena* hermosa
El tormento y placer del mundo hagamos.
Yo su mirada artera,
Su sonrisa hechicera,
Su habla encantadora,
Su mano de marfil, su pié gallardo,
Te cedo desde ahora :
Solo su corazon para mí guardo.
Escóndete en la nieve de su pecho,
Asesta tus arpones,
Cautiva corazones :
Cien amantes heridos
Adórenla rendidos;
Y á la virtud ligada
Por mágica cadena,
Á su esposo no más ame *Filena*.

AMOR.

Ven, hermano de Amor, ven á mis brazos!
Oh! dicha inesperada!
Qué otra victoria á mi poder agrada?
Herir sin ser herida
Es de mis ninfas ley : ame en buenhora
Á su feliz esposo;
Que á mí me basta, oculto entre los rizos
De su negro cabello,
Ó en los hoyuelos de su dulce risa,
Ostentar mi poder flechando el seno
De cien y cien amantes,
Que caigan delirantes

À sus plantas rendidos,
Y de amor y desden á un tiempo heridos.

HIMENÉO.

Oh! venturosa union! — Llévense luego
Los vientos del olvido
La contienda fatal. — Amor, volemos;
Y el tálamo de rosas coronando,
El enlace feliz juntos cantemos.
Bajad, del sacro Olimpo
Alados moradores!

AMOR.

El lecho orlad de flores,
Ministros del Amor.

HIMENÉO.

Goce *Filena* hermosa
Perpetua primavera.

AMOR.

Nunca su pecho hiera
La espina del dolor.

HIMENÉO.

Yo haré que en dulce dicha
Correr sus años mire.

AMOR.

Yo haré que el orbe admire
Su mágica beldad.

HIMENÉO.

No perderá su talle
La esbelta gentileza.

AMOR.

Triunfará su belleza
Del tiempo y de la edad.

EL POETA.

Y tú perdona, si mi humilde lira
Tu hermosura á cantar y la alta pompa
De tus ilustres bodas hoy se atreve.
Cese ya la ficcion : no es á *Filena*
À quien mi canto suena :
À ti, *Señora*, que la noble frente
De majestad y de candor ceñida
Entre hermosuras tantas,
Gloria y adorno de Madrid, levantas,
Cual suele en la pradera
Cuando á la excelsa nube
Alto ciprés entre tomillos sube.
Tu frente, sí, tu frente á quien por alto
Misterioso decreto roba el cielo
La diadema esplendente
Que de tu grande abuelo
El Sabio Alfonso coronó la frente[1]

Mas qué digo, insensato! — ¿Acaso pudo
El imperio arrancarte? —
Natura te le dá. — Mira á tus plantas, —
— Si la sangre Real hierve en tus venas,
Y te agradan despojos, —
Cuantos te ven, vasallos de tus ojos!

1. La novia era doña Josefa de la Cerda y Palafox, hoy condesa de Oñate.

IMITACION DE LOS SALMOS.

¡Ay! no vuelvas, Señor, tu rostro airado
    Á un pecador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
    La senda del delito.

Y en tí, humilde, ¡oh mi Dios! la vista clavo;
    Y me aterra tu ceño;
Como fija sus ojos el esclavo
    En la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
    Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
    Junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
    Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
    El impuro instrumento.

Levántate del polvo, arpa sagrada
    Henchida de armonía!
Y tú, por el perdon purificada,
    Levántate, alma mia!

Y yo tambien al despuntar la aurora
    Y por el ancho mundo

Cantemos de la diestra vengadora
    El poder sin segundo.

Te cantaré, ¡oh mi Dios! cuando te plugo
    Bajo tu amparo y guia
Á Israél acoger, que bajo el yugo
    De Faraon gemia.

Del tirano en el pecho diamantino
    Pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino:
    Soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
    Ancha senda le ofrece:
Síguelo Faraon... — La mar serena
    Lo traga, y desparece.

Viólo el Jordan, y huyó: monte y collado
    Cual tierno corderillo
Saltaron de placer: el risco alzado
    Cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿por qué tus aguas dividiste,
    Y á Faraon tragaste?
¿Por qué, humilde Jordan, retrocediste?
    Monte ¿por qué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra.
    Las trompetas sonaron :
¡Paróse el sol, y *Gabaon* se aterra;
    Y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura
    Agua en mansa corriente,
Y aplacó de tu pueblo su dulzura
    Allí la sed ardiente.

« Canta, Israél, al Justo, al Fuerte, al Santo,
« Al que enjugó tu lloro :
« Acompañe la cítara tu canto.
« Y el tímpano sonoro. »

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
Osado el marinero,
Y pide al polo el que la mar le niega
Ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro süave;
Y el hondo mar turbando
Cruzan los vientos, y la triste nave
Combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
Al abismo horroroso;
Ruge el trueno : veloz el aire hiende
Tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
Lo miras con ternura. —
El vendaval es céfiro : el hinchado
Mar tranquila llanura!

« Canta, Israél, etc. »

Los tiranos del mundo en liga impía
Para el mal se adunaron,
Y á la incauta Israél « Dios nos envia! »
Desde el sólio gritaron.

Y entre sí concertados : « Fiera lucha
« Al justo renovemos :
« Blasfememos, que Dios no nos escucha :
« Dios no vé : degollemos. » —

Dijeron, y no son. — Su raza impía
    Cual humo se deshizo. —
¿No oirá quien dió el oido? ¿no vería
    El que los ojos hizo?

« Canta, Israél, etc. »

Los impios que tus casas allanaron
    De uno al otro horizonte,
Y con hachas sus puertas destrozaron,
    Como leña del monte.

Los fuertes que se alzaban, cual montaña
    Que á las nubes se eleva,
Desparecieron como débil caña
    Que el huracan se lleva.

Los robustos de *Edón*, y los tiranos
    De *Moáb*, ¿qué se hicieron?
El Señor los miró, y abrió sus manos,
    Y al abismo se hundieron!

« Canta, Israél, al Justo, al Fuerte, al Santo,
    « Al que enjugó tu lloro:
« Acompañe la cítara tu canto,
    « Y el tímpano sonoro. »

1826.

EL CANTO DE LA ESPOSA.

(Imitacion del *Cantar de los cantares.*)

Ven á tu huerto, Amado;
Que el árbol con su fruto te convida,
Y el céfiro callado
Espera tu venida :
Tú al céfiro y al huerto das la vida.

La aurora nacarada
Desdeña esquiva la purpúrea rosa,
Á la tierra inclinada :
La abeja silenciosa
Ni en torno gira, ni en la flor se posa.

Ni á su consorte halaga
El ruiseñor, sin tí, cantando amores;
Ni mariposa vaga
Entre las gayas flores,
Desplegando sus alas de colores.

Ven á tu huerto, Esposo;
Ven á gustar las sazonadas pomas,
En mi seno amoroso;
Ven, que si tú no asomas,
Sin tí mi seno es huerto sin aromas.

Ven, que por ese prado
El Sol ardiente tus mejillas tuesta :

Aquí el roble copado
Blanda sombra nos presta,
Y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo en mi morada;
Mas del Esposo, el corazon velando,
Espera la llegada.
Ya oí su acento blando;
El Esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO.

Abre, Esposa querida;
No te detengas, no, consuelo mio;
Ábreme por tu vida;
Que yerto estoy de frio,
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA.

Ay! que el desnudo pecho
Temo al aire sacar, Esposo amado,
De mi caliente lecho! :
Ay ! que el pié delicado
Temo llegar al pavimento helado!

Sus dedos el Esposo
Entró por los resquicios de la puerta:
Á su tacto amoroso
Mi corazon despierta,
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.

Alcéme presurosa
Para abrir al Esposo que esperaba,
Y mirra muy preciosa
Mi mano destilaba,
Que corrió por los gonces de la aldaba.

Mas el Esposo amado
No me esperaba, ¡ay triste!, y era ido
Celoso y despechado!
Mi acento dolorido
Llámalo, y no responde á mi gemido!

Los guardas me encontraron
Que la ciudad custodian, y me hirieron,
Y el manto me quitaron;
Como sola me vieron,
Y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judéa,
Si por dicha encontrais mi fugitivo,
Decidle que no sea
Con su adorada esquivo,
Que ya morada y lecho le apercibo.

¿Conoceis por ventura,
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura
Como el cedro eminente,
Y bruñido marfil su tersa frente.

Conocereis quién sea,
Si al verle os encendeis en fuego vivo.
Doncellas de Judéa,
Traedme al fugitivo;
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

1825.

VILLANCICOS

QUE SE CANTARON EN PALACIO, LA NOCHE-BUENA DE 1844.

CORO.

Al himno que los ángeles
Entonan en el cielo
Unamos nuestros cánticos
Desde el humilde suelo:
Cantad, cantad, mortales,
Al niño Redentor.
Hossana al unigénito
Que del celeste trono
Hoy baja á ser la víctima
Del mundanal encono.
Hossana al que desciende
En nombre del Señor!

COPLA QUE CANTÓ LA REINA ISABEL.

Cual de remotos climas
Los Reyes se acercaron,
Y humildes adoraron
La cuna de Belén;
Permite que, depuestos
Corona, cetro y manto,
En tu pesebre santo
Te adore yo tambien.

COPLA QUE CANTÓ LA INFANTA LUISA, SU HERMANA.

La estrella rutilante
Que al pueblo señalaba
La senda que guiaba
Al místico portal,
De la virtud cristiana
La senda me ilumine,
Y salva me encamine
Al reino celestial.

COPLA QUE CANTÓ LA REINA MADRE DOÑA MARÍA CRISTINA.

Á tí, que en esta noche,
Bañada en llanto tierno,
De dulce amor materno
Sentiste el vivo ardor;
Te ruego, oh vírgen Madre!
Que el sacro manto extiendas
Sobre las caras prendas
De mi materno amor!

Á MIS AMIGOS.

No muera, amigos, en el pecho helado
Tímido el fuego creador del genio :
Llega el momento en que la lira el libre
Cántico suene.

Ese que os hizo de abundante vena
Rico presente la deidad del Pindo,
No es vuestro solo ; de la patria es feudo :
Ella lo pide.

Ay ! de la patria !... preguntar os oigo :
« Dó está la patria?... al corazon no llega
« Del que contento en la cadena vive
« Himno sonoro. »

« Francia que el trono de ignominia, alzado
« De Waterlóo sobre los muertos héroes,
« Fiero padron de servidumbre indigna
« Rompe y sepulta. »

« Francia en buen hora renacer la dulce
« Lira contemple en que cantaba Horacio
« Rotos al bote de romana lanza
« Partos y Medos. »

« Goce al cantor de las *Mesenias*,[1] goce,
« *Alfonso*,[2] tu gigante númen;
« Píndaros tenga la que tiene tantos
« Héroes cual hijos. »

« Ay! de nosotros! — Sobre todos cruje
« Látigo alzado déspota altanero,
« Y hunde en el polvo y con la planta huella
« Liras y leyes! » —

Sí; mas la Musa que inspiró el robusto
Son que la trompa eternizó de Herrera,
Cuando Lepanto enrojeció con turca
Sangre sus olas;
Y la que tierna suspiró en Rioja,
La que del *Tórmes* encantó las aguas,
Todas llorosas os demandan nuevas
Aras y culto.

« Jóvenes, dicen, á la dulce sombra
De ese laurel que vuestra frente anhela,
Santa amistad y poesía junten
Vates hermanos.

Harto las iras de belleza ingrata
Supo ablandar enamorado canto,
Y vuestra lira enguirnaldó de rosas
Alma ciprina.

Otros acentos las Pimpléas aman,
Cuando despunta suspirada aurora;
Pruebe á lanzar el inflamado plectro
Ronca tirtéida.

1. Casimiro Delavigne. — 2. Lamartine.

Veis? ya Pirene de sus cumbres lanza
Hijos de Iberia que á salvarla vienen [1].
Veis? ya el tirano en su caduco trono
Pálido tiembla!

Caros alumnos! á la nueva patria,
Ya desligada de servil coyunda,
Himnos de gloria y libertad la corva
Cítara ensaye.

1. La invasion de los liberales emigrados, capitaneada por *Mina* y *Valdés*.

Madrid, 1830.

AL EX^{MO} S^{R} DUQUE DE FRIAS

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

ELEGÍA.

¿Quién á mi frente ciñe
El funeral ciprés? La destemplada
Lira de Young entre mis manos yertas
Quién viene á colocar? Quién á mi pecho
Pide lúgubre canto?
Quién agolpa á mis párpados el llanto?

Santa amistad, perdona.
Si alguna vez á tu celeste influjo
Pude el canto ensayar, destellos eran
Del juvenil ardor : nunca del genio
La antorcha refulgente
Con su lumbre inmortal ardió en mi mente.

Á tu demanda en vano
Llamo la inspiracion : lágrimas solo,
Lágrimas te daré. Si el llanto es digno
Tributo á la beldad que hundió en la tumba
La parca devorante,
Ay! yo la lloraré! : que otro la cante!

A la hermosura, al alto
Ejemplo de virtud, dotes que unidas

Ve el mundo rara vez, ¿qué humano pecho
Niega su admiracion? Hijos de Iberia,
Que el sacro Pindo inspira,
Piedad enmudeció! : pulsad la lira.

Sonó el himno : *Barcino*,
Madrid, y el *Sena* y el *Adur* lo oyeron.
En el inerte mármol, en el mudo
Lienzo, al olvido de la tumba arranca
Su forma peregrina,
Su celeste beldad, arte divina.

Cuál es tu triunfo, oh! muerte?
De tu falsa victoria cuál trofeo
Es el que arrastras al sepulcro? En vano
Allí tu triste víctima sepultas :
De tu centro profundo
Rayo consolador refleja al mundo.

Así despues que cruza
Por el tendido cielo el Sol radiante,
Y en los abismos de la mar se esconde;
Melancólica, blanda, halagadora
Luz á la tierra envia,
Dulce recuerdo del ardiente dia.

Lloras, mi dulce amigo! —
Llanto y no más á su memoria, estéril
Holocausto será : más alta ofrenda
Pide á tu amor : quien el consuelo hermoso
De la virtud ignore,
A su muerta beldad eterno llore.

No tú, que de los Cielos
El númen recibiste que tu nombre
Hará inmortal, y lauros militares

Que tu diestra ganó, y en bien del pobre
Dones de la fortuna,
Y heredado blason de ilustre cuna.

De labios mas queridos
Oirlo quieres? ven : allí se eleva
El gótico recinto : allí dirige
Tu planta : llega : sobre el fuerte quicio
Las cinceladas puertas
Por invisible impulso mira abiertas.

Traspasa los umbrales.
Lámpara funeral su tembloroso
Rayo refleja en el bruñido mármol
De ostentosos sepulcros : en su centro
Los restos venerables
Yacen de los antiguos Condestables.

Mas tus inquietos ojos
Buscan la tumba de tu amor! — Escucha :
Sordo rüido en su profundo seno
Se deja percibir!.... Álzase en ella
Sobre la abierta losa
Una matrona. Mírala : es tu esposa.

De sus hombros desciende
Cándido lino hasta la planta : el negro
Cabello ondéa en su marmórea espalda :
Pálida majestad su noble frente
Y sus mejillas tiñe :
La corona ducal sus sienes ciñe.

Y con solemne acento
Así te dice : — « Treguas, caro esposo,
Treguas á la afliccion; harto bañaste
De amargo llanto el solitario lecho :

Tú que lloras mi suerte,
Si el triunfo vieras que nos da la muerte!

Aquí no turba el alma
El tronante cañon, la asoladora
Lanza que salpicó de humana sangre
Los pacíficos campos donde alzamos,
Bajo el pajizo techo,
De nuestro mutuo amor el primer lecho.

La envidia ponzoñosa,
La calumnia procaz, la tiranía,
La bajeza servil, del mundo, solo
Del mundo son : la adulacion traidora,
Que honor mentido ofrece,
En la losa del túmulo enmudece.

Mas no con llanto estéril :
Con la virtud conquistarás, Esposo,
Este ignorado mundo de delicias.
Virtud costosa, sí!; que esta diadema,
Tanto del hombre ansiada,
Al bajar á la tumba, cuán pesada!

No el velo misterioso
Me es dado alzar. — Á Dios! — conmigo un dia
En lazo eterno!... » Enmudeció la sombra
Y hundióse en el sepulcro; y aun su acento
« Virtud, virtud! » — clamaba :
« Virtud, virtud! » — el templo resonaba.

Julio de 1830.

Á LA REINA NUESTRA SEÑORA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON

EN SUS DIAS.

Cuando al volver con el ardiente Julio
    La bienhadada aurora,
En que á tu nombre el Español exhala
    Himnos de amor, Señora;
El trueno del cañon, en la gigante
    Torre, del bronce herido
El trémulo clamor; del ronco parche
    El bélico sonido;
Abierto el templo á la plegaria santa,
    Do entre la densa nube
Del incienso, que al cielo se levanta
El voto ardiente de las almas sube;
Todo es placer y amor : permite, oh Reina,
    Que esta olvidada lira,
Que ni inmortalidad ni gloria espera,
Lance un sonido, y á las plantas muera
De la misma belleza que la inspira.

    Oídos que están llenos
Del blando halago del cantar de *Laura*,
    Y del dulce rüido
    Que forma triste el aura
Meciendo los laureles que la tumba

Cubren de *Tasso* y de *Maron*... Oídos
Que en la cuna arrullaron
De *Herminia* los gemidos,
Los tristes ayes del *furioso amante*,
Y la trompa de *Dante*...
¡ Cómo halagar pudiera, humilde y frio,
El desmayado son del canto mio !

No menos dulce, al rutilar tus ojos
Sobre la cumbre cana
Del alto Pirinéo,
Unió su voz la musa castellana
Al popular ardiente clamoreo. —
¡ *Cristina !* — ¡ Oh ! cuál se goza
Mi pecho al recordarlo ! —
Sí, yo te ví. — De la triunfal carroza,
Con galano ademan, dulces miradas
En el gozoso pueblo,
Que en apiñado grupo te seguia,
Amorosa fijabas :
Parecióme que tierna preguntabas :
¿ Á cuántos tristes consolar debias ?

Á España entera consolaste. ¡ Hermoso
Iris de paz y amor ! Tu ruego puro
Al cielo hizo piadoso,
Padre á Fernando, al español dichoso !

. . . .

Ay ! De tan alta dicha ser no puedo
Digno intérprete yo. — Vuelve al olvido
Á que el destino te condena, oh lira :
Por la postrera vez los vientos hiere :
Lanza un sonido, y á las plantas muere
De la misma belleza que te inspira.

24 de Julio de 1831.

EN EL ACTO DE IR LA REINA

AL PALACIO DE LAS CORTES

Á JURAR LA CONSTITUCION

EL 19 DE JULIO DE 1837.

Ah! quién podrá olvidarlo! Una mañana,
— Era diciembre encapotado y frio —
Al festivo clamor de la campana,
Se alzó Madrid en bullidor gentío.

La inmensa muchedumbre, que impaciente
La vasta calle de Alcalá llenaba,
Una hermosura de risueña frente
Y una esperanza en ella contemplaba.

Su dorada carroza se movía
Sobre apiñadas frentes á millares,
Y el esquife de Vénus parecia
Meciéndose en la espuma de los mares.

Aquel mirar de maternal desvelo,
Aquella tez de rosa purpurina,
Aquel vestido de color de cielo,
— Áh! quién podrá olvidarlo! — Era *Cristina!*

Mas no solo la Reina, no la hermosa

En ella absorto el español miraba;
Vió en ella una promesa misteriosa
Que en el fondo del pecho se ocultaba.

Y la cumplió : que apenas, asombrados,
Vimos con rutilantes resplandores
En la márgen del Sena tremolados,
Iris de libertad, los tres colores;

Ella, esperanzas pérfidas burlando,
De llanto de placer sus ojos llenos,
Á *Isabel* en sus brazos levantando,
« *Nuestro* es el porvenir », gritó á los buenos.

Nuestro, sí!; que á esa prenda de ventura
Otra prenda feliz hoy acompaña :
El *código sagrado*, que asegura
Trono á *Isabel* y libertad á España.

Al santo grito la nacion responde,
En tu defensa, ó Reina, armando el brazo :
— ¿Dó están los ciegos? los ilusos dónde,
Que no bendicen tan glorioso lazo? —

¿Que inflamados de súbito alborozo,
Al mirarte hoy pasar, ángel divino,
No han bañado con lágrimas de gozo
Las rosas que alfombraban el camino?

Dónde están? — en la hueste rebelada :
Allí están; solo allí. — Los que blasonan
De idolatrarte, libertad sagrada,
Hoy se abrazan y olvidan y perdonan.

Union! union! — Oh! caigan, ciudadanos,

Á los piés de *Isabel* nuestros rencores,
Así como arrojaban nuestras manos
Á su carroza deshojadas flores.

Julio de 1837.

Á LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON

VISITANDO EL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO DE MADRID.

Cuando la griega juventud volaba
Al campo de la gloria,
Y al macedon guerrero arrebataba
El sangriento laurel de la victoria :
¿ Quién á blandir la fulminante lanza
Robusteció su brazo ?
En el estrago de feroz matanza
¿ Quién su pecho alentó ? — quién, sino el fuego
Del entusiasmo ardiente
Que corrió en viva llama por sus venas,
Cuando escuchó elocuente
Tronar la voz del orador de Atenas.

Tú fuiste, oh santo fuego !
Tú quien el duro mármol animaba
Bajo el cincel del inspirado griego,
Tú quien la trompa de Maron sonaba :
En cuanto el mundo á la memoria ofrece
De eterno, de elevado,
Tu creador espíritu aparece ;
Tú, ante el funesto vaso envenenado,
En el alma de *Sócrates* brillabas,

Tú la mano de *Apéles* dirigias,
En la lira de *Píndaro* sonabas,
Y la lanza de *Arístides* blandias.

Mas ¡ oh ! por qué ofuscada
Á tan remota edad vuela mi mente ?
La centella sagrada,
De la aureola de Dios destello ardiente,
Que de la antigua Grecia derrüida
El canto melodioso
Eternizó y el brazo belicoso,
¿ Yace entre sus escombros extinguida ?

No. — Como chispa eléctrica impaciente,
Que presa en frio pedernal, no pudo
Brillar, hasta que siente
De acerado eslabon el golpe rudo :
Así en medroso pasmo
En tu pecho dormia,
Juventud española, el entusiasmo ;
Mas cuando el regio acento generoso
Retumbó por los ámbitos de España,
De el Pirene riscoso
Al confin andaluz que Atlante baña;
Estalla al fin la mágica centella
Las almas conmoviendo,
Y el abatido pueblo se levanta,
Y en sed de gloria ardiendo,
Lidia el guerrero y el poeta canta.

Todo ya es entusiasmo, todo es vida !
Navarra muestra su campaña en sangre
De rebeldes teñida ;
Allí guerrera juventud, clamando
Cristina libertad en ronco acento,

La espada desnudando,
La vaina arroja al viento,
Y al son del himno nacional se lanza
Con noble bizarría
Sobre la hueste audaz que el polvo muerde
En *Luchana*, *Arlaban*, *Mendigorria*.

Aquí los que sintieron
Su pecho palpitar, en mudo asombro
De rodillas cayeron
Ante la virgen pura
Cuyo rostro de cándida hermosura
Y maternal desvelo
Reveló al gran *Murillo* el mismo cielo.

Los que el sagrado canto
Que entonaba Leon en arpa de oro
Oyen con tierno llanto,
Y al Dios del almo coro
Alzan tambien el cántico sonoro.

Ó al robusto sonido
De la trompa de *Herrera*, ante sus ojos
Ven cargadas de bárbaros despojos
Á las veleras naves españolas
Victoriosas bogar, cuando *Lepanto*
Con turca sangre enrojeció sus olas.
Todos en lazo fraternal unidos,
Digno templo á las artes elevando
Preparan ya los himnos merecidos,
Y aprestan los pinçeles,
Con que en la edad futura eterna sea
La fama de esa hueste generosa,
Que por su Reina hermosa
Y por la santa libertad pelea.

Mas ¡ oh ! qué nuevo rayo
De luz las liras y los lienzos dora,
Como á los campos del florido mayo
El resplandor de la rosada aurora?
Me engaña mi deseo ?
Vedla !... es ella !... es *Cristina!*
Su presencia divina
Baña de lumbre el español *Liceo.*

Busca en tu dulce lira
Cómo pintar su célica hermosura
Que amor y gloria inspira,
Si al humano poder por dicha excedes,
Inspirado poeta :
Búscalo tú, pintor, si hallarlo puedes
En el vario color de tu paleta.
Pintadla augusta, hermosa,
Sobre el excelso trono castellano
La frente hollando del rebelde fiero,
Y con risa bondosa
Ciñendo de laureles con su mano
Al pintor, al poeta y al guerrero.

1838.

Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

(HOY MARQUÉS DE MOLINS)

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

—

EPÍSTOLA.

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
Que la amistad contempla silenciosa,
Porque enjugarlas intentara en vano.

Al que las llora en la reciente losa
De un sepulcro do en flor arrebatada
La dulce prenda de su amor reposa,

No con usados pésames le agrada
Ver en el llanto que á sus solas vierte
La majestad de su dolor turbada.

Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte
Antes que yo consuelos te ofreciera? —
Si heridas que feroz abre la muerte

Mano mortal cicatrizar pudiera,
Cuál para ti, cuál otra que la mia
Más diligente y cariñosa fuera? —

Contigo me crié : contigo un dia
En las aulas bebí de *San Mateo*
El fuego de la hermosa poesía.

Aun me parece que vagar te veo
Con precoz gravedad, cuando sonaban
Las suspiradas horas de *recreo*,

Mientras otros, astutos se burlaban
Del *ayo inexorable*, y bulliciosos
Por el talado *jardinillo* andaban.

Allí vimos brotar los generosos
Alientos de cien jóvenes, que ahora
Son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora
De *Espronceda*, ¡oh dolor! el genio ardiente
Que el soplo de la muerte heló á deshora.

Allí *Leon* el ánimo valiente
Apercibía á la inmortal jornada
Que vió de Huesca la asombrada gente.

Allí *Pezuela* en lira delicada
Probó la diestra que empuñar debia
La épica trompa y la fulminea espada.

Allí *Ochoa*, de ciencia y poesía
Apurando el raudal con noble empeño,
Labraba su futura nombradía.

Allí en tono, ora grave, ora risueño,
Rico de inspiracion sonaba el canto
De *Felipe*, el satírico limeño.

Allí otros mil!.. — Oh! fugitivo encanto!
Oh! sonrisa primera de la vida!
Recuerdo de placer, que arranca llanto!

— Y qué, Mariano, la ilusion perdida
De la edad infantil, en noche oscura
Nos dejó acaso el alma sumergida?

No hay ya un rayo de luz serena y pura?
Es este mundo una region de duelo
De desesperacion y de amargura?

No, no es verdad! — Del nebuloso cielo,
Del negro septentrion esa herejía
Vino *en traje frances* á nuestro suelo.

Todos pecamos! — Yo tambien un dia,
Gimiendo á drede, por seguir la usanza,
Vime arrastrado en la comun manía,

A esa *espelunca* do á leer se alcanza
Sobre la puerta con azufre escrito :
« *Ay! dejad, los que entrais, toda esperanza!* »

Allí en verso troton, y á voz en grito
Lloraba su *vejez anticipada*
Un melenudo imberbe mancebito.

Otro de la *romántica* pleyada,
Que tres lustros de edad mostraba apenas
Al blando arrullo de niñez mimada,

Lloraba desengaños á docenas
De esta *imperfecta* sociedad que al hombre
Ata al nacer con grillos y cadenas.

Y porque más su desventura asombre,
Quejábase tambien de estar *minado*
De una secreta enfermedad *sin nombre!*

Era un vivir aquel desesperado!
Solo se oia en recia taravilla :
¡Maldicion!! por un lado y otro lado.

Por fin de aquella fiera pesadilla
Conseguí despertar con trasudores
Á las voces de *Lista* y *Hermosilla.*

Y al contemplar de nuevo los albores
Del sol que en torno á mí la densa bruma
Disipaba con vivos resplandores,

Dije : gracias á Dios! — Pues ni me abruma
La sociedad, ni anillo con veneno
Llevo, ni tengo mal que me consuma;

Ni he sido de fortuna tan ajeno
Que un fiel amigo, una mujer constante
No hallase alguna vez; yo no soy bueno

Para tanto gemir. — Extravagante
Empeño es sepultarse de por vida
En el infierno bárbaro del *Dante*,

Y no vagar, con alma embebecida
En trinos de aves y en olor de rosas,
Por los jardines mágicos de *Armida!*

Mis ojos otra vez á las hermosas
Regiones se alzan del sereno polo
Á buscar sus deidades fabulosas;

Que yo la lira del crinado Apolo,
Que invoqué tantas veces, al rüido
De las doradas ondas del Pactolo,

No he de trocar por el feroz graznido
Del repugnante pájaro que viene
Del hedor de las tumbas atraido;

Y prefiero las aguas de *Hipocrene*
Á esas lagunas cenagosas, donde
Blanca fantasma su morada tiene,

Y al que pide favor solo responde
Con un ósculo hediondo y un acero
Que entre los pliegues de su manto esconde.

Álcese *Byron* de su númen fiero
En las alas flamígeras, y escoga
Á su espíritu audaz nuevo sendero.

Tímido el mio á tanto no se arroja,
Y me conduce por la usada huella
Que en dulce resplandor bañó *Rioja.*

¿Tan escasa de luz brilló la estrella
De las clásicas musas? Si el auxilio
Invocaba *Boscan* de Erato bella,

¿No deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de *Calíope* suena
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio?*

Y tú, *Mariano*, que en la amarga pena
Á que el humano esfuerzo no resiste,
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algun consuelo á tu dolor existe,
Solo en las musas le hallarás acaso:
Sí, que tambien para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:
Las que en *el lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso.*

Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al son de la cítara tu llanto;
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
Alivie tu mortal melancolía,
En la antigua amistad, y en el encanto
De la consoladora poesía.

Julio de 1842.

ORILLAS DEL PUSA

¡Qué calor!... sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,
Á este valle que en sosiego
Tu corriente ¡Ó Pusa! baña
Susurrando.

Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde que sentado
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.

No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;

Corre ledo;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.

Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida;
Y allí del mundo lejano
Tu breve carrera imite
Y escondida.

Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya desciende
Ruin batel que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.

Su destino es envidiar,
Ó de tu curso süave
La paz suma,
Ó el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que lo abruma.

¡Pobre Pusa!... si insolente
Por esos tendidos llanos

Te lanzaras,
En tu cristal inocente
¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!

De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
Á Rodrigo.

Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó,
Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Allí se hundió!

Pusa humilde, manso rio,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estío
Al peregrino sediento
Agua pura.

Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte desciende,
Y al rebaño,
Que á tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende
Fresco baña.

Y hoy á mi cuerpo cansado,
Contra el sol que ardiente pica

Blando solaz.
¡Pusa! ¡A Dios!... corre ignorado,
Y los quintos[1] de Malpica
Fecunda en paz.

1. Llámanse allí *quintos* las diversas porciones en que se dividen las tierras de labor.

Malpica, 1833.

LA AGITACION.

Imposible arrancar del alma mia
Sino acentos de amor!... Caber no puede
Donde impera tu imágen adorada,
Sino amor, solo amor!... cuanto solia
Mi pecho conmover... ya todo cede
      Á la ardiente mirada
      De tus luceros bellos!
Mal mi grado á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta.
Como al influjo de fatal cometa
Cede el bajel al ímpetu rugiente
      Del huracan sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
Ó vá á estrellarse en el peñasco rudo:
Así en la fiebre do anhelando gira
      Este alma delirante,
      Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco errante,
Sin eleccion, perdido el albedrío,
La oscilacion del huracan le imprimen,
      Y en ciego desvarío
Lánzase á la virtud, lánzase al crímen.

Y este vaiven continuo, esta perpetua
Conmocion, es la vida! — ¡Cuántas horas
Mudo, yerto, insensible,
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumia!
¡Cuántas, la vista atenta
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huia!
Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decia
Que la felicidad en ti habitaba,
Y en aquel corazon que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertia.
Mi corazon de fuego
En ti no la encontró : floresta umbria,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedia,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.
Felicidad ¿dó estás? — Este vacío
Que al dilatarse el corazon no llena,
Ven, ocúpalo tú. — Si ronco suena
El guerrero clarin, y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime,
Bastaráme empuñar la ferrea lanza
¿Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
Al son triunfal de los preñados bronces,
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad ¿te hallaré entonces? —
En el tropel del mundo
Yo tambien te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Agitando el acero,

En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,
« Felicidad, felicidad » clamaba;
Y en tanto, « aquí domina »
Otro desde la tumba me gritaba.
¿En la vida? ¿en la muerte?
¿Dónde estás para mí? — ¡Silencio mudo!
Y las horas corrian!...
Y los años volaban!...
Las hojas de los árboles caian...
Las hojas de los árboles brotaban. —
¡Una mujer! con su flotante velo
Tocó al pasar mi frente :
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente :
Los brazos tiendo á la fantasma bella,
Mas al asirla, alzada
Ví un ara ante mis pies, y detras de ella
Mi vision adorada :
Y un misterioso acento que decia :
« Profanacion... delito! »
Y en su abatida frente se leia
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oido,
Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido!
Abrió sus ojos por la vez primera
Dejándome con sola una mirada
En devorante hoguera
Toda el alma abrasada.
¡Ah! ¿qué me importa? Agitacion sublime
¡Yo te adoro! Tú eres!
Alma de mi existencia! — Oprime, oprime

Un corazon á quien la calma espanta :
Inunda, inunda mi mejilla en lloro:
Clamar me oirás entre congoja tanta :
Agitacion sublime, ¡ yo te adoro!

1832.

Á DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

CONTESTANDO Á UNA CARTA SUYA EN TERCETOS, EN QUE ME PEDIA HORA PARA HABLARME.

« Si en la frente del hombre se leyeran
Escritos los afanes de su pecho,
Cuántos que envidia dan, lástima dieran! »

Esto en algun momento de despecho
Dijo el buen *Metastasio* en italiano:
Ponerlo en español es lo que he hecho.

Y con ese terceto que te hilvano
Tus dos primeros contestados dejo;
Me entiendes, Amador? — Vamos al grano. —

No pienses, caro amigo, que me quejo
Del importuno enjambre pretendiente
Que en pos me sigue, impávido cortejo:

No me quejo de ver que se presente
Uno á quien nunca ví, ni me hace falta,
Y me diga : « Aquí estoy!.. soy tu pariente! »

No me quejo del sandio que me asalta
Porque le gusta la *casaca roja*,
Y quiere que le' dé la *Cruz de Malta.*

Ni del chinche á quien verme se le antoja
Cuando voy á afeitarme ó á vestirme,
Y si no le recibo se me enoja.

Ni de los que me aguardan á pié firme
En el portal de casa, en la escalera,
Sin poder de sus garras desasirme.

Ni de la viuda cócora y parlera
Que me repite siempre el estribillo
De que le den seis pagas tan siquiera. —

« Vamos, sáqueme Usted un socorrillo!
Usted lo puede hacer en un momento;
Usted tiene á la Reina en el bolsillo. » [1]

No me quejo, Amador, no me lamento
De esa turba procáz; que al encumbrarme
Ya esperaba sufrir este tormento.

De quienes debo con razon quejarme
Es de amigos cual tú; sí, de ti solo
Que pides hora y sitio para hablarme.

¡Y vive San Francisco Caracciolo,
Que á no venir tu ruego impertinente
En el idioma del celeste Apolo,

Circunstancia que ha sido suficiente

1. Era yo secretario particular de la Reina.

Á desarmar mi enojo, la respuesta
Fuera una interjeccion poco decente,

Mas no quiero reñir : pase por esta.
Sabes mi casa : á ver si yo consigo,
Entre tanta visita y tan molesta,
Recibir una vez á un tierno amigo.

Junio de 1847.

AL EX^{MO} S^{R} CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACION DEL TEATRO ESPAÑOL.

¿Dónde la gloria vive del que un dia,
En Accio vencedor, desde las cumbres
Del enriscado Cáucaso á las playas
Del mar de Luso dilató su imperio?
¿Dónde? — Ese imperio destrozó en un punto
Bárbara hueste que lanzó cual raudo
Torrente el Septentrion : circos y templos,
Termas, palacios, todo, el habla misma
Desapareció; mas al comun estrago,
Sobre siglos sin fin los inmortales
Cantos de *Horacio* y de *Maron* divinos
Sobreviviendo van, y allí la gloria
Del protector de las Romanas letras.
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre
De turbulentos próceres la dura
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,
Del purpurado Richelieu? Juguete
Del viento popular, voló en pedazos.
Mas contra el murmurar de la indignada
Posteridad, el opresor valido
Salva su gloria en la que alzó, y aun vive
Con renombre inmortal, docta *Academia*.
Tú, más que á los históricos ejemplos

Y ardiente sed de fama, á los impulsos
Del corazon magnánimo que abrigas,
Obedeciendo fiel, en tus floridos
Años, asunto con tus hechos prestas,
Oh noble Conde, á la española Musa.
Ella, en tanto que al pié del soberano
Solio te vió, dispensador de honores,
Mezclar su voz no quiso á la que alzaba
El lisonjero, que al poder presente
Cerca y ensalza, gárrulo cortejo.
Mas á la puerta del modesto albergue
Que hoy tornas á habitar, rico de gloria,
Te esperó silenciosa, el plectro de oro
Presto, y la voz y la sonante lira.
Oye cuál vibra en tu loor, y el estro
De cien vates inflama que á porfía,
« Eterno, cantan, vivirá tu nombre,
Protector del saber. » — ¡Oh noble, oh digno
Premio que tanto mereciste, y gozas!
Gózalo en paz; y el que ásperos desdenes
Halla no más, y hondo silencio, cuando
De la áurea silla del poder la instable
Deïdad le precipita, á sí se culpe.
No riqueza y dominio á la existencia
Bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,
La abundancia, la paz su cuerpo nutren;
Alma tiene tambien, y el alma vive
De esa gloria purísima, que el vulgo
De los graves políticos desdeña,
Y humo vano apellida. — Tú, arrostrando
Tal vez su risa imbécil, decoroso
Templo alzaste á *Talía*. — Allí de *Lope*,
De *Calderon*, de *Rojas* y de *Inarco*,
De *Moreto* y de *Tirso*, numeroso
Pueblo torna á admirar, ora discreta

Y en artificio rica, ora terrible,
Ora humilde y moral, la siempre nueva
Dramática ficcion. — Los que al reflejo
De aquellos faros luminosos, siguen
La árdua senda con gloria, que á la cumbre
Del sacro Pindo guia, de las rosas
Que en sus pensiles de eternal verdura,
Al amoroso riego de Hipocrene
Dulce fragancia esparcen, ya preparan
Á tus sienes espléndida corona.
Yo, á quien no es dado la sublime altura
Del Helicon pisar, una sencilla
Flor de su falda corto; ofrenda humilde
Que agradecido te presento en estos
Desaliñados números, que acaso
No morirán, porque tu nombre llevan.

1851.

AL EX.MO SR MARQUÉS DE MOLINS.

Varios amigos del Marqués de Molins le dirigimos á Paris una carta en tercetos el dia de Navidad del año de 1855. Cada uno escribió un trozo de ella, ligándose con el anterior. Hé aquí el mio : con él remataba la carta.

Oportuno en verdad viene ese *tanto*
Á mediar el terceto antecedente,
Pues me convida á principiar con *llanto!...*

Llanto vierten mis ojos, hechos fuente,
Mariano, desde aquel tremendo dia,
En mi memoria sin cesar presente;

Cuando en la lucidez de su agonía,
Estrechándome tierna al casto seno,
« *Todo es verdad!* » — mi esposa me decia.

Todo es verdad! — Oh Dios! si en ronco trueno
Sonó un dia tu voz, y á su rugido
Saulo en tierra cayó de asombro lleno;

Oh! milagro de amor no merecido! —
Tu voz por aquel labio moribundo
Tocó en mi corazon estremecido.

Gusano vil en lodazal inmundo,
Alas de mariposa me nacieron,
Y con ellas me alcé léjos del mundo.

Á regiones mas puras me subieron;
Mas no he llegado á la sublime alteza
De los que el lazo mundanal rompieron.

Cuándo será! — Me oprime la tristeza!
El pesar en que á solas me consumo
Cesa al dormir, y al despertar empieza!

Pídele á Dios omnipotente y sumo
Que te guarde á tu *Cármen!...* Ay, amigo!
Y no le pidas más : el resto es humo! —

De tu casta mitad al dulce abrigo,
Donde quiera que estés, patria y honores
Y placer y amistad verás contigo!

Ay! para mí no tiene el mundo amores,
Ni encantos la amistad, ni luz el dia,
Ni calor el hogar, ni olor las flores!

Hoy viene á acrecentar la pena mia
La memoria del santo aniversario
Que á tu lado pasé... y ella vivia!

Cuán distinto de aquel! — Destino vario
Á tí te arroja cabe el turbio Sena,
Á mí en Madrid me amarra solitario!

¡Mas ay! El bronce místico resuena!
Media-noche sonó!... luz desusada
Brota en *Belen*, y el universo llena! —

Triste prole de *Adan*, ya estás salvada!
El niño Dios que los pecados quita
Nos abre ya la celestial morada!

¡Oh placer! allí está! — De Dios bendita,

Mi *Manuela*, vestida de hermosura,
Entre los puros ángeles habita!

Alma inmortal! De la celeste altura
Por tu marido y por tus hijos vela,
Que moran este valle de amargura!

— Sí, Mariano : tu amigo solo anhela
Sentir en breve el lazo desatado
Que este cautivo espíritu encarcela;

Y por tanto dolor purificado,
Á mi esposa en la gloria unirme presto...
Y ver que allí tambien á nuestro lado
Te guarda Dios el merecido puesto!

LA PAZ.

AL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA.

—

ODA.

Iris de paz, iluminando el cielo,
La tempestad serena;
El águila imperial recoge el vuelo
Y torna al patrio Sena.

No en vapores de sangre se embriaga,
Ni llama á la pelea;
Ya en su garra potente el rayo apaga
Que fulminó en Crimea.

Sus alas tiende, cual dosel brillante,
Sobre la régia cuna,
Donde reposa del frances triunfante
La gloria y la fortuna.

Y allí á par descendiendo apresurado
De la eternal montaña,
Á custodiar el vástago anhelado
Llega el leon de España.

Que sangre de Guzman corre en sus venas:
Sus timbres maternales

Escritos muestra España en las almenas
De Tarifa inmortales.

Siempre un Napoleon Dios nos envia
Con misterio profundo,
Cuando place á su gran sabiduría
Recomponer el mundo.

Ya en vez del plomo, que en estruendo rudo
Sobre el francés vomita,
De allá le envia su cortés saludo
El bronce moscovita.

Del Cáucaso á la cumbre pirinea,
Y por los anchos mares,
Unida al lienzo tricolor, ondea
El aspa de los Czares.

Y cubriendo de rosas sus espadas,
De oliva sus pendones,
Al festin de la Paz alborozadas
Acuden las naciones.

Paz ese Niño, y dicha y abundancia
En su destino encierra.
Pueblos, velad por él : — ¡La Paz de Francia
Es la Paz de la tierra!

1856.

A LA EXMA SRA CONDESA DEL MONTIJO

EN SUS DIAS.

Balada que se cantó en su teatro de Carabanchel; puesta en música por el maestro *Inzenga*.

I.

Ausente y presente á un tiempo,
Te aflije y te halaga amor;
Que el *Adúr* y el Manzanares[1]
   Dividen tu corazon,
      Y en dulce duda,
      Fijando estás
      Aquí tus ojos,
      Tu mente allá!

II.

Allá un suspiro del alma
Pide á tu amor maternal
La que en premio á sus virtudes
   Ciñe corona imperial,
      Y en dulce duda,

1. Hallábanse á la sazon sus dos hijas, la emperatriz Eugenia en Biarritz, y la duquesa de Alba en Madrid.

Fijando estás
Aquí tus ojos,
Tu mente allá!

III.

Aquí otra prenda querida,
Que tambien tiene á sus pies,
Cual reina de la hermosura,
Vasallos cuantos la ven.
Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos,
Tu mente allá.

LA GUERRA DE ÁFRICA.

Cantata ejecutada en presencia de SS. MM. en la funcion celebrada el 8 de abril de 1860 por el real Conservatorio de música y declamacion á beneficio de los heridos en aquella gloriosa campaña.

CORO.

Grito santo asorda el viento :
« Á las armas ! guerra! guerra!
El infiel derriba en tierra,
Madre España, tu blason. »
« Cruce el mar la invicta hueste
Á salvar de vil mancilla
Los leones de Castilla
Y las barras de Aragon! »

Al rumor del torpe ultraje,
Indignado el pueblo ibero,
Ya desnuda el fuerte acero
Y la vaina al viento dá.
Ya entre vítores tremola
La bandera roja y gualda,
Que del Atlas en la espalda
Tinta en sangre flotará.

RECITADO.

Alza en vano el Estrecho montes de olas;
En vano el viento brama;

Que allá van las legiones españolas
Donde el honor las llama.

Lanza en vano cien kábilas la sierra
Con ímpetu salvaje;
Que allí con sangre vil bañan la tierra
Que presenció el ultraje.

Mas ruge el huracan : sopla la peste :
La lluvia inunda el suelo.
Caerá deshecha la cristiana hueste
Por tí, Señor del Cielo?

En medio al campo, sobre monte erguido,
Un altar se levanta;
Y en sus humildes manos el ungido
Eleva la hostia santa.

Hace salva el cañon ; rompe sonora
Militar armonía :
La hueste arrodillada á Dios implora
Y su oblacion le envía!

PLEGARIA.

Señor! hijos somos
De aquellos varones
Que á ignotas regiones
Llevaron tu cruz.
Tu cruz, que en Granada
Con gloria plantada
Lanzó por el orbe
Su vívida luz.

Señor! esta impura
Fanática raza

Tu nombre rechaza,
Tu gloria no vé.
Á España concede
Que rasgue su venda,
Y en África encienda
La luz de tu fé.

RECITADO.

Dios los oyó : se aleja la tormenta;
La mortífera peste vá en su seno:
Radiante el sol con majestad se ostenta
De un cielo puro en el azul sereno.
Siente en su pecho el adalid hispano
De inspiracion la llama :
Él nunca se abatió; ya en cien combates
Su constancia y valor cantó la fama.
En bárbaras regiones,
Émulo de Cortés, ora acaudilla
Inexpertas legiones,
Que al contacto de la árabe cuchilla,
Al trueno del cañon, al rudo embate
Del terco moro en desigual combate,
Tórnanse luego en invencible tropa,
Terror de Libia, admiracion de Europa.
Nada resiste á sus heróicos bríos.
Ya surcando el desierto
Por áspero camino, á hierro abierto;
Ya cruzando altos montes y hondos rios;
De victoria en victoria
Á la vega feraz se precipita,
Campo de nueva gloria,
Do luchando otra vez, y otra vencido,
Huye despavorido
El atezado Hamet. — La hueste grita :

Tetuan por Isabel! — y en la Alcazaba
El pendon español triunfante clava.

HIMNO FINAL.

No mas, desde sus playas,
Con bárbara osadía,
La tierra, suya un dia,
Aceche el musulman.
No infeste el aire puro
La brisa de los mares,
Trayendo á nuestros lares
Los ecos del Coran.

Magnánima Heredera
Del celo de Pelayo,
Tu diestra el ígneo rayo
Al África lanzó.
Y el niño Alfonso un dia
Sabrá que por tu mano
El suelo castellano
Su límite ensanchó.

El muro donde España
Su enseña al aire ondea,
Jamas flotando vea
Las lunas del infiel.
Y de uno en otro siglo
Sin tregua se repita
La voz que al mundo grita
Tetuan por *Isabel!*

A MI AMIGO EL EXMO SR DON TOMÁS DE CORRAL.

No pienses que esta epístola,
Corral Excelentísimo,
Va dirigida al célebre
De Hipócrates discípulo.
Por más que yo, sin brújula,
Bogue en estrecho círculo,
Sin que tus sabios récipes
Den al bajel mas ímpetu;
No tanto aflije el ánimo
De este doliente mísero
El ver la ausencia *crónica*
De su Doctor científico,
Como las dulces pláticas
Del amigo carísimo
No oir, ni en grato diálogo
Darnos placer recíproco.
Lo que es en cuanto al médico,
Si de mi casa el címbalo
Tocase, y dentro viéralo,
Fuera con él brevísimo.
Solamente dijérale
Que ante el poder febrífugo

De las plateadas píldoras
Que introduje en mi físico;
Y gracias á la pócima
Con que *Simon* el químico
Purgó mi region ínfima
De materiales rijidos:
Y á la virtud benéfica
De aquel sabroso líquido
Producto del cuadrúpedo
Que con *Balán* fué explícito:
Ya mis repuestas vísceras,
Merced á estos antídotos,
Con su morboso cómplice
Han roto el fiero vínculo.
Y dócil ya mi estómago
Digiere el néctar índico.
Que en espumante jícara
Es de mi gula el ídolo!
Si bien no tan benévolo
Suele mostrarse el pícaro
Cuando la carne sólida,
(Aunque de tierno vítulo,)
Envuelta en jugos gástricos
Baja al duodeno crítico,
Y toca por sus trámites
En la region del hígado.
Ya allí mas climatérico
Se presenta el capítulo :
Que el abdómen atónico
Se eleva timpanítico.
La digestion, por último,
Cuesta trabajos ímprobos;
Mas se hace; y presto el órgano
Vuelve á su estado prístino. —
En estos dias plácidos

En que venciendo el frígido
Rigor, el númen Délfico
Mostró su rostro vívido:
Salí, segun sus órdenes,
En alquilon vehículo,
Del ambiente atmosférico
Á aspirar el oxígeno.
Mas ni aun con ese método
Place al Dios soporífero
Que de noche mis párpados
Cierre sueño pacífico. —
Esto al Doctor dijérale:
Mas no podré decírselo;
Que de mi hogar doméstico
Tocar no quiere el címbalo.
Tú, pues, que de ese prófugo
Amigo eres tan íntimo.
Segun es fama pública.
Corral amabilísimo;
Tú de mi parte búscale,
Y dile que mi espíritu
Se apoca melancólico
Si no entona mi físico.
Que un régimen dietético
Me imponga, y yo solícito,
Mas que el *Coran* los árabes,
Guardaré sus artículos.
Dile que si algun mérito
Halla en mis versos líricos.
Y de escritor dramático
Me otorga el alto título:
Torne á este cuerpo lánguido
Vigor que mi estro rítmico
Encienda; y de mi cítara
Verá que al son dulcísimo

Canto su nombre célebre,
Que es ya de salud símbolo;
Y acaso al suyo uniéndole
Suba mi nombre altísimo.

Marzo de 1853.

RESPUESTA Á UNA CARTA.

No es que me he muerto;
Sino al revés,
Es que no quiero
Que á suceder
Llegue tal cosa;
Y hé aquí por qué
Ayer no tuve
La intrepidez,
Oh mis queridos
Luis y *José* [1],
De visitaros
Como anteayer.
Mas no por eso
Imagineis
Que á estarme en casa
Me condené.
Qué disparate!
No eran las diez
Cuando me puse
En la del Rey.
Mas ay! amigos!
No bien llegué
Á la *Carrera*,

1. Don Luis M. Pastor y Don José de Salamanca.

Cuando un tropel
De ciudadanos
Veo correr;
Y uno (que debe
Quererme bien)
Me grita : — « Vega.
No pase usted!
Dos horas largas,
Voto á Luzbel!
Ahí me han tenido
Con otros cien,
Sudando el quilo,
Muerto de sed,
Llevando á cuestas
Hasta un cuartel
Unos cajones
No sé de qué :
Y á esto se agrega
Que tal cual vez
Me sacudian
En el embés
Un zurriagazo
Que era un placer! » —
Yo que tal oigo
Dije á mis pies
¿Para qué os quiero?,
Y eché á correr. —
Esta es la historia. —
Hoy otra vez
La probatura
Volveré á hacer;
Y si consigo
Pasar con bien,
Sin vapuleo
Ni otra merced,

Á vuestra casa
Iré á comer.
Á Dios, amigos,
Hasta despues. —.
Madrid y Julio
Diez y ocho de
Mil ochocientos
Cuarenta y tres[1].

1. Eran dias de revolucion. La milicia nacional hacia fosos y trincheras en las calles, y al transeunte se le obligaba á trabajar en su construccion.

AL CAPITAN GENERAL DON JAVIER DE CASTAÑOS

EN SUS DIAS.

—

SONETO.

Si atrevida tal vez la lira mia
Osa turbar con importuno acento
El noble afan del alto pensamiento
En que la patria sus destinos fia;

Perdóname, Señor; que en este dia
Mal sintiera de Apolo el sacro aliento,
Si al fiel clamor del popular contento
No mezclase mis cantos de alegría.

Que nunca de tu aurora bienhadada,
Por mas que corran los veloces años,
La memoria feliz España pierde.

No : que la patria que salvó tu espada
Jamás recuerda el nombre de *Castaños*
Sin que los lauros de *Bailén* recuerde.

1830.

EL NOMBRE DE LAURA.

—

SONETO.

« Ese tronco que Abril de pompa viste
Donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura, veráslo pronto deshojado,
Que á la injuria del tiempo no resiste.

Vendrá Diciembre con sus brumas triste,
Y cubrirá de escarcha el tronco helado:
Soplará el aquilon, y desgajado
Lo arrastrará, si con furor le embiste.

Templo mas digno que tu nombre lleve,
Donde no hay cierzo que lo abata impío,
Ni invierno que lo cubra con su nieve,

Un corazon será que te ame ciego.
Laura, los ojos vuelve; aquí en el mio
Grabólo Amor con su buril de fuego.

1830.

Á LA TOMA DE TETUAN.

—

SONETO [1].

Musas, alcemos de victoria el canto!
España despertó : su honor la inspira;
Y fué el arranque de su noble ira
Del mundo admiracion, de África espanto!

En desagravio al fin de ultraje tanto
Tetuan postrada á nuestros pies se mira.
Musas, cantad! y al eco de la lira
Reverdezcan los lauros de *Lepanto*.

Sí; que al ver por las ondas del Tirreno
Allá lanzarse en la guerrera popa
Hueste arrojada y adalid sereno;

Y que á sus antros con terror galopa
Roto y vencido el bárbaro Agareno...
Ya con respeto nos saluda Europa!

Febrero de 1860.

1. Improvisado, con consonantes forzados, en la tertulia literaria del Marqués de Molins.

ENTRE TIERRA Y CIELO!

No extiendas, pobre niña,
Esa inocente mano;
Que buscarás en vano
El seno maternal.
Tu vida es un enigma:
De madre no naciste :
Hija de un sueño fuiste,
De un sueño funeral!

En noche bulliciosa
De fiesta y alegría,
Mi ardiente fantasía
Finjióse una mujer.
Miróme; y á sus brazos,
Á par que me miraba
Sentí que me arrastraba
Magnético poder.

Desvanecido en ellos
Caí con pasion loca,
Bebiendo de su boca
El balsámico olor.
Y ciego, y delirante,
Gozaba entre caricias

Las últimas delicias
De un inmortal amor.

De pronto al pecho mio
Llegar su mano siento,
Que con puñal violento
Me hiere el corazon.
Á asirla voy, y al punto
Cual sombra desparece,
Y en su lugar se ofrece
Fantástica vision.

Un lívido esqueleto
Era mi prenda amada :
De sierpe su mirada.
De hiena era su voz.
Y de su propio seno
Pedazos se arrancaba,
Y á mí los arrojaba
Con ademan feroz.

Huyó por fin; y libre
De aquel horrible ensueño,
De mis sentidos dueño,
Convulso desperté.
Ay! no fué sueño todo :
Que en llanto y desconsuelo,
Sola *entre tierra* y *cielo*,
Niña infeliz, te hallé.

Ven, único recuerdo
De aquel amor soñado:
Objeto abandonado
De la que el ser te dió.
Si aquel amor fué sueño

De enferma fantasía,
Mi amor á tí, hija mia,
No será sueño, no!

Hice estos versos para un amigo que me los pidió. Á él se refiere esa triste historia.

DESPEDIDA Á UN AMIGO.

Con bien te lleven, mi querido amigo.
Propicio el viento, bonancible el mar.
Oh! si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

Oh! cuánto fuera mi consuelo, cuánto!
Si en esa nave huyéramos los dos!
Oh! si á este suelo, donde sufro tanto.
Pudiera darle mi postrer á Dios!

Tranquilo viera y con serena calma
Desatarse bramando el aquilon :
Junto á la horrible tempestad del alma
Las tempestades de la mar, qué son!

Mas ya quiere mi fatal estrella
Con duros lazos sujetarme aquí;
Por mí te postra, y con tus labios sella
La tierra amada en que feliz nací.

Llévale tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor :
Dile que es ella el númen que me inspira,
Y el solo objeto de mi ardiente amor!

1856.

LA CITA.

Nunca más bello color
Dió al horizonte tu llama,
Astro de eterno fulgor,
Al esconder tu esplendor
La cumbre de Guadarrama.
Nunca tu aroma sentí
Más delicioso que ahora,
Linda rosa carmesí:
Nunca más bella te ví
Con las perlas de la aurora.
Arroyo, que turbio y feo
Ayer te ví deslizar,
¿Cómo tan limpio te veo,
Que ya de tu fondo creo
Las arenillas contar!
Galanos campos que haceis
De toda esta pompa alarde,
¿Á quién celebrar quereis?...
Ó es por dicha que sabeis
Que viene Laura esta tarde?

1830.

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

EN UNA FUNCION DE ANIVERSARIO DE CERVÁNTES.

Si de norte á mediodía
En uno y otro hemisferio,
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un dia:
Por un nombre todavía
Somos lo que fuimos ántes:
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente bajan
Cuando decimos: *Cervantes!*

Roma y Grecia, que al acero
Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En *Virgilio* y en *Homero.*
Contra el destino severo
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir.
Puede el *Quijote* morir? —
Pues morir no puede España.

Vosotros, que al grito santo
Respondeis de patria y gloria,
Venid, honrad la memoria
Del *Soldado de Lepanto.* —
Gloria al que es del orbe encanto!
Gloria al ingenio fecundo,
Festivo á un tiempo y profundo!
Gloria al *Cautivo de Argel!* —
Aun nos llamamos por él
La primer nacion del mundo!

Abril de 1862.

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO

DE LA ZARZUELA

EN UNA FUNCION DE ANIVERSARIO DE CERVÁNTES.

Pobre cuna le meció
Á la orilla del *Henares*,
Y orilla del *Manzanares*
Pobre tumba le encerró.
Pobre la vida cruzó;
Pero la asombrada historia
Dirá al honrar su memoria,
Que muriendo en la indigencia,
Dejó á España por herencia
Tesoros de aplauso y gloria.

De un siglo, ingrato en verdad
Con quien tanto supo honrarle,
Ya se prepara á vengarle
Toda una posteridad. —
Amarga cautividad
Sufrió en bárbara region :
Gimió en injusta prision :

Vertió su sangre en *Lepanto:*
Demos á su vida llanto;
A su genio admiracion!

Abril de 1862.

Á LOPE DE VEGA.

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO, EN UNA FUNCION DE ANIVERSARIO.

Tres siglos há que este Sol
Que hoy luce en el firmamento
Alumbraba el nacimiento
Del gran poeta español.
Purificado al crisol
De una edad y de otra edad,
Monstruo de fecundidad,
Númen de la patria escena,
Lope con su nombre llena
Del mundo la inmensidad.

En la modesta mansion
Que oyó su postrer gemido
Hoy á Lope se ha rendido
Tributo de admiracion [1].
Aquí con mayor razon.
Aquí, templo de su gloria.

1. Alude á la inauguracion hecha por la Academia Española de una lápida con el busto de Lope, en la casa que este habitó. — La ceremonia se verificó el dia 25 de noviembre de 1862.

Donde una y otra victoria.
Le ornaron de resplandores,
Demos, público y actores,
Un aplauso á su memoria.

Á LA CONDESA DE LOURMEL

DAMA DE LA EMPERATRIZ EUGENIA, ENVIÁNDOLE MI RETRATO.

Vous le voyez, je remplis ma promesse :
Acceptez donc ce gage de ma foi,
C'est mon portrait. — Et le vôtre, Comtesse? —
— Non? — C'est égal; je le porte avec moi!

Eaux-Bonnes, Agosto de 1861.

BARCAROLA

Cantada en la fiesta que dió S. M. en su Real Casino el dia 24 de Julio de 1846, en celebridad de los dias de su augusta Madre doña María Cristina de Borbon.

Barquilla que conduces
  Tanto tesoro,
Envídiente las naves
  Cargadas de oro.
  ¡Preciosa barca!
En tí vá la riqueza
  Mayor de España.

Deslízate orgullosa,
  Que vá en tu seno
La halagüeña esperanza
  De todo un pueblo :
  La Ninfa hermosa,
En cuya frente brilla
  Regia corona.

Vá tambien á su lado
  Vertiendo amores,
La que con ella parte
  Adoraciones :
  La Infanta bella,
Que en virtudes y gracias
  Tambien es reina.

Y la Madre que á entrambas
  Meció en la cuna,
Y prodigó el tesoro
  De su hermosura.
  Y aunque dió tanta,
Todavía á su rostro
  Sobraron gracias.

Condúcelas serena,
  Nave dichosa;
Que sobre el manso rio
  Duerman las olas.
  ¡El cielo quiera
Que así corran los dias
  De su existencia!

Y ojalá que en la inmensa
  Nave española,
Dó afanosos, oh Reina,
  Tus hijos bogan,
  Á puerto amigo
Por tan serenos mares
  Lleguen unidos![1]

1. Esta barcarola, puesta en música por el maestro *Valldemosa*, se cantó durante el paseo que dió la familia Real por la ria del Casino en góndolas venecianas.

POR ENCARGO DE UNA NOVIA
PARA SU NOVIO.

En esa cinta te entrego
Mi cabello entretejido
Que por mi cuello tendido
Mi llanto tal vez bañó,
Imaginacion que acaso
La fé que me prometias
Á otras mil se la ofrecias,
Tan crédulas como yo.

Mas no tan alegre dia
Nublar con temores quiero:
Por mi amor puro y sincero
El tuyo quiero medir;
Y esa cinta será el lazo
Que sepa atarte á mis plantas,
Si las promesas quebrantas
Que me juraste cumplir.

Si con fé constante pagas
Mi cariño, mis amores,
Blanda cadena de flores

En esa cinta hallarás;
Mas si traidor algun dia
Tras otra amante volares,
Cuando romperla intentares
De hierro la encontrarás.

Marzo de 1829.

EN EL ALBUM DE CARMEN AGAR.

Aunque en verdad me sonroja
Este puesto preferente,
Á tu mandato obediente
Acepto la primer hoja.
Mas ¡ay! en esta ocasion
Cómo siento, Carmen bella,
Que no me acompañe aquella
Poética inspiracion!
Si ella animarme quisiera,
Cual supo en dias mejores,
Yo te llenara de flores
Esta página primera.
Es en vano! Del dolor
El huracan desatado
Dejó este campo asolado,
Y en él no brota una flor.
Me ha quedado solamente
Corazon para sentir :
Ese te podrá decir
Con llaneza lo que siente.
Y te dirá que si bien
Te trato poco, quizás
No te quieran, Carmen, más
Los que á menudo te ven. —

Si oyes el lánguido son
De sus amantes gemidos,
Carmen, cierra tus oidos
Y esconde tu corazon.
Y no temas ocultarlo:
Por muy oculto que esté
El que te adore con fé
Pronto logrará encontrarlo. —
Cuando ese instante dichoso,
(Que no hay mas dichoso instante!)
Te entregue, feliz amante,
En los brazos de un esposo,
¡Ojalá, Carmen querida,
Que logres con dicha entera
Escribir la hoja primera
En el album de tu vida!

Agosto de 1859.

EN EL ALBUM DE SOFIA CARONDELET.

Tu mandato cumplo fiel,
Que hablar de tí me prohibe. —
Sofía, el album recibe
Con mi nombre escrito en él.
Á grabarlo en un papel
Se limita mi ambicion.
Ni espera otro galardon,
Ni lo merece quizá. —
Otro mas feliz sabrá
Grabarlo en tu corazon.

Sufra, pues, sin murmurar,
Sufra mi nombre, Sofía,
La misma suerte que un dia
Pueda á este libro tocar,
Si en momentos de pesar
Con sus páginas te enojas
Y en el fuego las arrojas,
Irá mi nombre con ellas...
¡Ay del que no deja huellas
Sino de un libro en las hojas!

Marzo de 1856.

EN EL ALBUM DE LA DUQUESA DE F.

¿Ves al ciego, cuando siente,
Al entrar la Primavera,
Blando calor en la esfera
Y perfumado el ambiente,
Cómo lucha allá en su mente,
Que en noche sumida fué,
Hasta que con viva fé
Se forja, entre mil primores,
Idea de aquellas flores
Y de aquel Sol, que no vé?

Así yo que nunca ví
Tu rostro, bella Duquesa,
Y oigo decir que embelesa
La hermosura que hay en tí;
Mezclando, por lo que oí,
Tintas de hermoso arrebol,
De mi mente en el crisol
Á forjarme de tí llego
Una idea, como el ciego
De las flores y del Sol.

1850.

EN EL ALBUM DE ISIDRA DUPUY.

¿Qué pasa en mí? Qué es esto? ¿Cómo ahora
Latir no siento el pecho estremecido?
¿Cómo al mirarte, Isidra encantadora,
No me postro á tus pies, de amor herido?

Yo que al mirar una mujer hermosa,
(No hermosa como tú, que eso no es dado,)
Volaba en derredor cual mariposa
Hasta verme en sus llamas abrasado!

Hoy la sonrisa de tus labios rojos,
Tu lindo pié, tu mano torneada,
Tu talle esbelto, tus divinos ojos
Puedo, Isidra, mirar, sin sentir nada!

Y yo el vínculo aplaudo que te liga!...
Yo te contemplo indiferente y yerto!...
Yo me contento con llamarte amiga!...
Mi corazon se heló; no hay duda : he muerto!

Eaux-Bonnes, Agosto de 1860.

EN EL ALBUM DE ANA SEGOVIA.

No extrañes, Ana, el afan
Con que el Album te pedí!
Al ver que las horas dan,
Los dias vienen y van,
Y el album no vuelve á tí.
No lo extrañes, Ana hermosa,
Ni lo achaques á descuido
De mi musa perezosa :
En muy diferente cosa
La tardanza ha consistido.
Ardió inflamada mi mente
Cuando tu hermosura ví;
Y presumí fácilmente
Decirte en frase elocuente
Lo que yo entonces sentí;
Mas ay! por más que luchaba
Con la rima y la expresion,
Nunca en mis versos lograba
Decir lo que me inspiraba
Mi ardiente imaginacion.
Y juzgo que inútilmente
Lucha quien hacerlo trate;
Pues tu hermosura se siente,
Mas no hay verso que la cuente,

Ni pincel que la retrate.
Confiésome, pues, rendido;
Y en estos pobres renglones
Que aquí á trazar me decido,
Anita hermosa, te pido
Que mi tardanza perdones.

1838.

EN EL ALBUM DE LA CONDESA DE FUEN-RUBIA.

Sabrás, María, que he estado,
Por mala *correspondencia*,
Privado de la existencia
Y casi casi enterrado[1].
Por fin con vida salí:
Y huyendo de la que mata,
Correspondencia mas grata
Hoy, María, busco en tí.
Si me concedes licencia
De amarte cual tierno amigo,
Y de tu afecto consigo
Una fiel *correspondencia*,
Con satisfaccion cumplida
Diré : bendigo mi suerte!
Si una quiso darme muerte,
Otra viene á darme vida.

1864.

1. Un periódico llamado *La Correspondencia* dió por aquellos dias la noticia de mi fallecimiento.

EN EL ALBUM DE CARMEN GOYENECHE.

Dichoso mil veces tú,
Album, que del viejo mundo
Corres al suelo fecundo
Del opulento Perú.
Y más dichoso si alcanzas
De la hermosa Arequipeña
Una sonrisa halagüeña
Que colme tus esperanzas.
Si en recorrer se entretiene
Tus hojas, album, y al paso
En esta página acaso
Su mirada se detiene;
Con elocuente expresion
Haz que resuene en su oido
El eco de este gemido
Que aquí exhala el corazon.
Gemido de amor ardiente
Al patrio suelo adorado,
Donde de mi madre al lado
Corrió mi edad inocente.
En él van dulces memorias
De aquellos dias de calma;
Y el *á Dios* que dá mi alma
Á esperanzas ilusorias.

En él los votos que envía
Al cielo mi puro amor
Porque proteja el Señor
Á la que fué patria mia.
Por obediencia forzosa
La dejé, de angustia lleno :
La Madre España en su seno
Me dió acogida amorosa.
Suyo fuí; mas siempre yo
Recordé con noble orgullo
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se meció.
Mientras rencor fratricida
Ardió en uno y otro bando,
Mis lágrimas devorando,
Calló mi musa aflijida.
Hoy que á coyunda tirana
Suceden fraternos lazos,
Y España tiende los brazos
Á la América su hermana:
Bañado en júbilo santo,
Yo, americano-español,
Á la clara luz del Sol
La union venturosa canto.
Ven, inspiracion divina;
Que ya á mi laúd sonoro
Añado una cuerda de oro
Para la gloria Argentina!
Mas la estrenaré primero
Ensayando un canto en ella,
Con que á tus pies, Carmen bella,
Rinda mi afecto sincero.

1857.

EN EL ALBUM DE LA MARQUESA DE PORTUGALETE

EL DIA DE SU SANTO, VIERNES DE DOLORES DE 1856.

Cuando en vistoso salon
Te ví aparecer, Dolores,
Entre encajes y entre flores,
De alegre música al son;
Y ví por primera vez
Tu talle airoso, elegante,
El candor de tu semblante,
La blancura de tu tez,
En tu encantadora faz
Hallé una dulce expresion
Que brindaba al corazon
Con ilusiones de paz.
No la paz indiferente
Del ser insensible y frio
Que del mundo en el vacío
Ni ama, ni goza, ni siente:
Sino aquella calma grata
Imágen del mar sereno,
Cuando en su tranquilo seno
La luz del Cielo retrata;

Y en su sosiego profundo
De poder dá señas tales,
Que si rugen vendabales
Pudiera tragar el mundo.
La paz que á gozar convida
Y dulcemente conmueve,
Cuando en tus manos de nieve
Vibra el arpa estremecida;
Ó con tímido rubor,
Que te dá mayor encanto,
De tu simpático canto
Suena el eco seductor.
Ora en brioso corcél
Cruzas el prado atrevida;
Ora das al lienzo vida
Con tu mágico pincel.
Ya con modesta expresion
Tu claro talento brilla,
Y es ingeniosa y sencilla
Tu grata conversacion.
Solo turba la armonía
De cuadro tan lisonjero
El nombre de triste agüero
Con que hoy se anuncia tu dia!
Qué importa! No es cosa nueva
Que nos pongan al nacer
Un nombre que viene á ser
Sarcasmo del que lo lleva.
No temas pues los rigores
Que tu triste nombre augura:
Dios no me dió á mi *Ventura*...
No te dará á tí *Dolores*.

EN EL ALBUM DE BLANCA ROSA DE OSMA.

Blanca Rosa, flor lozana,
Que aun eres tierno capullo;
Y entre risas,
De tu edad en la mañana
Te meces al blando arrullo
De las brisas.

Mira cuál revolotea
En torno á tí la inocente
Mariposa,
Y con sus alas orea
El rocío de tu frente,
Blanca Rosa.

Y cual la traidora abeja,
Que á las flores del pensil
La miel bebe,
De tí zumbando se aleja,
Y á hincarte el dardo sutil
No se atreve.

Y cual suelta el ruiseñor
Los trinos de su garganta
Melodiosa,
Y embelesado en tu amor,

Reina del prado te canta,
  Blanca Rosa.

Crece, fragante capullo,
Al dulce abrigo amoroso
  Que te ampara,
De esa flor que con orgullo
Regó del *Rimac* undoso
  La onda clara.

Y en tanto que su dulzura
Heredas y su alma pura;
  Crece, hermosa,
En el jardin de la vida,
Por los céfiros mecida,
  Blanca Rosa.

EN EL ALBUM DE UNA DESCONOCIDA.

Todos estos señores
Te llaman guapa;
Pero es porque te han visto:
Vaya una gracia!
La gracia fuera
Celebrar tu hermosura
Sin conocerla.

El cielo á mí esa gracia
Me ha concedido;
Pues donde hay algo bueno
Yo lo adivino.
Que la hermosura
Se siente hasta en el aire
Que la circunda.

Hasta el menor objeto
Que la rodea
Se impregna del perfume
De su belleza.
Las mismas hojas
De este libro en que escribo
Huelen á *hermosa*.

Así pues, sin recelo
De equivocarme,

Te diré, bella Emilia,
   Que eres un ángel.
   Y hasta me atrevo
Á decir lo que tienes
   De mas selecto.

Al que una vez, Emilia,
   Mira tu rostro,
Desde luego le encantan
   Tus lindos ojos,
   Donde fulgura
La luz de las ardientes
   Hijas del Turia.

Despues de ver tus ojos,
   Si queda vivo,
Al contemplar tu boca
   Perderá el juicio :
   Y más si de ella
Se exhala el dulce canto
   Que al alma llega.

Esto sin conocerte
   Digo y declaro :
No temo, bella Emilia,
   Llevarme chasco.
   Ay! temo solo
Decir cuando te vea :
   Me quedé corto!

Junio de 1862.

EN EL ALBUM DE MATILDE LAMARCA.

Matilde! quién no diría
Que para quedar vengada
De la conquista pasada
La América aquí te envía?
Pague España su osadía
Y sus marciales arrojos;
Pues nunca tantos despojos
Vieron Pizarro y Cortés,
Como aquí rendidos ves
Á los rayos de tus ojos.

Yo que en su luz soberana
El Sol de mi patria ví,
Orgulloso me sentí
De mi sangre americana. —
Toda competencia es vana:
No os pongais en su camino,
Flores; que el pincel divino
Que os matizó de colores,
Pintó mas bellas las flores
Que brota el suelo Argentino.

Madrid 1860.

EN EL ALBUM DE GENOVEVA SAMANIEGO.

Cuando por primera vez
Ví tus celestiales ojos,
Tu talle, tus labios rojos
Y tu nacarada tez;
Contemplando en tí el portento
De la belleza mas pura,
Dije : « es tanta su hermosura,
Que no há menester talento. »
Despues, junto al mar que baña
La residencia Imperial,
Cuyo encendido fanal
Brilla en las costas de España [1],
Quiso mi propicia suerte
Que contigo me encontrara,
Y que el placer disfrutara
De hablarte y de conocerte.
Viendo en tí gracia, dulzura,
Ingenio, juicio, instruccion,
Dije : « con tal discrecion
De sobra está la hermosura. »
Con dones de tal valor
¿Qué falta á tus perfecciones?

1. Biarritz.

Falta saber si á esos dones
Acompaña otro mayor.
El fuego del sentimiento
Que brota del corazon,
Con cuyo celeste don
Sobran belleza y talento.
Esa centella divina
De amor, que cuando aparece
Todo semblante embellece
Y toda mente ilumina,
La sientes tú? — Puede ser
Que lo ignores todavía. —
Feliz quien merezca un dia
Tal secreto conocer!

Mayo de 1863.

EN EL ALBUM DE TERESA COLL.

Se acerca, bella Teresa,
El glorioso aniversario
Del Santo Rey que á Sevilla
Libró del yugo africano.
Con dobles galas vestido
De tí se despide Mayo,
Y te deja por memoria
De tu padre el nombre amado.
Cuando mañana lo anuncien
Del Sol los brillantes rayos,
Y tu amor filial le muestres
Con un cariñoso abrazo;
Pregúntale si conserva
En su corazon grabados
Recuerdos de *San Mateo*,
En sus infantiles años;
Y si al ver mi firma aquí
Observas que no ha olvidado
Á su antiguo compañero,
Dale en mi nombre otro abrazo.

29 de Mayo de 1862.

EN EL ALBUM DE CARMEN COLL.

Carmen, parece mentira
Que vaya á cumplirse un año
Desde que le dí á tu padre
Los dias de San Fernando!
En un album parecido
Al que aquí tengo en la mano
Rogué á tu hermana le diera
En mi nombre un tierno abrazo.
Paréceme que fué ayer!
Iba á terminarse Mayo;
Pero de aquel Mayo á este
Cuántas cosas han pasado!
Desde luego, un año entero;
Y á tu edad, Carmen, un año
Aumenta las ilusiones,
Á mi edad los desengaños.
Mas si es verdad que en la vida
Los he tenido, y amargos,
No soy de los que maldicen
Este mundo que habitamos.
Primero, porque no hay otro :
(Hablo de tejas abajo)
Y luego, porque hay en él

Más de bueno que de malo.
En esto, Carmen, sucede
Como en otros muchos casos,
Que el infeliz alza el grito,
Y el feliz se está callado.
Y aunque estos sean los más,
Como no mueven los labios,
Parece que en este mundo
No hay más que desesperados.
Esta es, Carmen, la verdad :
No seas tú como tantos
Que en el umbral de la vida
Son viejos anticipados.
Toma la virtud por norte
Bajo el paternal amparo,
Y de las flores que brinda
Aspira el aroma grato.
Ni creas ni niegues todo:
Y aunque te cueste trabajo,
No entregues tu corazon
Si otro en prenda no te han dado.
Pero en fin, por qué pretendo
Darte consejos en vano,
Si todos ellos en uno
Puedo dejarte cifrados?
De tus penas y alegrías,
De tus risas y tus llantos
Elige por confidente
Al padre que Dios te ha dado.
Los amores de este mundo
Viven porque esperan algo :
El de un padre nada espera;
Ni siquiera ser pagado.
Pero ya quiero dar fin,
Que el sermon vá siendo largo,

Y quizá te estoy diciendo
Lo que tienes olvidado.
Perdona; y cuando amanezca
El dia de San Fernando,
Y de tu padre celebres
El feliz aniversario:
Lo que á tu hermana encargué
Á tí de nuevo te encargo. —
Y Dios nos conceda á todos
Ver muchos meses de Mayo:
Á tí, Carmen, y á tu hermana
Para que le deis mi abrazo:
Á él para recibirlo,
Y á mí para recordarlo.

Mayo de 1863.

EN EL ALBUM DE ROSA VALLARINO.

Vertiendo aroma, al despuntar el dia,
Nace la *rosa* en plácido pensil:
En el pensil de España, Andalucía,
Tú naciste tambien, *Rosa* gentil.
Nace; y tímida empieza y ruborosa
Su purpurino cáliz á entreabrir;
Capullo son tambien tus labios, Rosa,
Cuando comienzan dulces á reir.
Pastor incauto, del olor llevado,
Su tallo, ¡ay necio! se atrevió á tocar:
Aguda espina le dejó llagado,
Y largas horas consumió en llorar.
Rosa gentil, que á su pesar inclinas
Á que te adore el que una vez te vió;
Dime si tienes cual la rosa espinas;
Que no quisiera lastimarme yo.

1830.

EN EL ALBUM DE ***.

Cuando contemples la saña
Del mar que entre densa bruma,
Alzando montes de espuma,
Los riscos del puerto baña;
Piensa que igual conmocion,
Igual tormenta de horrores
Pueden causar tus rigores
Á algun triste corazon;
Mas cuando en ondas de plata
Se tienda el mar mansamente,
Cual terso cristal luciente
Donde el cielo se retrata,
Gózate en mirarlo, ý dí :
« Al alma mas angustiada
Solo con una mirada
Puedo yo tornarla así!

1838.

EN EL ALBUM DE ***.

Amor sacando un dardo
De su dorada aljaba,
Un album desplegaba,
Y á mí se presentó.
« Para una hermosa, dijo,
Que hoy en mi templo vive,
En ese libro escribe
Con este agudo arpon. »
« Hijo de Apolo, canta
El triunfo de una hermosa,
Envidia de la rosa
Que empieza á despuntar. »
« Escribe; y no pretendas
Gozar de su presencia,
Si grata independencia
Anhelas conservar. »
« Abrasadora llama
Brilla en sus ojos bellos,
Mi antorcha enciendo en ellos,
Mil pechos hago arder: »
« Y es su negro cabello,
Rival de mis arpones,
De incautos corazones
Inevitable red. »

« Escribe. » — Yo temblando
Obedecerle intento,
Y entre mis dedos siento
Fuego el arpon brotar :
Llego á las blancas hojas
Su ardiente punta de oro,
Y — « ¡hermosa, yo te adoro! » —
Solo acerté á grabar.
Amor el album toma,
Y vuela y desparece,
Y á la Ninfa le ofrece
Que hermosa me pintó. —
¿Aceptará benigna
El don que la dirijo? —
Lo que la Ninfa dijo
No me lo ha dicho Amor. —

1828.

NOTAS.

Á DON ALBERTO LISTA

EN SUS DIAS.

ODA.

Mi sabio maestro contestó á su discípulo querido con la siguiente composicion. Tengo para mí que son los mejores *Sáficos-adónicos* que hay en castellano; y aquí se los doy á mis lectores, aun á riesgo de que ante esta bellísima oda desaparezca la mia.

Dice así :

Cuando tu lira, que templó Dione,
Cánticos dulces de amistad resuena,
Y el nombre humilde de tu caro *Anfriso*
Robas al Orco;

Callan los vientos alterados; calla
El mar sonante, que la playa ibera
Azota fiero, y sus raudales Bétis
Plácido guía.

Gózase ufano en el laurel que ciñes
Con docta mano á su felice alumno,
Y ya á tu frente de la sacra oliva
Teje coronas.

Fileno, gloria de su herbosa márgen,
Émulo digno del sublime Herrera,

Adopta grato el que á su musa cedes
Himno süave.

Y « canta, dice, oh jóven, á quien dieron
Su blando beso Melpoméne y Clío;
Canta, y las rosas que el Permeso riega
Ciñe á tu lira. »

« La virtud canta y la amistad, y el hombre
Unido al hombre en hermanales lazos;
Tu voz primera cual sañudo trueno
Tiemble el impío. »

« Así en la cuna el animoso Alcídes
Las bravas sierpes domeñó, probando
Aquellas fuerzas que sentir debian
Lerna y Tiféo. »

« Así del Ebro la veloz corriente
Detuvo el tracio, y de la Ismaria playa
Monstruos y riscos su divino canto
Blandos oyeron. »

Febo á tu mente concedió benigno
El rayo osado de su puro fuego;
Dió á tus acentos Venus su dulzura,
Marte su brío. »

« Mas cuando subas con gloriosa planta
Á la ardua cumbre del doblado monte,
Y allí á los vates de la Iberia seas
Noble modelo; »

« No olvides ántes visitar las aras
Y el templo austero de la gran Minerva,
Y en vez de mirto, roble misterioso
Cubra tus sienes. »

« De su ave sacra, en la callada noche,
Sigue constante el velador graznido;
Y los tesoros, que el profano ignora,
Roba á Sofía. »

« Cisnes de Mantua y de Venusa, nombres

Que en Helicona consagró la fama,
Reyes del canto, en todas las edades
Gloria de Apolo;

« La alta doctrina del sublime reo,
Honra y oprobio de su madre Atenas,
Dió á vuestras musas que al excelso Olimpo
Vuelen osadas. »

« Sí, amado *Vega* : de Parnaso el númen
Tanto promete al estudioso genio;
Y es de *Epitecto* la lucerna débil
Faro del Pindo! »

ÍNDICE.

PARTE DRAMÁTICA.

NOTAS.

PARTE LÍRICA.

NOTAS.

PARIS. — IMPRENTA DE J. CLAYE, CALLE DE SAN BENITO, Nº 7.

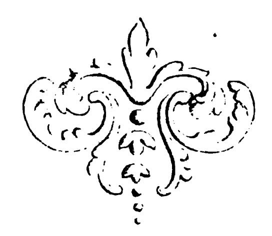
(473)

OBRAS POÉTICAS

DE

D. VENTURA DE LA VEGA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



PARIS

IMPRENTA DE J. CLAYE

CALLE DE SAN BENITO, Nº 7

—

1866

